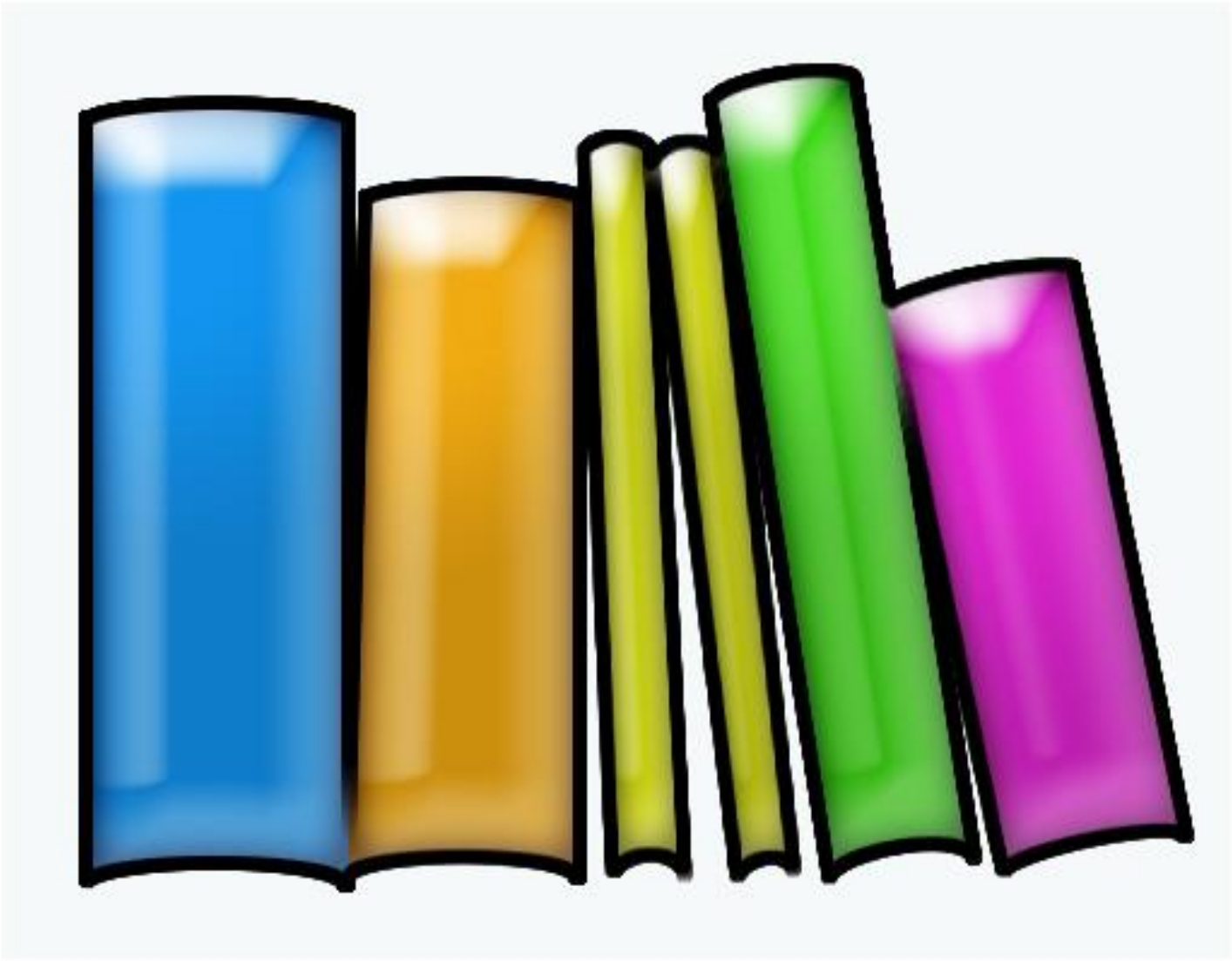
Se anuncia un asesinato



Christie, Agatha

Produced by calibre 0.6.26

Se anuncia un asesinato

Sobrecubierta

None
Tags: Unknown

Novela

OceanofPDF.com

Novela

Se anuncia un asesinato

OceanofPDF.com

Agatha Christie

OceanofPDF.com

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BLACKLOCK, Letitia o Letty: Vieja solterona de 60 años, propietaria de una casa en Chipping Cleghorn.

BUNNER, Dora: Antigua amiga de la anterior, con quien convive.

BUTT, Johnnie: Repartidor de periódicos en el citado pueblo.

CLITHERING, Sir Henry: Ex comisario de Scotland Yard.

CRADDOCK, Dermot: Inspector de policía y ahijado del anterior.

EASTERBROOK, Archie: Coronel retirado del ejército colonial inglés.

EASTERBROOK, Laura: Esposa del anterior.

FINCH: Asistenta de la familia Swettenham.

FLETCHER: Sargento de policía.

GOEDLER, Belle: Enferma crónica y viuda de Randall Goedler, gran personalidad en el mundo de los negocios.

HARMON, Bunch: Esposa de Julian Harmon.

HARMON, Julian: Vicario protestante de Chipping Cleghorn.

HARRIS, Myrna: Joven y bonita camarera del restaurante del hotel «Royal Spa», y amiga de Scherz.

HAYMES, Phillipa: Jardinera.

HINCHCLIFFE: Habitante de Chipping Cleghorn.

MARPLE, Jane: Vieja solterona, amiga de sir Henry y tía de la esposa del vicario.

McCLELLAND: Enfermera de Mrs. Goedler.

MITZI: Criada de miss Blacklock.

MURGATROYD, Amy: Amiga de miss Hinchcliffe, con quien vive.

RANDALL, Sonia: Cuñada de Belle Goedler.

ROWLANDSON: Gerente del hotel «Royal Spa», de Medenham Wells.

RYDESDALE, George: Jefe de la policía de Middeshire.

SCHERZ, Rudi: Empleado en el mencionado hotel.

SIMMONS, Julia: Sobrina de Letitia Blacklock.

SIMMONS, Patrick: Hermano de Julia y también sobrino de Letitia.

STAMFORDIS, Dimitri: Esposo de Sonia Randall.

SWETTENHAM, Mrs.: Vecina del citado pueblo.

SWETTENHAM, Edmund: Escritor e hijo de la anterior.

TOTMAN: Librero de Chipping Cleghorn.

OceanofPDF.com

A Ralph y Anne Newman, en cuya compañía tuve el placer de entregarme por primera vez al juego de «¿Quién es el asesino?».

OceanofPDF.com

Capítulo I

Se anuncia un asesinato

I

Todas las mañanas, menos la del domingo, entre siete y media y ocho y media, Johnnie Butt hacía la ronda del pueblo de Chipping Cleghorn en bicicleta, silbando ruidosamente entre los dientes, y se apeaba en cada casa o chalé para meter en el buzón los periódicos que los ocupantes en cuestión encargaban en la papelería de Mr. Totman, en High Street.

Al coronel Easterbrook y a su mujer les dejaba «The Times» y el «Daily Graphic»; a Mrs. Swettenham, «The Times» y el «Daily Worker»; a miss Hinchcliffe y miss Murgatroyd, el «Daily Telegraph» y el «New Chronicle»; a Mrs. Blacklock, el «Daily Telegraph», «The Tunes» y el «Daily Mail».

Y todos los viernes repartía en dichas casas y en todas las demás de Chipping Cleghorn un ejemplar de «The North Benham News and Chipping Cleghorn Gazette», más conocida entre los habitantes del pueblo simplemente como «The Gazette».

De ahí que los viernes, tras echar una rápida ojeada a los titulares de la prensa diaria: ¡Crítica situación internacional! ¡La ONU se reúne hoy! ¡Perros sabuesos buscan al asesino de la mecanógrafa rubia! Huelga en tres minas de carbón. Mueren veintitrés personas en el Hotel Marítimo por envenenamiento alimenticio, etcétera, la mayoría de los vecinos de Chipping Cleghorn abrieran con avidez «The Gazette» para sumergirse en las noticias locales.

Tras una ojeada a la sección de CARTAS —en la que los odios y las rencillas de la gente rural alcanzaban su máxima expresión—, nueve de cada diez suscriptores se concentraban en la columna de anuncios PERSONALES donde aparecían agrupados, sin orden ni concierto, objetos de compra y venta, ofertas y demandas, urgentes peticiones de servicio doméstico, innumerables inserciones relacionadas con los perros, anuncios referentes a aves de corral y herramientas de jardinería. Y varias otras notas de gran interés para los que residían en la pequeña comunidad de Chipping Cleghorn.

Aquel viernes, 29 de octubre, no fue una excepción a la norma.

II

Mrs. Swettenham se apartó de la frente los bonitos rizos grises, desplegó «The Times», miró con ojos apagados la página central izquierda, y decidió que, como de costumbre, si había alguna noticia emocionante, «The Times» había logrado ocultarla de una manera impecable. Echó una mirada a la sección de nacimientos, bodas y defunciones, en particular a estas últimas, y luego, cumplido su deber, dejó a un lado «The Times» para asir con avidez «The Gazette» de Chipping Cleghorn.

Cuando su hijo Edmund entró en la habitación momentos más tarde, se hallaba ya enfrascada en la lectura de la columna de anuncios PERSONALES.

—Buenos días, querido —dijo Mrs. Swettenham—. Los Smedley quieren vender su Daimler, modelo 1935. Es un poco anticuado ya, ¿verdad?

El hijo emitió un gruñido, se sirvió una taza de café, se puso un par de arenques ahumados en el plato, se sentó a la mesa, desplegó el «Daily Worker» y lo apoyó contra el tostador.

—Cachorros de mastín —leyó Mrs. Swettenham en voz alta—. No sé cómo puede la gente mantener perros grandes en estos tiempos, la verdad es que no lo entiendo. ¡Hum! Selina Lawrence vuelve a buscar cocinera. ¿Cómo no se dará cuenta de que está tirando el dinero? Es inútil publicar anuncios en estos tiempos. Y además, no ha puesto sus señas, sólo el número de un apartado. Eso es fatal, hasta yo se lo hubiera podido decir. El servicio se empeña en querer saber adonde va. Les gusta trabajar en casas buenas. Dentaduras postizas... No me entra en la cabeza cómo pueden ser tan populares los dientes postizos. Se pagan buenos precios. Bulbos magníficos, selección propia. Parecen baratos. Aquí hay una chica que busca un empleo interesante. Dispuesta a viajar. ¡Vaya! ¿Y quién no lo estaría? Dachshunds. Nunca me han gustado los dachshund, no porque sean alemanes, claro, porque eso ya se nos ha pasado. Es que no me gustan y nada más... ¿Sí, Mrs. Finch?

Una mujer ceñuda, tocada con una vieja boina de terciopelo, acababa de asomar la cabeza y el busto por la puerta.

—Buenos días, señora —dijo—. ¿Puedo recoger?

—Aún no, no hemos terminado —contestó Mrs. Swettenham y agregó en tono conciliador—: No del todo.

Mrs. Finch echó una mirada a Edmund y a su periódico, dio un resoplido desdeñoso y se retiró.

—No he hecho más que empezar —dijo Edmund en el preciso momento en que su madre murmuraba:

—No sabes cuánto te agradecería que no leyeras ese periodicucho, Edmund. A Mrs. Finch no le gusta ni pizca.

—Pero, ¿qué tienen que ver mis ideas políticas con Mrs. Finch?

—Y en realidad tampoco es que seas ningún trabajador —prosiguió la madre—. Después de todo, tú no haces nada.

—¡Eso es completamente falso! —exclamó Edmund indignado—. Estoy escribiendo un libro.

—Me refiero a un trabajo de verdad. Y Mrs. Finch sí que tiene que ver con tus ideas. Si nos coge antipatía y se niega a venir, ¿a quién vamos a buscar?

—Pon un anuncio en «The Gazette» —contestó Edmund con una sonrisa.

—Acabo de decirte que no sirve de nada. ¡Ay, Señor! Hoy en día estás perdida si no cuentas en la familia con una vieja nodriza dispuesta a meterse en la cocina y hacerlo todo.

—Bueno, ¿y por qué no tenemos una vieja nodriza? ¿Cómo has podido privarme de sus tiernos cuidados? ¿En qué estabas pensando?

—Tuviste una aya, querido.

—¡Qué falta de previsión! —murmuró Edmund.

Mrs. Swettenham había vuelto a enfrascarse en la lectura de los anuncios.

—Se vende segadora mecánica, de segunda mano con motor. Me gustaría saber... ¡Cielos! ¡Qué precio! Más dachshunds. Escribe o llama. Desesperado Woggles. ¡Qué apodos más estúpidos se pone la gente! Cocker Spaniel... ¿Te acuerdas de la encantadora Susie, Edmund? Era casi humana. Entendía perfectamente cuanto se le decía. Aparador Sheraton en venta. Auténtica antigüedad de la familia. Mrs. Lucas, Dayas Hall. ¡Qué embustera! ¡Aparador Sheraton! ¡Qué más quisiera ella!

Mrs. Swettenham dio un resoplido de desdén y continuó leyendo:

—Todo fue un error, querida. Amor eterno. El viernes como de costumbre. J. Supongo que se tratará de una riña de novios. O... ¿crees que será el mensaje en clave de unos ladrones? Más dachshunds. La verdad, yo

creo que la gente se ha vuelto loca con la cría de dachshunds. Quiero decir que hay otros perros. Tu tío Simon criaba terriers de Manchester. ¡Unos perros encantadores! A mí me gustan los perros «con patas». Señora que se marcha al extranjero vendería su traje azul marino de dos piezas. No da las medidas ni el precio. Se anuncia un casamiento; no, un asesinato. ¿Eh? ¿Cómo? ¡Caramba! Edmund. ¡Edmund! Escucha esto: Se anuncia un asesinato que se cometerá el viernes 29 de octubre en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos, acepten este único aviso. ¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Edmund!

—¿Qué pasa? —Edmund alzó la mirada del periódico.

—Viernes, 29 de octubre... Pero, ¡si es hoy!

—Déjame ver —el hijo se apoderó de «The Gazette».

—Pero ¿qué significa? —exclamó Mrs. Swettenham con gran curiosidad.

Edmund se frotó la nariz, dubitativo.

—Supongo que se tratará de alguna fiesta. El juego de «¿Quién es el asesino?[1]» o algo así.

—¡Oh! —murmuró Mrs. Swettenham que no lo tenía muy claro—. Se me antoja una manera muy curiosa de anunciarlo. ¡Meterlo así entre los otros anuncios! Muy poco en consonancia con el carácter de Letitia Blacklock, que parece una mujer tan sensata.

—Es muy probable que lo hayan organizado los jóvenes que tiene en casa.

—Avisan con muy poca anticipación. Hoy. ¿Crees que debemos ir?

—Dice: «Amigos, acepten este único aviso», ¿verdad?

—¡Oh! ¡Estos sistemas modernos de invitar a la gente me parecen absurdos! —sentenció Mrs. Swettenham.

—Bueno, no hay necesidad de que vayas si no quieres, mamá.

—No —concedió ella.

Hubo una pausa.

—¿Quieres, de verdad, la última tostada, Edmund?

—Me gustaría creer que consideras más importante que yo pueda alimentarme como es debido que contentar a esa bruja dejando que quite la mesa.

—Calla, querido, te oirá. Edmund, ¿en qué consiste exactamente «¿Quién es el asesino?».

—No lo sé muy bien. Te enganchan unos trozos de papel o algo así. No, creo que alguien los saca de un sombrero. Uno hace de víctima y otro de detective. Luego apagan las luces y alguien te toca en el hombro y, entonces, tú gritas, te tumbas en el suelo y te haces el muerto.

—¡Qué emocionante!

—Será aburridísimo. Yo no pienso ir.

—No digas tonterías, Edmund —exclamó Mrs. Swettenham—. Yo voy a ir y tú vas a acompañarme. ¡Está decidido!

III

—Archie —le dijo Mrs. Easterbrook a su marido—, escucha esto.

El coronel Easterbrook no le hizo el menor caso, enfadado como estaba por un artículo del «The Times».

—Lo malo de esta gente —dijo— es que ninguno de ellos sabe una palabra de la India. ¡Ni una miserable palabra!

—Ya lo sé, querido, ya lo sé.

—Si supieran algo, no escribirían semejante sarta de disparates.

—Sí, lo sé, Archie. Por favor, escucha. Se anuncia un asesinato que se cometerá el viernes 29 de octubre, es decir, hoy, en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos, acepten este único aviso.

Hizo una pausa triunfal. El coronel Easterbrook la miró con indulgencia, pero sin el menor interés.

—El juego de «¿Quién es el asesino?» —dijo.

—¡Oh!

—No es más que eso. Claro está —reconoció—, que es un juego que puede resultar muy divertido si se hace bien, pero hace falta que lo organice alguien que conozca los entresijos. Se echa a suertes. Uno de los invitados es el asesino, pero nadie sabe quién. Se apagan las luces. El asesino escoge una víctima. La víctima tiene que contar hasta veinte antes de soltar un chillido. La persona a quien le ha tocado ser detective se hace cargo. Interroga a todo el mundo. Dónde estaban, qué hacían, intenta echarle la zancadilla al asesino. Sí, es un juego distraído, si el detective, claro está, sabe algo del trabajo policíaco.

—Como tú, Archie. Tuviste que tratar tantos casos interesantes en tu distrito.

El coronel Easterbrook sonrió y se atusó el bigote.

—Sí, Laura —reconoció—, me atrevo a decir que podría enseñarles un par de cosas.

Y cuadró los hombros.

—Miss Blacklock tendría que haberte pedido que la ayudaras a organizar esa reunión.

El coronel dio un resoplido.

—¡Bah, ya tiene a ese jovenzuelo que pasa una temporada en su casa! Supongo que la idea es suya. Es su sobrino o no sé qué. Curiosa idea, no obstante, la de anunciarlo en el periódico,.

—Y en la columna de PERSONALES. Podríamos no haberlo visto. Supongo que es una invitación, ¿eh, Archie?

—Una invitación bien curiosa. Te diré una cosa: que no cuenten conmigo.

—Oh, Archie.

La voz de Mrs. Easterbrook se alzó en un agudo gemido.

—No han avisado con tiempo. ¿Quién dice que no tengo cosas que hacer?

—Pero no las tienes, ¿verdad, querido? —dijo su esposa con voz persuasiva—. Y creo, Archie, que debieras ir, aunque sólo fuese para ayudar a la pobre miss Blacklock. Estoy segura de que cuenta contigo para que la reunión sea un éxito. Con lo mucho que tú sabes de los métodos y del trabajo de la policía. Va a ser un verdadero fracaso si no vas y les ayudas. Después de todo, hay que ser buenos vecinos.

Mrs. Easterbrook ladeó su cabeza de cabellos rubios teñidos y abrió los ojos de par en par.

—Si lo pones así, Laura...

El coronel se atusó nuevamente el canoso bigote con aire importante, y miró con indulgencia a su mujercita. Mrs. Easterbrook tenía cerca de treinta años menos que su esposo.

—Si lo pones así, Laura... —repitió.

—Creo sinceramente que tu deber es ir, Archie —aseguró Mrs. Easterbrook con solemnidad.

IV

«The Chipping Cleghorn Gazette» también había llegado a Boulders, las tres pintorescas casitas convertidas en una y habitadas por miss Hinchcliffe

y miss Murgatroyd.

—¿Hinch?

—¿Qué pasa, Murgatroyd?

—¿Dónde estás?

—En el gallinero.

—¡Oh!

Miss Amy Murgatroyd se acercó a su amiga, caminando con cuidado entre la alta y húmeda hierba. La amiga, enfundada en un pantalón de pana y una guerrera militar, estaba mezclando puñados de harina con las humeantes pieles de patatas y los tronchos de col hervidos en un barreño que despedía un olor repugnante.

Volvió su cabeza, mostrando un rostro curtido por el sol y el viento, y el corte masculino de su pelo.

Miss Murgatroyd, obesa y afable, lucía una falda de mezclilla a cuadros y un informe suéter de un brillante azul. Su pelo canoso parecía un nido de pájaros y la mujer jadeaba un poco.

—En «The Gazette» —jadeó—. Escucha: ¿qué puede significar? Se anuncia un asesinato que se cometerá el viernes 29 de octubre en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos, acepten este único aviso.

Calló, sin aliento, al terminar de leer, y aguardó algún pronunciamiento experto.

—¡Qué estupidez! —gruñó miss Hinchcliffe.

—Sí, pero ¿qué crees que significa?

—Una copa de algo, por lo menos —contestó miss Hinchcliffe.

—¿Crees que es una invitación?

—Ya descubriremos lo que significa cuando lleguemos allí. Jerez matarratas, supongo. Más vale que salgas de la hierba, Murgatroyd. Aún llevas puestas las zapatillas. Las tienes empapadas.

—¡Ay, Señor! —Miss Murgatroyd se contempló los pies con tristeza—. ¿Cuántos huevos han puesto hoy esas gallinas?

—Siete sólo. Esa maldita gallina sigue clueca, tendré que ponerla a empollar.

—Es una manera un tanto extraña de anunciarlo, ¿verdad? —murmuró Amy Murgatroyd volviendo al tema de antes.

Su voz denotaba cierta nostalgia.

Pero a su amiga, más práctica y más dada a concentrarse en una sola cosa a la vez, lo que le interesaba en aquellos momentos era atender a las recalcitrantes gallinas, y ningún anuncio del periódico, por enigmático que fuese, desviaría su atención.

Miss Hinchcliffe chapoteó por el barro y se abalanzó sobre una gallina moteada, que cacareó ruidosamente y con indignación.

—A mí que me den patos —dijo—. Son mucho menos latosos.

V

—¡Ah, magnífico! —le comentó Mrs. Harmon a su marido, el reverendo Julian Harmon, mientras desayunaban—. Va a haber un asesinato en casa de miss Blacklock.

—¿Un asesinato? —murmuró el marido con cierta sorpresa—. ¿Cuándo?

—Esta tarde a las seis y media. Oh, ¡qué mala suerte, querido! ¡A esa hora tienes que hacer tus preparativos para la confirmación! No hay derecho. ¡Con lo que a ti te gustan los asesinatos!

—La verdad es que no sé de qué estás hablando, Bunch.

Mrs. Harmon, cuyo cuerpo y cara apreciablemente redondeados habían hecho que se la llamara Bunch[2] en vez de Diana, que era su nombre de pila, le entregó «The Gazette».

—Ahí lo tienes. Entre los pianos de ocasión y los dientes postizos.

—¡Qué anuncio más extraordinario!

—¿Verdad que sí? —murmuró Bunch con fruición—. Quién iba a imaginar que a miss Blacklock pudieran interesarle los asesinatos, los juegos y todo eso, ¿eh? Supongo que los jóvenes Simmons la inducirían; aunque me inclino a pensar que Julia Simmons es de las que considerarían el asesinato como algo demasiado burdo. Pero ahí está, y no sabes cuanto siento que no puedas asistir, querido. De todos modos, ya iré yo y te lo contaré después, aunque es un desperdicio porque no me gustan los juegos en la oscuridad. Me asustan y Dios quiera que no me toque a mí ser la víctima. Si alguien me coloca de pronto la mano en el hombro y me susurra: «Está usted muerta», sé que me dará un vuelco tan grande al corazón, que a lo mejor me muero de verdad. ¿Crees que es posible?

—No, Bunch. Creo que vas a vivir y llegar a ser una mujer muy, muy anciana conmigo.

—Y morirnos el mismo día y ser enterrados en la misma fosa. Sería maravilloso.

Bunch mostró una sonrisa de oreja a oreja ante tan agradable perspectiva.

—Pareces sentirte muy feliz, Bunch —dijo el marido sonriendo.

—¿Y quién no lo estaría en mi lugar? —replicó Bunch algo confusa—. Os tengo a ti, a Susan y a Edward, que me queréis tanto, sin importaros que sea estúpida. ¡Y el sol brilla! ¡Y tenemos este bonito caserón para vivir!

El reverendo Julian Harmon echó una mirada al espacioso y desangelado comedor y asintió dubitativo.

—A mucha gente le parecería el colmo tener que vivir en una casa tan grande y con tantas corrientes de aire.

—Bueno, pues a mí me gustan las habitaciones espaciosas. Todos los olores agradables del exterior pueden entrar y quedarse dentro. Y puedo ser desordenada y dejar las cosas tiradas por cualquier parte sin que estorben.

—¿Sin calefacción central ni electrodomésticos que faciliten el trabajo? Es muy pesado para ti, Bunch.

—Oh, no lo creas, Julian. Me levanto a las seis y media, enciendo la caldera y corro de un lado para otro como una locomotora, y a las ocho ya está todo hecho. Y lo tengo todo muy bonito, ¿verdad? Con cera, barniz, lustre y jarrones con hojas secas. En realidad, cuesta el mismo trabajo tener limpia una casa grande que una pequeña. Puedes manejarte mejor y más deprisa con las escobas, los cepillos y la mopa porque no andas tropezando con todo cada vez que das un paso, como ocurre en las habitaciones pequeñas. Y me gusta dormir en una habitación fría bien metida en la cama, asomando sólo la punta de la nariz para saber qué temperatura hay fuera. Y sea cual sea el tamaño de la casa en que una viva, se mondan la misma cantidad de patatas y se friega el mismo número de platos y todo eso. ¿Te das cuenta de lo agradable que les resulta a Susan y a Edward disponer de una habitación grande donde jugar, donde poder montar sus trenes o jugar con las muñecas por todo el suelo, sin necesidad de tener que volver a recogerlo todo? Además, es bonito disponer de sitio de sobra donde poder dejar vivir a otras personas. De lo contrario, Jimmy Symes y Johnny Finch tendrían que vivir con sus suegros. Y tú sabes, Julian, que no es agradable vivir con los suegros. Sé que tú quieres mucho a mi madre, pero no te hubiese gustado empezar la vida de casado con ella y con papá. Y tampoco me hubiera gustado a mí. Hubiese seguido sintiéndome una niña.

Julian le sonrió.

—Y aún sigues pareciendo una niña, Bunch.

Era evidente que Julian Harmon había sido el modelo escogido por la naturaleza para los hombres de sesenta años. Aún le faltaban, no obstante, unos veinticinco años para que el propósito de la Naturaleza se realizara.

—Ya sé que soy estúpida.

—No eres estúpida, Bunch, eres muy lista.

—No es verdad. No tengo nada de intelectual. Aunque me esfuerzo por serlo. Y me gusta escucharte cuando me hablas de libros, de historia y de esas cosas. Pero creo que quizá no fuese una buena idea que me leyeras aquellos capítulos de Gibbon[3] por la noche, porque cuando sopla un viento frío y se está calentito junto al fuego, Gibbon tiene algo que le hace a una quedarse dormida.

Julian se echó a reír.

—Pero me encanta escucharte, Julian. Cuéntame otra vez la historia del viejo vicario que predicó un sermón sobre Ahasverus[4].

—Ya te lo sabes de memoria, Bunch.

—Cuéntamelo otra vez, por favor.

El marido la complació.

—Fue el viejo Scrymgour. Un día alguien asomó la cabeza en su iglesia. Él estaba inclinado sobre el pulpito, dirigiendo un fervoroso sermón a un par de viejas criadas. Tenía alzado el brazo. Las amenazaba con el dedo y decía: «¡Ah! ¡Ya sé lo que estáis pensando! Vosotros creéis que el Gran Ahasverus de la Primera Lectura era Artajerjes II. Pues, ¡no, señor!». Y luego, con voz triunfal: «¡Era Artajerjes III!».

A Julian Harmon nunca le había parecido gracioso el cuento, pero nunca dejaba de divertir a Bunch que soltó una alegre carcajada.

—¡Qué vejete tan simpático! —exclamó—. Yo creo que con el tiempo tú serás exactamente igual, Julian.

Julian dio muestras de desasosiego.

—Lo sé —dijo con humildad—. Me doy perfecta cuenta de que no siempre abordo las cosas de la manera más sencilla.

—Yo, en tu lugar, no me preocuparía —le aconsejó Bunch, poniéndose en pie y empezando a amontonar la vajilla en una bandeja—. Mrs. Butt me dijo ayer que su esposo, que nunca iba a la iglesia y pasaba por ser el ateo del pueblo, acude ahora todos los domingos para oírte predicar.

Y prosiguió, imitando bastante bien el tono súper refinado de Mrs. Butt.

—«Y por cierto, señora, que Butt le estaba diciendo el otro día a Mr. Timkins, de Little Worsdale, que aquí en Chipping Cleghorn contábamos con auténtica cultura. No como la de Mr. Goss, de Little Worsdale, que le habla a la congregación como si estuviera compuesta de criaturas que no hubiesen recibido ninguna educación. Cultura de verdad, eso es lo que nosotros tenemos. Nuestro vicario es un caballero de gran cultura, educado en Oxford, no en Milchester, y no nos escatima su erudición. Lo sabe todo de los romanos y de los griegos. Y de los babilonios y asirios también. ¡Y hasta el gato de la vicaría lleva el nombre de un rey de Asiria!». Así que si eso no es gloria —terminó diciendo Bunch con aire triunfal—, ¡ya me dirás tú qué es! ¡Cielos! Más vale que me dedique a mis quehaceres o nunca acabaré. Vamos, Tiglath Pileser[5], las espinas de los arenques son para ti.

Abrió la puerta, la mantuvo hábilmente abierta con el pie y salió con la cargada bandeja, cantando en voz alta y con no demasiada armonía una versión propia de una canción de caza:

Hoy es día de matar,
en el sitio y el lugar,
y los guardias del pueblo no están.

El ruido de la vajilla al ser depositada en el fregadero ahogó los siguientes versos, pero al abandonar el reverendo Julian Harmon la casa oyó la triunfante aseveración final:

...¡Así que andando, que hoy toca asesinar!

Capítulo II

Desayuno en Little Paddocks

I

También en Little Paddocks estaban desayunando. Miss Blacklock, de unos sesenta y tantos años de edad y propietaria de la casa, presidía la mesa. Llevaba un vestido de campo de mezclilla y, con él, cosa que resultaba un tanto incongruente, una gargantilla de grandes perlas falsas. Leía el artículo de Lane Norcott en el «Daily Mail». Julia Simmons ojeaba lánguidamente el «Daily Telegraph». Patrick Simmons consultaba la solución del crucigrama del «The Times». Miss Dora Bunner concentraba toda su atención en la lectura del periódico local.

Miss Blacklock soltó una risita ahogada. Patrick murmuró:

—Adherente, no adhesivo; claro, ahí me he equivocado.

De pronto, miss Bunner profirió un sonoro cloqueo, como el de una gallina espantada.

—Letty... Letty. ¿Has visto esto? ¿Qué puede significar?

—¿Qué ocurre, Dora?

—¡Un anuncio muy extraño! Dice claramente Little Paddocks. Pero ¿qué puede significar?

—Si me dejaras verlo, Dora, querida.

Miss Bunner cedió obediente el periódico, señalando el anuncio con el índice tembloroso.

—Fíjate, Letty.

Miss Blacklock se fijó. Enarcó las cejas. Echó una rápida y escudriñadora mirada a los que ocupaban la mesa. Luego leyó en voz alta el anuncio:

—Se anuncia un asesinato que se cometerá el viernes 29 de octubre en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos, acepten este único aviso.

—Patrick, ¿esto es cosa tuya? —preguntó con acritud.

Posó la mirada en el rostro apuesto y atrevido del joven sentado al otro extremo.

Patrick Simmons se apresuró a repudiar la acusación.

—Claro que no, tía Letty. ¿Cómo ha podido ocurrírsete semejante idea? ¿Por qué habría de saber yo ni una palabra del asunto?

—Eres muy capaz de hacer una cosa así —contestó miss Blacklock ceñuda—. Es lo que tú considerarías una broma divertida.

—¿Una broma? De ninguna manera.

—¿Y tú, Julia?

—Claro que no —repuso ésta con cara de aburrimiento.

Miss Bunner murmuró entonces:

—¿Tú crees que Mrs. Haymes...?

Y sin completar la frase, dirigió la mirada al asiento vacío de otra persona que ya había desayunado.

—Oh, no, no creo que Phillipa haya querido dárselas de graciosa —dijo Patrick—. Es una chica seria.

—Pero, ¿qué pretenderán con esto? —preguntó Julia bostezando—. ¿Qué significa?

—Supongo que se trata de una estúpida broma pesada —contestó miss Blacklock con voz pausada.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Dora Bunner—. ¿Qué sentido tiene? Parece una broma bastante estúpida y de muy mal gusto.

Sus fofas mejillas se estremecieron de indignación y el mismo sentimiento titiló en los miopes ojos.

Miss Blacklock le sonrió.

—No te excites, Bunny —le dijo—. Es sólo una muestra de la idea que alguien tiene del humor, pero me gustaría saber quién es.

—Dice hoy —señaló miss Bunner—. Hoy, a las seis y media. ¿Qué crees que ocurrirá?

—¡Muerte! —dijo Patrick con voz sepulcral—. Muerte Deliciosa.

—Cállate, Patrick —le ordenó miss Blacklock al lanzar Dora Bunner un grito.

—Sólo me refería al pastel que hace Mitzi —se excusó Patrick—. Ya sabes que siempre lo llamamos Muerte Deliciosa.

Miss Blacklock sonrió, abstraída.

Dora Bunner insistió:

—Pero, Letty, de veras, ¿tú qué crees que...?

Su amiga la interrumpió con buen humor.

—Sé una cosa que ocurrirá sin falta a las seis y media. Se presentará aquí medio pueblo muerto de curiosidad. Más vale que me asegure de que tenemos jerez en casa.

II

—Estás preocupada, ¿verdad, Lotty?

Miss Blacklock se sobresaltó. Ensimismada, había estado dibujando pececitos en el papel secante de su mesa escritorio. Miró el rostro ansioso de su vieja amiga.

No sabía muy bien qué decirle a Dora Bunner. Sabía que era preciso evitarle cualquier preocupación o disgusto. Guardó silencio unos instantes para pensar.

Dora Bunner y ella habían ido juntas al colegio. Dora, por aquella época, era una muchacha bonita, rubia, de ojos azules, y bastante tonta. Que fuera tonta no le había importado, porque su alegría, su buen humor y su bonito rostro la convertían en una compañera agradable. Opinaba que tendría que

haberse casado con algún agradable oficial del ejército o con un abogado rural. Tenía tantas buenas cualidades: afecto, devoción, lealtad. Pero el destino no se había portado muy bien con Dora Bunner. Había tenido que ganarse la vida. Había sido muy voluntariosa, pero poco competente en todas las tareas que emprendió.

Las dos amigas habían perdido el contacto; pero hacía seis meses, miss Blacklock había recibido una carta, una carta deshilvanada y patética. Dora estaba mal de salud. Vivía sola en un cuartito, intentando subsistir sin más ingresos que la pensión de vejez. Intentaba coser algo, pero tenía los dedos entumecidos por el reuma. Hablaba de sus días de colegiala. Desde entonces la vida las había separado, pero ¿podría su antigua amiga ayudarla?

Miss Blacklock le había contestado impulsivamente. Pobre Dora, la pobre, bonita y tonta Dora. La fue a buscar y se la trajo a Little Paddocks con el tranquilizador embuste de que «el trabajo de la casa empieza a ser superior a mis fuerzas; necesito a alguien que me ayude». No sería por mucho tiempo, el médico se lo había dicho, pero a veces la pobre Dora le resultaba una dura prueba. Lo enredaba todo, disgustaba a la criada extranjera, que era un manojo de nervios, contaba mal las piezas que se mandaban a la lavandería, perdía facturas y cartas, y a veces exasperaba a la competente Mrs. Blacklock. Pobre Dora, inútil, tan leal, tan ávida de ayudar, tan satisfecha y orgullosa al pensar que les era útil y, ¡ay!, tan poco de fiar.

—Basta, Dora. Ya sabes lo que te he pedido —dijo con brusquedad.

—¡Oh! —Miss Bunner puso cara compungida—. Ya lo sé, me olvidé; pero lo estás, ¿verdad?

—¿Preocupada? No. Por lo menos —confesó—, no exactamente preocupada. ¿Lo dices por ese anuncio tan estúpido que ha publicado «The Gazette»?

—Sí, aun cuando se trate de una broma, a mí me parece malintencionada.

—¿Malintencionada?

—Sí, a mí me parece que hay algo malvado. Quiero decir que no es una broma agradable.

Miss Blacklock miró a su amiga. Los ojos bondadosos, la boca testaruda, la nariz levemente respingona. Pobre Dora, tan exasperante, tan cabeza de chorlito, tan devota y un problema tan grande. Una encantadora vieja

quisquillosa y, sin embargo, de una manera extraña, con un instintivo sentido de lo que era correcto.

—Creo que tienes razón, Dora —dijo miss Blacklock—. No es una broma muy agradable.

—No me gusta ni pizca —aseguró Dora Bunner con insospechado vigor —. Me asusta. —Y añadió súbitamente—: Y a ti también, Letitia.

—¡No digas tonterías! —contestó miss Blacklock con pasión.

—Es peligroso. Estoy segura de que sí. Como esa gente que manda explosivos en paquetes postales.

—No será más que un idiota que intenta ser gracioso, querida.

—Pero no es gracioso.

No lo era, en efecto. El semblante de miss Blacklock delató sus pensamientos y Dora exclamó triunfal:

—¿Lo ves? ¡Tú también lo crees!

—Pero, Dora, querida...

Se interrumpió. En la habitación irrumpió una joven fogosa, con los pechos muy bien desarrollados que se agitaban bajo un jersey muy ceñido. Vestía una falda tirolesa de un color vivo y llevaba el pelo negro y grasiento recogido en una trenza enrollada como un casquete. Sus ojos oscuros centelleaban.

—Puedo hablar con usted, sí, ¿verdad? —preguntó con ímpetu.

Miss Blacklock exhaló un suspiro.

—Claro que sí, Mitzi, ¿qué pasa?

A veces pensaba que sería preferible hacer todo el trabajo de la casa ella sola y cocinar también a tener que estar soportando los eternos ataques de histeria de aquella refugiada.

—Se lo digo ahora mismo. Me parece que es legal. Me despido y me marcho. ¡Me marcho ahora mismo!

—¿Por qué razón? ¿Le ha disgustado alguien?

—Sí, estoy aterrorizada —contestó con un tono teatral—. ¡No quiero morir! Ya en Europa me escapé. Mi familia, todos murieron. Los mataron a todos, a todos, mi madre, mi pequeño hermanito, mi encantadora sobrinita, los mataron a todos. Pero a mí no, yo huyo, me escondo, llego a Inglaterra. Trabajo. Hago un trabajo que nunca, nunca hubiera hecho en mi país. Yo...

—Ya lo sé —la interrumpió miss Blacklock tajante. Mitzi repetía siempre la misma cantinela—. Pero ¿por qué quiere marcharse ahora?

—¡Porque otra vez vienen a matarme!

—¿Quiénes?

—Mis enemigos. ¡Los nazis! O quizás esta vez sean los bolcheviques. Averiguan que estoy aquí. Vienen a matarme. Lo he leído. Sí, ¡está en el periódico!

—Ah, ¿se refiere a «The Gazette»?

—Aquí está escrito, aquí —Mitzi señaló «The Gazette» que había traído escondida detrás de la espalda—. Vea, aquí dice asesinato. En Little Paddocks. Eso es aquí, ¿verdad? Esta tarde, a las seis y media. ¡Ah! Yo no me quedo para que me asesinen, no.

—Pero ¿por qué ha de referirse a usted? Es... Creemos que se trata de una broma.

—¿Una broma? ¿Es una broma asesinar a alguien?

—No, claro que no. Pero, mi querida muchacha, si alguien deseara asesinarla a usted no lo anunciaría en el periódico, ¿no le parece?

—¿Usted cree? —Mitzi parecía estar un poco confundida—. ¿Usted no cree que tengan la intención de asesinar a nadie? Quizá sea usted a quien tienen intención de asesinar, miss Blacklock.

—Desde luego, no puedo creer que nadie quiera asesinarme — contestó miss Blacklock tranquilamente—. Y la verdad, Mitzi, no veo por qué habría de querer asesinar nadie a usted. ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Porque son mala gente, muy mala. Le digo que mi madre, mi hermanito, mi encantadora sobrina...

—Sí, sí —Miss Blacklock cortó el torrente en seco—. Yo no puedo creer que nadie desee matarla a usted, Mitzi. Claro que si usted quiere marcharse así, sin más, yo no puedo detenerla; pero la verdad es que opino que será usted muy tonta si lo hace.

Y al ver el gesto de duda de Mitzi, agregó con firmeza:

—La carne que mandó el carnicero la comeremos estofada. Parece muy dura.

—Haré un gulash, un gulash especial.

—Si prefiere llamarlo así, bien está. Y quizá podría usar ese trozo que queda de queso duro para hacer unos tacos. Es posible que esta tarde vengan algunas personas a beber una copa.

—¿Esta tarde? ¿Qué quiere decir con esta tarde?

—A las seis y media.

—Ésa es la hora que dice el periódico. ¿Quién va a venir? ¿Por qué han de venir?

—Vendrán al funeral —anunció miss Blacklock con la risa bailando en sus ojos—. Basta ya, Mitzi. Estoy ocupada. Cierre la puerta al salir —le ordenó—. Asunto arreglado —agregó cuando la puerta se hubo cerrado tras la desconcertada Mitzi.

—¡Eres tan competente, Letty! —murmuró miss Bunner con admiración.

Capítulo III

Seis y media de la tarde

I

—Bueno, ya está todo dispuesto —dijo miss Blacklock. Recorrió con la mirada la amplia sala de estar. Las cretonas con un estampado de rosas, los dos jarrones de crisantemos, el pequeño florero de violetas, la cigarrera de plata sobre la mesa junto a la pared, la bandeja de bebidas en la mesa de centro...

Little Paddocks era una casa de tamaño mediano construida al estilo Victoriano. Tenía una galería larga y poco profunda, y ventanas de postigos verdes. El largo y angosto salón al que la techumbre de la galería quitaba mucha luz, había tenido en otros tiempos una puerta doble en un extremo, que daba a una habitación pequeña con mirador. Una generación anterior se había encargado de quitar la puerta doble y colocar en su lugar cortinas y, finalmente, la propia miss Blacklock había prescindido de éstas, convirtiendo las dos habitaciones en una sola. Había una chimenea en cada extremo, y la temperatura era cálida aunque no estaban encendidas ninguna de las dos.

—¿Has hecho encender la calefacción central? —preguntó Patrick.

Miss Blacklock asintió.

—¡Ha caído tanta lluvia estos últimos días que toda la casa rezumaba humedad! Le pedí a Evans que la encendiera antes de marcharse.

—¿Ese precioso coque? —dijo Patrick burlonamente.

—Sí, ese precioso coque; y si no fuese el precioso coque, hubiese sido el todavía más precioso carbón. Ya sabes que la secretaría de combustibles ni siquiera quiere darnos la minúscula cantidad que nos corresponde semanalmente, a menos que podamos demostrar definitivamente que carecemos de otros medios para cocinar.

—¿Es verdad que en otros tiempos había coque y carbón en abundancia para todo el mundo? —preguntó Julia con el interés de quien oye hablar de un país desconocido.

—Sí. Y además muy baratos.

—¿Y que cualquiera podía comprar todo el que quisiese sin tener que llenar formularios ni nada y que no había escasez? ¿Que había grandes cantidades?

—De todas clases y calidades. Y no era todo piedra y pizarra, como ocurre hoy en día.

—Debía de ser un mundo maravilloso —murmuró Julia con un dejo de admiración.

Miss Blacklock sonrió.

—Yo diría que sí, pero después de todo, soy una vieja. Es natural que prefiera mi propia época. Sin embargo, vosotros, los jóvenes, no deberíais pensar eso.

—No hubiera tenido que buscarme un empleo —comentó Julia—. Hubiese podido quedarme en casa a cuidar las flores y a escribir notas. ¿Por qué se escribían notas y a quién?

—A toda la gente a la que ahora se llama por teléfono —dijo miss Blacklock con picardía—. ¿A que va a resultar que no sabes escribir, Julia?

—No con el estilo de ese delicioso manual de cartas que encontré el otro día. ¡Un verdadero encanto! Dice cuál es la manera correcta de rechazar la oferta de matrimonio de un viudo.

—Dudo que hubieses disfrutado tanto como piensas quedándote en casa. Había ciertos deberes que cumplir, ¿sabes? —la voz de miss Blacklock se tornó seca—. Sin embargo, yo no sé gran cosa de eso en realidad. Bunny y yo —sonrió afectuosamente a Dora Bunner— nos pusimos a trabajar muy pronto.

—Ah, sí, sí; ya lo creo que sí —asintió miss Bunner—. ¡Qué criaturas más atrevidas! No las olvidaré nunca. Claro que Letty era muy lista. Se convirtió en una mujer de empresa: la secretaria de un gran banquero.

Se abrió la puerta y entró Phillipa Haymes. Era alta, rubia y de plácido aspecto. Miró a su alrededor con sorpresa.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Hay una fiesta? Nadie me lo había dicho.

—Es verdad —exclamó Patrick—. Nuestra Phillipa no está enterada. Apuesto a que es la única mujer en todo Chipping Cleghorn que no lo sabía.

Phillipa le miró con expresión inquisitiva.

—¡He aquí —anunció Patrick con un gesto melodramático— la escena de un crimen!

Phillipa pareció un tanto confusa.

—Aquí —Patrick señaló los dos jarrones de crisantemos— están las coronas y estas fuentes de tacos de queso y aceitunas representan el banquete fúnebre.

Esta vez la expresión inquisitiva de Phillipa fue para miss Blacklock.

—¿Es una broma? —preguntó—. Siempre he sido un poco torpe para estas cosas.

—Es una broma de muy mal gusto —dijo Dora Bunner con energía—. No me gusta nada.

—Enséñale el anuncio —dijo miss Blacklock—. Tengo que ir a encerrar los patos. Es de noche. Habrán entrado ya.

—Deje que lo haga yo —sugirió Phillipa.

—De ninguna manera, querida. Ya ha terminado usted su jornada de trabajo.

—Lo haré yo, tía Letty —se ofreció Patrick.

—¡Ni hablar! —replicó miss Blacklock con energía—. La última vez no cerraste bien la puerta.

—Ya lo haré yo, querida Letty —exclamó miss Bunner—. De veras que me encanta. Me pondré los chanclos. Ay, ¿dónde habré dejado mi cárdigan?

Pero miss Blacklock, sonriendo, había salido ya de la habitación.

—Es inútil, Bunny —dijo Patrick—. Tía Letty es tan eficiente que no puede soportar que nadie le haga nada. Prefiere hacerlo todo ella misma.

—Le encanta —señaló Julia.

—No recuerdo haberte oído ofrecer tu ayuda —manifestó su hermano.

Julia sonrió con indolencia.

—Acabas de decir que a tía Letty le gusta hacer ella misma las cosas —observó—. Además —alzó una de sus bien torneadas piernas—, llevo puesto el mejor par de medias que tengo.

—¡La muerte con medias de seda! —declaró Patrick.

—Seda no, estúpido, nailon.

—No queda tan bien para el título.

—¿Tendría alguien la amabilidad de decirme —exclamó Phillipa quejumbrosa— a qué se debe este continuo insistir sobre la muerte?

Todos intentaron explicárselo al mismo tiempo. Nadie logró encontrar «The Gazette» para enseñársela, porque Mitzi se la había llevado a la cocina.

Miss Blacklock regresó unos minutos más tarde.

—Bueno, ya está —dirigió una mirada al reloj—. Las seis y veinte. No tardará en llegar alguien, a menos que me haya formado una idea completamente equivocada de mis vecinos.

—No veo por qué ha de venir nadie —dijo Phillipa con cara de aturdimiento.

—¿No, querida? Seguramente usted no se presentaría; pero la mayoría de la gente es muchísimo más curiosa que usted.

—La actitud de Phillipa ante la vida es de total desinterés —dijo Julia con bastante mala intención.

Phillipa no contestó.

Miss Blacklock estaba echando una última ojeada a la habitación. Mitzi había colocado el jerez y tres fuentes con aceitunas, tacos de queso y unas pastas en la mesa de centro.

—Patrick, si no te importa, llévate las bandejas o toda la mesa, si quieres, al mirador de la otra habitación. Al fin y al cabo, no estoy dando una fiesta. Yo no he invitado a nadie. Y no tengo la menor intención de demostrar que espero que se presenten mis vecinos.

—¿Quieres, tía Letty, disimular tu inteligente previsión?

—Muy bien expresado, Patrick. Gracias, querido.

—Ahora podemos representar todos magníficamente el papel de estar pasando una velada tranquila en casa —dijo Julia— y mostrarnos la mar de sorprendidos cuando se deje caer alguien por aquí.

Miss Blacklock había cogido la botella de jerez, y la observaba con cierta vacilación.

Patrick la tranquilizó.

—Está medio llena. Debería bastar.

—Sí... sí... —la anciana dudaba. Luego, sonrojándose levemente, añadió —: Patrick, ¿te importaría...? Hay una botella sin abrir en la alacena de la despensa. Tráela junto con un sacacorchos. Yo... más vale que empecemos una botella nueva. Ésta... ésta lleva ya descorchada bastante tiempo.

Patrick salió para cumplir el encargo sin decir una palabra. Volvió con la otra botella y la descorchó. Miró con curiosidad a miss Blacklock al

depositar la botella sobre la bandeja.

—Te estás tomando las cosas muy en serio, ¿verdad? —preguntó con dulzura.

—¡Oh! —exclamó Dora Bunner con un sobresalto—. Pero, ¿es posible, Letty, que te imagines...?

—Calla —la interrumpió apresuradamente la otra—. Ha sonado el timbre. Como ves, mi inteligente previsión está completamente justificada.

II

Mitzi abrió la puerta de la sala e hizo pasar al coronel y a su esposa. Tenía sus propios métodos para anunciar a la gente.

—Aquí están el coronel y Mrs. Easterbrook para verla —dijo con un tono informal.

El coronel se mostró muy animoso y jovial para ocultar cierto leve embarazo.

—Espero que no les molestará que hayamos venido —dijo. Julia ahogó una risita—. Pasábamos por aquí, ¿saben? Una noche tan apacible. Veo que han encendido ustedes la calefacción. Nosotros aún no hemos puesto en marcha la nuestra.

—¡Qué crisantemos más hermosos! —exclamó Mrs. Easterbrook efusivamente—. ¡Qué bonitos son!

—En realidad, son bastante desastrosos —dijo Julia.

Mrs. Easterbrook saludó a Phillipa Haymes con un poco más de cordialidad que a los demás para demostrar que comprendía perfectamente que Phillipa no era, en realidad, una trabajadora del campo.

—¿Cómo marcha el jardín de Mrs. Lucas? —preguntó—. ¿Cree usted que volverá a estar en condiciones algún día? Lo abandonaron por completo durante la guerra y luego no han tenido más que a ese terrible viejo, Ashe, que no hace nada más que barrer unas cuantas hojas secas y plantar un puñado de coles.

—Mejora con el tratamiento —contestó Phillipa—, pero tardará tiempo en reponerse.

Mitzi abrió la puerta otra vez y dijo:

—Aquí están las señoritas de Boulders.

—Buenas tardes —dijo miss Hinchcliffe que se acercó a miss Blacklock y le dio un formidable apretón de manos—. Le dije a Murgatroyd: «¡Vamos

a dejarnos caer por Little Paddocks!». Quería preguntarle qué tal le ponen los patos.

—Ahora oscurece muy temprano, ¿verdad? —le comentó miss Murgatroyd a Patrick un tanto agitada— ¡Qué bonitos crisantemos!

—¡Zarrapastrosos! —aseguró Julia.

—¿Por qué no te muestras un poco más agradable? —le murmuró Patrick a su hermana.

—Han encendido la calefacción —observó miss Hinchcliffe con tono acusador— muy pronto.

—¡La casa es tan húmeda en esta época del año! —contestó miss Blacklock.

Patrick hizo una señal con las cejas como inquiriendo: «¿Sirvo el jerez ya?». Y ella le respondió con otra señal: «Aún no».

Le preguntó al coronel Easterbrook:

—¿Este año le enviarán bulbos de Holanda?

La puerta volvió a abrirse y entró Mrs. Swettenham con aire culpable, seguida por un ceñudo y desasosegado Edmund.

—¡Aquí estamos! —anunció alegremente Mrs. Swettenham mirando a su alrededor con franca curiosidad. Luego, repentinamente cohibida, añadió—: Se me ocurrió acercarme a preguntarle si por casualidad quería usted un gatito, miss Blacklock. Nuestra gata está a punto...

—... de dar a luz la progenie de un gato canela —dijo Edmund—. Creo que el resultado será espantoso. ¡No diga luego que no la he advertido!

—Es muy buena cazadora de ratones —se apresuró a decir Mrs. Swettenham. Y agregó—: ¡Qué bonitos crisantemos!

—Ha encendido usted ya la calefacción, ¿verdad? —preguntó Edmund queriendo ser original.

—¿No suenan como discos rayados? —murmuró Julia.

—No me gustan las noticias —le comentó el coronel Easterbrook a Patrick con un tono feroz—. No me gustan en absoluto. Si quiere que le dé mi opinión, la guerra es inevitable, absolutamente inevitable.

—Yo nunca hago caso de las noticias —señaló Patrick.

La puerta se abrió de nuevo y entró Mrs. Harmon.

Llevaba el maltrecho sombrero de fieltro en la coronilla, en un vago intento por parecer a la moda, y se había puesto una blusa llena de adornos en lugar del jersey de costumbre.

—Hola, miss Blacklock —exclamó, el redondo rostro radiante—. No llego demasiado tarde, ¿verdad? ¿Cuándo empieza el asesinato?

III

Hubo una serie de ahogadas exclamaciones. Julia rió divertida. Patrick frunció el ceño y miss Blacklock sonrió a la recién llegada.

—Julian está rabioso porque no puede venir —dijo Mrs. Harmon—. Adora los asesinatos. Éste es en realidad el motivo de que diera un sermón tan bueno el domingo pasado. Supongo que no debería decir que fue un sermón bueno, porque es mi marido, pero la verdad es que fue bueno, ¿no le parece? Mucho mejor que los que suele dar. Pero como estaba diciendo, todo ello se debió a La muerte llama tres veces. ¿La ha leído? La dependienta de Boot's me la reservó. Es tan desconcertante. Una no hace más que pensar que sabe quién es el culpable y, cuando más segura está, ¡zas!, todo el asunto da un brusco giro. Y hay un montón de asesinatos magníficos: cuatro o cinco. El caso es que me dejé la novela en el despacho cuando Julian se encerró para preparar el sermón. ¡Y él la cogió y ya no pudo soltarla! Como consecuencia de ello, tuvo que escribir el sermón con unas prisas enormes, y anotó lo que quería decir de una forma muy sencilla, sin adornos y sin referencias eruditas; y claro, resultó mucho mejor. ¡Ay, Señor! Estoy hablando demasiado. Pero, dígame, ¿cuándo va a empezar el asesinato?

Miss Blacklock consultó el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

—Si ha de empezar —anunció alegremente—, debería hacerlo muy pronto. Falta un minuto para la media. Entretanto, tomen una copa de jerez.

Patrick cruzó apresuradamente la arcada. Miss Blacklock se acercó a la mesa situada junto a la arcada donde estaba la cigarrera.

—Me encantaría tomar una copa de jerez —dijo Mrs. Harmon—. Pero, ¿qué quiere decir con que «si ha de empezar»?

—La verdad es —contestó miss Blacklock— que sé tanto como ustedes. No sé qué...

Se interrumpió y volvió la cabeza al empezar a sonar el reloj. Tenía un tono dulce, cristalino como el de una campana. Todo el mundo guardó silencio y permaneció inmóvil. Todos miraron el reloj.

Dio el cuarto... dio la media. Y al sonar la última nota, todas las luces se apagaron.

IV

En medio de la oscuridad se oyeron exclamaciones y muy femeninos chillidos de placer. «Ya empieza», exclamó Mrs. Harmon extasiada. La voz de Dora Bunner murmuró quejumbrosa: «¡Oh! ¡No me gusta nada!». Otras voces dijeron: «¡Qué miedo!», «¡Se me está poniendo la carne de gallina!», «Archie, ¿dónde estás?», «¿Y yo qué tengo que hacer?», «¡Ay, Señor! ¿Le he pisado? ¡Perdone!».

Luego, la puerta se abrió violentamente. El haz luminoso de una potente linterna recorrió toda la habitación. Una voz masculina, ronca y nasal, que recordó a todos las tardes agradables pasadas en el cine, ordenó a los reunidos:

—¡Manos arriba! ¡Manos arriba he dicho!

Las manos de todos se alzaron gustosas. Estaban disfrutando enormemente.

—Qué maravilloso, ¿verdad? —susurró una voz femenina—. ¡Estoy tan emocionada!

Y entonces, inesperadamente, se disparó un revólver. Dos veces. El silbido de dos proyectiles acabó con el ambiente de satisfacción. El juego había dejado de ser un juego. Alguien gritó.

La figura enmarcada en la puerta se volvió bruscamente. Pareció titubear. Sonó un tercer disparo. La figura se encogió y cayó pesadamente al suelo. La linterna cayó también y se apagó.

Reinaron de nuevo las tinieblas. Y dulcemente, con un suave chirrido de protesta, la puerta de la sala, como era habitual cuando algo no la sujetaba, se cerró lentamente y se oyó el chasquido del picaporte.

V

En el interior de la sala reinaba el caos. Hablaban varias voces a la vez: «¡Luces!», «¿No encontráis el interruptor?», «¿Quién tiene un mechero?», «Oh... no me gusta, ¡no me gusta nada!», «¡Esos disparos eran reales!», «¡Llevaba un revólver de verdad!», «¿Era un ladrón?», «Oh, Archie, ¡quiero salir de aquí!», «Por favor, ¿no tiene alguien un mechero?».

Y entonces, casi en el mismo instante, brillaron las pequeñas llamas de dos mecheros.

Todos parpadearon y se miraron los unos a los otros. Rostros llenos de sobresalto. De pie y pegada a la pared, junto a la arcada, estaba miss Blacklock con una mano en la cara. La luz era demasiado débil para que pudiera distinguirse mucho, sólo se vio que algo oscuro resbalaba entre los dedos.

El coronel Easterbrook carraspeó y se puso a la altura de las circunstancias.

—Pruebe el interruptor, Swettenham —ordenó.

Edmund, que estaba cerca de la puerta, obedeció.

—O han cortado la corriente en el contador o han quitado un fusible —dijo el coronel—. ¿Quién está armando todo ese jaleo?

Una voz femenina chillaba en algún lugar al otro lado de la puerta. Los gritos se hicieron más fuertes, esta vez acompañados por el estrépito de alguien que aporreaba una puerta.

Dora Bunner, que había estado sollozando silenciosamente, dijo:

—Es Mitzi. Alguien está asesinando a Mitzi.

—No tendremos esa suerte —murmuró Patrick.

—Hay que buscar velas. Patrick, ¿quieres...? —señaló miss Blacklock.

El coronel estaba abriendo ya la puerta. Edmund y él, con la vacilante llama de los mecheros, salieron al vestíbulo y casi tropezaron con la figura que yacía en el suelo.

—Parece haber perdido el conocimiento —dijo el coronel—. ¿Dónde está esa mujer que hace ese ruido infernal?

—En el comedor.

El comedor estaba al otro lado del vestíbulo. Alguien golpeaba la puerta, aullando y gritando.

—Está encerrada con llave —dijo Edmund.

Hizo girar la llave y Mitzi salió dando un salto como un tigre.

La luz del comedor estaba encendida. Mitzi ofrecía la imagen de la locura y el terror, y continuó chillando. Había estado limpiando la plata, y el hecho de que aún conservaba en la mano una gamuza y una pala de pescado ponía una nota humorística a la escena.

—Cállese, Mitzi —dijo miss Blacklock.

—¡Basta! —le ordenó Edmund. Y como Mitzi no diera señales de parar, se inclinó hacia ella y le dio una bofetada. Mitzi boqueó, hipó y acabó guardando silencio.

—Vaya a buscar velas —ordenó miss Blacklock—. En la alacena de la cocina. Patrick, ¿sabes dónde está la caja de fusibles?

—¿En el pasillo detrás del fregadero? Bien, veré qué puedo hacer.

Miss Blacklock avanzó hasta el sector iluminado y Dora Bunner sollozó. Mitzi dio otro terrorífico alarido.

—Sangre. ¡Sangre! —chilló—. Está herida. ¡Se desangrará usted, miss Blacklock!

—No sea usted estúpida —le dijo la anciana con brusquedad—. Apenas si estoy herida. Un simple rasguño en la oreja.

—Pero, tía Letty —murmuró Julia—, la sangre...

Y lo cierto era que la blanca blusa, las perlas y la mano ofrecían un espectáculo sangriento.

—Las orejas siempre sangran —dijo miss Blacklock—. Recuerdo que una vez me desmayé en la peluquería siendo niña. El peluquero sólo me hizo un pequeño corte en el lóbulo, pero en el acto aquello parecía una sangría. ¡Necesitamos luces!

—Voy a buscar las velas —se ofreció Mitzi.

Julia la acompañó y volvieron con varias velas enganchadas en platos pequeños.

—Y ahora —indicó el coronel— echémosle una mirada a nuestro malhechor. Acerque las velas, ¿quiere, Swettenham? Todo lo que pueda.

—Yo me pondré por el otro lado —anunció Phillipa.

Sujetó un par de platos con mano firme. El coronel Easterbrook se arrodilló.

La yaciente figura estaba envuelta en una burda capa negra con capucha. Cubría el rostro un antifaz negro y las manos con guantes de lana también negros. La capucha había caído, revelando una revuelta cabellera rubia.

El coronel Easterbrook le dio la vuelta, le tomó el pulso y le puso la mano en el pecho. Luego retiró los dedos con exclamación de repugnancia y se los contempló. Los tenía pegajosos y teñidos de rojo.

—Se ha pegado un tiro —dijo.

—¿Es grave? —preguntó miss Blacklock.

—¡Hum! Me temo que ha muerto. Puede tratarse de un suicidio, o puede haberse enredado en la capa y caído, disparándose el revólver. Si pudiera ver mejor...

En aquel momento, como por arte de magia, las luces volvieron a encenderse.

Con una extraña sensación de irrealidad, los habitantes de Chipping Cleghorn que estaban en el vestíbulo de Little Paddocks se dieron cuenta de que se encontraban en presencia de un caso de muerte repentina y violenta. El coronel Easterbrook tenía la mano teñida de rojo. La sangre aún resbalaba por el cuello de miss Blacklock, tiñéndole la blusa y la chaqueta. Y el cuerpo del intruso, grotescamente retorcido, yacía a sus pies.

Patrick llegó del comedor y dijo:

—Parece como si sólo hubiera saltado uno de los fusibles.

Se detuvo en seco.

El coronel Easterbrook tiró del pequeño antifaz negro.

—Es mejor que veamos de quién se trata, aunque no creo que sea nadie a quien conozcamos.

Le quitó el antifaz. Todos estiraron el cuello. Mitzi hipó y boqueó, pero los demás guardaron silencio.

—Es muy joven —observó Mrs. Harmon con un dejo de compasión.

Y de pronto, Dora Bunner exclamó excitada:

—¡Letty, Letty, es el joven del balneario de Medenham Wells! El que vino aquí a pedirte que le dieras dinero para regresar a Suiza y te negaste. Supongo que eso no fue más que un pretexto para espiar. ¡Ay, Señor! ¡Hubiera podido matarte!

Miss Blacklock, dueña de la situación, dijo incisiva:

—Phillipa, llévese a Bunny al comedor y déle media copa de coñac. Julia, querida, corre al cuarto de baño y tráeme las vendas que encontrarás en el botiquín. ¡Es tan pegajoso y desagradable eso de desangrarse como un cerdo! Patrick, ¿quieres hacer el favor de telefonear inmediatamente a la policía?

Capítulo IV

El Hotel «Royal Spa»

I

George Rydesdale, jefe de la policía de Middeshire, era un hombre sosegado, de estatura media y ojos perspicaces que observaban atentos bajo unas espesas cejas, que era más propenso a escuchar que a hablar. Luego,

con voz que no expresaba emoción alguna, daba una orden y la orden se obedecía.

En aquel instante escuchaba con atención al inspector Dermot Craddock. Craddock había sido encargado oficialmente del caso. La noche anterior, Rydesdale le había ordenado que regresara de Liverpool, adonde le había mandado a hacer ciertas investigaciones relacionadas con otro caso. Rydesdale tenía en muy buen concepto a Craddock. No sólo estaba dotado de inteligencia e imaginación, sino que, y esto lo apreciaba Rydesdale mucho más, tenía la disciplina para hacer las cosas con calma, examinar y comprobar cada dato, y mantener la mente abierta hasta el mismísimo final de una investigación.

—El agente Legg contestó a la llamada —estaba diciendo Craddock—. Parece haberse comportado correctamente, con prontitud y serenidad. Y eso no debe de haber sido muy fácil. Había alrededor de una docena de personas empeñadas en hablar todas al mismo tiempo y, entre ellas, una de esas refugiadas centroeuropeas que parecen trastornarse en cuanto ven un uniforme. Parecía convencida de que iban a encerrarla y echó abajo la casa a gritos.

—¿El difunto ha sido identificado?

—Sí, señor. Rudi Scherz, de nacionalidad suiza, empleado en el hotel «Royal Spa» de Medenham Wells como recepcionista. Si no tiene usted nada que objetar, señor, pensaba empezar por el hotel e ir luego a Chipping Cleghorn. El sargento Fletcher está allí ahora. Se entrevistará con la gente de los autobuses y a continuación irá a la casa.

Rydesdale asintió.

Se abrió la puerta y el jefe de policía alzó la cabeza.

—Entre, Henry —dijo—. Tenemos un asunto que se sale un poco de lo corriente.

Sir Henry Clithering, ex jefe de Scotland Yard, entró con las cejas levemente enarcadas. Era un hombre alto, entrado en años y de aspecto distinguido.

—Es posible —prosiguió Rydesdale— que incluso resulte atractivo para su hastiado paladar.

—Nunca se me ha gastado el paladar —contestó sir Henry con indignación.

—La última moda —observó el jefe— es anunciar los asesinatos por anticipado. Enséñele a sir Henry ese anuncio, Craddock.

—«The North Benham News and Chipping Cleghorn Gazette» —silabeó sir Henry—. ¡Buen título! —leyó lo que el dedo de Craddock le señalaba—. Hum, sí, se sale algo de lo corriente.

—¿Se sabe quién puso el anuncio? —preguntó Rydesdale.

—A juzgar por la descripción, señor, lo puso el propio Rudi Scherz el miércoles.

—¿Nadie le preguntó nada? ¿La persona que lo aceptó no lo encontró extraño?

—La rubia encargada de recibir los anuncios creo que es totalmente incapaz de pensar. Se limitó a contar las palabras y cobrar su importe.

—¿Con qué intención lo hizo? —preguntó sir Henry.

—Despertar la curiosidad de los vecinos del pueblo —sugirió Rydesdale —. Conseguir que se congregaran todos en un punto determinado y a una hora fija para poderlos atracar y quitarles cuanto dinero llevaran, además de las joyas. Como idea, no carece de originalidad.

—¿Qué clase de lugar es Chipping Cleghorn? —quiso saber sir Henry.

—Un pueblo grande y pintoresco. Panadería, carnicería, ultramarinos, una buena tienda de antigüedades, dos salones de té... Un lugar bello y atractivo que sabe perfectamente que lo es. Hace lo posible por atraer a los turistas que viajan en coche. También es un pueblo residencial. Las casas ocupadas antaño por los labradores se han restaurado y arreglado, y ahora viven viejas solteronas y matrimonios retirados. En tiempos de la reina Victoria se construyeron bastantes casas.

—Conozco el ambiente —dijo sir Henry—. Ancianas adorables y coroneles retirados. Sí, si leyeron ese anuncio, irían todos a husmear a las seis y media para ver qué sucedía. ¡Cuánto me gustaría tener a mi vieja particular aquí! ¡Con qué placer le hincaría el diente a este misterio! Es precisamente de los que ella disfruta investigando.

—¿Quién es esa viejecita tan particular? ¿Una tía?

—No —suspiró sir Henry—. No, no es pariente. Y agregó con reverencia—: Es la mejor detective que Dios ha creado. Genio innato cultivado en el terreno más apropiado.

Se volvió hacia Craddock.

—No cometa el error de menospreciar a las viejas de ese pueblo, muchacho —le dijo—. Si se diera el caso de que éste resultara ser un misterio de los que hacen época, cosa que dudo, tenga presente que una mujer soltera, entrada en años, que hace ganchillo y se entretiene en el jardín, puede darle cien mil vueltas al detective más experimentado. Es capaz de decirle lo que puede haber ocurrido, lo que debiera haber ocurrido y, quizá, ¡lo que ha sucedido en realidad! ¡Y también por qué ha ocurrido!

—Lo tendré en cuenta, sir Henry —respondió el inspector Craddock con su tono más oficial. Nadie hubiera sospechado al oírle que Dermot Eric Craddock era el ahijado de sir Henry, que le unían a él lazos de gran afecto y que se tuteaban en la intimidad.

Rydesdale le explicó el caso en breves palabras a su amigo.

—Estoy con usted en que todos se presentarían a las seis y media al leer el anuncio —dijo—. Pero, ¿cómo podía estar tan seguro ese suizo? Y otra cosa, ¿sería probable que llevaran encima suficientes cosas de valor para que valiese la pena atracarlos?

—Un par de broches antiguos, un collar de perlas falsas, algo de dinero suelto, quizás una libra o a lo sumo dos —murmuró sir Henry pensativo—. ¿Solía tener miss Blacklock mucho dinero en casa?

—Ella dice que no. Tengo entendido que no había más que cinco libras.

—Una miseria —murmuró Rydesdale.

—Ya veo. Lo que usted cree es que —observó sir Henry— a ese joven le gustaba hacer comedia. No era el dinero, sino el placer de interpretar un papel y fingir un atraco. Un peliculero, ¿verdad? Es posible. ¿Cómo se las arregló para pegarse un tiro?

Rydesdale cogió un papel que tenía sobre la mesa.

—El informe preliminar del forense. El revólver fue disparado casi a quemarropa, chamuscado... hum, nada indica si se trató de un accidente o de un suicidio. Pudo haberlo hecho deliberadamente o tal vez tropezó y cayó, disparándosele el arma. Lo más probable es que sea esto último —miró a Craddock—. Tendría usted que interrogar con mucho cuidado a los testigos y procurar que contaran con el mayor detalle posible lo que vieron.

El detective inspector Craddock dijo tristemente:

—Cada uno ha visto una cosa distinta.

—Siempre me ha parecido interesante —observó sir Henry— lo que la gente es capaz de ver en un momento de intensa emoción y de tensión

nerviosa. Lo que ve, y mucho más interesante aún, lo que no ve.

—¿Dónde está el informe sobre el revólver?

—Es de fabricación extranjera, un modelo bastante común en el continente. Scherz no tenía licencia de armas, y no la declaró al entrar en Inglaterra.

—Mal chico —murmuró sir Henry.

—Un tipo muy poco satisfactorio en conjunto. Bueno, Craddock, vaya a ver lo que puede averiguar de él en el «Royal Spa».

II

Cuando llegó al «Royal Spa», el inspector Craddock fue conducido al despacho del gerente.

Mr. Rowlandson era un hombre alto, de rostro colorado y muy expresivo, que saludó efusivamente y con jovialidad al detective.

—Encantados de ayudarle en todo lo que podamos, inspector —anunció —. Es un asunto sorprendente de verdad. Nunca lo hubiese creído, nunca. Scherz parecía un muchacho muy corriente y agradable. No concuerda con la idea que yo tenía de lo que es un atracador.

—¿Cuánto tiempo ha estado a su servicio, Mr. Rowlandson?

—Lo he estado comprobando justo antes de que llegara usted. Poco más de tres meses. Buenas referencias, los permisos en regla, etcétera.

—¿Y le pareció a usted satisfactorio?

Sin que su expresión le delatara en lo más mínimo, Craddock reparó en la pausa infinitesimal que Rowlandson hizo antes de contestar:

—Completamente satisfactorio.

Craddock recurrió a una técnica que le había resultado eficaz en otras ocasiones.

—No, no, Mr. Rowlandson —dijo, meneando amablemente la cabeza—. Eso no es del todo cierto.

—Bueno... —el gerente se quedó un poco parado.

—Vamos, Mr. Rowlandson, algo había que no estaba bien. ¿Qué era?

—Ahí está precisamente, no lo sé.

—Pero usted creía que había algo extraño?

—Pues sí, en efecto. Pero, en realidad, no tengo nada en qué basarme. No me gustaría que se tomara nota de mis conjeturas y éstas se citaran luego contra mí.

Craddock sonrió.

—Comprendo lo que quiere usted decir. No tiene por qué preocuparse; pero he de hacerme una idea de cómo era ese Scherz. Usted desconfiaba de él, ¿qué era lo que sospechaba?

Rowlandson dijo de bastante mala gana:

—Tuvimos problemas un par de veces, por las facturas. Cosas cobradas que no debieran haber figurado.

—¿Quiere usted decir que sospechaba que en las facturas cargaba cosas que no aparecían en las cuentas del hotel y que se guardaba la diferencia al ser pagada la nota?

—Algo así. Lo menos que puede decirse es que tuvo descuidos imperdonables. En una o dos ocasiones se trató de cantidades bastante grandes. Con franqueza, le pedí a nuestro contable que repasara los libros de Scherz, porque sospechaba que era... bueno, que no era honrado del todo. Pero aunque se encontraron varias equivocaciones y su contabilidad dejaba mucho que desear, las cuentas estaban en orden. Así que llegué a la conclusión de que debía de haberme equivocado.

—¿Y si no se hubiese equivocado usted? ¿Y si Scherz se hubiese estado embolsando pequeñas cantidades aquí y allá? Supongo que podría haber cubierto sus desfalcos reponiendo el dinero sustraído, ¿verdad?

—Sí, si lo hubiera tenido; pero la gente que se apodera de «pequeñas cantidades», como usted las llama, suele andar mal de dinero y se lo gasta en seguida.

—Entonces si quería dinero para restituir esas cantidades, tendría que obtenerlo cometiendo un atraco o por algún otro procedimiento, ¿no es eso?

—Sí. Y me pregunto si fue ésta la primera vez.

—Es probable. Desde luego, dio muestras de una gran inexperiencia. ¿Hay alguna otra persona de quien pudiera haber obtenido dinero? ¿Hay alguna mujer en su vida?

—Una de las camareras del restaurante. Se llama Myrna Harris.

—Será mejor que hable con ella.

III

Myrna Harris era una muchacha bonita, pelirroja, de nariz respingona.

Se mostró alarmada, cautelosa y profundamente consciente de la indignidad de ser interrogada por la policía.

—No sé una palabra del asunto, inspector, ni una palabra —protestó—. De haber sabido cómo era, no hubiese salido nunca con Rudi. Claro está que, al trabajar aquí en la recepción, creí que era buena persona. Es natural. Lo que yo digo es que el hotel debería tener mas cuidado cuando coge personal, sobre todo tratándose de extranjeros. Porque una nunca sabe a qué atenerse con los extranjeros. Supongo que quizás estaba metido en una de esas bandas de las que hablan en los periódicos.

—Creemos —contestó Craddock— que trabajaba por su cuenta.

—¡Hay que ver! ¡Con lo serio y respetable que parecía! ¡Quién se lo iba a imaginar! Aunque lo cierto es que se han echado en falta algunas cosas, ahora que lo pienso. Un broche de diamantes y un pequeño relicario de oro, creo; pero jamás se me ocurrió pensar que hubiera podido ser Rudi.

—Lo creo —asintió Craddock—. Era imposible no dejarse engañar. ¿Lo conocía usted bien?

—Yo no diría tanto.

—Pero ¿eran amigos?

—Oh, amigos sí, nada más que eso: amigos a secas. Nada serio. Siempre estoy en guardia cuando trato con extranjeros. Son simpáticos y atractivos a veces, pero nunca se sabe, ¿verdad? ¡Algunos de esos polacos durante la guerra...! ¡Y hasta algunos de los norteamericanos...! No dicen una palabra de que están casados hasta que ya es demasiado tarde. Rudi se daba importancia y todo eso, pero yo siempre me decía: «De la misa, la mitad».

Craddock se agarró a aquello.

—Se daba importancia, ¿eh? Eso es muy interesante, miss Harris. Veo que va usted a ser una gran ayuda para nosotros. ¿De qué manera se daba importancia?

—Hablaba de lo rica e importante que era su familia en Suiza. Pero eso no cuadraba con lo mal que andaba él de dinero. Solía decir siempre que, como consecuencia de la reglamentación en cuestión de divisas, no podía recibir aquí dinero de su país. Supongo que eso podría ser verdad, pero sus cosas no era caras. Su ropa, quiero decir. No era de calidad. Creo también que muchas de las historias que me contaba eran pura fantasía. Escalar los Alpes y salvar la vida a la gente en los ventisqueros. ¡Si le daba vértigo con sólo darse un paseo por la orilla del Desfiladero de Boulter! ¡Los Alpes! ¡Qué imaginación!

—¿Salía usted mucho con él?

—Sí, la verdad es que sí. Tenía muy buenos modales y sabía cómo... cómo tratar a una muchacha. Siempre las mejores butacas en el cine. Incluso me compraba flores a veces. Y bailaba como un ángel, como un ángel.

—¿Le habló a usted alguna vez de miss Blacklock?

—Viene aquí a comer a veces, ¿verdad? Y se alojó aquí en una ocasión. No, no recuerdo que Rudi la mencionara nunca. No sabía que la conociera.

—¿Mencionó alguna vez Chipping Cleghorn?

Le pareció ver una leve expresión de cautela en los ojos de Myrna, pero no estaba seguro.

—Creo que no. Me parece que alguna vez preguntó por los autobuses, la hora a que salían, pero no recuerdo si era para ir a Chipping Cleghorn o a algún otro lugar. No fue recientemente, en todo caso.

No pudo sacarle nada más. El comportamiento de Rudi Scherz le había parecido como de costumbre. No le había visto la noche anterior. Y nunca, nunca había tenido la menor sospecha de que Rudi Scherz fuese un malhechor.

Y probablemente, pensó Craddock, en eso decía la verdad.

Capítulo V

Miss Blacklock y Miss Bunner

Little Paddocks era muy parecido a como el inspector Craddock se lo había imaginado. Vio patos y gallinas, y lo que había sido hasta hacía poco un bonito arriate de flores en el que unas cuantas margaritas de San Miguel mostraban sus últimos destellos de purpúrea belleza. El césped y los senderos presentaban señales de descuido.

«Probablemente —pensó—, *no tienen mucho dinero para gastar en jardineros. Les gustan las flores y tienen gusto para sembrarlas y disponerlas. La casa necesita una capa de pintura. Lo mismo les ocurre a la mayoría de las casas de hoy en día. Una casa muy agradable».*

Al detenerse el coche de Craddock ante la puerta principal, el sargento Fletcher apareció por una esquina. El sargento parecía un soldado de la guardia de erguido porte marcial, y sabía decir de diferentes maneras la palabra «señor».

—Hola, Fletcher.

—Señor —dijo el sargento.

—¿Tiene algo que comunicar?

—Hemos terminado de registrar la casa, señor. Scherz no parece haber dejado huellas dactilares en ninguna parte. Llevaba guantes, claro. No hay señal alguna de que forzara ninguna puerta o ventana para entrar. Al parecer, vino de Medenham en el autobús que llega a Chipping Cleghorn a las seis. Según he podido averiguar, la puerta lateral de la casa se cerró a las cinco y media, de modo que debió entrar por la puerta principal. Miss Blacklock declara que esa puerta no se cierra con llave hasta que se retiran todos a dormir. La doncella, sin embargo, asegura que la puerta estuvo cerrada con llave toda la tarde, pero es de ésas capaces de decir cualquier cosa. Es una mujer muy temperamental. Una refugiada centroeuropea.

—Una mujer difícil, ¿eh?

—¡Señor! —dijo el sargento con intenso sentimiento.

Craddock sonrió.

Fletcher continuó su informe.

—La instalación eléctrica se encuentra en perfecto estado; aún no hemos descubierto cómo manipuló las luces. Sólo saltó uno de los circuitos. El de la sala y el vestíbulo. Claro está que, hoy en día, las lámparas y las luces de pared no están conectadas al mismo fusible; pero esta instalación es antigua. No veo cómo pudo haber manipulado la caja de fusibles, porque está junto al fregadero y hubiese tenido que atravesar la cocina. Y la doncella le hubiese visto.

—¿A menos que estuviese compinchada con él?

—Es muy posible. Extranjeros los dos. Yo no me fiaría de ella, ni un tanto así.

Craddock reparó entonces en los dos enormes ojos negros que atisbaban asustados por la ventana vecina a la puerta principal. El rostro, aplastado contra el vidrio, apenas era visible.

—¿Es ella?

—Sí, señor.

La cara desapareció.

Craddock hizo sonar el timbre.

Al cabo de un buen rato le abrió una joven bien parecida, de cabello castaño y expresión aburrida.

—Soy el inspector Craddock.

La joven le miró, serena, con sus atractivos ojos de color avellana.

—Pase. Miss Blacklock le está esperando.

El vestíbulo era largo y estrecho, y parecía contar con un interminable número de puertas.

La joven abrió una de la izquierda y anunció:

—El inspector Craddock, tía Letty. Mitzi no quiso abrir. Se ha encerrado en la cocina y no deja de proferir los gemidos más estentóreos que se pueda uno imaginar. No creo que hoy nos dé de comer —y agregó como explicación para Craddock—: No le gusta la policía —se retiró y cerró la puerta.

Craddock avanzó hacia la dueña de Little Paddocks.

Vio a una mujer alta, de aspecto dinámico, de unos setenta años. Su cabello gris tenía una leve ondulación natural y constituía un marco distinguido para un rostro inteligente y decidido. Tenía los ojos grises y una mirada penetrante, y la barbilla cuadrada expresaba determinación. Llevaba un vendaje en la oreja izquierda. No iba maquillada. Vestía con sencillez una chaqueta de tweed, de corte elegante, falda y suéter. Llamaba la atención que alrededor del cuello llevara un juego de camafeos antiguos, una pincelada victoriana que parecía insinuar cierto sentimentalismo nada aparente.

A su lado, con una expresión ansiosa en su rostro redondeado y los revueltos cabellos que escapaban indómitos de una redecilla, había otra mujer aproximadamente de la misma edad en la que Craddock no le costó trabajo reconocer a la «Dora Bunner, señorita de compañía» de las notas del agente Legg, a las que este último había agregado extraoficialmente el comentario de «¡Cabeza de chorlito!».

Miss Blacklock habló con voz muy agradable y educada.

—Buenos días, inspector Craddock. Ésta es mi amiga miss Bunner, que me ayuda a llevar la casa. ¿No quiere sentarse? ¿Fuma?

—No cuando estoy de servicio, señora.

—¡Cuánto lo siento!

Craddock recorrió la habitación con una rápida mirada profesional. Era la típica sala doble victoriana, dos ventanas altas en esta habitación, un mirador en la otra; sillas, sofá, una mesa de centro con un florero grande lleno de crisantemos, otro florero en la ventana, todo fresco y agradable, aunque no muy original. La única nota incongruente la daba un pequeño florero de plata con violetas marchitas. Estaba sobre la mesa próxima a la

arcada que daba a la segunda habitación. Puesto que no podía imaginar que miss Blacklock tolerara la presencia de flores marchitas, lo tomó como la única indicación de que algo poco habitual había alterado la rutina de un hogar bien dirigido.

—¿Deduzco, miss Blacklock, que ésta es la habitación en que tuvo lugar el incidente?

—Sí.

—¡Tendría que haberla visto anoche! —exclamó miss Bunner—. ¡Estaba en un estado...! ¡Dos mesitas tumbadas y la pata de una silla rota, la gente dando tropezones en la oscuridad! ¡Y alguien dejó caer un cigarrillo y quemó uno de los mejores muebles! La gente, sobre todo la gente joven, es tan descuidada para estas cosas. Por fortuna, no se rompió ninguna pieza de porcelana.

Miss Blacklock la interrumpió con tono dulce pero firme.

—Dora, todas estas cosas, por muy molestas que resulten, sólo son trivialidades. Creo que será mejor que nos limitemos a responder a las preguntas del inspector Craddock.

—Gracias, miss Blacklock. Hablaremos de lo sucedido anoche dentro de unos instantes. Primero querría que me dijese cuándo vio por primera vez al difunto Rudi Scherz.

—¿Rudi Scherz? —Miss Blacklock dio muestras de sorprenderse ligeramente—. ¿Se llamaba así? No sé por qué creí... Ah, bueno, eso no importa. Mi primer encuentro con él fue cuando estuve en Medenham Spa de compras. Deje que piense... hace unas tres semanas. Nosotras, miss Bunner y yo, comimos en el hotel «Royal Spa». Cuando salimos del comedor, oí pronunciar mi nombre. Era ese joven. Dijo: «Es usted miss Blacklock, ¿verdad?». Y dijo a continuación que quizá no le recordase, pero que él era el hijo del propietario del «Hotel des Alpes», de Montreux, donde mi hermana y yo estuvimos alojadas cerca de un año durante la guerra.

—El «Hôtel des Alpes», de Montreux —anotó Craddock—. Y, ¿le recordó usted, miss Blacklock?

—No, señor. En realidad, no recuerdo haberle visto en mi vida. Los conserjes de hotel parecen todos iguales cuando están detrás del mostrador. Lo habíamos pasado muy bien en Montreux. El dueño había sido muy amable, así que intenté ser lo más cortés posible y le dije que esperaba que disfrutaría en Inglaterra y él dijo que sí, que su padre le había mandado a

pasar seis meses para aprender el negocio hotelero. Todo me pareció muy natural.

—¿Y su segundo encuentro?

—Hará cosa de... sí, debió de ser hace unos diez días. Se presentó inesperadamente. Me sorprendió mucho verle. Me pidió mil perdones por venir a molestarme, pero afirmó que yo era la única persona que conocía en Inglaterra. Me dijo que necesitaba con urgencia dinero para regresar a Suiza porque su madre se encontraba gravemente enferma.

—Pero Letty no se lo dio —intervino miss Bunner agitada.

—Me pareció una historia muy sospechosa —aseguró miss Blacklock con vigor—. Se me metió en la cabeza que no podía ser una persona honrada. Ese cuento de necesitar dinero para regresar a Suiza era una estupidez. El padre hubiese podido telegrafiar sin dificultad para que se atendiera a su hijo en este país. Los hoteleros son todos amigos. Sospeché que habría cometido algún desfalco o algo parecido —hizo una pausa y agregó con sequedad—: Quizá crea que soy una persona insensible, pero fui secretaria de un gran financiero durante muchos años y aprendí a desconfiar de toda petición de dinero. Me sé de memoria todos los trucos. Lo único que me sorprendió —prosiguió pensativa— fue que se diera por vencido tan aprisa. Se marchó inmediatamente sin más discusión. Fue como si nunca hubiese esperado recibir el dinero.

—¿Cree usted ahora que su venida aquí no fue, en realidad, más que un pretexto para explorar el terreno?

Miss Blacklock asintió con un vigoroso movimiento de cabeza.

—Es eso precisamente lo que yo opino ahora. Hizo ciertos comentarios cuando le acompañé a la puerta acerca de las habitaciones. Dijo: «Tiene usted un comedor muy bonito». Mentira, porque, en realidad, no tiene nada de bonito; es una habitación fea y oscura. Estoy convencida de que no fue más que una excusa para asomarse a ella. Y luego se adelantó de un salto y abrió la puerta principal diciendo: «Permítame». Ahora creo que su propósito fue examinar la cerradura. Aunque la verdad es que, como la mayoría de la gente del pueblo, nunca cerramos la puerta principal hasta que anochece. Cualquiera podría entrar.

—¿Y la puerta lateral? Tengo entendido que hay una que da al jardín.

—Sí, por ella salí yo a encerrar a los patos poco antes de que llegasen las visitas.

—¿Estaba cerrada con llave cuando salió usted?

Miss Blacklock frunció el entrecejo.

—No recuerdo. Creo que sí. Desde luego la cerré al volver a entrar.

—¿Eso sería a las seis y cuarto aproximadamente?

—Algo así.

—¿Y la puerta principal?

—No la cerramos hasta más tarde.

—Entonces, Scherz pudo entrar sin dificultad por ese lado, o pudo colarse mientras usted encerraba a los patos. Ya había explorado el terreno con anterioridad y, probablemente, había escogido varios lugares que podían utilizarse como escondite: armarios, etcétera. Sí, eso parece claro.

—Usted perdone, pero no está claro ni mucho menos —le contradijo miss Blacklock—. ¿Por qué había de tomarse tanto trabajo para cometer un robo en esta casa y representar ese atraco de pacotilla?

—¿Guarda usted mucho dinero en casa, miss Blacklock?

—Unas cinco libras esterlinas en ese escritorio y quizás una libra o dos en el bolso.

—¿Joyas?

—Un par de anillos y broches, y los camafeos que llevo en estos instantes. Convendrá usted conmigo, inspector, que la cosa no puede ser más absurda.

—No se trataba de un robo —exclamó miss Bunner—. Te lo dije desde el primer momento, Letty. ¡Fue una venganza porque no quisiste darle ese dinero! Disparó deliberadamente contra ti... dos veces.

—¡Ah! —dijo Craddock—. Hablemos ahora de anoche. ¿Qué ocurrió exactamente, miss Blacklock? Dígamelo tal como usted lo recuerde.

Miss Blacklock reflexionó un instante.

—El reloj dio la hora —contestó—, el que hay sobre la repisa de la chimenea. Recuerdo haber dicho que, si iba a suceder algo, ocurriría muy pronto. Y entonces el reloj dio la hora. Lo escuchamos todos sin decir una palabra. Dio los dos cuartos y, de pronto, las luces se apagaron.

—¿Qué luces estaban encendidas?

—Las de la pared aquí y las de la otra habitación. La lámpara de pie y las dos pequeñas de lectura no estaban encendidas.

—¿Hubo algún destello primero o ruido cuando se apagaron las luces?

—Creo que no.

—Yo estoy segura de que hubo un destello —afirmó Dora Bunner—. Y un ruido como un chisporroteo. ¡Qué miedo!

—¿Y luego, miss Blacklock?

—Se abrió la puerta.

—¿Qué puerta? Hay dos en la habitación.

—Oh, ésta de aquí. La de la otra habitación no se abre. Es falsa. Se abrió la puerta y apareció el hombre enmascarado con el revólver. Parecía algo tan fantástico, pero, claro, entonces creí que se trataba de una broma estúpida. Dijo algo, no recuerdo qué.

—¡Manos arriba o disparo! —intervino miss Bunner, melodramáticamente.

—Algo así —asintió miss Blacklock dubitativa.

—¿Y todos ustedes levantaron las manos?

—¡Oh, sí! —dijo miss Bunner—. Todos. Era parte del juego, ¿comprende?

—Yo no lo hice —negó miss Blacklock tajante—. Me pareció algo sumamente ridículo. Estaba enfadada por todo el asunto.

—¿Y luego?

—La luz de la linterna me daba de lleno en los ojos. Me deslumbraba. Y entonces, aunque parezca imposible, oí el silbido de una bala que daba contra la pared junto a mi cabeza. Alguien chilló y entonces sentí un dolor, como si me quemaran la oreja... y oí el segundo disparo.

—Fue aterrador —aseguró miss Bunner.

—Y, ¿qué ocurrió después, miss Blacklock?

—Es difícil de decir... ¡estaba tan aturdida por el dolor y la sorpresa! La... la figura dio media vuelta y pareció dar un traspiés. Luego sonó otro disparo y se apagó la linterna, y todos empezaron a empujar y gritar, tropezando unos con otros.

—¿Dónde estaba usted, miss Blacklock?

—Estaba de pie junto a la mesa —intervino miss Bunner casi sin aliento —. Tenía el florero con las violetas en la mano.

—Estaba aquí —miss Blacklock se acercó a la mesita, junto a la arcada —. En realidad, lo que tenía en la mano era la cigarrera.

El inspector Craddock examinó la pared tras ella. Se veían claramente los dos agujeros de bala. Los proyectiles habían sido extraídos y enviados junto con el revólver al laboratorio de balística.

—Salvó usted la vida de milagro, miss Blacklock.

—¡Disparó contra ella! —dijo Dora Bunner—. ¡Deliberadamente contra ella! Yo lo vi. Movió la linterna hasta enfocarla a ella y la mantuvo quieta, y entonces disparó contra ella. Tenía la intención de matarte a ti, Letty.

—¡Dora querida! Eso se te ha metido en la cabeza de tanto pensar en lo sucedido.

—Disparó contra ti —repitió Dora empecinada—. Tenía la intención de matarte y, al no conseguirlo, se pegó un tiro. ¡Estoy segura de que fue así!

—No creo que tuviese la menor intención de pegarse un tiro —dijo miss Blacklock—. No era de los que se suicidan.

—¿Dice usted, miss Blacklock, que hasta que se disparó el revólver creyó usted que se trataba de una broma?

—Naturalmente. ¿Qué otra cosa podía pensar que era?

—¿A quién creyó usted autor de la broma?

—Al principio creíste que lo había hecho Patrick —le recordó Dora Bunner.

—¿Patrick? —preguntó el inspector vivamente.

—Mi joven primo Patrick Simmons —contestó miss Blacklock con aspereza, molesta con su amiga—. Sí, al leer el anuncio, se me ocurrió que pudiera tratarse de una broma suya, pero él lo negó rotundamente.

—Y entonces te quedaste preocupada, Letty —dijo miss Bunner—. Sí que estabas preocupada, aunque fingías no estarlo. Y tenías motivo para preocuparte. Decía: «Se anuncia un asesinato...» Y era cierto. ¡Tu asesinato! Si ese hombre no hubiera errado el blanco, hubieses muerto asesinada. Y entonces, ¿qué hubiera sido de todos nosotros?

Dora Bunner temblaba al hablar. Tenía contraído el rostro y parecía a punto de llorar.

Miss Blacklock le dio unas palmadas cariñosas en el hombro.

—No pasa nada, Dora querida, no te excites. ¡No te conviene! Hemos pasado una experiencia desagradable, pero ya se acabó. Has de hacer un esfuerzo por dominarte, ya sabes cómo te necesito para poder llevar la casa. ¿No es hoy el día que traen la ropa de la lavandería?

—Oh, Letty, ¡qué suerte que me lo hayas recordado! ¡Me pregunto si nos devolverán la funda de almohada que falta! He de anotarlo en el cuaderno. Voy a hacerlo ahora mismo.

—Y llévate esas violetas. No hay cosa que odie más que las flores marchitas.

—¡Qué lástima! Las cogí ayer frescas del jardín. No han durado nada. ¡Ay de mí! Debo haberme olvidado de poner agua en el florero. ¡Hay que ver! Siempre me olvido de algo. Ahora es preciso que vaya a ocuparme de la colada. Puede llegar de un momento a otro.

Se marchó con cara de alegría otra vez.

—No es muy fuerte —dijo miss Blacklock—, y no le convienen nada las emociones. ¿Desea usted saber alguna otra cosa, inspector?

—Deseo saber con exactitud cuántas personas viven en esta casa, y que me cuente algo de ellas.

—Sí. Bueno, además de Dora Bunner y yo, tengo dos primos jóvenes que viven aquí actualmente: Patrick y Julia Simmons.

—¿Primos? ¿No son sobrino y sobrina?

—No. Me llaman tía Letty, pero en realidad son primos lejanos. Su madre era prima segunda mía.

—¿Han vivido siempre con usted?

—Oh, no, sólo llevan aquí dos meses. Vivían en el sur de Francia antes de la guerra. Patrick ingresó en la Armada y Julia creo que trabajó en uno de los Ministerios. Estuvo en Llandudno. Cuando se terminó la guerra, su madre me escribió preguntándome si sería posible que vinieran a vivir aquí conmigo en calidad de huéspedes. Julia hace prácticas en el Hospital General de Milchester y Patrick estudia ingeniería en la universidad de Milchester también, que, como usted sabe, sólo está a cincuenta minutos de autobús de aquí, y me alegré de poder tenerles a mi lado. En realidad, esta casa es demasiado grande para mí. Pagan una pequeña cantidad por su alojamiento y manutención, y todo va muy bien —y agregó con una sonrisa —: Me gusta tener gente joven a mí alrededor.

—También se aloja aquí una tal Mrs. Haymes, ¿me equivoco?

—Sí, trabaja de ayudante de jardinero en Dayas Hall, la casa de Mrs. Lucas. El viejo jardinero y su esposa ocupan la casita del jardín, y Mrs. Lucas me preguntó si podría darle alojamiento aquí. Es muy buena muchacha. A su marido le mataron en Italia y tiene un hijo de ocho años que está en un colegio. Ya he hecho los arreglos para que venga aquí durante las vacaciones.

—¿Y la servidumbre?

—Viene un jardinero los martes y los viernes. Mrs. Huggins viene del pueblo cinco mañanas a la semana para ayudar, y tengo a una refugiada extranjera, con un nombre completamente impronunciable, como ayudante de cocina. Me temo que encontrará usted algo difícil a Mitzi. Padece de manía persecutoria.

Craddock asintió. Estaba recordando otro de los valiosos comentarios del policía Legg. Después de agregar «cabeza de chorlito» junto al nombre de Dora Bunner y «serena» junto al de Letitia Blacklock, había embellecido los antecedentes de Mitzi con una sola palabra: «embustera».

Como si hubiese leído sus pensamientos, miss Blacklock dijo:

—No se cargue usted de prejuicios contra la pobre sólo porque sea una embustera. Creo que, como en el caso de tantos otros embusteros, hay un fondo de verdad en todas sus mentiras. Quiero decir, por poner un ejemplo, que sus relatos de atrocidades han ido aumentando hasta que todas las cosas desagradables que han aparecido publicadas le han sucedido a ella o a alguno de su familia. Sí que sufrió un terrible choque y que vio por lo menos matar a uno de sus familiares. Creo que muchas de estas personas desplazadas tienen el convencimiento, fundamentado quizá, de que cuanto mayores atrocidades hayan tenido que soportar, mayor caso les haremos y mayor será nuestra conmiseración. Así que exageran e inventan. Con franqueza —agregó—, Mitzi es una mujer insoportable. Nos exaspera y enfurece a todos; es desconfiada y hosca; no hace más que tener presentimientos y sentirse insultada. Pero, a pesar de todo, le tengo lástima de verdad —sonrió—. Y además, cuando quiere, sabe guisar muy bien.

—Procuraré irritarla lo menos posible —dijo Craddock—. ¿Era miss Simmons la que me abrió la puerta?

—Sí. ¿Quiere usted verla ahora? Patrick ha salido. A Phillipa Haymes la encontrará trabajando en Dayas Hall.

—Gracias, miss Blacklock. Si es posible, me gustaría hablar ahora con miss Simmons.

Capítulo VI

Julia, Mitzi y Patrick

I

Julia entró en la habitación y ocupó la silla que dejara libre Letitia Blacklock con un aire de serenidad y un aplomo que a Craddock, sin saber

por qué, le molestó. Clavó en él una mirada límpida y aguardó sus preguntas.

Miss Blacklock con mucho tacto, había abandonado la habitación.

—Por favor, háblemе de lo ocurrido anoche, miss Simmons.

—¿Anoche? —murmuró Julia con una mirada vacía—. Oh, dormimos como troncos. La impresión, supongo.

—Me refiero a ayer, desde las seis de la tarde en adelante.

—¡Ah, ya... bueno! Pues vino un montón de gente aburridísima.

—¿Quiénes eran?

Otra vez la mirada límpida.

—¿No lo sabe ya?

—Soy yo quien hace las preguntas, miss Simmons —le recordó Craddock amablemente.

—Usted perdone. ¡Las repeticiones me resultan tan pesadas! Al parecer, a usted no le ocurre lo mismo. Bueno, vinieron el coronel y Mrs. Easterbrook, miss Hinchcliffe y miss Murgatroyd, Mrs. Swettenham y Edmund Swettenham, y Mrs. Harmon, la esposa del vicario. Llegaron en ese orden. Y si quiere saber lo que dijeron, todos dijeron lo mismo por turno: «Veo que tiene usted la calefacción encendida». Y «¡Qué crisantemos más hermosos!».

Craddock se mordió el labio. La imitación era buena.

—Mrs. Harmon fue la excepción. Es un encanto. Entró con el sombrero caído y los cordones de los zapatos desatados, y preguntó sin rodeos: «¿Cuándo se cometerá el asesinato?». Hizo que todo el mundo se sintiera muy incómodo, se suponía que se habían dejado caer por aquí por simple casualidad. Tía Letty dijo con ese modo seco que tiene, que no tardaría en producirse. Y entonces el reloj dio la hora, y no había hecho más que terminar cuando se apagaron las luces, se abrió la puerta con violencia y una figura enmascarada ordenó: «¡Arriba las manos!» o algo parecido. Fue exactamente como en una mala película. Ridículo a más no poder. Y entonces le hizo dos disparos a tía Letty, y la cosa dejó de parecer ridícula.

—¿Dónde estaban todos cuando sucedió?

—¿Cuando se apagaron las luces? Pues por ahí, de pie. Mrs. Harmon estaba sentada en el sofá; Hinch, Mrs. Hinchcliffe, se había plantado, con su aspecto hombruno, delante de la chimenea.

—¿Estaban todos ustedes en esta habitación o en la sala contigua?

—Creo que la mayoría en esta habitación, Patrick había ido a la otra a buscar el jerez. Creo que el coronel Easterbrook le siguió, pero no estoy segura. Estábamos... bueno, como dije, de pie por aquí.

—Y usted, ¿dónde estaba?

—Junto a la ventana, si mal no recuerdo. Tía Letty fue a buscar los cigarrillos.

—¿A esa mesa junto a la arcada?

—Sí. Las luces se apagaron y la mala película empezó.

—El hombre tenía una linterna de mucha potencia. ¿Qué hizo con ella?

—La dirigió hacia nosotros. Era deslumbrante. No podías ver nada.

—Quiero que responda a esta pregunta con mucho cuidado, miss Simmons. ¿Mantuvo la linterna quieta o la movió de un lado a otro?

Julia reflexionó. Ya no parecía aburrida.

—La movió —dijo despacio— como el foco en una sala de baile. Me dio de lleno en los ojos y luego siguió dando la vuelta a la habitación. Entonces sonaron los disparos. Dos.

—¿Y luego?

—Dio media vuelta, Mitzi se puso a chillar como una descosida desde no sé dónde, se apagó la linterna y sonó otro disparo. Después, se cerró la puerta. Se cierra sola, ¿sabe?, despacio, con un ruido que parece un quejido y que pone la carne de gallina. Y ahí estábamos todos, en la oscuridad, sin saber qué hacer. La pobre Bunny gemía como un perrito faldero y Mitzi aullaba a todo pulmón al otro lado del pasillo.

—¿Opina usted que ese hombre se pegó deliberadamente un tiro? ¿O cree que dio un traspié y el revólver se disparó accidentalmente?

—No tengo la menor idea. ¡Todo era tan teatral! En realidad, creí que se trataba de una broma estúpida hasta que vi cómo le sangraba la oreja a tía Letty. Pero incluso si fueras a disparar un revólver para dar mayor sensación de realidad, lo menos que puedes hacer es apuntar bien por encima de la cabeza de la gente, ¿verdad?

—En efecto. ¿Cree usted que podía ver claramente contra quién estaba disparando? Quiero decir: ¿se veía claramente a miss Blacklock a la luz de la linterna?

—No tengo la menor idea. No la estaba mirando, tenía la mirada fija en el hombre.

—Lo que quiero decir es que si usted cree que ese hombre la apuntó a ella deliberadamente.

A Julia pareció estremecerla la idea.

—¿Que si escogió deliberadamente a tía Letty, quiere decir? Oh, no lo creo. Después de todo, si deseaba pegarle un tiro a tía Letty no le hubieran faltado oportunidades mejores. No hubiese necesitado reunir a todos los amigos y vecinos para hacer más difícil la cosa. Hubiera podido disparar contra ella desde detrás de un seto al viejo estilo irlandés cualquier día de la semana y seguramente sin que le pillaran.

Y eso, pensó Craddock, era la respuesta definitiva a la insinuación de Dora Bunner de que Letitia Blacklock había sido objeto de un ataque deliberado.

—Gracias, miss Simmons —dijo con un suspiro—. Más vale que vaya a ver a Mitzi ahora.

—¡Ojo con sus uñas! —le advirtió Julia—. ¡Es de armas tomar!

II

Craddock, acompañado de Fletcher, encontró a Mitzi en la cocina. Estaba amasando un pastel y alzó la cabeza con desconfianza cuando entraron.

El pelo negro le caía sobre los ojos; parecía estar de muy malhumor. Y el jersey rojo y la falda verde no le iban bien a su pastosa tez.

—¿Por qué entra usted en mi cocina, señor policía? Usted es policía, ¿no? Siempre, siempre hay persecuciones. ¡Ah! ¡Debería estar acostumbrada ya! Dicen que es distinto aquí, en Inglaterra. Pero no, es lo mismo. Viene usted a torturarme, sí, a obligarme a decir cosas, pero yo no diré nada. Me arrancará las uñas y me pondrá cerillas encendidas encima de la piel... ¡Ah, sí! ¡Y cosas peores! Pero yo no hablaré, ¿me ha oído? No diré nada, nada en absoluto. Y me mandará usted a un campo de concentración y a mí no me importará.

Craddock la miró pensativo, seleccionando cuál podía ser el método de ataque más efectivo. Por último exhaló un suspiro y dijo:

—De acuerdo. Coja el sombrero y el abrigo.

—¿Qué dice? —exclamó Mitzi con un sobresalto.

—Coja el sombrero y el abrigo y vámonos. No llevo encima el aparato de arrancar uñas ni el resto de mi equipo. Todo esto lo guardamos en la

comisaría. ¿Tienes las esposas a mano, Fletcher?

—¡Señor! —dijo el sargento Fletcher con expresión exultante.

—Pero, ¡yo no quiero ir! —aulló Mitzi retrocediendo.

—En ese caso, contestará usted cortésmente a unas preguntas corteses. Si lo desea, puede solicitar la presencia de un abogado.

—¿De un abogado? No me gustan los abogados. No quiero un abogado.

Soltó el rodillo, se limpió la harina de las manos con un trapo y se sentó.

—¿Que quiere usted saber? —preguntó con hosquedad.

—Quiero conocer su versión de lo sucedido aquí anoche.

—De sobra sabe usted qué sucedió.

—Quiero conocer su versión.

—Intenté marcharme. ¿Le dijo ella eso? Cuando vi en el periódico lo del asesinato, quise marcharme. Ella no me dejó. Es muy dura, nada comprensiva. Me obligó a quedarme. Pero yo sabía... yo sabía lo que iba a suceder. Yo sabía que me iban a asesinar.

—Pero no la asesinaron, ¿verdad que no?

—No —asintió Mitzi de mala gana.

—Vamos, dígame lo que ocurrió.

—Estaba nerviosa. ¡Oh, qué nerviosa estaba! Toda la tarde. Oía cosas. Gente que se movía de un lado para otro. Una vez creí que había alguien en el vestíbulo moviéndose con sigilo; pero sólo era Mrs. Haymes, que entraba por la puerta lateral, para no ensuciar los escalones de la puerta principal, según ella. ¡Como si a ella le importase eso! Esa nazi, pues, con el cabello rubio y los ojos azules, con su aire de superioridad, y mirándome a mí y pensando que yo... que yo no soy más que una porquería.

—No se preocupe ahora por Mrs. Haymes.

—¿Quién se ha creído que es? ¿Ha recibido una costosa educación universitaria como yo? ¿Está ella licenciada en Economía? No, no es más que una obrera asalariada. Cava, corta hierba y le pagan una cantidad cada sábado. ¿Quién es ella para llamarse señora?

—Olvídese de Mrs. Haymes. Continúe.

—Llevo el jerez, las copas y las pastas tan buenas que he hecho a la sala. Entonces suena el timbre y abro la puerta. Una vez tras otra abro la puerta. Es desagradable, pero lo hago. Y luego vuelvo a la despensa y me pongo a pulir los cubiertos de plata, y se me ocurre que me vendrá muy bien

aquello, porque si alguien viene a matarme tengo allí, bien a mano, el cuchillo de trinchar, grande y bien afilado.

—Es usted muy previsora.

—Y de pronto oigo disparos. Pienso: «Ya está... ya está ocurriendo». Corro a través del comedor. La otra puerta no se abre. Me detengo un momento para escuchar y entonces suena otro tiro y un golpe muy fuerte allá fuera, en el vestíbulo, y yo hago girar el pomo de la puerta, pero está cerrada con llave por fuera. Estoy encerrada allí como una rata en una ratonera. Y me vuelvo loca de miedo. Chillo y chillo, y golpeo la puerta. Y por fin... por fin hacen girar la llave y me dejan salir. Y entonces traigo velas, muchas, muchas velas, y se encienden las luces y veo sangre... ¡sangre! *Ach, Gott in Himmel!* La sangre. No es la primera vez que veo sangre. Mi hermanito, veo cómo lo matan delante de mis propios ojos, veo sangre en la calle, gente acribillada, muriendo, yo...

—Sí —dijo el inspector Craddock—, muchísimas gracias.

—Y ahora —dijo Mitzi con gesto teatral—, puede usted detenerme y llevarme a la cárcel.

—Otro día —dijo el inspector Craddock.

III

Cuando Craddock y Fletcher atravesaban el vestíbulo en dirección a la puerta, ésta se abrió y un joven alto y bien parecido casi chocó con ellos.

—¡Polis! —exclamó el joven.

—¿Mr. Patrick Simmons?

—Así es, inspector. Es usted el inspector, ¿verdad?, y el otro es el sargento.

—Acertó, Mr. Simmons. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—Soy inocente, inspector. Le juro que soy inocente.

—Escuche, Mr. Simmons, hágame el favor de no hacerse el gracioso. Tengo que entrevistarme todavía con mucha gente y no tengo tiempo que perder. ¿Qué es esta habitación? ¿Podemos entrar aquí?

—Lo llamamos estudio, pero nadie estudia.

—Me dijeron que usted estudiaba.

—Descubrí que me era imposible concentrarme en las matemáticas, así que regresé a casa.

El inspector Craddock le pidió el nombre completo, la edad y detalles de su servicio en filas durante la guerra.

—Y ahora, Mr. Simmons, ¿tiene usted la amabilidad de describirme lo que sucedió anoche?

—Tiramos la casa por la ventana, inspector. Es decir, Mitzi preparó unas pastas deliciosas. Tía Letty descorchó una botella nueva de jerez.

Craddock le interrumpió.

—¿Una botella nueva? ¿Había otra?

—Sí, medio llena; pero a tía Letty no pareció gustarle.

—¿Estaba nerviosa?

—Oh, no es eso. Es una persona muy sensata. Creo que fue Bunny la que le metió miedo al profetizar desastres durante todo el día.

—¿Miss Bunner estaba muy asustada?

—Ya lo creo, se divirtió de lo lindo. Disfruta pasando miedo.

—¿Se tomó en serio el anuncio?

—Le puso los pelos de punta.

—Miss Blacklock parece haber creído, al leer el anuncio, que usted tenía algo que ver con el asunto. ¿Por qué?

—Es natural. ¡A mí me echan siempre la culpa de todo lo que ocurre por aquí!

—¿Tuvo usted algo que ver, Mr. Simmons?

—¿Yo? ¡Ni un tanto así!

—¿Había visto usted alguna vez a ese Rudi Scherz o había hablado con él?

—En mi vida.

—Pero era la clase de broma que hubiese sido usted capaz de gastar, ¿verdad?

—¿Quién le ha dicho eso? Sólo porque una vez le hice la petaca en la cama a Bunny y otra vez le mandé una postal a Mitzi diciéndole que la Gestapo estaba sobre su pista.

—Limítese a explicarme lo que sucedió.

—Acababa de entrar en la sala pequeña en busca de la bebida cuando, de repente, se apagaron las luces. Me di la vuelta y vi a un tipo en el umbral diciendo: «¡Arriba las manos!». Y todo el mundo se puso a dar gritos. Y justo cuando me estaba preguntando si podría lanzarme sobre él, se pone a disparar un revólver y ¡zas!, se cae al suelo, y la linterna se apaga y nos

encontramos en la oscuridad otra vez, y el coronel Easterbrook empieza a gritar con su voz de mando: «Luz». Intento encender mi mechero, pero no se enciende, como suele suceder siempre con estos malditos inventos.

—¿Le pareció a usted que el intruso apuntaba deliberadamente a miss Blacklock?

—¡Ah! ¿Y cómo quiere que lo sepa? Yo diría que disparó el revólver sólo por el gusto de hacerlo... y después descubrió, quizá, que había llevado las cosas demasiado lejos.

—¿Y se pegó un tiro?

—Pudiera ser. Cuando le vi la cara me pareció la clase de ladronzuelo que pierde con facilidad el valor.

—¿Y está seguro de que no le había visto nunca antes?

—Completamente seguro.

—Gracias, Mr. Simmons. Quisiera entrevistarme con las demás personas que estuvieron aquí anoche. ¿En qué orden sería mejor que las viese?

—No sé. Nuestra Phillipa, Mrs. Haymes, trabaja en Dayas Hall. La verja de esa finca está casi enfrente de la casa. Después, los Swettenham son los que viven más cerca. Cualquiera se lo indicará.

Capítulo VII

Entre los presentes

I

Dayas Hall había sufrido las consecuencias de los años de guerra. La hierba crecía con esplendidez donde en otros tiempos había habido un cultivo de espárragos, como evidenciaban algunas hojas sueltas de espárrago. La hierba cana, la correhuela y muchas otras malas hierbas crecían vigorosamente.

Una parte de la huerta presentaba señales de haber sido llevada nuevamente al orden, y allí encontró Craddock a un anciano de expresión avinagrada apoyado en una pala.

—¿Es a Mrs. Haymes a quien busca? No sé dónde la encontrará. Tiene ideas propias sobre lo que ha de hacer o dejar de hacer. No es de las que admiten consejos. Yo podría enseñarle, le enseñaría de buena gana, pero ¿de qué serviría? ¡Estas jovencitas no quieren escuchar! Se creen que lo saben todo porque llevan pantalones y se montan en un tractor. ¡Pero lo que aquí hace falta es jardinería!. Y eso no se aprende en un día.

—Sí, eso veo —asintió Craddock.

El viejo decidió tomar estas palabras como una crítica.

—Escuche, amigo, ¿qué cree usted que puedo hacer yo solo en un sitio de tan grande? Tres hombres y un muchacho, ése es el personal que trabajaba aquí. Y eso es lo que necesita ahora. Son pocos los hombres que trabajan tanto como yo. Me estoy aquí a veces hasta las ocho de la noche. ¡Hasta las ocho!

—¿Y con qué luz trabaja? ¿A la luz de un candil?

—No me refiero a esta época del año, naturalmente. Hablo del verano.

—¡Ah! —dijo Craddock—. Más vale que me vaya en busca de Mrs. Haymes.

El hombre dio muestras de interés.

—¿Para qué la quiere ver? Es usted policía, ¿no? ¿Se ha metido en líos? ¿O se trata de lo que ha ocurrido en Little Paddocks? Enmascarados que forzaron la entrada y atracaron a la gente a punta de pistola. Una cosa así no hubiese ocurrido antes de la guerra. Desertores, eso es lo que son. Gente desesperada que vagabundea por el campo. ¿Por qué los militares no hacen una redada?

—No tengo la menor idea —dijo Craddock—. Supongo que el atraco ha dado mucho que hablar.

—¡Ni que lo diga! ¿Adonde vamos a parar? Eso es lo que dijo Ned Barker. Es por las películas, dijo. Pero Tom Riley dice que es por culpa de todos esos extranjeros que dejan andar sueltos por aquí. Y creedme, dice, apostaría a que esa chica que le guisa a miss Blacklock y que tiene tan mal genio... ella está metida en el ajo. Es comunista o algo peor, y a nosotros no nos gusta esa clase de gente aquí. Y Marlene, que sirve en la barra, ¿sabe?, se empeña en que tiene que haber algo de mucho valor en la casa de miss Blacklock. Y no es que lo parezca, porque miss Blacklock va siempre vestida con mucha sencillez, exceptuando el collar de perlas falsas que lleva. Y luego dice: ¿Y si esas perlas fueran de verdad? Y Florrie, que es hija del viejo Bellamy, dice: «Tonterías. *Nouveaux art*, eso es lo que son, perlas de bisutería. ¡Bonito nombre para darle a un collar de perlas falsas! Perlas romanas, eso es lo que la gente bien las llamaba en otros tiempos... y diamantes parisienses. Mi mujer fue doncella de una señora y lo sé. Pero, en definitiva, ¿qué son? ¡Culos de vaso! Supongo que es pura bisutería todo lo que usa la joven miss Simmons: hojas de hiedra de oro y perros, y cosas así.

Rara vez ve uno oro de verdad en estos tiempos, hasta los anillos de boda los hacen de esa cosa gris que llaman platino. Es algo muy vulgar aunque cueste un ojo de la cara.

El viejo Ashe se interrumpió para recobrar el aliento y luego continuó:

—«Miss Blacklock no guarda mucho dinero en casa; eso sí que lo sé», dice Jim Huggins. Y él tiene que saberlo, porque es su mujer la que va a limpiar a Little Paddocks y es de ésas que se entera de todo lo que ocurre. Es una fisgona, usted ya me entiende.

—¿Dijo cuál era la opinión de Mrs. Huggins?

—Que Mitzi está metida en el ajo, eso es lo que ella cree. ¡El mal genio y los humos que tiene! La otra mañana trató a Mrs. Huggins de obrera en su propia cara.

Craddock permaneció callado durante unos instantes, repasando metódicamente lo fundamental en las palabras del anciano. Eran una buena muestra de la visión provinciana de un lugar como Chipping Cleghorn, pero no creía que hubiese en ellas nada que pudiera ayudarle en su tarea. Empezó a alejarse y el viejo le gritó de mala gana:

—Quizá la encuentre usted en el manzanal. Es más joven que yo y le resulta más fácil arrancar las manzanas.

Y en efecto, Craddock encontró a Phillipa Haymes en el manzanal. Lo primero que vio fue un par de bonitas piernas enfundadas en unos pantalones de montar que resbalaban por el tronco de un árbol. Luego, Phillipa, encendido el rostro, despeinada la rubia cabellera por las ramas, le miró sobresaltada.

«Sería una buena Rosalinda», pensó Craddock maquinalmente, porque el detective inspector Craddock era un entusiasta de Shakespeare y había hecho el papel del melancólico Jacques con gran éxito en una representación de «Como gustéis» a beneficio del orfanato de la Policía.

No tardó en darse cuenta de su error. Phillipa Haymes era demasiado inexpresiva para hacer de Rosalinda. La blancura del cutis y la impasibilidad eran intensamente inglesas, pero inglesas del siglo XIX más que del siglo XVI; de inglesa bien educada, nada emotiva y sin el menor destello de picardía.

—Buenos días, Mrs. Haymes. Siento haberla sobresaltado. Soy el inspector Craddock, de la policía de Middeshire. Deseaba hablar con usted.

—¿Acerca de lo de anoche?

—Sí.

—¿Va a ser largo? ¿No...?

Miró a su alrededor, dubitativa.

Craddock señaló el tronco de un árbol caído.

—Un tanto informal —dijo con voz agradable—, pero no quiero interrumpir su trabajo más de lo absolutamente necesario.

—Gracias.

—Se trata, simplemente, de obtener datos para nuestro informe. ¿A qué hora volvió usted de trabajar ayer?

—A eso de las cinco y media. Me había quedado unos veinte minutos más que de costumbre para terminar de regar unas plantas en el invernadero.

—¿Por qué puerta entró?

—Por la lateral. Se ataja por el estanque de los patos y el gallinero. Así no hay necesidad de dar un rodeo, ni de ensuciar el porche de la puerta principal. A veces llego bastante cubierta de barro.

—¿Siempre entra usted por esa puerta?

—Sí.

—¿La puerta no estaba cerrada con llave?

—No. Durante el verano suele estar abierta de par en par. En esta época del año está cerrada, pero no con llave. Todos entramos y salimos mucho por ella. La cerré con llave cuando entré.

—¿Lo hace siempre?

—Lo he estado haciendo durante la última semana. Oscurece a las seis. Miss Blacklock sale a encerrar a los patos y a las gallinas, pero normalmente sale por la puerta de la cocina.

—¿Y usted está completamente segura de que cerró la puerta con llave esta vez?

—Estoy completamente segura.

—Bien, Mrs. Haymes. ¿Y qué hizo cuando entró?

—Me quité las botas, llenas de barro, subí al piso, me bañé y me cambié. Luego bajé y descubrí que se estaba celebrando una especie de fiesta. No me enteré hasta entonces de lo del extraño anuncio.

—Ahora tenga la bondad de describirme exactamente lo ocurrido cuando se cometió el atraco.

—Las luces se apagaron de pronto.

—¿Dónde estaba usted?

—Junto a la chimenea. Buscaba mi mechero sobre la repisa. Se apagaron las luces y todo el mundo se rió. Luego se abrió la puerta y ese hombre nos enfocó con una linterna, esgrimió un revólver y nos dijo que levantáramos las manos.

—¿Lo hizo usted?

—La verdad es que no. Creí que era sólo una broma; estaba cansada, y no creí que fuese absolutamente necesario levantarlas.

—En otras palabras, que la cosa le resultaba aburrida a más no poder.

—Algo así. Y entonces se disparó el revólver. Los tiros sonaron ensordecedores y me asusté de verdad. La linterna giró y luego se cayó y se apagó, y Mitzi rompió a chillar. Sonaba como si estuviesen matando a un cerdo.

—¿Encontró usted muy deslumbradora la luz de la linterna?

—No más de lo corriente. Aunque era muy potente, desde luego. Iluminó a miss Bunner un momento y vi que estaba pálida, boquiabierta, con los ojos desorbitados.

—¿El hombre movió la linterna?

—Sí. Dirigió la luz por toda la habitación.

—¿Como si buscara a alguien?

—A mí no me dio esa impresión.

—¿Y después de eso, Mrs. Haymes?

Phillipa Haymes frunció el entrecejo.

—Oh, fue un caos. Edmund Swettenham y Patrick Simmons encendieron sus mecheros, salieron al vestíbulo, y nosotros les seguimos, y alguien abrió la puerta del comedor, y allí no se habían apagado las luces. Edmund Swettenham le dio a Mitzi un tremendo bofetón que cortó en seco el ataque de histeria. Después de eso la cosa ya fue más llevadera.

—¿Vio usted el cuerpo del muerto?

—Sí.

—¿Le resultó conocido? ¿Le había visto usted con anterioridad?

—Jamás.

—¿Tiene alguna opinión acerca de si su muerte fue accidental o se pegó un tiro deliberadamente?

—No tengo la menor idea.

—¿No le vio usted cuando estuvo en la casa con anterioridad?

—No. Creo que fue a media mañana y yo no estoy allí a esa hora. Estoy fuera todo el día.

—Gracias, Mrs. Haymes. Una cosa más, ¿tiene usted joyas de valor? ¿Anillos, pulseras, algo así?

Phillipa meneó la cabeza.

—Mi anillo de casada, un par de broches...

—Y que usted sepa, ¿no había nada de especial valor en la casa?

—No. Es decir, hay cubiertos de plata y todo eso, pero nada fuera de lo corriente.

—Gracias, Mrs. Haymes.

II

Mientras Craddock desandaba el camino a través del huerto, se encontró cara a cara con una dama corpulenta, muy encorsetada y el rostro arrebolado.

—¡Buenos días! —dijo ella con agresividad—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Mrs. Lucas? Soy el detective inspector Craddock.

—Oh, es usted. Discúlpeme. No me gusta que se metan extraños en mi jardín y hagan perder el tiempo a mis jardineros; pero comprendo perfectamente que usted tiene que cumplir con su deber.

—En efecto.

—¿Puedo preguntar si hemos de esperar que se repita el ultrajante suceso de anoche? ¿Se trata de una banda?

—Estamos convencidos, Mrs. Lucas, de que no es obra de una banda.

—Hay demasiados robos hoy en día. La policía está aflojando la mano —Craddock no abrió la boca—. ¿Supongo que ha estado hablando usted con Phillipa Haymes?

—Quería conocer su versión como testigo ocular.

—¿Y no podía usted haber esperado hasta la una? Después de todo, hubiera sido más justo interrogarla en horas que fueran suyas y no mías.

—Tengo que regresar a jefatura de inmediato.

—No es que una espere consideración en estos tiempos. Ni que le den sus empleados un día completo de trabajo. Llegan tarde, se pasan media hora haciendo preparativos, se paran a almorzar a las diez. No dan golpe en cuanto empieza a llover. Cuando una quiere que le corten la hierba, siempre

le pasa algo a la cortadora de césped. Y se marchan cinco o diez minutos antes de que sea la hora de dejar de trabajar.

—Según tengo entendido, Mrs. Haymes, se marchó de aquí a las cinco y veinte ayer en lugar de irse a las cinco.

—Oh, no lo dudo. En justicia, hay que reconocer que Mrs. Haymes da muestras de interés en su trabajo, aunque más de un día he salido aquí, a buscarla, y no he conseguido encontrarla por ninguna parte. Es señora de nacimiento, y una siente el deber de hacer algo por estas pobres y jóvenes viudas de guerra. Y no es que no resulte muy inconveniente. Con lo largas que son las vacaciones escolares, lo convenido es que disfrute de más tiempo libre durante esa época. Le dije que hay campamentos excelentes hoy en día, a los que se puede enviar a los niños y en los que pasan unos ratos deliciosos y gozan mucho más que estando con sus padres. No necesitan venir a casa ni siquiera durante las vacaciones de verano.

—Pero, ¿a Mrs. Haymes no le hizo mucha gracia la idea?

—Esa muchacha es más testaruda que una mula. Precisamente en la época del año en que quiero que corten el césped del campo de tenis y lo marquen casi todos los días. El viejo Ashe hace las rayas torcidas. Pero, ¡nadie tiene en cuenta mi conveniencia!

—Supongo que Mrs. Haymes cobra un sueldo más bajo de lo normal.

—Naturalmente. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—En realidad, ninguna —dijo Craddock—. Buenos días, Mrs. Lucas.

III

—Fue terrible —dijo Mrs. Swettenham con expresión de felicidad—. Espantoso. Y lo que yo digo es que en «The Gazette» debieran tener más cuidado con los anuncios que aceptan. En el momento mismo que lo leí, me pareció raro. Y lo dije. ¿Verdad, Edmund?

—¿Recuerda usted lo que estaba haciendo cuando se apagaron las luces, Mrs. Swettenham? —preguntó el inspector.

—¡Cómo me recuerda eso a mi vieja niñera! «¿Dónde estaba Moisés cuando se apagó la luz?» La respuesta era, claro está: «En la oscuridad». Lo mismo que ayer. Todos por allí y preguntándonos qué iba a suceder. Y luego, no se imagina lo emocionante que fue cuando de pronto se apagaron las luces. Y la puerta que se abría, una figura borrosa, con un revólver en la mano, aquella luz deslumbrante y la voz amenazadora que gritaba: «¡La

bolsa o la vida!». Oh, ¡jamás he disfrutado tanto! Y luego, un minuto más tarde, fue terrible, claro. ¡Balas de verdad, que silbaban a nuestro alrededor! Debió de ser igual que con los comandos durante la guerra.

—¿Dónde estaba usted? ¿De pie o sentada, Mrs. Swettenham?

—Déjeme que piense... ¿Dónde estaba yo? ¿Con quién estaba hablando, Edmund?

—No tengo la menor idea, mamá.

—¿Era a miss Hinchcliffe a quien le estaba preguntando si era bueno darles aceite de hígado de bacalao a las gallinas en la época del frío? ¿O era a Mrs. Harmon? No, Mrs. Harmon acababa de llegar. Yo creo que le estaba diciendo al coronel Easterbrook que me parecía verdaderamente peligroso tener en Inglaterra un laboratorio de investigaciones atómicas. Deberían instalarlo en alguna isla desierta por si se escapa la radiactividad.

—¿No recuerda usted si estaba de pie o sentada?

—¿Importa eso en realidad, inspector? Estaba junto a la ventana o cerca de la chimenea, porque sé que estaba muy cerca del reloj cuando dio la hora. ¡Qué momento más emocionante! Esperando a ver si sucedía algo.

—Describe usted la luz de la linterna como deslumbrante. ¿Le dio a usted de lleno?

—En los mismísimos ojos. No podía ver nada.

—¿La sostuvo quieta o fue enfocando a una persona tras otra?

—Oh, la verdad es que no lo sé. ¿Qué hizo, Edmund?

—Pasó muy despacio de uno a otro, como para ver qué estábamos haciendo. Supongo que por si intentábamos abalanzarnos sobre él.

—¿Y dónde estaba usted exactamente, Mr. Swettenham?

—Había estado hablando con Julia Simmons. Estábamos los dos de pie en medio de la habitación... de la habitación grande.

—¿Estaban todos en esa habitación o había alguien en la otra?

—Creo que Phillipa Haymes estaba allí. Se encontraba junto a la chimenea de la otra sala. Creo que buscaba algo.

—¿Tiene usted idea de si el tercer disparo fue un accidente o un suicidio?

—No lo sé. El hombre pareció volverse bruscamente, tambalearse y caer, pero resultó todo muy confuso. Como comprenderá, en realidad, no se veía nada. Y luego la refugiada se puso a chillar como una loca.

—Tengo entendido que fue usted quien abrió la puerta del comedor para que pudiera salir.

—Sí.

—¿Está usted seguro de que la puerta estaba cerrada con llave por fuera?

Edmund le miró con curiosidad.

—Claro que sí. ¡No irá usted a creer que...!

—Me gusta dejar bien sentadas las cosas. Gracias, Mr. Swettenham.

IV

El inspector Craddock se vio obligado a pasarse bastante rato con el coronel Easterbrook y su esposa. Tuvo que escuchar una larga disquisición sobre los aspectos psicológicos del caso.

—Hay que abordar las cosas desde un punto de vista psicológico, es lo mejor que se puede hacer en estos tiempos —le dijo el coronel—. Hay que comprender al criminal. La cosa está bien clara para un hombre con tanta experiencia como yo. ¿Por qué publica el anuncio? Psicología. Quiere hacerse notar, llamar la atención. Se le deja de lado, quizá los demás empleados del hotel «Royal Spa» le menosprecian por ser extranjero. Tal vez le haya dado calabazas alguna muchacha y quiere llamar su atención. ¿Quién es el ídolo del cine hoy en día? ¿El gángster? ¿El tipo duro? Bueno, él será así. Robo con violencia. ¿Antifaz? ¿Revólver? Pero quiere auditorio, es preciso que tenga espectadores. Así que da los pasos necesarios para conseguirlos. Y luego, en el momento culminante, se deja arrastrar por su papel. Es más que un ladrón: es un asesino. Dispara... a ciegas.

El inspector Craddock le cogió la palabra.

—Dice usted «a ciegas», coronel Easterbrook. ¿Usted no cree que estuviera disparando deliberadamente contra nada ni nadie en particular? ¿Contra miss Blacklock, por ejemplo?

—No, no. Disparó como ya he dicho, a ciegas. Y eso fue lo que le hizo volver en sí. Una bala hirió a alguien. En realidad, no fue más que un rasguño; pero él no lo sabía. Vuelve en sí violentamente. Toda esta comedia que ha estado representando es real. Le ha disparado a alguien, quizás ha matado a alguien. Ya no tiene salvación. Así que en un momento de pánico se suicida.

El coronel Easterbrook hizo una pausa, carraspeó y dijo:

—Más claro que el agua, se lo aseguro. Más claro que el agua.

—Es verdaderamente maravilloso —dijo Mrs. Easterbrook— cómo sabes lo ocurrido, Archie.

Su voz rebosaba de admiración.

Al inspector Craddock le pareció también maravilloso, pero no se sentía tan lleno de admiración.

—¿En qué sitio de la habitación se encontraba usted, coronel Easterbrook, cuando se efectuaron los disparos?

—Estaba de pie con mi esposa cerca de una mesita sobre la que había flores.

—Te cogí del brazo cuando sucedió, ¿verdad, Archie? Estaba muerta de miedo. No tuve más remedio que agarrarte.

—¡Pobre gatita mía! —dijo el coronel juguetón.

V

El inspector encontró a miss Hinchcliffe junto a la pocilga.

—Bonitas criaturas los cerdos —dijo miss Hinchcliffe mientras rascaba un rugoso lomo rosado—. Crece bien, ¿verdad? Será un buen tocino para la Nochebuena. Bueno, ¿para qué quiere verme? Le dije a su gente anoche que no tenía la menor idea de quién era el hombre. Jamás le he visto por los alrededores husmeando ni nada parecido. Nuestra Mrs. Mopps dice que vino de uno de los grandes hoteles de Medenham Wells. ¿Por qué no atracó a alguien allí si eso es lo que pretendía? Hubiese conseguido un mayor botín.

Eso era innegable. Craddock continuó con sus preguntas.

—¿Dónde se encontraba usted cuando se produjo el incidente?

—¡Incidente! Eso me recuerda mis tiempos de voluntaria civil. Le aseguro que vi bastantes incidentes entonces. ¿Dónde me encontraba cuando sonaron los disparos? ¿Es eso lo que quiere usted saber?

—Sí.

—Apoyada en la repisa de la chimenea pidiéndole a Dios que alguien me diera pronto algo de beber —replicó miss Hinchcliffe sin vacilar.

—¿Usted cree que los disparos fueron hechos a ciegas o dirigidos a una persona determinada?

—Quiere usted decir que si apuntaron deliberadamente contra miss Blacklock, ¿verdad? ¿Cómo diablos quiere que lo sepa? Es endemoniadamente difícil analizar las sensaciones propias y darse cuenta de

lo que ocurrió realmente cuando ha terminado todo. Lo único que sé es que se apagaron las luces y que la linterna se movió, deslumbrándonos a todos; y luego sonaron los disparos y yo pensé: «Si este maldito imbécil de Patrick Simmons está gastando bromas con un revólver cargado, alguien acabará herido».

—¿Usted creyó que era Patrick Simmons?

—Parecía probable. Edmund Swettenham es un intelectual, escribe libros y no es nada amigo de las bromas pesadas, y al coronel Easterbrook no le hubiera parecido graciosa una cosa así. Pero Patrick es un alocado. Sin embargo, me disculpo por haber tenido semejante idea.

—¿Creyó su amiga que podía ser Patrick Simmons?

—¿Murgatroyd? Más vale que se lo pregunte usted mismo. Aunque no creo que pueda sacar nada en claro de lo que ella le diga. Está en el huerto. La llamaré si usted quiere.

Miss Hinchcliffe alzó su estentórea voz en un tremendo grito.

—¡Eh, Murgatroyd!

—¡Voy! —se oyó una vocecilla.

—¡Date prisa! ¡Policíííía! —bramó Hinchcliffe.

Miss Murgatroyd llegó al trote y sin aliento. Se le estaba cayendo la falda y se le escapaba el cabello de la redecilla. Su rostro redondo y amable se veía radiante.

—¿Es Scotland Yard? —preguntó jadeante—. No tenía idea. De saberlo, no hubiese abandonado la casa.

—Aún no hemos pedido a Scotland Yard que intervenga, miss Murgatroyd. Soy el inspector Craddock, de Milchester.

—¡Qué bien! —murmuró miss Murgatroyd vagamente—. ¿Han encontrado ustedes pistas?

—¿Dónde estabas en el momento de cometerse el crimen? Eso es lo que quiere saber, Murgatroyd —dijo miss Hinchcliffe.

Le guiñó un ojo a Craddock.

—¡Ay, señor! —exclamó miss Murgatroyd—. Claro. Debí haberme preparado. Coartadas, naturalmente. Déjeme que piense... Estaba con todos los demás.

—No estabas conmigo —dijo miss Hinchcliffe.

—Oh, Hinch, querida, ¿no estaba contigo? No, claro que no. Había estado admirando los crisantemos. Ejemplares bien pobres, por cierto. Y

luego sucedió todo, sólo que, en realidad, yo no sabía qué había ocurrido, es decir, no sabía que hubiera ocurrido una cosa así. No pensé ni por un momento que pudiera tratarse de un revólver de verdad, y es tan difícil en la oscuridad... y esos chillidos tan terribles. Me equivoqué del todo, ¿sabe? Creí que la estaban asesinando a ella, a la refugiada, quiero decir. Creí que le estaban cortando el cuello al otro lado del vestíbulo. No sabía que era él, quiero decir que ni siquiera sabía que hubiese un hombre. En realidad, no era más que una voz, ¿sabe?, una voz que decía: «Manos arriba, por favor».

—«¡Manos arriba!» —la corrigió miss Hinchcliffe—. Y nada de por favor.

—¡Es tan terrible pensar que hasta que esa chica empezó a chillar, yo estaba disfrutando! Sólo que estar a oscuras era muy incómodo y me di un golpe en un callo. ¡Qué angustia! ¿Deseaba saber algo más, inspector?

—No —dijo el inspector Craddock, mirando a miss Murgatroyd pensativo—. Creo que no.

Su amiga soltó una carcajada que pareció un ladrido.

—Te ha calado, Murgatroyd.

—Te aseguro, Hinch —dijo miss Murgatroyd—, que estoy dispuesta a contarlo todo.

—No es eso lo que él quiere —le contestó miss Hinchcliffe.

Miró al inspector.

—Si está usted haciendo esto por orden geográfico, supongo que ahora irá usted a casa del vicario. Tal vez saque algo en limpio allí. Mrs. Harmon parece tonta, aunque a veces pienso que es inteligente. Sea como fuere, algo tiene.

Mientras miraban cómo se alejaban el inspector y el sargento Fletcher, Amy Murgatroyd preguntó, casi sin aliento:

—Oh, Hinch, ¿hice muy mal papel? ¡Me lío tanto!

—De ninguna manera —Miss Hinchcliffe sonrió—. En conjunto, yo diría que lo hiciste bastante bien.

VI

El inspector Craddock contempló la gran habitación destartalada con cierta sensación de placer. Le recordaba un poco su casa de Cumberland. Cretonas descoloridas, las sillas viejas, flores y libros tirados por todas

partes y un perro dentro de una cesta. Mrs. Harmon, con su aire aturdido, su desaliño general y su ansioso rostro, le resultó simpática.

Pero le dijo en seguida y con franqueza:

—No le seré de ninguna ayuda porque cerré los ojos. No me gusta que me deslumbren. Y luego oí disparos y los cerré todavía más fuerte. Y deseé, ¡oh, cómo lo deseé!, que hubiese sido un asesinato discreto. No me gustan los estampidos.

—Así que no vio usted nada —el inspector le sonrió—. Pero... ¿oyó algo?

—Ya lo creo. Había mucho que oír. Puertas que se abrían y cerraban, gente que decía tonterías y soltaba exclamaciones. Mitzi que chillaba como una máquina de vapor, y la pobre Bunny que daba gritos como un conejo acorralado. Y todos dando empujones y tropezando con los demás. Sin embargo, cuando de verdad me parecía que ya no iban a sonar más estampidos, abrí los ojos. Todo el mundo estaba fuera, en el vestíbulo, con velas. Y luego se encendieron las luces y de pronto todo estaba como siempre. No quiero decir en realidad como siempre, pero éramos nosotros mismos otra vez, no sólo gente en la oscuridad. La gente en la oscuridad es muy diferente, ¿verdad?

—Creo que sé lo que quiere usted decir, Mrs. Harmon.

Mrs. Harmon le sonrió.

—Y ahí estaba —dijo—. Un extranjero con cara de comadreja, sonrosado y con gesto de sorpresa... muerto... con un revólver al lado. No sé por qué, pero me pareció que no tenía sentido.

Tampoco lo tenía para el inspector.

El asunto le preocupaba.

Capítulo VIII

Miss Marple entra en escena

I

Craddock dejó las transcripciones de las diversas entrevistas en la mesa del jefe de policía, que acababa de leer un telegrama enviado por la policía suiza.

—Así que tenía antecedentes —murmuró Rydesdale—. ¡Hum! Tal como suponíamos.

—Sí, señor.

—Joyas. ¡Hum! Sí. Falsificación de libros. Sí... cheques. Un hombre muy poco honrado, en realidad.

—Sí, señor, pero en pequeña escala.

—Exacto, pero de lo pequeño se pasa a lo grande.

—Tal vez, señor.

El jefe levantó la cabeza.

—¿Preocupado, Craddock?

—Sí, señor.

—¿Por qué? La cosa no puede estar más clara. ¿O no? A ver qué dice toda esa gente con la que se ha entrevistado usted.

Cogió el montón de hojas y les echó una rápida ojeada.

—Lo normal. Incongruencias y contradicciones en abundancia. Las versiones de las distintas personas en momentos de tensión nunca coinciden, pero lo principal parece bastante claro.

—Sí, lo sé. Pero resulta un cuadro muy poco satisfactorio, señor. No sé si me entiende, pero me parece falso.

—Veamos los hechos. Rudi Scherz tomó el autobús de las cinco y veinte desde Medenham hasta Chipping Cleghorn y llegó allí a las seis. Lo afirman el conductor y dos pasajeros. Desde la parada del autobús fue caminando hasta Little Paddocks. Entró en la casa sin dificultad, probablemente por la puerta principal. Amenazó a los presentes con un revólver. Hizo dos disparos, uno de los cuales hirió levemente a miss Blacklock. A continuación, se mató a sí mismo con un tercer disparo. No hay suficientes pruebas para demostrar si lo hizo intencionadamente o si fue un simple accidente. Estoy de acuerdo en que resultan muy poco satisfactorios los motivos que le indujeron a hacer todo eso. Pero el porqué no es, en realidad, la pregunta que nos piden contestar. En la encuesta judicial, el coroner preguntará al jurado si fue un suicidio o un accidente. En cualquiera de los dos casos, el resultado es el mismo en lo que a nosotros se refiere. Podemos dar por terminado el asunto.

—Quiere usted decir que siempre podemos acogernos a los argumentos psicológicos del coronel Easterbrook —dijo Craddock sombrío.

Rydesdale sonrió.

—Después de todo —comentó—, el coronel tiene probablemente mucha experiencia. Me asquea toda esa jerigonza psicológica que se aplica a todo hoy en día, pero tampoco podemos excluirla.

—El cuadro sigue pareciéndome falso, señor.

—¿Tiene usted algún motivo para creer que alguna de las personas de Chipping Cleghorn no le ha dicho la verdad?

Craddock vaciló.

—Creo que esa muchacha extranjera sabe más de lo que dice; pero pudiera ser un simple prejuicio por mi parte.

—¿Cree que ella pudiera ser su cómplice? ¿Que ella le abrió la puerta de la casa? ¿Que le indujera, incluso, a dar el golpe?

—Algo así. No descartaría esa posibilidad, señor. Pero eso implica necesariamente que en la casa hubiera algo de mucho valor, dinero o joyas, y no parece que ése sea el caso. Miss Blacklock lo negó rotundamente. Lo mismo hicieron los otros. Eso nos dejaría con la suposición de que había en la casa algo valioso y que nadie conocía.

—Buen argumento para una novela.

—Estoy de acuerdo en que resulta absurdo, señor. El otro punto que destaca es el convencimiento de miss Bunner de que se trataba de un intento completamente deliberado por parte de Scherz para asesinar a miss Blacklock.

—Por lo que usted dice, y por su declaración, esa miss Bunner...

—Estoy de acuerdo, señor —se apresuró a decir Craddock—. Como testigo, miss Bunner no merece ningún crédito. Es muy impresionable. Cualquiera podría meterle una cosa en la cabeza. Pero lo interesante en este caso es que la idea es suya, es una teoría totalmente suya. Todos los demás lo niegan. Por una vez, no se deja arrastrar por la corriente. Se trata decididamente de una impresión suya.

—¿Y por qué había de querer Scherz matar a miss Blacklock?

—Ahí está, señor. No lo sé. Miss Blacklock no lo sabe, a menos que sepa mentir de una manera muy convincente, cosa que no creo. Nadie lo sabe. Así que seguramente no es verdad.

Exhaló un suspiro.

—Anímese, Craddock —dijo el jefe de policía—. Le voy a llevar a comer con sir Henry y conmigo. La mejor comida que pueda servir el hotel «Royal Spa» de Medenham Wells.

—Gracias, señor —dijo el inspector Craddock levemente sorprendido.

—Es que hemos recibido una carta... —Se interrumpió al entrar sir Henry Clithering en la habitación—. Ah, ya está aquí, Henry.

Sir Henry, sin andarse con ceremonias, murmuró:

—Buenos días, Dermot.

—Tengo algo para usted, Henry.

—¿Qué?

—Nada menos que la carta de una vieja gata. Se aloja en el hotel «Royal Spa». Hay algo que cree que debemos saber y que está relacionado con el asunto de Chipping Cleghorn.

—Las viejas gatas —exclamó sir Henry triunfal—. ¿No se lo dije? Lo oyen todo. Lo ven todo. Y a pesar del viejo refrán[6], lo cuentan todo. ¿Qué es lo que ha descubierto esta gata vieja en particular?

Rydesdale consultó la carta.

—Escribe como mi abuela —se quejó—. Con la letra angulosa. Parece como si una araña se hubiera caído en el tintero. Y todo está subrayado. Habla mucho de que confía en que no nos estará haciendo perder nuestro valioso tiempo y todo eso, pero que podría ayudarnos un poquito. ¿Cómo se llama? Jane... Jane algo... Murple. No, Marple, Jane Marple.

—¡Santo cielo, qué casualidad! —exclamó sir Henry—. ¿Es posible que sea ella? George, se trata de mi insigne e inigualable vieja gata particular. La supergata de todas las viejas gatas. Y se las ha arreglado, Dios sabe cómo, para estar en Medenham Wells en lugar de encontrarse pacíficamente en su casa de St. Mary Mead, en el momento justo para intervenir en un caso de asesinato. Una vez más, otro asesinato que aparece para beneficio y regocijo de miss Marple.

—Celebraré conocer a su ilustre vieja gata, Henry —anunció Rydesdale con cierta ironía—. Vamos, comeremos en el «Royal Spa» y nos entrevistaremos con la dama. Craddock, parece un poco escéptico.

—No lo crea, señor —contestó cortésmente Craddock.

Pensó para sí que a veces su padrino llevaba un poco lejos las cosas.

II

Miss Jane Marple se ajustaba bastante, aunque no del todo, a lo que Craddock había imaginado. Era más benigna y muchísimo más vieja. Parecía, en realidad, muy anciana. Tenía el cabello blanco como la nieve, la cara sonrosada y llena de arrugas, ojos dulces, azules, muy inocentones, y estaba toda envuelta en lana. Lana por los hombros en forma de capa y lana con la que estaba haciendo lo que resultó ser una toquilla para un bebé.

Se mostró contentísima al ver a sir Henry, y enrojeció cuando le presentaron al jefe de policía y al inspector Craddock.

—¡Qué placer, sir Henry, qué placer tan grande! Hace tanto tiempo que no le veo. Sí, mi reuma. Me ha hecho sufrir mucho últimamente. Claro que yo no hubiera podido permitirme el lujo de venir a este hotel, es increíble lo que cobran hoy en día, pero Raymond... mi sobrino Raymond West, ¿le recuerda?

—Todo el mundo conoce su nombre.

—Sí, ¡ha tenido muchísimo éxito con esos libros tan inteligentes que escribe! Se jacta de no escribir nunca sobre un tema agradable. El muchacho se empeñó en pagarme todos los gastos. Y su querida mujer también se está haciendo un nombre como artista. Pinta jarros de flores mustias y peines rotos sobre el borde de una ventana. No me atrevo nunca a decírselo, pero sigo admirando a Blair Leighton y Alma Tadema. Oh, pero no hago más que parlotear. ¡Y el jefe de policía en persona! La verdad es que nunca esperé que sintiera tanto hacerle perder el tiempo.

«Completamente chalada», pensó el detective inspector Craddock disgustado.

—Venga al despacho del gerente —dijo Rydesdale—. Podremos hablar mejor allí.

Esperaron a que miss Marple se deshiciera de sus ovillos y recogiera las agujas de hacer punto de repuesto, y después la anciana les acompañó, excitada y protestando, al cómodo despacho de Mr. Rowlandson.

—Y ahora, miss Marple —dijo el jefe de policía—, oigamos lo que tiene usted que decirnos.

Miss Marple fue al grano con inesperada brevedad.

—Fue el cheque. Él lo retocó.

—¿Él?

—El joven de la conserjería, el que dicen que preparó el atraco y luego se pegó un tiro.

—¿Retocó un cheque?

Miss Marple asintió.

—Sí, lo tengo aquí —lo sacó del bolso y lo depositó sobre la mesa—. Llegó esta mañana con otros cheques míos cancelados que me mandó el banco. Observarán ustedes que era de siete libras, y lo cambió para que pareciera de diecisiete. Trazó un palito delante del siete y escribió «dieci»

antes del siete con una pequeña mancha muy artística. Muy bien hecho, en conjunto. Se ve que tenía práctica. Es la misma tinta porque extendí el cheque en el mostrador. Yo diría que lo hacía con frecuencia, ¿no creen ustedes?

—Esta vez escogió mal a la persona —observó sir Henry.

Miss Marple asintió.

—Sí, me temo que nunca hubiera llegado muy lejos como criminal. Se equivocó por completo de persona. Alguna joven casada con muchas ocupaciones o alguna muchacha enamorada. Ésas son las que extienden cheques por distintas cantidades y son poco cuidadosas a la hora de examinar las cuentas. Pero una vieja que tiene que vigilar hasta el último penique y que sigue siempre las mismas costumbres, no es la persona más apropiada, ciertamente. Yo nunca extendería un cheque de diecisiete libras. Veinte libras, una cifra redonda, para los gastos mensuales y los libros. Y en cuanto al dinero de bolsillo, suelo sacar siete libras. Antes sacaba cinco, pero las cosas han subido tanto de precio...

—¿Y le recordaría a usted a alguien, quizá? —murmuró sir Henry con una mirada pícara.

Miss Marple sonrió y meneó la cabeza.

—Es usted muy malo, sir Henry, pero sí que lo hizo. A Fred Tyler, el pescadero. Siempre ponía un uno de más en la columna de los chelines. Como comemos tanto pescado en estos tiempos, las cuentas suelen ser largas y es mucha la gente que nunca las repasa. Se embolsaba diez chelines cada vez. No era gran cosa, pero lo bastante para comprarse alguna corbata y llevar al cine a Jessie Spragge, la dependienta de la mercería. Aparentar, eso es lo que quieren hacer esos jóvenes. Bueno, pues la primera semana que estuve aquí, hubo un error en mi cuenta. Se lo señalé al joven y él me pidió mil perdones, y pareció enormemente disgustado, pero entonces pensé: «Tienes mirada de persona poco honrada, jovencito».

»Yo digo que una persona tiene mirada poco honrada —prosiguió miss Marple— cuando te mira a los ojos y nunca aparta la mirada ni parpadea.

Craddock hizo un brusco movimiento de apreciación. Pensó para sí: «¡Jim Kelly, como hay Dios!», acordándose de un notorio estafador a quien había ayudado a meter entre rejas no hacía mucho.

—Rudi Scherz era un tipo poco recomendable —dijo Rydesdale—. Hemos descubierto que tiene antecedentes penales en Suiza.

—Se le hizo la vida difícil allí, supongo, y vendría aquí con documentación falsa, ¿no es eso? —señaló miss Marple.

—Así es.

—Salía con esa camarera pelirroja del comedor —añadió miss Marple—. Por fortuna, no creo que ella llegara a enamorarse. Lo que quería era salir con alguien que fuera «distinto». Él le regalaba flores y bombones, cosa que no suelen hacer los muchachos ingleses. ¿Le ha contado todo lo que sabe? —preguntó volviéndose hacia Craddock—. ¿O aún no se ha decidido?

—No estoy seguro —respondió Craddock con cautela.

—Creo que aún le queda alguna pequeña cosa por contar —anunció miss Marple—. Parece preocupada. Me trajo arenques en lugar de sardinas esta mañana. Y se olvidó la jarrita de leche. Por lo general es una camarera excelente. Sí, está preocupada. Teme tener que presentarse a declarar o algo así. Pero supongo —los cándidos ojos azules contemplaron el varonil aspecto del inspector Craddock y el bien parecido rostro con una coquetería femenina verdaderamente victoriana— que usted conseguirá persuadirla para que le diga todo lo que sabe.

El detective inspector Craddock se puso colorado y sir Henry se echó a reír.

—Podría ser importante —dijo miss Marple—. Es posible que le dijera a la joven quién era.

Rydesdale la miró sorprendido.

—¿Quién era quién?

—¡Me expreso tan mal! Quién fue el que le indujo a hacerlo, por supuesto.

—¿Así que usted cree que alguien le indujo a hacerlo?

Los ojos de miss Marple se abrieron desmesuradamente con evidente sorpresa.

—Oh, pero si es lógico. Quiero decir que... Tenemos a un joven atractivo que sisa un poco de aquí y otro poquito de allá, retoca un cheque de poco valor, quizá se apodera de alguna joya pequeña si se la dejan por ahí o saca un poco de dinero de la caja, pequeñas fechorías. Procura tener un dinerillo para vestir bien y salir con una muchacha, todo eso. Y de pronto, se va con un revólver, atraca una habitación llena de gente y dispara contra alguien. Él nunca hubiese hecho una cosa así. ¡En absoluto! No era esa clase de persona. No tiene sentido.

Craddock respiró profundamente. Aquello era lo que había dicho Letitia Blacklock. Lo que había dicho la esposa del vicario. Lo que él mismo sentía con creciente fuerza: No tenía sentido. Y ahora, la vieja gata de sir Henry lo estaba diciendo también, muy convencida, con su aflautada vocecita.

—Entonces, miss Marple —dijo, y su voz se hizo bruscamente agresiva —, quizá pueda usted decirnos exactamente lo que ocurrió.

Ella se volvió sorprendida.

—¿Cómo podría yo saberlo? Publicaron la noticia en el periódico, pero decía muy poco. Una puede hacer conjeturas, claro está, pero no dispongo de la información necesaria.

—George —dijo sir Henry—, ¿le parecería poco ortodoxo que se le permitiera a miss Marple leer las notas de las entrevistas que celebró Craddock con esa gente de Chipping Cleghorn?

—Tal vez no sea ortodoxo —replicó Rydesdale—, pero no he llegado a este cargo precisamente por ser ortodoxo. Puede leerlas. Tengo curiosidad por oír qué tiene que decir.

Miss Marple parecía avergonzadísima.

—Me temo que ha estado usted escuchando a sir Henry. Es siempre tan amable. Da demasiada importancia a las pequeñas observaciones que haya podido yo hacer en otras ocasiones. La verdad es que no tengo dones, ninguno, salvo, quizá, cierto conocimiento de la naturaleza humana. La gente, en mi opinión, tiende siempre a ser excesivamente confiada. Me temo que mi tendencia, en cambio, es pensar siempre lo peor. No es un rasgo muy agradable, pero a menudo justificado por los acontecimientos.

—Lea esto, por favor —Rydesdale le ofreció las hojas mecanografiadas —. No necesitará mucho rato. Después de todo, son personas de su clase, debe usted conocer a muchas como éstas. Quizá logre usted ver algo que a nosotros se nos ha escapado. El caso está a punto de cerrarse. Oigamos la opinión de un aficionado antes de dar el carpetazo. No tengo inconveniente en decirle que Craddock no está satisfecho. Opina, como usted, que el asunto no tiene sentido.

Hubo silencio mientras miss Marple leía. Finalmente dejó las hojas sobre la mesa.

—Es muy interesante —dijo con un suspiro—. ¡Las cosas tan diferentes que piensa y dice la gente! Las cosas que ve o que cree ver. Y todo tan

complejo, casi todo tan trivial, y si una cosa no es trivial, es tan difícil darse cuenta de cuál es. Como buscar una aguja en un pajar.

Craddock se sintió levemente decepcionado. Durante unos momentos dudó de las alabanzas de sir Henry en lo que se refería a aquella anciana tan rara. Tal vez hubiese reparado en algo. Los viejos eran a veces muy perspicaces. Él, por ejemplo, jamás había logrado ocultarle nada a su tía abuela Emma. Con el tiempo, ella acabó confesándole que cada vez que se disponía a decir una mentira fruncía la nariz.

Pero la famosa miss Marple de sir Henry sólo había sido capaz de decir unas cuantas generalidades. Se sintió enfadado con ella y dijo con un tono seco:

—La verdad es que los hechos son indiscutibles. Por muy contradictorios que fueran los detalles mencionados por toda esa gente, todos ellos vieron una cosa: a un hombre enmascarado con un revólver y una linterna que abría la puerta e intentaba atracarles. Y creen que dijo: «¡Manos arriba!» o «¡La bolsa o la vida!», o la frase que, en su mente, esté asociada con un atraco, ellos le vieron.

—Pero la cuestión es —señaló miss Marple con dulzura— que es posible que no vieran nada.

Craddock contuvo el aliento. ¡Había dado en el clavo! Era perspicaz, después de todo. La había estado poniendo a prueba, pero no se había dejado pillar. En realidad, no alteraba los hechos para nada, ni afectaba a lo ocurrido. Sin embargo, ella se había percatado, como él, de que las personas que habían visto a un hombre atracarles revólver en mano, en realidad no podían haberle visto.

—Si no he entendido mal —dijo miss Marple, encendidas las mejillas, y brillantes y alegres los ojos como los de una niña—, no había luz en el comedor, ni en el descansillo de la escalera en el piso superior, ¿verdad?

—Así es.

—Así que si un hombre aparecía en la puerta e iluminaba la habitación con una linterna potente, nadie podía ver otra cosa que la linterna, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Lo probé yo mismo para asegurarme.

—Así que cuando algunos aseguran que vieron a un hombre enmascarado, etcétera, están haciendo una recapitulación en realidad de lo que vieron después, cuando se encendieron las luces. De modo que todo

encaja a la perfección, siempre suponiendo que Rudi Scherz fuera el cabeza de turco, que es la palabra que buscaba, ¿verdad?

Y como Rydesdale la mirara con sorpresa, se puso más colorada aún.

—Es posible que haya escogido mal la expresión —murmuró—. No soy demasiado entendida en el tema, pero si no me equivoco, se llama cabeza de turco al que carga con la culpa de algo que, en realidad, ha hecho otro. Este joven, Rudi Scherz, me parece exactamente el tipo de persona que se escogería para una cosa así. Un hombre bastante estúpido en realidad, pero lleno de codicia, y muy crédulo.

Rydesdale, sonriendo con tolerancia, dijo:

—¿Sugiere usted quizá que alguien le convenció para que fuera a hacer unos cuantos disparos en una habitación llena de gente? Eso es un poco fuerte.

—Yo creo que le dijeron que se trataba de una broma —replicó miss Marple—. Le pagaron por hacerlo, claro está. Es decir, le pagaron para que publicara el anuncio en el periódico, para que fuera a espiar y explorar la casa y luego, en la noche de autos, para presentarse allí con antifaz y capa negra, abrir bruscamente la puerta, agitar una linterna y gritar: «¡Manos arriba!».

—¿Y disparar un revólver?

—No, no llevaba revólver.

—Pero si todo el mundo dice... —empezó Rydesdale.

Y se interrumpió.

—¡Exacto! —asintió miss Marple—. Es imposible que nadie hubiese visto el revólver aunque lo hubiese llevado. Y no creo que lo llevara. Yo creo que, después de gritar él «¡Manos arriba!», alguien se acercó sigilosamente por detrás en la oscuridad y disparó por encima de su hombro. El joven se llevaría un terrible sobresalto, giró sobre sus talones y, al hacerlo, la otra persona le mató y dejó caer el revólver a su lado.

Los tres hombres la miraron. Sir Henry dijo:

—Es una teoría plausible.

—Pero ¿quién es ese señor que se aproximó en la oscuridad? —murmuró el jefe de la policía.

—Tendrán ustedes que preguntarle a miss Blacklock quién quería matarla.

«Un tanto a favor de Dora Bunner», pensó Craddock. En una pugna entre el instinto y la inteligencia, salía ganando siempre el primero.

—¿Así que usted cree que se trató de un atentado contra la vida de miss Blacklock? —preguntó Rydesdale.

—Eso parece, desde luego. Aunque existen un par de dificultades. Pero lo que yo me estaba preguntando, en realidad, era si no podríamos encontrar una manera más fácil de descubrir quién es realmente ese individuo. No me cabe la menor duda de que quien contrató a Rudi Scherz tendría el buen cuidado de advertirle que debía mantener la boca cerrada. Pero si por casualidad se le escapó algún detalle, estoy segura de que tuvo que ser con esa muchacha, Myrna Harris. Y cabe la posibilidad, sólo la posibilidad, de que insinuara qué clase de persona le había sugerido el asunto.

—Iré a verla ahora —Craddock se levantó.

Miss Marple asintió.

—Sí, hágalo, inspector Craddock. Me sentiré mucho más tranquila cuando lo haya hecho. Porque en cuanto le haya dicho a usted lo que sepa, correrá menos peligro.

—¿Correrá menos peligro? ¡Ah, sí, comprendo!

Salió de la habitación. El jefe de policía dijo dubitativo, pero con tacto:

—No cabe duda, miss Marple, de que nos ha dado usted algo en qué pensar.

III

—Lo siento mucho, de verdad que lo siento —dijo Myrna Harris—. Es usted muy amable al no enfadarse; pero es que mamá es una de esas personas que se inquietan por cualquier cosa. Y así parecería como si yo hubiese sido... ¿cómo se llama eso...?, encubridora. Quiero decir que temí que no quisiera usted creerme cuando le dijera que yo lo había tomado todo como una broma.

El inspector Craddock repitió la frase tranquilizadora con la que había conseguido vencer la resistencia de Myrna.

—Sí que lo haré, se lo contaré todo. Pero ¿procurará usted que yo no figure en el asunto para no darle un disgusto a mamá? La cosa empezó porque Rudi rompió la cita que tenía conmigo. Íbamos a ir al cine aquella noche y luego me dijo que no podía llevarme, y yo me enfadé porque después de todo fue él quien lo propuso, y a mí me hace muy poca gracia

que me dé plantón un extranjero. Y me dijo que la culpa no era suya y yo le dije: «¡Valiente historia!», y luego dijo que se iba de fiesta aquella noche, y que no saldría perdiendo con ello y que si me gustaría un reloj de pulsera. Así que yo le pregunté: «¿Qué quieres decir con eso de ir de fiesta?». Y me dijo que no se lo dijera a nadie, pero que se iba a celebrar una fiesta en cierto sitio, y que él haría de falso atracador. Luego me enseñó el anuncio que había publicado y tuve que reírme. Le parecía absurda toda esa comedia. Dijo que, en realidad, aquello era una chiquillada; pero que resultaba muy inglés. Los ingleses eran como niños que nunca se hacían mayores. Y claro, yo le dije que con qué derecho hablaba así de nosotros y discutimos un poco, pero acabamos haciendo las paces. Sólo que, usted lo comprende, ¿verdad?, cuando leí la noticia y que no había sido una broma, y que Rudi había disparado contra alguien y luego se había matado, no sabía qué hacer. Pensé que si yo decía que lo sabía de antemano, creerían que había tomado parte en el asunto. Pero la verdad es que me pareció una broma cuando me lo contó. Yo hubiera jurado que él creía lo mismo. Ni siquiera sabía que tuviese revólver. No dijo una palabra de que llevaría un revólver.

Craddock la tranquilizó y luego le hizo la pregunta más importante.

—¿Quién dijo que era la persona que había preparado la fiesta?

Pero allí pinchó en hueso.

—No llegó a decirlo. Supongo que, en realidad, nadie se lo habría encargado. Sería todo cosa suya.

—¿No mencionó un nombre? ¿Dijo él... o ella?

—No dijo nada, salvo que iba a tener muchísima gracia. «¡Cómo me reiré al ver la cara que ponen!», eso es lo que dijo.

«No tuvo mucho tiempo de reírse», pensó Craddock.

IV

—No es más que una teoría —dijo Rydesdale mientras conducía de regreso a Medenham—. No hay nada que la apoye, nada en absoluto. Digamos que se trata de una simple fantasía senil y dejémoslo.

—Prefiero no hacer eso, señor.

—Todo muy improbable. Un misterioso señor X que aparece de pronto en la oscuridad detrás de nuestro amigo suizo. ¿De dónde salió? ¿Quién era? ¿Dónde había estado?

—Pudo haber entrado por la puerta lateral —dijo Craddock—, igual que lo hizo Scherz. O —añadió muy despacio— pudo haber venido de la cocina.

—Quiere usted decir que ella pudo acudir desde la cocina, ¿no es eso?

—Sí, señor. Es una posibilidad. No me ha dejado muy convencido esa muchacha. Creo que hay que ir con cuidado con ella. Todos esos chillidos y la histeria pueden ser una comedia. Quizás indujo al joven, le abrió la puerta en el momento apropiado, preparó todo el asunto, lo mató, volvió a toda prisa al comedor, cogió la bandeja de plata y la gamuza y empezó a chillar.

—En contra de esa teoría tenemos el hecho de que... ¿cómo se llama? ¡Ah, sí! De que Edmund Swettenham dice claramente que estaba echada la llave por fuera y que él la abrió. ¿Hay alguna otra puerta que dé a esa parte de la casa?

—Sí, hay una puerta que da a la escalera de atrás y a la cocina y que está justamente detrás de la escalera; pero parece ser que se cayó el pomo hace tres semanas y que aún no han ido a arreglarlo. Entretanto, no se puede abrir la puerta. He de reconocer que eso parece exacto. La espiga y los dos pomos estaban en un estante cerca de la puerta, en el comedor, cubiertos por una espesa capa de polvo. Pero, claro está, un profesional hubiera abierto la puerta sin problemas.

—Más vale que veamos los antecedentes de la muchacha. Compruebe si tiene en orden los papeles; pero a mí me parece demasiado improbable.

El jefe de policía dirigió otra mirada inquisitiva a su subordinado. Craddock dijo:

—Lo sé, señor. Y si usted cree que el asunto debe cerrarse, así ha de ser. Pero le agradecería que me dejase insistir un poco más.

Se llevó una sorpresa cuando el jefe manifestó en voz baja y con un tono de aprobación:

—¡Buen chico!

—Queda por examinar el revólver. Si esa teoría responde a la realidad, el revólver no era de Scherz. Y, desde luego, nadie ha podido decir hasta la fecha que Scherz tuviese revólver.

—Es de fabricación alemana.

—Lo sé, pero este país está lleno de armas de fabricación continental. Todos los norteamericanos se trajeron una como recuerdo y nuestros chicos

también. No se puede juzgar por eso.

—Cierto. ¿Alguna otra línea de investigación?

—Tiene que haber un móvil. Si hay algo de cierto en la teoría, eso significa que el asunto del viernes no fue una simple broma, ni un atraco vulgar. Se trató de un intento de asesinato a sangre fría. Alguien intentó asesinar a miss Blacklock. Pero ¿por qué? A mí me parece que, sí alguien conoce la respuesta, ese alguien ha de ser precisamente la propia miss Blacklock.

—Tengo entendido que la idea le pareció ridícula.

—Le pareció ridículo que Rudi Scherz quisiera asesinarla. Y tenía razón. Y hay otra cosa, señor.

—¿Cuál?

—Alguien podría intentarlo otra vez.

—Lo que demostraría la validez de esa teoría —dijo el jefe secamente—. Y, a propósito, cuide de miss Marple, ¿quiere?

—¿De miss Marple? ¿Por qué?

—Tengo entendido que va a instalarse en la vicaría de Chipping Cleghorn y que visitará Medenham Wells dos veces a la semana para seguir el tratamiento. Parece ser que Mrs. Cómo-se-llame es hija de una antigua amiga de miss Marple. Tiene instinto deportivo esa vieja. Bueno, supongo que lo que pasa es que no ha conocido muchas emociones durante su vida y que husmear en busca de posibles asesinos la divierte.

—¡Ojalá no viniera! —exclamó Craddock muy serio.

—¿Teme que le estorbe?

—No es eso, señor. Es una viejecita muy agradable. No me gustaría que le sucediese nada, suponiendo, claro está, que haya algo de cierto en esta teoría.

Capítulo IX

Referente a una puerta

I

OceanofPDF.com

—Siento tener que molestarla otra vez, miss Blacklock.

—Oh, no se preocupe. Supongo que el aplazamiento de la encuesta se concedió para que usted pudiera conseguir más pruebas.

El inspector Craddock asintió.

—En primer lugar, miss Blacklock, Rudi Scherz no era hijo del dueño del «Hotel des Alpes» de Montreux. Parece haber iniciado su carrera como ordenanza de un hospital de Berna. Muchos de los pacientes echaron de menos pequeñas joyas. Bajo otro nombre, fue camarero en un pequeño hotel de una estación de esquí. Su especialidad allí era hacer facturas duplicadas en el restaurante, con cosas en una que no aparecían en la otra. La diferencia, claro está, iba a parar a su bolsillo. Después de eso, trabajó en unos almacenes de Zurich. Las pérdidas en estos almacenes como consecuencia de las actividades de los rateros subieron por encima de la media mientras Rudi estuvo en su empleo. Parece probable que no todos los robos fueran cometidos por los compradores.

—¡Un vulgar ladronzuelo! —dijo miss Blacklock secamente—. Así pues, ¿tenía yo razón al creer que nunca le había visto?

—Tenía usted toda la razón del mundo. Sin duda, se la señalaron en el «Royal Spa» y él fingió reconocerla. La policía suiza había empezado a hacerle la vida imposible. Emigró a este país con documentación falsa y consiguió un empleo en el «Royal Spa».

—Buen terreno de caza —dijo miss Blacklock—. Es un hotel muy caro y la clientela es gente de muy buena posición. Supongo que algunos son un poco descuidados en cuanto a las facturas.

—Sí —asintió Craddock—, existía la perspectiva de una buena cosecha.

Miss Blacklock había fruncido el entrecejo.

—Eso lo comprendo. Pero, ¿para qué vendría a Chipping Cleghorn? ¿Qué podía haber aquí más valioso que en el lujoso «Royal Spa»?

—¿Insiste usted en que no hay nada de verdadero valor en la casa?

—Sin la menor duda. Le aseguro, inspector, que no poseemos ningún Rembrandt desconocido ni nada que se le parezca.

—Entonces parece como si su amiga miss Bunner tuviese razón, ¿verdad? Vino aquí a atacarla a usted.

—¿Lo ves, Letty? ¿Qué te decía yo?

—No digas tonterías, Bunny.

—Pero... ¿es una tontería? —preguntó Craddock—. Yo creo que es verdad.

Miss Blacklock le miró fijamente.

—Vamos a ver si lo entiendo bien. ¿Usted cree de verdad que ese joven vino aquí, después de haberse asegurado por medio de un anuncio de que la mitad del pueblo estaría aquí ardiendo de curiosidad a una hora determinada?

—A lo mejor no era eso lo que quería que sucediese —le interrumpió miss Bunner con avidez—. Quizá no fue más que un terrible aviso para ti, Letty; así es como lo interpreté entonces: «Se anuncia un asesinato...». Presentí que tenía que ser algo siniestro. Si todo le hubiera salido de acuerdo con su plan, te hubiese matado y huido. ¿Y cómo hubiera sabido nadie quién era?

—Eso no deja de ser cierto —asintió miss Blacklock—, pero...

—Sabía que ese anuncio no era una broma, Letty. Lo dije. Y fíjate en Mitzi. ¡También ella estaba asustada!

—¡Ah! —dijo Craddock—. Mitzi. Quisiera saber más detalles sobre esa joven.

—Su permiso y sus papeles están en regla.

—No me cabe la menor duda —murmuró Craddock secamente—. También los documentos de Scherz parecían estar en regla.

—Pero ¿por qué había de querer asesinarme ese Rudi Scherz? ¿Por qué no intenta usted explicármelo, inspector Craddock?

—Quizás había alguien detrás de Scherz —dijo Craddock muy despacio —. ¿Ha pensado usted en eso?

Lo dijo metafóricamente, aunque le pasó por la cabeza que, si la teoría de miss Marple era correcta, también serían ciertas en un sentido literal. De todas formas, causaron muy poca impresión en miss Blacklock, que continuó dando muestras de escepticismo.

—El resultado es el mismo —dijo—. ¿Por qué habían de querer asesinarme?

—Ésa es la respuesta que necesito que me dé, miss Blacklock.

—No puedo. Así de claro. No tengo enemigos. Que yo sepa, siempre he vivido en buena armonía con mis vecinos. No conozco ningún secreto pecaminoso de nadie. ¡La idea es absurda! Y si insinúa que Mitzi tiene algo que ver en todo esto, eso también es absurdo. Como acaba de decirle miss

Bunner, se llevó un susto de muerte al leer el anuncio en «The Gazette». Hasta quiso hacer el equipaje y marcharse inmediatamente de la casa.

—Puede haberse tratado de una astuta estratagema. Quizá supiera que usted iba a insistir en que se quedase.

—Naturalmente, si a usted se le ha metido eso en la cabeza, encontrará explicaciones para todo. Pero le aseguro que si Mitzi me tuviese tirria, me envenenaría la comida, pero nunca se metería en una farsa tan complicada.

»Toda esta idea es absurda. Creo que la policía tiene fobia a los extranjeros. Mitzi podrá ser una embustera, pero no es una asesina despiadada. Vaya a presionarla si quiere; pero cuando se marche indignada o se encierre en su habitación hecha una fiera, le pondré a usted a preparar la cena. Mrs. Harmon viene esta tarde a tomar el té con una señora que se aloja en su casa y yo quería que Mitzi hiciera unos pastelillos; pero supongo que usted le dará tal disgusto que será incapaz de hacerlos. ¿Por qué no se va y sospecha de otra persona?

II

Craddock fue a la cocina. Le hizo a Mitzi las mismas preguntas que ya le había hecho antes y recibió las mismas respuestas.

Sí, había cerrado con llave la puerta poco después de las cuatro. No, no lo hacía siempre así, pero aquella tarde estaba nerviosa por culpa de «aquel terrible anuncio». Era inútil cerrar la puerta lateral, porque miss Blacklock y miss Bunner salían por allí a encerrar a los patos y dar de comer a las gallinas, y Mrs. Haymes entraba por allí cuando regresaba de trabajar.

—Mrs. Haymes dice que cerró la puerta con llave cuando entró, a las cinco y media.

—¡Ah! ¿Y usted la cree? ¡Ah, sí! Usted la cree.

—¿Usted opina que no debiéramos creerla?

—¿Que importa lo que yo opine? A mí no me creerá.

—¿Por qué no lo intenta? ¿Usted cree que Mrs. Haymes no cerró esa puerta?

—Yo creo que tuvo muchísimo cuidado de no cerrarla.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ese joven no trabajaba solo. No, sabía dónde venía, sabía que cuando llegara le habrían dejado una puerta abierta, ¡muy convenientemente abierta!

—¿Qué intenta usted decir?

—¿De qué sirve lo que yo diga? Usted no me escuchará. Usted dice que yo soy una pobre chica refugiada que dice mentiras. Usted dice que esa dama inglesa rubia, ¡oh, no!, ella no dice mentiras. Es tan inglesa, tan sincera. Así que le cree a ella y a mí no; pero yo podría decirle... ¡Ah, sí! ¡Vaya si podría!

Depositó una cazuela sobre el fuego con violencia.

Craddock no estaba muy seguro de tomar en consideración algo que tal vez era fruto del rencor.

—Tomamos nota de todo lo que nos dicen —anunció.

—Yo no le diré nada en absoluto. ¿Por qué? Todos ustedes son iguales. Persiguen y desprecian a los pobres refugiados. Si le digo a usted que una semana antes, ese joven se presentó a pedirle a miss Blacklock dinero y ella lo echó con cajas destempladas, si le digo que después le oí hablar con miss Haymes, sí, ahí fuera, en el invernadero, lo único que usted dirá es que me lo estoy inventando.

«Y, seguramente —se dijo para sí Craddock—, *eso es lo que estás haciendo»*. Pero en voz alta añadió:

—Usted no podía oír lo que se decía en el invernadero.

—¡Ahí es donde se equivoca! —gritó Mitzi triunfal—. Salí a buscar ortigas, la ortiga es una buena verdura. Ellos no se lo creen, pero las guiso y no se lo digo. Y les oí hablar allí fuera. Él le dijo: «Pero ¿dónde puedo esconderme?». Y ella dijo: «Yo te enseñaré un sitio». Y luego dijo: «A las seis y cuarto». Y yo pensé: «¡Ah, caramba! ¡Con que así te portas tú, mi gran dama! A la vuelta del trabajo, sales a encontrarte con un hombre. Le haces entrar en la casa». A miss Blacklock, pensé, eso no le gustará. Te echará de casa. Te vigilaré y escucharé, y se lo diré a miss Blacklock. Pero ahora comprendo que me equivoqué. No era de amor de lo que hablaba con él. Preparaba un robo y un asesinato. Pero dirá usted que todo esto me lo invento yo. Usted debe pensar: a la malvada Mitzi la llevaré a la cárcel.

Craddock se quedó pensativo. Quizá se lo estuviera inventando; pero cabía la posibilidad de que no fuese así. Preguntó con cautela:

—¿Está usted segura de que era Rudi con quien hablaba?

—Claro que estoy segura. Salió y le vi tomar el camino del invernadero. Y a los pocos momentos —agregó desafiante—, salí a ver si había ortigas bien verdes y tiernas.

«¿Hay —se preguntó el inspector— *ortigas verdes y tiernas en octubre?»* Pero comprendió que Mitzi había tenido que inventar a toda prisa una excusa que justificara lo que, sin duda alguna, no habría sido más que simple afán de husmear.

—¿No oyó usted nada más que lo que me ha dicho?

Mitzi pareció agraviada.

—Esa miss Bunner, la de la nariz larga, me llama y me llama. ¡Mitzi! ¡Mitzi! Así que tengo que ir. Oh, ¡qué irritante es! Siempre entrometiéndose. Dice que me enseñará a guisar. ¡Los guisos de ella! Saben... ¡Sí, todo lo que ella hace sabe aguado, aguado, aguado!

—¿Por qué no me dijo usted todo esto el otro día? —preguntó Craddock con severidad.

—Porque no me acordé... no pensé. Sólo más tarde, me dije: lo preparó entonces... lo preparó con ella.

—¿Está usted completamente segura de que era Mrs. Haymes?

—Oh, sí, estoy segura. Oh, sí, estoy muy segura. Es una ladrona esa Mrs. Haymes. Una ladrona y cómplice de ladrones. Lo que recibe por trabajar en el jardín no es bastante para esa gran dama, oh, no. Ha de robarle a miss Blacklock, que ha sido bondadosa con ella. ¡Oh! ¡Es mala, mala, mala, esa mujer!

—Suponga —dijo el inspector que la observó atentamente— que alguien dijera que la había visto a usted hablar con Rudi Scherz.

La insinuación surtió menos efecto del que había esperado. Mitzi sencillamente soltó un bufido desdeñoso y echó hacia atrás la cabeza.

—Si alguien dice que me ha visto hablar con él, eso es mentira, mentira, mentira —contestó con desprecio—. Es fácil decir mentiras de una persona, pero en Inglaterra hay que demostrar que son verdad. Miss Blacklock me ha dicho eso y es verdad, ¿no? Yo no hablo con asesinos y ladrones. Y ningún policía inglés dirá que lo he hecho. ¿Y cómo voy a guisar la comida si está usted aquí hablando, hablando sin parar? Márchese de mi cocina, haga el favor. Ahora quiero hacer una salsa con mucho cuidado.

Craddock se marchó, sumiso. Las sospechas que concibiera sobre Mitzi habían perdido fuerza. Había contado lo de Phillipa Haymes con mucha convicción. Mitzi podría ser una embustera —creía que lo era— pero quizás había un fondo de verdad en aquella historia. Decidió hablar con Phillipa del asunto. Le había parecido, al interrogarla, una joven serena y

bien educada. No le había inspirado la menor desconfianza. No se le había ocurrido sospechar de ella ni por un instante.

Al cruzar el pasillo, distraído, intentó abrir la puerta equivocada. Miss Bunner, que bajaba la escalera, se apresuró a señalarle su error.

—Ésa no —dijo—, no se abre. Es la siguiente a la izquierda. Vaya lío, ¿verdad? Tantas puertas.

—Sí, hay muchas —contestó Craddock, mirando arriba y abajo del angosto vestíbulo.

Miss Bunner se las enumeró amablemente.

—Primero, la puerta del guardarropa. Luego, la del armario ropero. Después, la del comedor. Todas ellas de aquel lado. Y en éste, la puerta falsa que intentaba usted abrir. Luego, la de la sala. A continuación, la del armario de la porcelana, la puerta del cuartito de las flores y, al final, la puerta que da al jardín. Es muy fácil confundirse. Sobre todo esas dos que están tan juntas. Yo me equivoco con frecuencia. Antes había una mesa colocada contra la que no se abre, pero luego la corrimos hacia la pared.

Craddock había observado, casi maquinalmente, que la puerta que había intentado abrir tenía una fina raya horizontal. Se dio cuenta ahora que señalaba el lugar donde había estado la mesa. Algo vago pareció gestarse en su cabeza.

—¿La corrieron? ¿Cuándo?

Por fortuna, para interrogar a Dora Bunner no era necesario explicar el porqué. Cualquier pregunta sobre cualquier asunto le parecía completamente natural a la charlatana miss Bunner, a quien deleitaba dar información, por muy trivial que fuese.

—Deje que piense... Hace muy poco en realidad, cosa de diez o quince días.

—¿Por qué la corrieron?

—La verdad es que no me acuerdo. Algo relacionado con las flores. Creo que Phillipa preparó un jarrón muy grande, sabe arreglar las flores muy bien, todo aquel colorido otoñal, y los tallos entrelazados; era tan grande, que se le enganchaba a una el pelo al pasar. Así que Phillipa dijo: «¿Por qué no corremos la mesa? Las flores se verían más bonitas contra el fondo de la pared desnuda que contra la puerta». Sólo que tuvimos que descolgar el «Wellington en Waterloo». No es un grabado que me guste mucho. Lo pusimos debajo de la escalera.

—Entonces, ¿no es una puerta falsa? —preguntó Craddock con la mirada puesta en la puerta.

—¡Oh, no! Es de verdad, si es eso lo que quiere decir. Es la puerta de la salita; pero cuando se hizo una sola sala de las dos, no hacían falta dos puertas, así que ésta se cerró.

—¿Se cerró? —Craddock empujó otra vez con cuidado—. ¿Quiere decir que la clavaron? ¿O se limitaron a echar la llave?

—La cerraron con llave, creo, y echaron los cerrojos.

Craddock vio el cerrojo en la parte superior y lo probó. Se descorrió fácilmente, demasiado fácilmente.

—¿Cuándo se abrió esta puerta por última vez? —le preguntó a miss Bunner.

—Oh, hace años y años, supongo. Nunca se ha abierto desde que yo estoy aquí, eso sí que lo sé.

—¿Usted no sabe dónde está la llave?

—Hay muchas llaves en el arcón del vestíbulo. Probablemente estará entre ellas.

Craddock la siguió y vio el montón de llaves oxidadas amontonadas al fondo de un cajón. Les echó una ojeada y escogió una que parecía distinta a las demás y regresó a la puerta. La llave encajaba y giraba sin dificultad en la cerradura. Empujó y la puerta se abrió silenciosamente.

—Oh, tenga cuidado —exclamó miss Bunner—. Puede haber algo apoyado contra la puerta por dentro. No la abrimos nunca.

—¿No?

Ahora tenía el rostro sombrío. Dijo con énfasis:

—Esta puerta se ha abierto hace muy poco, miss Bunner. Se han engrasado las bisagras y la cerradura.

Lo miró boquiabierta.

—Pero, ¿quién puede haber hecho eso? —preguntó.

—Eso es lo que voy a averiguar —contestó Craddock.

Se dijo: *«¿X vino de fuera? No, X estaba aquí, en la casa. Y estaba en la sala aquella noche»*.

Capítulo X

Pip y Emma

I

Miss Blacklock le escuchó esta vez con más atención. Era una mujer inteligente, como él ya sabía, y comprendió en seguida todo el alcance de cuanto le dijo.

—Sí —comentó serena—, eso cambia las cosas. Nadie tenía derecho a tocar esa puerta. Y yo no tengo conocimiento de que nadie lo haya hecho.

—¿Se da usted cuenta de lo que significa? —le preguntó el inspector—. Cuando se apagaron las luces la otra noche, cualquiera de los que se hallaban en esta habitación pudo salir por esa puerta, acercarse por detrás a Rudi Scherz y disparar contra usted.

—¿Sin ser visto ni oído?

—Sin ser visto ni oído. No olvide que, cuando se apagaron las luces, la gente se movió, gritó, tropezó con sus vecinos y, después de esto, lo único que se vio fue la deslumbradora luz de la linterna.

Miss Blacklock dijo con voz pausada:

—Y, ¿usted cree que una de esas personas, uno de mis agradables y normales vecinos, salió de la sala e intentó asesinarme? ¿A mí? Pero, ¿por qué? Por el amor de Dios, ¿por qué?

—Tengo el presentimiento de que usted debe conocer la respuesta a esa pregunta, miss Blacklock.

—No la sé, inspector. Puedo asegurarle que no la sé.

—A ver qué podemos hacer. Dígame, ¿quién heredaría su dinero?

Miss Blacklock respondió de mala gana:

—Patrick y Julia. Lego los muebles de esta casa, junto con una pequeña pensión, a Bunny. En realidad, no tengo mucho que dejar. Poseía valores alemanes e italianos que ya no valen nada. Y entre los impuestos y la baja de los intereses por el capital invertido, le aseguro que no vale la pena asesinarme. Hace cosa de un año, convertí parte de mi dinero en una renta vitalicia.

—No obstante, usted tiene algunas rentas, y sus sobrinos las heredarían.

—¿Y Patrick y Julia querrían matarme para conseguirlas? Perdone si no lo creo. No andan tan escasos de dinero como para eso.

—¿Lo sabe usted a ciencia cierta?

—No. Supongo que sólo sé lo que ellos me han dicho, pero me niego rotundamente a sospechar de ellos. Algún día valdrá la pena asesinarme, pero ahora no.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que algún día valdrá la pena asesinarla, miss Blacklock?

—Simplemente que, algún día, posiblemente muy pronto, puedo ser muy rica.

—Eso parece interesante. ¿Tendría la bondad de explicarse?

—Por supuesto. Quizá no lo sepa usted, pero durante más de veinte años fui secretaria personal y amiga de Randall Goedler.

El interés de Craddock se despertó. Randall Goedler había sido un importante personaje en el mundo de las finanzas. Sus atrevidas jugadas y la habilidad con que había sabido hacerse publicidad lo habían convertido en una personalidad que tardaría mucho en olvidarse. Había muerto, si a Craddock no le fallaba la memoria, en 1937 o 1938.

—Es anterior a su época, supongo —dijo miss Blacklock—, pero seguramente alguna vez habrá oído hablar de él.

—Ya lo creo. Era un millonario, ¿verdad?

—Multimillonario, aunque su situación económica se veía sujeta a vaivenes. Generalmente arriesgaba casi cuanto tenía en cada nueva jugada.

Hablaba con mucha animación, con los ojos iluminados por el recuerdo.

—Sea como fuese, murió rico. No tenía hijos. Le dejó a su mujer su fortuna en usufructo y a su muerte debo heredarla yo, sin condiciones.

Se despertó un vago recuerdo en la mente del inspector: *«SECRETARIA FIEL HEREDARÁ INMENSA FORTUNA»* o algo por el estilo.

—Durante los últimos doce años aproximadamente —dijo miss Blacklock, con un brillo de picardía en los ojos—, he tenido excelentes motivos para asesinar a Mrs. Goedler, pero eso no le ayuda, ¿verdad?

—¿Se mostró Mrs. Goedler, y perdóneme que le haga la pregunta, resentida por las disposiciones del testamento?

—No tiene usted por qué ser tan exageradamente discreto. Lo que usted en realidad quiere preguntar es si yo era la amante de Mr. Goedler. No, no lo era. No creo que Randall pensara ni una sola vez en mí con sentimentalismo. Ni yo pensé nunca en él de esa manera, desde luego. Estaba muy enamorado de Belle, su esposa, y siguió enamorado de ella hasta morir. Creo que fue el agradecimiento lo que le impulsó en la redacción del testamento. Verá, inspector, muy al principio, cuando Randall bailaba en la cuerda floja, estuvo muy cerca del desastre. Todo dependía de unos cuantos miles de libras en dinero efectivo. Se trataba de una gran

jugada y muy emocionante, atrevida como todas las suyas, pero le faltaba esa pequeña cantidad para aguantar. Yo acudí en su auxilio. Contaba con algún dinero mío. Tenía fe en Randall. Vendí todos mis valores y le di el dinero. Fue cuanto necesitaba. Una semana más tarde se había convertido en un hombre inmensamente rico.

»Después de eso, me trató como un socio menor. ¡Ah! ¡Qué días aquéllos! —exhaló un suspiro—. Yo disfrutaba tanto. Entonces murió mi padre y mi única hermana era una inválida. Renuncié a todo por acudir a ayudarla. Randall murió un par de años más tarde. Yo había ganado mucho dinero durante el tiempo que estuvimos asociados y no esperaba que me dejara nada en realidad. Pero me emocionó mucho, sí, y me hizo sentir orgullosa el descubrir que, si Belle moría antes que yo, y era una de esas mujeres delicadas que nunca se espera que vivan demasiado, toda la fortuna sería para mí. En realidad, creo que el pobre hombre no sabía a quien dejárselo. Belle es un alma de Dios y le encantó que así fuera. Es la dulzura personificada. Vive en Escocia. Hace años que no la veo. Nos limitamos a escribirnos por Navidad. Yo me marché con mi hermana a un sanatorio en Suiza antes de la guerra. Allí murió de tuberculosis.

Guardó silencio unos instantes. Luego dijo:

—Regresé a Inglaterra hace poco más de un año.

—Dijo usted que podría ser muy rica dentro de poco. ¿Más o menos cuándo?

—Recibí noticias de la enfermera que asiste a Belle Goedler diciendo que empeoraba a ojos vista. El desenlace puede ser cosa de semanas. Poco representará el dinero para mí ahora —añadió tristemente—. Tengo para cubrir mis necesidades, que son muy pocas. En otros tiempos me hubiera encantado especular de nuevo, pero ahora... Una se hace vieja, inspector. No obstante, se dará usted cuenta de que si Julia y Patrick quisieran matarme por razones económicas estarían locos si no esperaran unas semanas más.

—Sí, miss Blacklock. Pero ¿qué sucede si muere usted antes que Mrs. Goedler? ¿Quién hereda la fortuna entonces?

—Nunca se me ha ocurrido pensar en eso, ¿sabe? Supongo que Pip y Emma...

Craddock la miró con sorpresa y miss Blacklock sonrió.

—¿Me mira usted como si estuviese trastornada? Creo que, si muero antes que Belle, el dinero irá a parar a manos de la progenie legal, o como se llame, de la hermana única de Randall, Sonia. Randall había reñido con su hermana. Se casó con un hombre a quién él consideraba un malhechor o algo peor.

—¿Lo era?

—Por supuesto, pero tengo entendido que a las mujeres les resultaba muy atractivo. Era griego, rumano o algo así. ¿Cómo se llamaba...? Stamfordis, Dimitri Stamfordis.

—¿Randall Goedler desheredó a su hermana cuando se casó con ese hombre?

—Oh, Sonia ya era muy rica. Randall le había regalado grandes sumas de dinero, pero de un modo que ella no pudiera tocarlo. Yo creo que, cuando los abogados le instaron a que agregara el nombre de alguna otra persona por si me moría yo antes que Belle, puso, de mala gana, el de la prole de Sonia, sencillamente porque no se le ocurrió nadie más y no es de los que dejan su dinero a beneficencia.

—¿Y qué descendencia tuvo el matrimonio?

—Pip y Emma[7] —contestó ella riendo—. Ya sé que suena ridículo. Lo único que sé es que Sonia le escribió una vez a Belle después de su matrimonio pidiéndole que le dijera a Randall que era extremadamente feliz y que acababa de dar a luz mellizos y que los iba a llamar Pip y Emma. Que yo sepa, no volvió a escribir nunca más; pero Belle, claro está, quizá pueda decirle algo más.

Miss Blacklock se había divertido con su relato. Sin embargo, el inspector no parecía divertido.

—La cosa se reduce a lo siguiente —dijo—. Si la hubieran matado a usted la otra noche, hay por lo menos dos personas en el mundo, o así lo presumimos, que hubiesen heredado una cuantiosa fortuna. Está usted equivocada, miss Blacklock, al decir que no hay nadie que tenga motivo alguno para desear su muerte. Hay dos personas por lo menos para quienes eso tiene un interés vital. ¿Qué edad tendrán ahora los mellizos?

Miss Blacklock frunció el entrecejo.

—Deje que piense... 1922... No, es difícil recordar. Supongo que unos veinticinco o veintiséis —se puso seria—, pero no es posible que usted crea...

—Creo que alguien disparó contra usted con la intención de matarla. Creo que es posible que esa misma persona o personas prueben suerte otra vez. Le recomiendo que tome todas las precauciones posibles. Se planeó un asesinato y fracasó. Creo muy posible que se prepare otro asesinato para muy pronto.

II

Phillipa Haymes irguió la cabeza y se apartó un mechón de cabellos de la sudorosa frente. Estaba limpiando un cantero de flores.

—¿Diga, inspector?

Le miró interrogante. Craddock, a su vez, la escudriñó con más atención de lo que lo había hecho hasta entonces. Sí, una muchacha bien parecida, un tipo muy inglés, con su cabello rubio ceniza y el rostro alargado. La barbilla y la boca obstinadas. Una mujer un tanto reprimida, tensa. Los ojos azules, de mirada firme, no delataban nada. La clase de muchacha, pensó, que sabría guardar muy bien un secreto.

—Lamento molestarla cuando trabaja, Mrs. Haymes —dijo—, pero no quería esperar a que regresara usted para la comida. Además, se me ocurrió que resultaría más fácil hablarle aquí, lejos de Little Paddocks.

—¿Dígame inspector?

Ni pizca de emoción y poco interés en la voz. Pero, ¿había captado una nota de cautela o se lo imaginaba?

—Se me ha hecho cierta declaración esta mañana. Esta declaración está relacionada con usted.

Phillipa Haymes enarcó muy levemente las cejas.

—¿Me dijo, Mrs. Haymes, que Rudi Scherz le era completamente desconocido?

—Sí.

—Que cuando lo vio allí muerto era la primera vez que le ponía la vista encima, ¿es así?

—Claro que sí, nunca le había visto antes.

—¿No mantendría usted, por casualidad, una conversación con él en el invernadero de Little Paddocks?

—¿En el invernadero?

Estuvo casi seguro que había temor en la voz.

—Sí, Mrs. Haymes.

—¿Quién lo dice?

—Me han asegurado que habló usted con Rudi Scherz, que él le preguntó dónde podía esconderse, que usted le dijo que le enseñaría el lugar y que mencionó concretamente una hora: las seis y cuarto. Serían aproximadamente las seis y cuarto cuando llegó aquí Scherz desde la parada del autobús la noche del atraco.

Hubo un momento de silencio. Luego Phillipa se rió con desdén. Parecía hacerle gracia.

—No sé quién le dijo a usted eso —aseguró—, aunque me lo imagino. Es un cuento ridículo, muy torpe, mal intencionado, claro está. Por alguna razón, yo le resulto más antipática a Mitzi que todos los demás.

—¿Lo niega?

—Claro que lo niego. Nunca he conocido ni visto a Rudi Scherz y no estuve ni siquiera cerca de la casa aquella mañana. Estaba aquí trabajando.

El inspector Craddock preguntó suavemente:

—¿Qué mañana?

—Todas las mañanas. Estoy aquí todas las mañanas, no me marcho hasta la una. Es estúpido —agregó con desdén— hacer caso de lo que diga Mitzi. Miente por sistema.

—Y ahí tiene —dijo Craddock cuando se alejaba acompañado del sargento Fletcher—. Dos jóvenes cuyos relatos se contradicen por completo. ¿A cuál de las dos he de creer?

—Todo el mundo parece estar de acuerdo en que esa muchacha extranjera dice muchas mentiras —contestó Fletcher—. Sé por experiencia que a los extranjeros les cuesta menos trabajo mentir que decir la verdad. Parece claro que le tiene rencor a Mrs. Haymes.

—Así que si estuviera en mi lugar, ¿creería a Mrs. Haymes?

—A menos que tenga usted motivos para hacer lo contrario.

Y Craddock no los tenía, sólo el recuerdo de unos ojos azules demasiado fijos y la facilidad con que habían escapado de sus labios las palabras «aquella mañana». Porque, que él recordase, no había dicho si la entrevista se había celebrado en el invernadero por la mañana o por la tarde.

Sin embargo, miss Blacklock —o si no miss Blacklock, miss Bunner— podía haber mencionado la visita del joven extranjero que vino a mendigar el importe de su viaje de regreso a Suiza. Y Phillipa Haymes podría, por lo

tanto, haber deducido que la conversación se había celebrado aquella mañana precisamente.

Pero Craddock seguía creyendo que hubo cierto temor en su voz cuando preguntó: «¿En el invernadero?»

Decidió no decantarse por ninguna posibilidad de momento.

III

Se estaba muy bien en el jardín de la vicaría. Se había dejado sentir en Inglaterra una de esas súbitas olas de calor en pleno otoño. El inspector Craddock no lograba recordar nunca si era el veranillo de San Martín o el de San Lucas, pero sí sabía que resultaba muy agradable, y muy enervante también. Se sentó en la tumbona que le ofreció la enérgica Bunch, a punto de marcharse a una reunión de madres y, a su lado, bien protegida por toquillas y con una manta grande alrededor de las rodillas, estaba sentada, haciendo media, miss Marple. El sol, la paz, el acompasado ruido de las agujas de miss Marple, todo se combinó para hacer que el inspector sintiera sueño. Y, sin embargo, al mismo tiempo, en el fondo de su mente experimentaba cierta sensación de pesadilla. Era como un sueño conocido, con una nota amenazadora que acababa trocando la apacibilidad en terror.

—No debería usted estar aquí —afirmó sin más.

Las agujas de miss Marple se detuvieron un instante. Los plácidos ojos azul porcelana lo contemplaron pensativos.

—Ya sé lo que quiere decir. Es usted un muchacho muy juicioso, pero no hay por qué preocuparse. El padre de Bunch fue vicario de nuestra parroquia, un hombre muy erudito, y su madre, que es una mujer asombrosa, una verdadera potencia espiritual, ambos han sido amigos míos desde hace mucho tiempo. Por tanto, resulta lo más natural del mundo que si estoy en Medenham venga a pasar una temporada con Bunch.

—Oh, es posible —dijo Craddock—. Pero... pero no ande usted husmeando por ahí. Tengo el presentimiento de que es peligroso.

Miss Marple sonrió levemente.

—Pero me temo —replicó— que nosotras, las viejas, siempre chismorreamos. Resultaría mucho más extraño y mucho más llamativo que no lo hiciese. Preguntas acerca de amigos mutuos que se hallan en distintas partes del mundo. Si se recuerda a Fulano de Tal. Si se acuerda usted de con quién se casó la hija de lady Cuál. Todo eso ayuda, ¿no?

—¿Ayuda? —murmuró el inspector sin comprender.

—Ayuda a descubrir si la gente es, en efecto, todo lo que pretende ser —agregó miss Marple.

Y prosiguió:

—Porque eso es lo que le tiene a usted preocupado, ¿no? Cómo ha cambiado todo desde la guerra. Fíjese en este lugar, en Chipping Cleghorn. Se parece a St. Mary Mead, mi lugar de residencia. Hace quince años, una sabía quién era todo el mundo. Los Bantry de la casa grande, los Hartnell, los Price Ridley y los Weatherby. Eran personas cuyos padres y madres, abuelos y abuelas, tíos y tías habían vivido allí antes que ellos. Si alguna persona nueva se instalaba en el pueblo, llegaba con cartas de presentación o había servido en el mismo regimiento, o en el mismo barco que alguien establecido ya allí. Si alguien nuevo, verdaderamente nuevo, un auténtico forastero se presentaba, ¡bueno!, destacaba muchísimo. Todo el mundo se preguntaba quién podría ser y no descansaba hasta averiguarlo.

Asintió lentamente.

—Pero ya no es así. Aldeas y pueblos están llenos de personas que se han instalado allí sin ningún lazo que los una al lugar. Las mansiones se han vendido y las casas rurales han sido reconvertidas. La gente llega, y lo único que se sabe es lo que dicen de sí mismos. Porque han venido desde todas partes del mundo: gente de la India, de Hong Kong, de China, gente que vivía en Francia y en Italia, en sitios baratos y en islas extrañas. Y gente que ha hecho un poco de dinero y puede permitirse el lujo de retirarse. Pero ya nadie sabe quiénes son sus vecinos. Puede uno tener piezas de bronce de Benarés en su casa y hablar de tiffin y chotta hazri, y se pueden tener cuadros de Taormina y hablar de la iglesia anglicana y de la biblioteca, como miss Hinchcliffe y miss Murgatroyd. Puede uno venir del sur de Francia o haberse pasado la vida en Oriente. La gente te acepta por lo que dices. No esperan a ir de visita hasta tener una carta de un amigo diciendo que los Fulano de Tal son gente deliciosa y que los conoce de toda la vida.

Y eso, pensó Craddock, era precisamente lo que se le hacía tan opresivo. No saber. No eran más que rostros y personajes provistos de libretas de racionamiento y tarjetas de identidad, unas tarjetas de identidad muy bonitas, con números, sin fotografías ni huellas dactilares. Cualquiera que quisiese tomarse la molestia podía obtener una tarjeta de identidad falsificada. Y, en parte debido a ello, los sutiles eslabones que habían

mantenido unida la vida rural inglesa se habían deshecho. En una ciudad, nadie esperaba conocer a su vecino. Ahora, en el campo, tampoco nadie conocía a su vecino aunque posiblemente creyera conocerle

Gracias a las bisagras engrasadas, Craddock sabía que hubo alguien en la sala de Letitia Blacklock que no era el agradable y amistoso vecino rural que él, o ella, fingía ser.

Y, precisamente por eso, temía por miss Marple, que era anciana y frágil, y se fijaba en las cosas.

—Podemos, hasta cierto punto, comprobar quiénes son esa gente —señaló.

Pero, en su fuero interno, sabía que eso no era tan fácil. India, China, Hong Kong, el sur de Francia. No era tan fácil como lo hubiera sido quince años antes. Demasiado sabía él que muchos vagaban por el país con una identidad falsa, la identidad de personas que murieron repentinamente en «incidentes» ocurridos en las ciudades. Existían organizaciones que se dedicaban a comprar identidades, falsificadores de libretas de racionamiento y tarjetas de identidad. Un centenar de industrias ilegales habían surgido al amparo de las circunstancias. Sí que se podían hacer comprobaciones, pero para ello se requería tiempo; y tiempo era lo que le faltaba, porque la viuda de Randall Goedler se encontraba a las puertas de la muerte.

Fue entonces cuando, preocupado y cansado, medio adormecido por el sol, le habló a miss Marple de Randall Goedler y de Pip y Emma.

—Sólo son un par de nombres. Mejor dicho, quizá sean alias o quizá no existan. Tal vez sean respetables ciudadanos que viven actualmente en algún lugar de Europa. Aunque también uno de ellos o los dos quizás, estén aquí, en Chipping Cleghorn. De veinticinco años de edad, aproximadamente. ¿A quién le cuadraba la descripción?

—Esos sobrinos suyos —dijo pensando voz alta—, primos o lo que sean... me pregunto cuándo los vería por última vez.

—Yo me encargaré de averiguarlo, ¿le parece bien?

—Por favor, miss Marple, no...

—Resultará muy sencillo, inspector. No tiene usted por qué preocuparse. No se notará si lo hago yo porque no será una cosa oficial. Y si algo no anda bien, no querrá usted ponerles en guardia.

Pip y Emma, pensó Craddock. ¿Pip y Emma? Empezaban a obsesionarle. Aquel joven osado y bien parecido, la bonita muchacha de mirada serena...

—Quizás averigüe algo más acerca de ellos durante las próximas cuarenta y ocho horas —dijo—. Me marcho a Escocia. Mrs. Goedler, si puede hablar, tal vez sepa mucho más de esos muchachos.

—Ese paso me parece muy apropiado —Miss Marple vaciló. Luego, tras una pausa, murmuró—: Espero que le habrá dicho usted a miss Blacklock que ande con cuidado.

—La he avisado, sí. Y dejaré aquí a un agente que vigile sin llamar mucho la atención.

Esquivó la mirada de la anciana, que decía bien a las claras que de poco serviría un agente si el peligro se encontraba dentro de la casa.

—Y recuerde —añadió Craddock mirándola de hito en hito— que ya la he avisado a usted.

—Le aseguro, inspector, que sé cuidarme muy bien.

Capítulo XI

Miss Marple va a tomar el té

Si Letitia Blacklock estaba algo distraída cuando se presentó Mrs. Harmon a tomar el té, acompañada de su huésped, no era fácil que miss Marple, la anciana en cuestión, se diese cuenta de ello, puesto que aquella era la primera vez que la veía.

La anciana resultó ser encantadora y deliciosamente charlatana. Se mostró en seguida como una viejecita cuya constante preocupación son los ladrones.

—Son capaces de entrar en cualquier parte, querida —le aseguró a su anfitriona—, en cualquier parte en estos tiempos. ¡Hay tantos métodos norteamericanos nuevos! Yo, personalmente, pongo mi confianza en un dispositivo muy anticuado: un gancho y un pasador. Pueden abrir las cerraduras con ganzúa y descorrer los cerrojos, pero no pueden con un gancho de latón y el pasador en que se engancha. ¿Ha probado ese método alguna vez?

—Me temo que no nos preocupamos demasiado por cerrojos ni trancas —contestó alegremente miss Blacklock—. No hay gran cosa que robar aquí.

—Una cadena en la puerta principal —aconsejó miss Marple—. Así la doncella no tiene más que abrir una rendija para ver quién llama. Y no pueden abrir de un empujón.

—Supongo que a Mitzi, nuestra refugiada europea, le encantaría.

—El atraco de que fueron ustedes víctimas tuvo que ser algo aterrador —dijo miss Marple—. Bunch me lo ha estado contando.

—Yo por poco me muero del susto —afirmó Bunch.

—Sí, fue una experiencia alarmante —confesó miss Blacklock.

—Casi parece cosa de la Providencia que aquel individuo tropezara y se disparara un tiro. Estos ladrones son tan violentos hoy en día. ¿Como logró entrar?

—Me temo que no somos muy dados a cerrar las puertas.

—Oh, Letty —exclamó miss Bunner—, olvidé decirte que el inspector se mostró muy raro esta mañana. Se empeñó en abrir la segunda puerta, ya sabes cuál digo, la que nunca se abre. Buscó la llave y dijo que habían engrasado las bisagras, pero no comprendo la razón, porque...

Vio demasiado tarde la señal que le hacía miss Blacklock para que se callase y se interrumpió boquiabierta.

—Oh, Lotty, me... lo siento... quiero decir, oh, perdona, Letty... ¡Ay, Señor, qué estúpida soy!

—No importa —dijo miss Blacklock. Pero estaba molesta—. Sencillamente no creo que el inspector Craddock quiera que se hable de ello. No sabía que hubieras estado presente mientras hacía experimentos, Dora. Se hace usted cargo, ¿verdad, Mrs. Harmon?

—Claro que sí —aseguró Bunch—. No diremos una palabra, ¿verdad, tía Jane? Pero, ¿por qué...?

Calló pensativa. Miss Bunner estaba nerviosa y parecía contrariada, y acabó por decir:

—Siempre hablo a destiempo. ¡Ay, Señor! ¡Soy un verdadero castigo para ti, Letty!

Miss Blacklock se apresuró a tranquilizarla.

—Eres mi gran consuelo, Dora. Y, de todas formas, en un sitio tan pequeño como Chipping Cleghorn no hay, en realidad, ningún secreto.

—Eso es cierto —comentó miss Marple—. Me temo que las cosas se propagan de una manera extraordinaria. El servicio, claro está. Y, sin embargo, no puede ser eso sólo, porque una tiene tan poco servicio hoy en

día... No obstante, hay que tener en cuenta a las señoras que vienen a hacer la limpieza. Quizá sean las peores, porque trabajan para otros, van de casa en casa, y hacen circular las noticias.

—¡Ah! —exclamó Bunch de pronto—. ¡Ahora lo entiendo! Claro, si esa puerta podía abrirse, también pudo haber salido alguien de aquí en la oscuridad y cometer el atraco. Sólo que, claro, nadie lo hizo, porque fue el hombre del «Royal Spa». ¿O no lo fue? No, creo que no acabo de entenderlo.

Frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿todo ocurrió en esta habitación? —preguntó miss Marple. Y agregó a modo de excusa—: Me temo que va usted a creerme extremadamente curiosa, miss Blacklock, pero ¡es tan emocionante! Como las cosas que una lee en el periódico. Estoy ansiosa por saber lo que ocurrió y de imaginármelo todo. No sé si me comprende.

Inmediatamente miss Marple escuchó una versión muy confusa de labios de Bunch y miss Bunner, con algunas enmiendas y agregados de miss Blacklock.

Cuando el relato se hallaba en todo su apogeo, entró Patrick y tomó parte en la narración, llegando hasta el punto de representar el papel de Rudi Scherz.

—Y tía Letty estaba allí, en el rincón, junto a la arcada. Ponte allí, tía Letty.

Miss Blacklock obedeció y le enseñaron a miss Marple los agujeros que habían hecho las balas.

—¡Qué maravillosa y providencial salvación! —exclamó emocionada.

—Estaba a punto de ofrecerles cigarrillos a mis invitados —Miss Blacklock señaló la caja de plata que había sobre la mesa.

—La gente es tan poco cuidadosa cuando fuma —dijo miss Bunner con desaprobación—. Ya nadie respeta los muebles buenos como antes. ¡Fíjate en la quemadura que hizo alguien en esta hermosa mesa! ¡Vergonzoso!

Miss Blacklock exhaló un suspiro.

—Me temo que a veces piensa una demasiado en las cosas que tiene.

—¡Es una mesa tan bonita, Letty!

Miss Bunner amaba las cosas de su amiga tanto como si hubieran sido suyas. A Bunch Harmon siempre le había parecido que eso era una de las

características que más adorable la hacían. No daba la más mínima muestra de envidia.

—Sí que es una mesa muy bonita —asintió cortésmente miss Marple—. ¡Y qué hermosa lámpara de porcelana la que hay encima!

De nuevo fue miss Bunner quien aceptó la alabanza, como si ella y no miss Blacklock fuera la propietaria de la lámpara.

—¿Verdad que es deliciosa? De Dresde. Hay una pareja. Creo que la otra se encuentra ahora en el cuarto de invitados.

—Sabes dónde está todo lo de la casa, Dora. O crees saberlo —dijo miss Blacklock de muy buen humor—. Te preocupan mis cosas mucho más que a mí.

Miss Bunner se puso colorada.

—Me gustan las cosas hermosas —se defendió, con un tono donde se mezclaban el desafío y la tristeza.

—Confieso —observó miss Marple— que también a mí me resultan muy queridas las pocas cosas que poseo. ¡Me traen tantos recuerdos! Lo mismo ocurre con los retratos. Hoy en día la gente tiene tan pocos retratos. A mí me gusta conservar las fotografías de todos mis sobrinos y sobrinas: cuando estaban en pañales, de niños, y así sucesivamente.

—Tiene usted una mía terrible, de cuando tenía tres años —dijo Bunch —. Con un fox terrier y los ojos bizcos.

—Supongo que su tía conserva muchos recuerdos de usted —dijo miss Marple encarándose con Patrick.

—Oh, no somos más que primos lejanos —contestó el joven.

—Me parece que Elinor me mandó una tuya de cuando eras pequeño, Pat —dijo miss Blacklock—, pero me temo que no la conservé. En realidad, había olvidado cuántos hijos tenía y sus nombres, hasta que escribió diciéndome que estabais los dos aquí.

—Otro signo de los tiempos —señaló miss Marple— ¡Es tan frecuente hoy en día no conocer a los parientes más jóvenes! En otros tiempos, cuando las familias se reunían para las grandes ocasiones, eso hubiera resultado imposible.

—La última vez que vi a la madre de Pat y Julia fue en una boda, hace treinta años —dijo miss Blacklock—. Era una muchacha muy bonita.

—Por eso ha tenido hijos tan guapos —observó Patrick riendo.

—Tienes un álbum antiguo maravilloso —dijo Julia—. ¿Te acuerdas, tía Letty? Lo estuvimos mirando el otro día. ¡Qué sombreros!

—¡Y qué elegantes nos creíamos! —contestó miss Blacklock con un suspiro.

—No te preocupes, tía Letty —dijo Patrick—. Julia se encontrará con uno de sus retratos dentro de treinta años ¡y verá lo mucho que se parecía a un chico!

—¿Lo hizo a propósito? —inquirió Bunch cuando regresaba a su casa con miss Marple—. Hablar de fotografías, quiero decir.

—Bueno, querida, creo que resulta interesante saber que miss Blacklock no conocía de vista a ninguno de sus dos parientes. Sí, creo que al inspector Craddock le gustará saberlo.

Capítulo XII

Actividades matutinas en Chipping Cleghorn

I

Edmund Swettenham se sentó, precariamente, en un rodillo.

—Buenos días, Phillipa —dijo.

—Hola.

—¿Estás muy ocupada?

—Un poco.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No lo ves?

—No, yo no soy jardinero. Pareces estar jugando con la tierra.

—Estoy aclarando la lechuga de invierno.

—¡Que ocurrencia!

—¿Querías algo en particular? —preguntó Phillipa con frialdad.

—Sí, verte.

Phillipa le dirigió una rápida mirada.

—Te agradecería que no vinieras aquí. Podría no gustarle a Mrs. Lucas.

—¿No te consiente que tengas seguidores?

—No seas absurdo.

—Seguidores. Bonita palabra. Describe mi actitud a la perfección. Respetuoso, manteniendo las distancias, pero con firme insistencia.

—Haz el favor de marcharte, Edmund. No tienes nada que hacer aquí.

—Te equivocas —contestó Edmund triunfante—. Sí que tengo algo que hacer aquí. Mrs. Lucas llamó por teléfono a mi madre esta mañana y le dijo que tenía muchos calabacines.

—Montones.

—Y le preguntó si quería cambiar un tarro de miel por un par de ellos.

—Ese intercambio no es justo. Los calabacines van tirados de precio en esta época. Todo el mundo tiene demasiados.

—Naturalmente. Por eso telefoneó Mrs. Lucas. La última vez, si mal no recuerdo, el intercambio que nos propuso fue leche desnatada, fíjate bien, ¡desnatada! ¿A cambio de qué? De unas cuantas lechugas. Se vendían a un chelín cada una porque eran las primeras.

Phillipa no respondió.

Edmund sacó del bolsillo un tarro de miel.

—De modo que aquí —dijo— está mi coartada, en el sentido más libre e indefendible de la palabra. Si Mrs. Lucas asoma la cabeza por la puerta del cobertizo, he venido aquí a buscar calabacines. No es cuestión de hacerle perder el tiempo a nadie.

—Ya veo.

—¿Has leído alguna vez a Tennyson?

—No mucho.

—Deberías leerlo. No va a tardar en ponerse de moda otra vez. Cuando pongas la radio por las tardes, oirás Los idilios del rey y no la prosa interminable de Trollope. La actitud de Trollope siempre me pareció de una afectación insoportable. Quizás un poquito de Trollope no esté mal, pero tanto es para desesperarse. Y, hablando de Tennyson, ¿has leído Maud?

—Una vez, hace mucho tiempo.

—Tiene algunos aciertos.

Y citó quedamente:

—«Imperfectamente perfecta, fríamente uniforme, espléndidamente nula». Así eres tú, Phillipa.

—¡Vaya cumplido!

—No tenía intención de que lo fuese. Deduzco que el pobre tipo se enamoró de Maud como tú te has enamorado de mí.

—No seas ridículo, Edmund.

—¡Qué demonios, Phillipa! ¿Por qué eres como eres? ¿Qué se esconde tras esas facciones tan soberbiamente perfectas? ¿Qué piensas? ¿Qué

sientes? ¿Eres feliz, desgraciada, tienes miedo, el qué? Tienes que sentir algo.

Phillipa contestó quedamente:

—Lo que yo siento es sólo cosa mía.

—Y mía también. Quiero hacerte hablar. Quiero saber lo que ocurre dentro de esa cabecita tuya. Tengo derecho a saberlo. De veras que sí. Yo no quería enamorarme de ti. Deseaba sentarme muy tranquilo y escribir mi libro. ¡Un libro tan agradable sobre lo desdichado que es el mundo! Resulta la mar de fácil ser ingenioso cuando se escribe acerca de las desgracias de todos. Y es simple cuestión de costumbre. Sí, me he convencido de ello de pronto. Después de leer la vida de Burne Jones.

Phillipa había dejado de trabajar. Le estaba mirando, curiosa.

—¿Qué tiene que ver Burne Jones con todo este asunto?

—Todo. Cuando uno ha leído todo lo relacionado con los prerrafaelistas, se da cuenta exacta de qué es la moda. Todos ellos eran la animación y la verborrea personificada. Y la alegría. Y se reían y se gastaban bromas, y todo lo encontraban magnífico y maravilloso. Eso era también una moda. No estaban más animados ni eran más felices que nosotros. Y nosotros no somos más desgraciados de lo que lo fueron ellos. Te digo que todo es moda. Después de la guerra, nos dio por el sexo. Ahora nos da por sentirnos frustrados. Nada de eso importa. ¿Por qué estamos hablando de todo esto? Empecé con la intención de hablar de nosotros. Sólo que me desanimo y cambio de tema, porque tú no quieres ayudarme.

—¿Qué quieres que haga yo?

—¡Hablar! Que me cuentes cosas. ¿Es por tu marido? ¿Lo adorabas y, como él está muerto, te has encerrado en tu concha? ¿Es eso? Está bien, lo adorabas y murió. Bueno, también a otras chicas se les ha muerto el marido, a muchas, y algunas estaban muy enamoradas. Te lo cuentan en los bares y lloran un poco cuando están lo bastante borrachas, y luego se quieren acostar contigo para sentirse mejor. Es una manera de consolarse, supongo. Tienes que superarlo, Phillipa. Eres joven, muy hermosa y yo te quiero como el mismísimo demonio. Habla de tu maldito marido, cuéntame algo de él.

—No hay nada que contar. Nos conocimos y nos casamos.

—Serías muy joven.

—Demasiado joven.

—¿No eras feliz con él? Sigue, Phillipa.

—No hay nada que seguir. Nos casamos. Fuimos tan felices como la mayoría de la gente, supongo. Nació Harry, Ronald se marchó a ultramar. Le mataron en Italia.

—¿Y ahora queda Harry?

—Y ahora queda Harry.

—Me gusta Harry. Es un chico muy simpático. Y le caigo bien. Hacemos buenas migas. ¿Qué dices, Phillipa? ¿Nos casamos? Tú puedes seguir con tus jardines y yo continuaré escribiendo mi libro. Y, durante las vacaciones, dejaremos de trabajar y nos divertiremos. Podremos arreglárnoslas con un poco de tacto para no tener que vivir con mi madre. Ella puede rascarse un poco el bolsillo para mantener a su adorado hijo. Yo vivo de gorra, escribo libros imbéciles, tengo mal la vista y hablo demasiado. Eso es lo peor. ¿Te atreves a probar suerte?

Phillipa le miró. Ante ella tenía un joven de aspecto más bien solemne, expresión ansiosa y unas gafas muy grandes. Tenía desgreñado el pelo rubio y la contemplaba con semblante afable y tranquilizador.

—No —dijo Phillipa.

—¿Definitivamente, no?

—Definitivamente, no.

—¿Por qué?

—No sabes una palabra de mí.

—¿Eso es todo?

—No, es que no sabes nada de nada.

Edmund consideró la aseveración.

—Tal vez no —reconoció—, pero, ¿quién sabe algo? Phillipa, mi adorada... —se interrumpió.

Se oía una especie de aullido agudo y prolongado cada vez más cerca.

Edmund recitó:

En el jardín de la casa
perros falderos clamaban;
y era Phil, Phil el ladrido
que en su clamor pronunciaban.

—Tu nombre no se presta mucho a la poesía, ¿verdad? ¿No tienes otro?

—Sí, Joan. Por favor, márchate. Llega Mrs. Lucas.

—Joan, Joan, Joan. No creas que tampoco suena muy bien. Cuando la grasienta Joan tira al fuego la cazuela... Tampoco ése es un cuadro muy agradable de la vida marital.

—Mrs. Lucas está...

—¡Qué rayos! —exclamó Edmund—. ¡Tráeme los malditos calabacines!

II

El sargento Fletcher tenía toda la casa de Little Paddocks para él solo.

Mitzi libraba aquel día. Cuando tenía fiesta, se iba siempre a Medenham Wells en el autobús de las once. Con el permiso de miss Blacklock, el sargento Fletcher se había quedado a cargo de la casa. Ella y miss Bunner se habían ido al pueblo.

Fletcher trabajó aprisa. Alguien de la casa había engrasado y preparado aquella puerta y, quienquiera que lo hubiese hecho, lo había hecho para poder salir de la sala sin ser visto tan pronto se apagaran las luces. Eso eliminaba a Mitzi, que no hubiera necesitado usar la puerta.

¿Quién quedaba? A los vecinos, pensó Fletcher, también se les podía eliminar. No veía cómo hubieran podido encontrar una oportunidad para preparar la puerta.

Quedaban Patrick y Julia Simmons, Phillipa Haymes y, posiblemente, Dora Bunner. Los Simmons se hallaban en Milchester. Phillipa Haymes estaba trabajando. El sargento podía dedicarse, sin estorbos, a desentrañar todos los secretos que quisiera, pero se llevó una desilusión. Fletcher, que era experto en cuestiones eléctricas, no vio en los cables ni en los accesorios ni en las lámparas cosa alguna que le indicara cómo se habían apagado las luces.

Al examinar rápidamente las alcobas, encontró en ellas una normalidad irritante. En la habitación de Phillipa había un retrato de un niño de mirada seria, otro retrato del mismo niño cuando era más pequeño, un montón de cartas de colegial, uno o dos programas de teatro. En el cuarto de Julia había un cajón lleno de fotografías sacadas en el sur de Francia. Retratos de playa, un chalé rodeado de mimosas. La de Patrick contenía recuerdos de su servicio en la Marina. En la de Dora Bunner, había pocas cosas de carácter personal y todas parecían inocentes a más no poder.

Sin embargo, pensó Fletcher, alguien de la casa tenía que haber engrasado las bisagras.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas al oír un ruido abajo. Se acercó rápidamente al rellano y se asomó.

Mrs. Swettenham cruzaba el vestíbulo con una cesta al brazo. Se asomó a la sala, cruzó el pasillo y entró en el comedor. Volvió a salir sin la cesta.

Algún leve ruido que hizo Fletcher, una tabla del entarimado que crujió inesperadamente bajo sus pies, obligó a la señora a volver la cabeza. Dijo, alzando la voz:

—¿Es usted, miss Blacklock?

—No, Mrs. Swettenham, soy yo —respondió el sargento.

La señora soltó un grito de alarma.

—¡Oh! ¡Qué susto me ha dado! ¡Pensé que era otro ladrón!

Fletcher bajó la escalera.

—Me temo que esta casa no está muy bien protegida contra los ladrones —comentó—. ¿Puede cualquiera entrar y salir así cuando le dé la gana?

—He venido a traer unos membrillos —explicó Mrs. Swettenham—. Miss Blacklock quiere hacer jalea de membrillo y no tiene membrillero. Los dejé en el comedor.

Luego sonrió.

—¡Ah, ya! Quiere usted decir que cómo entré, ¿no? Por la puerta lateral. Todos entramos y salimos de casa de nuestros vecinos, sargento. A nadie se le ocurre cerrar una puerta con llave hasta que anochece. Quiero decir que resultaría demasiado molesto si viniera una a traer cosas y no pudiera entrar para dejarlas. No es como en otros tiempos, que no tenías más que tocar el timbre y siempre salía una criada a abrir.

Exhaló un suspiro.

—Recuerdo que en la India —añadió plañidera— teníamos dieciocho criados, ¡dieciocho! Sin contar el aya. Era lo corriente. Y en casa, siendo yo niña, teníamos tres criadas, aunque mamá siempre decía que se sentía como una pordiosera por no poder permitirse tener pinche de cocina también. He de confesar que la vida me parece extraña en estos tiempos, sargento, aunque sé que no debo quejarme. ¡Viven mucho peor los mineros, que siempre andan cogiendo psitacosis, ¿o ésa es la enfermedad de los loros?, y se ven obligados a abandonar las minas y a probar suerte como jardineros, aunque no saben distinguir entre las malas hierbas y las espinacas!

Agregó cuando se dirigía a la puerta:

—No quiero entretenerle. Supongo que está usted muy ocupado. No irá a suceder ninguna otra cosa más, ¿verdad?

—¿Por qué habría de suceder nada, Mrs. Swettenham?

—Se me ocurrió preguntárselo al verle a usted aquí. Yo pensé que pudiera tratarse de una banda. Le dirá usted a miss Blacklock lo de los membrillos, ¿verdad?

Mrs. Swettenham se fue. Fletcher se sentía como alguien que acaba de recibir un golpe inesperado. Había dado por hecho —erróneamente, ahora lo sabía— que alguien de la casa había engrasado las bisagras. Ahora comprendía su error. El autor no hubiera tenido más que aguardar a que Mitzi se fuera en el autobús y Letitia y Bunner hubieran salido de la casa. Una oportunidad sencillísima de encontrar. Eso significaba que no podía eliminar a ninguna de las personas presentes en la sala aquella noche.

III

—Murgatroyd.

—Di, Hinch.

—He estado pensando.

—¿De veras, Hinch?

—Sí, mi prodigioso cerebro ha estado trabajando. ¿Sabes lo que te digo, Murgatroyd? Que lo que ocurrió la otra noche no podía resultar más sospechoso.

—¿Sospechoso?

—Sí. Recógete el pelo, Murgatroyd, y toma este desplantador. Haz como si fuera un revólver.

—Oh —dijo Murgatroyd nerviosa.

—No te morderá. Ahora ven a la puerta de la cocina. Tú vas a ser el ladrón. Te pondrás aquí. Ahora vas a entrar en la cocina a atracar a un grupo de cabezas de chorlito. Toma la linterna. Enciéndela.

—Pero, ¡si estamos en pleno día!

—Usa tu imaginación, Murgatroyd. Enciéndela.

Miss Murgatroyd lo hizo torpemente, metiéndose el desplantador debajo del brazo mientras lo hacía.

—Ahora —añadió miss Hinchcliffe—, arranca. ¿Te acuerdas de cuando representaste a Hermia en «El sueño de una noche de verano» en el Instituto

de la Mujer? Actúa. Vuélcate en el papel. «¡Manos arriba!» Eso es lo que has de decir. Y no lo estropees añadiendo: «Por favor».

Miss Murgatroyd levantó sumisa la linterna, esgrimió el desplantador y avanzó hacia la puerta de la cocina.

Se pasó la linterna a la mano derecha, hizo girar bruscamente el tirador y dio un paso hacia delante, volviendo a coger la linterna con la mano izquierda.

—¡Manos arriba! —exclamó con voz aflautada, y agregó molesta—: ¡Ay, Señor! ¡Esto es difícil, Hinch!

—¿Por qué?

—Por la puerta. Es de vaivén. No hace más que querer cerrarse y tengo las dos manos ocupadas.

—Justo —bramó miss Hinchcliffe—. Y la puerta de la sala de Little Paddocks también se cierra sola. No es una puerta de vaivén como ésta, pero sí se cierra sola. Por eso compró Letty Blacklock ese magnífico y pesado tope de cristal en Elliot's, de High Street. No me importa confesar que jamás la he perdonado por adelantárseme. Había conseguido que ese viejo bruto fuera bajando el precio poco a poco. Me lo había rebajado ya de ocho guineas a seis libras y media. Y de pronto, se presenta Blacklock y lo compra. En mi vida había visto nada más útil para mantener las puertas abiertas. Rara vez se ve una bola de cristal tan grande.

—Quizá pusiera el ladrón el tope contra la puerta para que se mantuviera abierta —sugirió Mrs. Murgatroyd.

—Piensa con la cabeza, Murgatroyd. ¿Qué hizo? ¿Abrir la puerta y decir: «Un momento, por favor», agacharse, colocar el tope y luego continuar con la faena diciendo: «Arriba las manos»? Intenta sujetar la puerta con el hombro.

—Sigue siendo muy difícil —se quejó miss Murgatroyd.

—En efecto. Un revólver, una linterna y una puerta que mantener abierta, es demasiado, ¿verdad? Entonces, ¿cuál es la respuesta?

Miss Murgatroyd no intentó deducirlo. Lanzó una mirada inquisitiva y admirada a su docta amiga y aguardó a que ésta se lo aclarase.

—Sabemos que tenía un revólver porque disparó —afirmó miss Hinchcliffe—, y sabemos que llevaba una linterna porque todos la vimos a menos que fuéramos todos víctimas de una alucinación colectiva, como las explicaciones que se dan de la cuerda india[8] (¡Qué pelmazo es ese

Easterbrook contando cosas de la India!) Así que lo que se impone es preguntar: ¿Le sostuvo alguien la puerta?

—Pero, ¿quién hubiera podido hacerlo?

—Tú, por ejemplo, Murgatroyd. Si mal no recuerdo, estabas exactamente detrás de la puerta cuando se apagaron las luces —Miss Hinchcliffe se rió estruendosamente—. Resultas muy sospechosa, ¿eh, Murgatroyd? Pero, ¡quién iba a decirlo al verte! Trae, dame ese desplantador. Menos mal que no es un revólver de verdad, porque ya te habrías pegado un tiro.

IV

—¡Qué cosa tan extraordinaria! —murmuró el coronel Easterbrook—. Extraordinaria de verdad. ¡Laura!

—¿Sí, querido?

—Ven un momento, por favor.

—¿Que pasa, querido?

Mrs. Easterbrook apareció en la puerta.

—¿Recuerdas que te enseñé aquel revólver mío?

—Oh, sí, Archie, aquella cosa negra y horrible.

—Sí, un recuerdo de los alemanes. Estaba en este cajón, ¿no es verdad?

—Sí, estaba.

—Bueno, ahora no está.

—¡Archie! ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—¿No lo has cambiado de sitio o algo así?

—Oh, no. Jamás me atrevería a tocarlo.

—¿Tú crees que lo haría esa vieja Cómo-se-llame?

—Oh, no lo creo, ni por un momento. A Mrs. Butt no se le ocurriría hacer una cosa así. ¿Se lo pregunto?

—No, no, más vale que no. No nos interesa dar carnaza a las comadres. Dime, ¿tú recuerdas cuándo te lo enseñé?

—Oh, hará cosa de una semana. Estabas gruñendo por lo de los cuellos y quejándote de la lavandería, y abriste este cajón, y ahí estaba, en el fondo, y yo te pregunté qué era.

—Sí, así es, en efecto. Hace cosa de una semana. ¿No recuerdas la fecha exacta?

Mrs. Easterbrook reflexionó entornando los párpados y puso en marcha rápidamente su perspicaz cerebro.

—Claro —dijo—. Fue el sábado. El día que teníamos que ir al cine, pero que no fuimos.

—Hum. ¿Estás segura de que no fue antes? ¿El miércoles? ¿El jueves? ¿O la semana anterior incluso?

—No, querido. Lo recuerdo perfectamente. Fue el sábado día treinta. Parece que hace mucho tiempo por las cosas que han ocurrido desde entonces. Y te diré por qué lo recuerdo. Porque fue el día después del atraco en casa de miss Blacklock. Cuando vi el revólver, recordé los disparos de la noche anterior.

—¡Ah! —murmuró el coronel—. Entonces se me quita un gran peso de encima.

—Oh, Archie, ¿por qué?

—Porque si ese revólver hubiera desaparecido antes del atraco... bueno, bien hubiera podido ser mi revólver el que había robado ese suizo.

—Pero, ¿cómo podía saber que tenías un revólver?

—Esas bandas tienen un servicio de información extraordinariamente eficaz. Se enteran de todo lo que hay que saber de cada sitio y de las personas que viven allí.

—¡Cuánto sabes, Archie!

—Ah, sí. He visto muchas cosas en mis tiempos. Sin embargo, puesto que recuerdas definitivamente haber visto mi revólver después del atraco... bueno, no hay más que hablar. El revólver que el suizo empleó no puede ser el mío, ¿verdad?

—Claro que no.

—Es un alivio. Hubiera tenido que ir a la policía a decirlo. Y siempre hacen preguntas algo delicadas. No tienen más remedio. La verdad es que nunca solicité la licencia. No sé porqué pero, después de una guerra, a uno se le olvida toda esa reglamentación. Yo lo consideraba un recuerdo de guerra y no un arma de fuego.

—Sí, claro. Comprendo.

—De todas formas, ¿dónde diablos puede haberse metido el maldito revólver?

—A lo mejor se lo llevó Mrs. Butt. Siempre ha parecido muy honrada, pero quizá se sintiera nerviosa después del atraco y pensó que le gustaría tener un revólver en casa. Claro que nunca confesará haberlo hecho. Ni

siquiera se lo preguntaré. Podría ofenderse. ¿Y qué haríamos entonces? Esta casa es tan grande. Yo no podría...

—Así es —asintió el coronel Easterbrook—. Más vale que no digas una palabra.

Capítulo XIII

Actividades matutinas en Chipping Cleghorn (Continuación)

Miss Marple salió por la verja de la vicaría y bajó por el camino que conducía a la calle principal.

Andaba bastante deprisa con ayuda del sólido bastón de fresno del reverendo Julian Harmon.

Pasó por delante de la taberna, la «Red Cow», y de la carnicería, y se detuvo un momento a echar una mirada al escaparate de la tienda de antigüedades de Mr. Elliot. Estaba situada precisamente junto al café y salón de té «El Pájaro Azul», para que los acaudalados automovilistas, después de detenerse a tomar una taza de té y los pasteles de un brillante color azafrán, llamados, por puro eufemismo, de «fabricación casera», sucumbieran a la tentación del elegante escaparate de Mr. Elliot.

En aquel antiguo escaparate curvo, Mr. Elliot exponía cosas para todos los gustos. Dos piezas de cristal de Waterford reposaban sobre un impecable refrigerador de vino. Un buró de nogal se proclamaba como «Una verdadera ganga». Y sobre una mesa, dentro del propio escaparate, había un sugestivo surtido de aldabones baratos, unas cuantas piezas de porcelana de Dresde desportilladas, un par de collares de abalorios de triste aspecto, un tazón con la leyenda «Recuerdo de Tunbridge Wells» y algunas chucherías de plata victoriana.

Miss Marple dedicaba al escaparate su concentrada atención y Mr. Elliot, obesa araña entrada en años, atisbó desde su tela para calcular las posibilidades de aquella nueva mosca.

Pero en el preciso momento en que llegaba a la conclusión de que los encantos del tazón de Tunbridge Wells iban a resultar una tentación demasiado fuerte para la señora alojada en la vicaría —porque, claro, Mr. Elliot sabía, como todo el mundo, quién era miss Marple—ésta vio por el rabillo del ojo a miss Dora Bunner, que entraba en «El Pájaro Azul», e

inmediatamente decidió que lo que ella necesitaba para contrarrestar los efectos del viento frío era una taza de café.

Cuatro o cinco señoras estaban ya ocupadas en endulzar su mañana de compras gracias a una pausa para tomar un tentempié. Miss Marple, que tardó unos segundos en acostumbrarse a la penumbra del local mientras simulaba artísticamente cierta indecisión, oyó la voz de Dora Bunner a su lado.

—Oh, buenos días, miss Marple. Siéntese aquí, por favor. Estoy sola.

—Gracias.

Miss Marple se sentó agradecida en una butaca de líneas rectas pintada de azul que hacía juego con la decoración del establecimiento.

—¡Un aire helado! —se quejó—. Y no puedo andar muy deprisa por el reuma que tengo en la pierna.

—Oh, la comprendo perfectamente. Yo tuve ciática un año, y la mayor parte del tiempo sentía un dolor tremendo.

Las dos señoras charlaron con entusiasmo del reuma, la ciática y la neuritis. Una muchacha hosca, con bata color rosa por cuya pechera desfilaba una bandada de pájaros azules bordados, tomó nota de su pedido de café y pastas, bostezando con expresión de hastío.

—Las pastas —le susurró miss Bunner en un susurro— son bastante buenas aquí.

—No sabe usted cuánto me llamó la atención esa muchacha tan bonita que conocí cuando salíamos de casa de miss Blacklock el otro día —comentó miss Marple—. Creo que dijo que hacía trabajos de jardinería. O trabajaba la tierra. Hynes... ¿no se llamaba así?

—Ah, sí. Phillipa Haymes. Nuestra «huésped», como la llamamos —Miss Bunner se rió de su propio humor—. ¡Una muchacha tan agradable y comedida! Una señora, ¿sabe?

—Me hace usted pensar. Yo conocía a un coronel Haymes... de la caballería india. ¿Su padre, quizá?

—Es la viuda de Mr. Haymes. A su marido le mataron en Sicilia o Italia. Ese coronel era su suegro.

—Me preguntaba si cabía la posibilidad de que se hubiera iniciado un pequeño romance entre ella y ese joven tan alto —dijo miss Marple con un tono pícaro.

—¿Patrick, quiere decir? Oh, no creo...

—No, me refería a un joven con gafas. Le he visto por el pueblo.

—¡Ah, claro! ¡Edmund Swettenham! La señora del rincón es su madre, Mrs. Swettenham. La verdad, no lo sé. ¿Usted cree que le gusta? Es un joven tan raro, a veces dice las cosas más turbadoras del mundo. Se le supone ingenioso, ¿sabe?

—El ingenio no lo es todo —dijo miss Marple, meneando la cabeza—. Ah, aquí está nuestro café.

La muchacha hosca lo dejó sobre la mesa ruidosamente. Miss Marple y miss Bunner se ofrecieron pastas mutuamente.

—¡Me pareció tan extraordinario cuando me enteré de que usted y miss Blacklock fueron juntas al colegio! Es una amistad muy antigua.

—Sí, en efecto —suspiró miss Bunner—. Muy poca gente es tan fiel a sus antiguas amistades como miss Blacklock. ¡Qué lejanos parecen aquellos días! ¡Tan bonita como era y tanto que disfrutaba de la vida! ¡Qué triste me pareció!

Miss Marple, que no tenía la menor idea del porqué de su tristeza, exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

—La vida es muy dura —murmuró.

—Y una triste aflicción, valerosamente soportada —añadió miss Bunner, húmedos los ojos de emoción—. Siempre me acuerdo de este verso. «Verdadera paciencia, verdadera resignación». Tanta paciencia y tanto coraje deberían ser recompensados, eso es lo que yo digo. A mí me parece que no hay nada demasiado bueno para la querida miss Blacklock, y creo que todo lo bueno que le pase lo merece.

—El dinero —dijo miss Marple— puede contribuir mucho a aliviar el penoso sendero de la vida.

Hizo tal observación con cierta seguridad, pues juzgaba que a lo que Dora se refería era a las perspectivas de riqueza que aguardaban a miss Blacklock. El comentario, sin embargo, desvió por otros senderos el pensamiento de miss Bunner.

—¡El dinero! —exclamó con amargura—. Yo creo que hasta que no lo experimentas en propia carne, no puedes saber lo que es realmente el dinero, o la falta de dinero, más bien.

Miss Marple asintió moviendo la nevada cabeza comprensiva. Miss Bunner prosiguió, hablando muy aprisa y con creciente exaltación:

—Con cuánta frecuencia he oído decir a algunas personas: «¡Prefiero tener flores en la mesa que comer sin tenerlas!». Pero ¿cuántas veces ha tenido esa gente que pasarse sin comer? No saben lo que es; nadie que no lo haya pasado sabe lo que es tener hambre de verdad. Pan, conserva de carne y un poco de margarina. Día tras día. ¡Y cómo llega una a anhelar un buen plato de carne y otro de verdura! Y la miseria. Zurcirse una la ropa y confiar en que no se note. Presentarse a pedir trabajo y tener que oír decir siempre que una es demasiado mayor. Y luego conseguir quizás una colocación y darse una cuenta de que, después de todo, careces de fuerzas para desempeñarla. Desfalleces. Y vuelta otra vez. Y el alquiler... siempre el alquiler que hay que pagar. De lo contrario, te quedas en la calle. Y en estos tiempos, queda tan poco después de eso. La pensión no da mucho de sí, la verdad es que no.

—Lo sé —dijo miss Marple con dulzura.

Contempló con compasión el rostro tembloroso de miss Bunner.

—Le escribí a Letty. Vi su nombre en el periódico por casualidad. Fue con motivo de una comida dada a beneficio del hospital de Milchester. Lo vi en letras de molde. Miss Letitia Blacklock. Me hizo recordar el pasado. No había tenido noticias suyas desde hacía años. Había sido la secretaria de ese hombre tan rico que se llamaba Goedler. Siempre fue una muchacha muy lista, de las que están destinadas a triunfar. No por ser bien parecidas, sino por tener carácter. Pensé... bueno, pensé... «quizá me recuerde»; y ella era una persona a quien sabía que podía acudir. Quiero decir, alguien a quien conocía de niña, con quien fui al colegio. Y ella me conocía a mí, por supuesto... quiero decir que en seguida sabría que no era una... una simple pedigüeña.

Las lágrimas asomaron súbitamente a los ojos de Dora Bunner.

—Y entonces vino Lotty y me trajo aquí, dijo que necesitaba alguien que la ayudara. Claro que me quedé muy sorprendida... muy sorprendida, pero es frecuente que los periódicos se equivoquen. Qué bondadosa fue y qué comprensiva. Y recordaba los tiempos del colegio también. Haría cualquier cosa por ella. De veras que sí. Y lo intento con todas mis fuerzas, pero me temo que a veces me armo un taco. Mi cabeza no es lo que era. Me equivoco. Y me olvido y digo cosas tontas. Ella tiene mucha paciencia. Y es tan buena que siempre finge que le soy útil. Ésa es la verdadera bondad, ¿no?

—Sí, ésa es la verdadera bondad —afirmó miss Marple.

—¿Sabe usted?, antes me preocupaba, incluso después de venir a Little Paddocks... pensando en lo que sería de mí si... si le ocurriera algo a miss Blacklock. Después de todo, ¡ocurren tantos accidentes! Esos automóviles que corren de esa manera. Nunca se sabe, ¿verdad? Naturalmente, nunca dije una palabra, pero ella debió adivinarlo. De pronto, un día me dijo que me había dejado una pequeña pensión en su testamento y lo que aprecio más, todos sus hermosos muebles. Quedé tan abrumada; pero ella dijo que nadie sabría apreciarlos tanto como yo, y eso es cierto. No puedo soportar que se rompa una pieza de porcelana, o que se dejen sobre la mesa vasos mojados que dejan una señal. Y me complace en extremo cuidar de sus cosas. Algunas personas, concretamente algunas personas, son tan descuidadas... ¡Y a veces peor que descuidadas!

»No soy tan estúpida como parezco —continuó miss Bunner con sencillez—. Me doy cuenta, ¿sabe?, de cuando alguien se está aprovechando de Letty. Algunas personas, no diré nombres, abusan. La querida miss Blacklock es quizás un poco demasiado confiada.

Miss Marple sacudió la cabeza.

—Eso es un error —dijo.

—Sí que lo es. Usted y yo, miss Marple, conocemos el mundo. La querida miss Blacklock... —meneó la cabeza.

Miss Marple pensó que, como secretaria de un gran financiero, podía suponerse que miss Blacklock conocía el mundo también. Pero probablemente lo que Dora Bunner quería decir era que Letty Blacklock siempre se había encontrado en buena posición y que la gente que se encuentra en buena posición no conoce los abismos más profundos de la naturaleza humana.

—¡Patrick! —exclamó miss Bunner tan bruscamente y con tanta aspereza que miss Marple dio un salto—. Dos veces por lo menos, que yo sepa, le ha sacado dinero fingiendo que andaba apurado, que se había metido en deudas. Es demasiado generosa. Lo único que me dijo cuando lo comenté con ella fue: «El muchacho es joven, Dora, y en la juventud es cuando uno ha de divertirse».

—Eso no deja de ser cierto —dijo miss Marple—; y un joven tan guapo, además.

—La belleza no lo es todo —replicó Dora Bunner—. Es demasiado aficionado a reírse de la gente. Y supongo que tendrá muchas amistades femeninas. Yo no soy para él más que alguien de quien reírse. No parece darse cuenta de que la gente tiene sentimientos.

—Los jóvenes son bastante descuidados en ese sentido —señaló miss Marple.

Miss Bunner se inclinó hacia delante de pronto, con aire de misterio.

—No dirá usted una palabra, ¿verdad, querida? —exigió—. Pero tengo el presentimiento de que él ha tenido algo que ver en este asunto tan terrible. Yo creo que conocía a ese joven, o Julia, tal vez. No me atrevo ni a insinuarle semejante cosa a la querida miss Blacklock. Por lo menos, lo intenté y casi me pegó un mordisco. Y claro, es incómodo, Patrick es su sobrino, o su primo, y si ese joven suizo se pegó un tiro, podría considerarse que él es moralmente responsable, ¿verdad? Si le hubiese inducido, quiero decir. Me desconcierta enormemente todo esto, que todo el mundo le dé tanta importancia a la otra puerta que da a la sala. Ésa es otra de las cosas que me preocupan, que el detective dijera que la habían engrasado. Porque yo vi...

Se detuvo abruptamente.

Miss Marple hizo una pausa para seleccionar una frase.

—Es una situación muy difícil para usted —manifestó en tono comprensivo—. Naturalmente, usted no quiere que llegue a oídos de la policía.

—Ahí está, precisamente —exclamó Dora Bunner—. Me desvelo por la noche, pensando y me preocupo, porque el otro día me encontré a Patrick entre los arbustos. Yo andaba buscando huevos, hay una gallina que siempre los pone fuera del nidal, y le vi con una pluma de ave en la mano y una taza con aceite en la otra. Y se sobresaltó de una forma muy sospechosa al verme y dijo: «Me estaba preguntando qué haría esto aquí». Bueno, claro, sabe pensar con rapidez. Seguramente fue lo primero que se le ocurrió cuando le sorprendí. ¿Y cómo iba a encontrar una cosa así entre los arbustos a menos que la anduviera buscando y supiese exactamente dónde estaba? Ni que decir tiene que no dije nada.

—No, no, claro que no.

—Pero le eché una mirada, ¿comprende?

Dora Bunner alargó la mano y mordió distraída una pasta de color salmón.

—Y el otro día oí una curiosa conversación entre él y Julia. Parecían estar regañando o algo así. Él decía: «¡Si yo creyera que tú tenías algo que ver con una cosa así...!». Y Julia, que siempre está tranquila, ¿sabe?, le contestó: «¿Qué harías en ese caso, hermanito?». Y entonces tuve la desgracia de pisar esa tabla que siempre cruje y me vieron. Con que dije alegremente: «¿Están regañando los dos?». Y Patrick contestó: «Estoy advirtiéndole a Julia que no debe meterse en negocios de mercado negro». Oh, muy ingenioso, pero yo no creo que estuviesen hablando de nada que se le pareciera. Y si quiere que le dé mi opinión, yo creo que Patrick manipuló la lámpara de la sala para que las luces se apagaran, porque recuerdo perfectamente que era la pastora, no el pastor. Y al día siguiente...

Calló y se puso colorada. Miss Marple volvió la cabeza y vio a miss Blacklock detrás de ella. Probablemente acababa de entrar.

—¿Café y cotilleo, Bunny? —dijo miss Blacklock con un tono de reproche bastante marcado—. Buenos días, miss Marple. Hace frío, ¿verdad?

Las puertas se abrieron ruidosamente y Bunch Harmon irrumpió en «El Pájaro Azul».

—¡Hola! —dijo—. ¿Llego demasiado tarde para el café?

—No, querida —le contestó miss Marple—. Siéntate y toma una taza.

—Hemos de volver a casa —dijo miss Blacklock—. ¿Has hecho ya tus compras, Bunny?

Su tono era indulgente de nuevo, pero en los ojos aún se leía un leve reproche.

—Sí, sí. Gracias, Letty. Sólo he de asomarme a la farmacia cuando pasemos para comprar aspirinas y un callicida.

En cuanto se cerraron tras ellas las puertas de «El Pájaro Azul», Bunch preguntó:

—¿De qué estabais hablando?

Miss Marple no contestó inmediatamente. Aguardó mientras Bunch pedía y luego dijo:

—La solidaridad de familia es una cosa muy fuerte, mucho. Hubo un caso famoso, no recuerdo exactamente cuál. Decían que el marido había envenenado a su esposa. Con un vaso de vino. Luego, al celebrarse el

juicio, la hija declaró que había bebido la mitad del vaso de su madre, de modo que se desmoronaron todas las pruebas contra el padre. Dijeron, pero quizá sólo fue un rumor, que la chica no volvió a dirigirle la palabra a su padre ni a vivir con él. Claro que un padre es una cosa, y un sobrino o un primo lejano es otra. Sea como fuere, ahí está. A nadie le gusta que ahorquen a alguien de su familia, ¿verdad?

—No —dijo Bunch pensándolo—, no creo que le guste a nadie.

Miss Marple se echó hacia atrás en su asiento. Murmuró entre dientes:

—La gente es realmente muy parecida en todas partes.

—¿A quién me parezco yo?

—Tú, querida, te pareces muchísimo a ti misma. No creo que me recuerdes a nadie en particular. Salvo, quizás...

—Ahora sale —dijo Bunch.

—Sólo estaba pensando en una doncella mía, querida.

—¿Una doncella? Yo no serviría para doncella.

—Sí, querida. Y ella tampoco. Era una calamidad para servir la mesa. Ponía todas las cosas torcidas, mezclaba los cuchillos de la cocina con los del comedor y nunca llevaba la toca derecha. De esto hace mucho tiempo, querida.

Bunch se enderezó automáticamente el sombrero.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó con ansiedad.

—La conservé porque era tan agradable tenerla en casa, y porque solía hacerme reír. Me gustaba su manera de decir las cosas claras. Un día me dijo: «Claro que yo no lo sé, señora, pero Florrie se sienta como una mujer casada». Y, en efecto, la pobre Florrie estaba en estado... del ayudante de la peluquería. Afortunadamente, llegué a tiempo, mantuve una agradable charla con él y celebraron una boda muy bonita y fueron muy felices. Era una buena chica Florrie, pero se dejaba engañar fácilmente por un aspecto caballeresco.

—No cometió un asesinato, ¿verdad? —preguntó Bunch—. La doncella, quiero decir.

—No, claro que no. Se casó con un ministro bautista y tuvieron cinco hijos.

—Como yo —dijo Bunch—, aunque no he pasado de Edward y de Susan hasta la fecha.

Agregó al cabo de un par de minutos:

—¿En qué está pensando ahora, tía Jane?

—En mucha gente, querida, en mucha gente.

—¿De St. Mary Mead?

—Más que nada estaba pensando en la enfermera Ellerton, una mujer excelente y bondadosa. Cuidaba a una anciana y parecía quererla mucho. Luego la anciana falleció. Se ocupó de otra y murió también. Morfina. Salió todo a relucir. Todo hecho de la manera más bondadosa posible. Y lo horrible del caso fue que la propia enfermera estaba convencida de que no había hecho nada malo. No les quedaba mucho tiempo de vida, después de todo, y una de ellas tenía un cáncer y sufría terriblemente.

—¿Quiere decir que mató por compasión?

—No, no, le legaron su dinero. A ella le gustaba el dinero, ¿sabes? Y luego estaba aquel joven del trasatlántico. Mrs. Pusey de la tienda de periódicos, su sobrino. Llevaba a casa cosas que había robado para que ella las vendiera. Le decía que eran cosas que había traído del extranjero. La engañaba por completo. Y de pronto, cuando se presentó la policía y empezó a hacer preguntas, el joven intentó romperle la cabeza para que no le delatara. Ese joven no tenía nada de agradable, pero era muy bien parecido. Había dos chicas enamoradas de él. Se gastaba mucho dinero con una de ellas.

—Con la peor, seguramente.

—Sí, querida. Y luego Mrs. Cray, de la tienda de lanas, que adoraba a su hijo y lo echó a perder, claro está. El chico acabó formando parte de una pandilla muy rara. ¿Recuerdas a Joan Croft, Bunch?

—No, me parece que no.

—Creí que a lo mejor la habías visto en alguna de las visitas que me hiciste. Solía andar por ahí fumando un puro o en pipa. Hubo un atraco al banco una vez y Joan Croft se encontraba allí en aquel momento. Tumbó al ladrón de un puñetazo y le quitó el revólver. El tribunal la felicitó por su valor.

Bunch escuchó atentamente. Parecía estar aprendiéndolo todo de memoria.

—Y... —la instó.

—Esa muchacha de St. Jean des Collines aquel verano. Una muchacha tan reposada, más que reposada, silenciosa. A todo el mundo le gustaba, pero nadie consiguió nunca conocerla del todo. Nos enteramos más adelante

de que su marido era un falsificador. Eso hacía que se aislara de la gente, cosa que la hacía un poco rara. Eso ocurre siempre cuando uno se encierra en sus pensamientos.

—¿Hay algún coronel angloindio en tus reminiscencias, querida tía?

—Naturalmente que sí. El comandante Vaughn, en The Larches, y el coronel Wright, de Simia Lodge; los dos personas muy honradas. Pero sí que recuerdo que Mr. Hodgson, gerente del banco, hizo un crucero y se casó con una mujer lo bastante joven para haber sido su hija. No tenía idea de dónde había salido, salvo lo que ella quiso decirle, claro.

—¿Y lo que le dijo no era verdad?

—No, querida, decididamente, no.

—No está mal —opinó Bunch mientras contaba con los dedos los nombres—. Tenemos a la devota Dora, al bien parecido Patrick, a Mrs. Swettenham y Edmund, y Phillipa Haymes, el coronel Easterbrook y Mrs. Easterbrook... y, si quieres que te dé mi opinión, te diré que creo que tiene muchísima razón en cuanto a ella se refiere. Pero no habría razón alguna para que matase a Letty Blacklock.

—Cabe la posibilidad de que miss Blacklock sepa algo de ella que no le interesa en absoluto que se sepa.

—¡Oh, tía! Esas cosas pasaban en otros tiempos; hoy no, ¿verdad?

—Quizá sí. Tú, claro, no eres de las que se preocupan por lo que la gente piensa de ti.

—Comprendo lo que quieres decir —señaló Bunch de pronto—. Si yo lo hubiese estado pasando muy mal y luego de pronto, igual que un gato sin casa y helado, encontrara hogar y leche y una cálida mano que me acariciara, y me llamaran gatito lindo, y alguien me pusiera en un pedestal, haría lo que fuera para no perder eso. Bueno, he de reconocer que me ha presentado una galería completa de gente.

—No acertaste con todas —comentó miss Marple con dulzura.

—¿No? ¿Dónde di el resbalón? ¿Julia? Julia, la bonita Julia es tan peculiar.

—Tres chelines y medio —dijo la hosca camarera, surgiendo de la penumbra y añadiendo, con el pecho agitándose bajo los bordados pájaros azules—. Lo que yo quisiera saber, Mrs. Harmon, es por qué me llama a mí peculiar. Tengo una tía que ingresó en la secta de la Gente Peculiar, pero yo

siempre he sido buena anglicana, como puede decirle nuestro antiguo pastor, el reverendo Hopkinson.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Bunch—. Estaba recitando una canción. No me refería a usted ni mucho menos. No sabía que se llamara usted Julia.

—Una simple coincidencia —dijo la hosca camarera animándose—. Ya veo que no tenía mala intención, pero al oír mi nombre... bueno, como es natural, si una cree que están hablando de ella, es muy humano pararse a escuchar. Gracias, de todos modos.

Se fue con su propina.

—Tía Jane —dijo Bunch—, no pongas esa cara de disgusto. ¿Qué sucede?

—Pero no es posible que sea eso —murmuró miss Marple—. No hay razón.

—¡Tía Jane!

Miss Marple exhaló un suspiro y luego sonrió animadamente.

—No es nada, querida.

—¿Crees saber quién cometió el asesinato? —preguntó Bunch—. ¿Quién fue?

—No lo sé, en realidad. Tuve una idea por un instante, pero se fue. Ojalá lo supiese. Apremia tanto el tiempo, ¡tanto!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la anciana de Escocia puede morir de un momento a otro.

—Entonces crees de verdad en Pip y Emma —dijo Bunch mirándola fijamente—. ¿Crees que fueron ellos y que probarán suerte otra vez?

—Claro que probarán suerte otra vez —respondió miss Marple casi ausente—. Si lo intentaron una vez, lo intentarán otra. Si una persona decide asesinar a otra, no dejará de intentarlo porque haya fracasado la primera vez. Sobre todo si esa persona está casi segura de que nadie sospecha de ella.

—Pero si se trata de Pip y Emma —insistió Bunch—, no hay más que dos personas que puedan serlo. Tienen que ser Patrick y Julia. Son hermanos y son los únicos cuya edad encaja.

—No es tan sencillo, querida. Hay toda clase de ramificaciones y combinaciones posibles. Está la mujer de Pip, si es que se ha casado, o el marido de Emma. Luego, la madre. Ella es parte interesada, aunque no

herede directamente. Si Letty Blacklock no la ha visto desde hace treinta años, no es probable que sea capaz de reconocerla ahora. A partir de cierta edad todas las mujeres se parecen. Recordarás que Mrs. Wotherspoon cobraba su pensión y la de Mrs. Barlett, aunque ésta llevaba muchos años muerta. Sea como fuere, miss Blacklock es corta de vista. ¿No te has fijado en cómo mira a la gente? Y luego hay que pensar en el padre. Al parecer es de cuidado.

—Sí, pero es extranjero.

—De nacimiento, pero eso no significa necesariamente que tenga que hablar inglés chapurreado y que gesticule con las manos. Me atrevo a asegurar que podría interpretar el papel de... de un coronel angloindio tan bien como el que más.

—¿Es eso lo que crees, tía Jane?

—No, querida, de ninguna manera. Sólo creo que hay mucho dinero en juego, muchísimo dinero. Y me temo que conozco demasiado bien, por desgracia, las cosas tan terribles que es capaz de hacer la gente para apoderarse de cantidades así.

—Supongo que sí —dijo Bunch—. Y ningún bien les hace ese dinero, ¿verdad?

—No, pero eso no pueden saberlo.

—Lo comprendo —Bunch sonrió de pronto, con su sonrisa dulce y un tanto torcida—. Una siempre cree que será distinto en su caso. Hasta yo siento eso. Te convences de que con ese dinero podrías hacer mucho bien. Proyectos, asilos para niños abandonados, hogares para madres cansadas... vacaciones en el extranjero para las mujeres de cierta edad que han trabajado demasiado durante su vida...

Su expresión se volvió sombría. Los ojos se le oscurecieron de pronto y la mirada se volvió trágica.

—Ya sé lo que estás pensando, tía Jane. Te estás diciendo que yo sería de las peores, porque me engaño. Si reconociera directamente que deseo ese dinero por razones egoístas, vería, por lo menos, cómo soy; me vería tal cual soy. Pero cuando una empieza a decirse que sólo desea el dinero para hacer el bien, es fácil persuadirse de que matar a una sola persona no es tan importante.

Luego se le despejó la mirada.

—Pero yo no —añadió—. Yo no mataría a nadie. Ni siquiera si fuese una persona vieja o enferma o que hiciese mucho daño en el mundo. Aunque se tratase de un chantajista o de... de bestias salvajes —sacó cuidadosamente una mosca del poso del café y la colocó en la mesa para que se secara—. Porque a la gente le gusta vivir, ¿verdad? Y a las moscas también. Aun cuando sea una vieja y esté sufriendo, y sólo a duras penas pueda arrastrarse al sol. Julian dice que esas personas tienen aún más ganas de vivir que la gente joven y sana. Morir es más duro para ellas, dice. La lucha es más grande. A mí también me gusta vivir, no sólo ser feliz, y divertirme, pasarlo bien. Quiero decir vivir, despertarme y sentir por todo el cuerpo que estoy allí, que vivo, que funciono como un reloj.

Sopló suavemente a la mosca, que agitó las patas y se fue volando como borracha.

—Ánimo, querida tía Jane —dijo Bunch—. Yo nunca mataría a nadie.

Capítulo XIV

Excursión al pasado

Después de una noche en tren, el inspector Craddock se apeó en una pequeña estación de los Highlands escoceses.

Por un instante le pareció extraño que la acaudalada Mrs. Goedler, una inválida, que podía escoger entre una casa en un elegante barrio de Londres, una finca en Hampshire y un chalé en el sur de Francia, hubiese escogido aquel remoto lugar de Escocia como residencia. Debía hallarse aislada allí de muchas amistades y diversiones. Su vida tenía que ser muy solitaria, ¿o se encontraba demasiado enferma para fijarse en lo que le rodeaba o para que le importase?

Le esperaba un automóvil. Un Daimler anticuado, conducido por un chófer entrado en años. Era una mañana soleada y el inspector disfrutó de las veinte millas de camino, aunque volvió a maravillarse de aquella preferencia por la soledad. Un comentario hecho al chófer le aclaró, en parte, la cuestión.

—Es su hogar materno. Sí, ella es la última descendiente de la familia. Y ella y Mr. Goedler se sentían siempre más felices aquí que en ningún otro sitio, aunque pocas eran las veces que él podía alejarse de Londres; pero cuando lo conseguía, disfrutaban los dos como un par de chiquillos.

Cuando aparecieron los grises muros de la entrada de la mansión, Craddock tuvo la sensación de retroceder en el tiempo. Le recibió un mayordomo y, después de lavarse y afeitarse, le condujeron a una habitación en cuya chimenea ardía un enorme fuego. Allí le sirvieron el desayuno.

Después, una mujer alta, de mediana edad, que vestía uniforme de enfermera, entró y dijo ser la hermana McClelland.

—Mi paciente está preparada para recibirle, Mr. Craddock. La verdad es que tiene muchas ganas de verle.

—Haré todo lo posible por no excitarla —prometió Craddock.

—Más vale que le advierta a usted de lo que sucederá. Encontrará a Mrs. Goedler completamente normal, en apariencia. Hablará y disfrutará hablando. Pero llegará un momento en que le faltarán las fuerzas. Déjela entonces inmediatamente y mándeme llamar. Se la mantiene casi por completo bajo los efectos de la morfina. Dormita la mayor parte del tiempo. Para prepararla para su visita le he suministrado un fuerte estimulante. En cuanto sus efectos pasen, volverá a quedar semiconsciente.

—Comprendo perfectamente, miss McClelland. ¿Le está permitido decirme exactamente cuál es el estado de salud de Mrs. Goedler?

—Verá, Mr. Craddock, Mrs. Goedler se está muriendo. No puede alargársele la vida más allá de unas cuantas semanas. Puede parecerle extraño que le diga que debiera haber muerto hace años. Y, sin embargo, es la verdad. Lo que ha mantenido viva a Mrs. Goedler han sido sus intensas ganas de vivir. Quizá resulte raro decirlo de una persona que ha hecho vida de inválida durante mucho tiempo y que no ha salido de casa en quince años, pero es verdad. Mrs. Goedler nunca ha sido fuerte; pero ha conservado, con sorprendente intensidad, la voluntad de vivir —agregó con una sonrisa—: Y es una mujer encantadora, como tendrá usted ocasión de comprobar.

Lo condujeron a una gran alcoba donde ardía un buen fuego y yacía una anciana en un gran lecho con dosel. Aunque sólo tenía siete u ocho años más que Letty Blacklock, su fragilidad le hacía parecer mucho más vieja.

Tenía bien arreglada la blanca cabellera y un chal de lana azul pálido la envolvía cuello y hombros. Había surcos de dolor en el rostro, pero también líneas que expresaban dulzura. Y se observaba asimismo, por extraño que

parezca, un brillo en los ojos azules que Craddock sólo podía describir como picaresco.

—Esto sí que es interesante —dijo—. No recibo visitas de la policía con frecuencia. Tengo entendido que Letitia Blacklock no resultó gravemente herida en el atentado de que fue víctima. ¿Cómo está mi querida Blackie?

—Se encuentra muy bien, Mrs. Goedler. Le envía un afectuoso saludo.

—Hace mucho tiempo que no la he visto. Desde hace años, no hemos tenido más contacto que las tarjetas de Navidad. Le pedí que viniera aquí cuando regresó a Inglaterra después de la muerte de Charlotte, pero dijo que le resultaría doloroso después de tanto tiempo, y quizá tenía razón. Blackie siempre tuvo mucho sentido común. Vino a verme una antigua compañera de colegio hace cosa de un año. Y ¡Señor, cómo nos aburrimos las dos! —sonrió—. Después de haber agotado todos los «¿Te acuerdas?», ya no supimos qué decirnos. Resultó muy embarazoso.

Craddock se conformó con dejarla hablar antes de hacer sus preguntas. Deseaba, como dice, volver al pasado, experimentar de nuevo la sensación exacta de la relación Goedler-Blacklock.

—¿Supongo —dijo Belle con perspicacia— que quiere usted preguntar lo del dinero? Randall dispuso que Blackie lo heredara todo después de mi muerte. En realidad, claro, Randall nunca creyó posible que yo viviera más que él. Era un hombre alto y fuerte que en su vida había tenido una enfermedad, y yo siempre andaba con dolores, punzadas y quejas, y médicos que venían y me miraban con cara larga.

—No creo que «quejas» sea una palabra apropiada en su caso, Mrs. Goedler.

La anciana se rió.

—No lo dije en el sentido de quejarme. Nunca he sentido demasiada compasión por mí misma; pero siempre se dio por sentado que yo, siendo la más débil, sería la primera en morir. La cosa no fue así. No, no fue así.

—¿Por qué dejó su esposo el dinero como lo hizo?

—¿Que por qué se lo dejó a Blackie, quiere decir? No por los motivos que probablemente ha pensado usted —el pícaro destello se acentuó—. ¡Qué mentalidad tienen ustedes los policías! Randall jamás estuvo enamorado de ella. Ni ella de él. Letitia, ¿sabe?, tiene en realidad una mente masculina. No tiene ninguno de los sentimientos ni las debilidades de una mujer. No creo que se enamorara jamás de ningún hombre. Nunca tuvo

mucho de guapa, y los vestidos la tenían completamente sin cuidado. Se pintaba un poco para acatar la costumbre, pero no para parecer más bonita.

En la voz de la anciana se observó un tono de compasión cuando añadió:

—Jamás conoció la alegría de ser mujer.

Craddock contempló con interés la frágil figurita tendida en el enorme lecho. Se dio cuenta de que Belle Goedler había disfrutado, y seguía disfrutando, de ser mujer. Ella le guiñó un ojo.

—Siempre he pensado —dijo ella— que debe resultar muy aburrido ser hombre —luego agregó, pensativa—: Yo creo que Randall consideraba a Blackie algo así como un hermano menor. Confiaba en su criterio, que siempre era excelente. Ella impidió que se metiera en líos más de una vez.

—Me dijo que acudió en su auxilio una vez con dinero.

—Eso sí, pero yo quería decir algo más que eso. Se puede contar la verdad después de todos estos años. En realidad, Randall no era capaz de distinguir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal. No tenía la conciencia muy sensible. El pobre no sabía, en realidad, qué era ser listo y qué ser falto de decencia. Blackie le mantenía en el buen camino. Ésa es una de las cosas que tiene Letitia Blacklock: es honrada de pies a cabeza, es incapaz de cometer un acto deshonroso. Es de un carácter muy hermoso, ¿sabe? Siempre la he admirado. Pasaron una infancia terrible esas muchachas. El padre era un viejo médico rural muy testarudo y de mentalidad estrecha; un completo tirano para la familia. Letitia se marchó de su casa, fue a Londres y estudió contabilidad. La otra hermana era una inválida, tenía una deformidad y jamás recibía a nadie, ni salía de casa. Por eso, cuando el viejo murió, Letitia renunció a todo para volver a su casa y cuidar de su hermana. Randall se puso furioso con ella, pero eso no sirvió de nada. Cuando Letitia consideraba que era su deber hacer una cosa, la hacía. Y no había manera de hacerle cambiar de opinión.

—¿Cuánto tiempo antes de que muriera su esposo ocurrió todo eso?

—Creo que un par de años antes. Randall hizo testamento antes de que ella abandonara la casa. Y no lo cambió. Me dijo a mí: «No tenemos a nadie nuestro». Porque nuestro hijito murió, ¿sabe?, cuando tenía dos años de edad. «Después de morirnos tú y yo, es mejor que el dinero sea para Blackie. Jugará a la Bolsa y les hará andar a todos de cabeza.»

»Y es que Randall —prosiguió Belle— disfrutaba muchísimo ganando dinero, no por el dinero en sí, sino por la aventura, los riesgos, la emoción.

Y a Blackie eso le gustaba también. Tenía el mismo espíritu aventurero y la misma forma de ver las cosas. ¡Pobrecilla! Jamás había conocido los placeres normales: enamorarse, seducir a los hombres, hacerles rabiar, tener hogar e hijos, y todos los verdaderos placeres de la vida.

A Craddock le extrañó sobremanera la auténtica compasión y el indulgente desdén que sentía aquella mujer, una mujer que había tenido que soportar enfermedades toda su vida, cuyo único hijo había muerto, cuyo marido había muerto dejándola encadenada a una viudez solitaria y que había sido inválida durante muchos años.

Ella asintió.

—Sé lo que está pensando; pero he tenido todas las cosas que hacen que la vida valga la pena. Me las podrán haber quitado, pero las he tenido. De joven fui bonita y alegre. Me casé con el hombre a quien quería, y él nunca dejó de quererme. Mi hijo murió, pero le tuve a mi lado dos preciosos años. He experimentado mucho dolor físico, pero si uno experimenta dolor, sabe cómo gozar del exquisito placer de los momentos en que el dolor cesa. Y todo el mundo ha sido bondadoso para conmigo siempre. Soy una mujer afortunada, en realidad.

Craddock se agarró a la oportunidad que le proporcionaba uno de sus comentarios.

—Dijo usted hace un momento, Mrs. Goedler, que su esposo dejó la fortuna a Mrs. Blacklock porque no tenía otra persona a quién dejársela; pero eso no es del todo cierto, ¿verdad? Tenía una hermana.

—Ah, Sonia; pero riñeron hace muchos años y con carácter definitivo.

—¿No aprobaba su matrimonio?

—No. Se casó con un hombre que se llamaba... ¿Cómo se llamaba?

—Stamfordis.

—Eso es, Dimitri Stamfordis. Randall dijo siempre que era un malhechor. Se tuvieron antipatía desde el primer momento, pero Sonia estaba locamente enamorada de él y decidida a casarse. Y nunca comprendí por qué no había de hacerlo. ¡Los hombres tienen unas ideas tan extrañas! Sonia no era una chiquilla. Había cumplido los veinticinco años y sabía exactamente lo que hacía. Sería un malhechor, no lo niego, un delincuente de verdad, quiero decir. Creo que tenía antecedentes penales y Randall sospechó siempre que utilizaba un alias. Sonia sabía todo eso. Lo cierto es, y eso es lo que Randall nunca fue capaz de comprender, que Dimitri

resultaba verdaderamente muy atractivo para las mujeres. Y estaba tan enamorado de Sonia como ella de él. Randall insistía en que sólo se casaba con ella por dinero; pero eso no es verdad. Sonia era muy hermosa, ¿sabe? Y era una mujer de carácter. Si el matrimonio hubiese salido mal, si Dimitri no hubiera sido bueno con ella o le hubiese sido infiel, Sonia se hubiera limitado a cortar por lo sano y abandonarle. Era rica y podía hacer lo que quisiera de su vida.

—¿Nunca hicieron las paces?

—No, Randall y Sonia nunca se habían llevado muy bien. Y ella estaba resentida porque él intentó impedir el matrimonio. Ella dijo: «Está bien. ¡Eres completamente insoportable! ¡Ésta es la última vez que oirás hablar de mí!»

—Pero, ¿fue la última vez que supieron de ella?

Belle sonrió.

—No, recibí una carta suya unos dieciocho meses más tarde. Recuerdo que me escribió desde Budapest, pero no me dio las señas. Me pidió que le dijera a Randall que era extremadamente feliz y que acababa de dar a luz dos gemelos.

—¿Y le dio sus nombres?

Belle sonrió de nuevo.

—Dijo que habían nacido poco después del mediodía, y que tenía intención de llamarlos Pip y Emma. Quizás eso no fuera más que una broma, claro está.

—¿No volvió a tener noticias suyas?

—No. Dijo que ella, su marido y los niños iban a marcharse a Estados Unidos a pasar allí una corta temporada. No volví a saber de ella.

—Supongo que no habrá conservado usted esa carta, ¿verdad?

—No, me temo que no. Se la di a Randall y él se limitó a soltar un gruñido y decir: «Se arrepentirá de haberse casado con ese tipo el día menos pensado». Fue lo único que dijo. Nos olvidamos de ella, en realidad. Desapareció por completo de nuestra vida.

—No obstante, ¿Mr. Goedler legó sus bienes a los hijos de su hermana en el caso de que miss Blacklock muriera antes que usted?

—Oh, eso fue cosa mía. Le dije, cuando me habló del testamento: «¿Y si Blackie se muriera antes que yo?». Se quedó sorprendido y yo le dije: «Oh, ya sé que Blackie es fuerte como un caballo y que yo soy muy delicada,

pero a veces ocurren accidentes, ¿sabes?». Y él dijo: «No tenemos a nadie, a nadie en absoluto». Le contesté: «Existe Sonia». Y dijo inmediatamente: «¿Y dejar que ese tipo le eche las garras a mi dinero? ¡De ninguna manera!». Dije: «Bueno, a sus hijos entonces, Pip y Emma. Y a lo mejor hay muchos más a estas alturas». Gruñó mucho, pero lo hizo.

—Y desde aquel día hasta la fecha —dijo Craddock muy despacio—, ¿no ha tenido usted noticias de su cuñada ni de sus hijos?

—Ni una palabra. Pueden haber muerto, pueden encontrarse en cualquier parte.

«Pueden estar en Chipping Cleghorn», pensó Craddock.

Como si leyera sus pensamientos, una expresión de alarma apareció en los ojos de Belle.

—¡No permita que le hagan daño a Blackie! —exclamó—. Blackie es buena, buena de verdad. No debe permitir que le ocurra...

La voz se le apagó bruscamente. Craddock vio de pronto sombras grises en torno a los ojos y la boca.

—Está usted cansada. Me iré.

Ella asintió.

—Mándeme a Mac —susurró—. Sí, cansada...

Hizo un débil gesto con la mano.

—Cuide de Blackie. No debe ocurrirle nada a Blackie. Cuide de ella.

—Haré todo lo que esté en mis manos, Mrs. Goedler.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta.

La voz de Belle, un hilillo de voz, le siguió:

—No tardaré ya mucho... en morir. Es peligroso para ella... Tenga cuidado.

La hermana McClelland se cruzó con él cuando salía. Dijo inquieto:

—Espero que no habré sido yo la causa de su empeoramiento.

—No, no, no lo creo, Mr. Craddock. Ya le dije que se cansaría pronto.

Más tarde le preguntó a la enfermera:

—La única cosa que no tuve tiempo de preguntarle a Mrs. Goedler es si tiene alguna vieja fotografía. Si las hubiera...

Le interrumpió la enfermera:

—Me temo que no haya nada de eso. Todos sus papeles y efectos personales se almacenaron junto con los muebles del piso de Londres al principio de la guerra. Mrs. Goedler se encontraba gravemente enferma por

aquel entonces. El guardamuebles sufrió un bombardeo. Mrs. Goedler se llevó un gran disgusto al saber que había perdido tantos recuerdos personales y los documentos de la familia. Me temo que no ha quedado nada.

«Así que —pensó Craddock— *no habrá más remedio que resignarse»*.

Sin embargo, no le pareció haber hecho el viaje en balde. Pip y Emma, los gemelos fantasmas, resultaban no ser tan fantasmas después de todo.

Craddock pensó:

«He aquí un hermano y una hermana que se han criado en alguna parte de Europa. Sonia Goedler era rica en el momento de su matrimonio, pero el dinero no ha seguido siendo dinero en el continente. Al dinero le han ocurrido cosas muy raras durante los años de guerra. Así que hay dos jóvenes, el hijo y la hija de un hombre que tenía antecedentes penales. Supongamos que llegaron a Inglaterra más o menos sin un céntimo. ¿Qué harían? Averiguar si tenían algún pariente rico. Su tío, un hombre muy acaudalado, ha muerto. Posiblemente lo primero que harían sería consultar el testamento del finado. Ver si, por casualidad, le había legado algo a su madre. Así que se dirigen a Somerset House y se enteran del contenido del testamento, y luego quizá se enteran de la existencia de Letitia Blacklock. Entonces procuran averiguar algo de la viuda de Randall Goedler. Es una inválida que vive en Escocia, y descubren que le queda muy poco tiempo de vida. Si esa Letitia Blacklock muere antes que ella, ellos heredarán una cuantiosa fortuna. ¿Y entonces qué?»

Se contestó a sí mismo:

«No irán a Escocia. Averiguarán dónde vive ahora Letitia Blacklock. E irán allí, pero no con su verdadera identidad. ¿Irán juntos o separados? Emma... ¡Que me ahorquen si Pip o Emma, o los dos, no se encuentran en Chipping Cleghorn en estos instantes!»

Capítulo XV

Muerte deliciosa

I

En la cocina de Little Paddocks, miss Blacklock le estaba dando una larga serie de instrucciones a Mitzi.

—Bocadillos de sardina y tomate. Esos pastelillos que sabe usted hacer tan bien. Y me gustaría que hiciese ese pastel especialidad suya.

—¿Va a dar una fiesta que pide tantas cosas?

—Es el cumpleaños de miss Bunner y vendrán algunas personas a tomar el té.

—A su edad, no se celebra el cumpleaños. Es mejor olvidarlo.

—Bueno, ella no quiere olvidarlo. Varias personas van a traerle regalos, y resultará agradable convertir la ocasión en una pequeña fiesta.

—Eso es lo que dijo usted la última vez y... ¡fíjese en lo que ocurrió!

Miss Blacklock se dominó con un esfuerzo.

—Esta vez no ocurrirá.

—¿Cómo sabe usted lo que puede ocurrir en esta casa? Tiemblo durante todo el día, y por la noche cierro con llave la puerta de mi habitación y miro en el armario para asegurarme de que no hay nadie escondido allí.

—Así, no es fácil que corra usted riesgo alguno —dijo miss Blacklock con frialdad.

—El pastel que usted quiere que haga es el...

Mitzi pronunció una palabra que para el oído inglés de miss Blacklock sonó algo así como «schwitzer» o como dos gatos que se escupieran el uno al otro.

—Ése mismo, ése tan rico.

—Sí, es rico. ¡Pero para hacerlo no tengo nada! Imposible hacer un pastel así. Necesito chocolate y mucha mantequilla, y azúcar y pasas.

—Puede usar la lata de mantequilla que nos mandaron de Estados Unidos, parte de las pasas que guardamos para Nochebuena; y aquí tiene una tableta de chocolate y una libra de azúcar.

El rostro de Mitzi se tornó de pronto radiante.

—Bien, lo haré para usted bien rico... muy rico —exclamó con éxtasis—. Será rico, sabroso y exquisito. Y por encima le pondré una capa de chocolate. ¡Lo haré tan bonito! Y encima escribiré: «Felicidades». Estos ingleses, con sus pasteles que saben a arena, nunca, nunca habrán probado un pastel así. ¡Delicioso, dirán, delicioso!

Su semblante volvió a ensombrecerse.

—Mr. Patrick lo llamó «Muerte Deliciosa». ¡Mi pastel! ¡No consentiré que se llame así a mi pastel!

—En realidad, fue una alabanza —dijo miss Blacklock—. Quiso decir con ello que valía la pena morir por comerse un pastel así.

Mitzi la miró dubitativa.

—Bueno, a mí no me gusta esa palabra: muerte. No se mueren por comer de mi pastel. No, se sienten mucho mejor.

—Estoy segura de que sí.

Miss Blacklock dio media vuelta y dejó la cocina con un suspiro de alivio por haber podido terminar con éxito la entrevista. Con Mitzi una nunca sabía lo que iba a suceder. Fuera se topó con Dora Bunner.

—Oh, Letty, ¿quieres que entre y le diga a Mitzi cómo ha de cortar los bocadillos?

—No —le respondió miss Blacklock, empujando a su amiga por el pasillo—. No está de humor ahora y no quiero que la molesten.

—Sólo le enseñaría...

—Por favor, no le enseñes nada, Dora. A estas centroeuropeas no les gusta que les enseñen. Lo detestan.

Dora no pareció muy convencida. Luego bruscamente sonrió.

—Acaba de telefonear Edmund Swettenham. Me deseó muchas felicidades y dijo que esta tarde me iba a traer un tarro de miel como regalo. ¿Verdad que es muy bueno? No puedo imaginarme cómo ha podido saber que mi cumpleaños es hoy.

—Todo el mundo parece saberlo. Debes de haber hablado tú, Dora.

—Verás... sí que dio la casualidad de que mencioné que hoy cumpliría cincuenta y nueve años.

—Tienes sesenta y cuatro —le corrigió miss Blacklock risueña.

—Y miss Hinchcliffe dijo: «Nadie se los echaría. ¿Qué edad cree que tengo yo?». Una pregunta muy embarazosa, porque su aspecto es siempre tan raro que pudiera tener cualquier edad. A propósito, comentó que iba a traerme unos huevos. Dije que nuestras gallinas no ponían mucho últimamente.

—No va a ser mal negocio tu cumpleaños. Miel, huevos, una magnífica caja de bombones de Julia...

—No sé de dónde saca esas cosas.

—Más vale que no se lo preguntes. Es muy probable que recurra a métodos completamente ilegales.

—Y tu precioso broche —dijo miss Bunner contemplándose con orgullo el pecho, sobre el que lucía una pequeña hoja de diamantes.

—¿Te gusta? Me alegro. A mí nunca me han llamado la atención las joyas.

—Me encanta.

—¡Magnífico! Vamos a dar de comer a los patos.

II

—i Aja! —exclamó Patrick con un gesto teatral al ocupar los invitados sus puestos alrededor de la mesa del comedor—. ¿Qué veo ante mis ojos? Muerte Deliciosa.

—¡Chitón! —dijo miss Blacklock—. Que no te oiga Mitzi. Le indigna que llames así a su pastel.

—No obstante, es Muerte Deliciosa. ¿Es el pastel de cumpleaños de Bunny?

—Sí —contestó miss Bunner—. La verdad es que estoy pasando un maravilloso día de cumpleaños.

Tenía las mejillas encendidas de excitación. Las tenía así desde que el coronel Easterbrook le entregara una cajita de caramelos, declarando con una reverencia: «¡Para la más dulce, dulces!».

Julia había vuelto la cabeza apresuradamente, mereciendo por ello que miss Blacklock la mirara con el entrecejo fruncido.

Se hizo plena justicia a las cosas que había sobre la mesa, y después se levantaron.

—Tengo el estómago un poco revuelto —dijo Julia—. Es ese pastel. Recuerdo que me sentí exactamente igual de indispuesta la última vez.

—El pastel lo vale —dijo Patrick.

—No se puede negar que estos extranjeros entienden en pastelería —señaló miss Hinchcliffe—. Y en cambio son incapaces de hacer un sencillo pudín.

Todos guardaron un respetuoso silencio, aunque era obvio que Patrick se estaba conteniendo para no preguntar si había alguien a quien le importara en realidad el pudín.

—¿Tiene usted un jardinero nuevo? —le preguntó miss Hinchcliffe a miss Blacklock cuando regresaban a la sala.

—No. ¿Por qué?

—Vi a un hombre merodear por los alrededores del gallinero. Un individuo de aspecto marcial.

—¡Ah, ese! —dijo Julia—. Ése es nuestro detective.

Mrs. Easterbrook dejó caer el bolso.

—¿Detective? —exclamó—. Pero... pero ¿por qué?

—No lo sé —contestó Julia—. Merodea por ahí y vigila la casa. Supongo que está protegiendo a tía Letty.

—Una completa estupidez —afirmó miss Blacklock—. Me sé proteger yo sola.

—Pero, ¿no había terminado todo eso ya? Aunque pensaba preguntarle... ¿por qué aplazaron la encuesta?

—La policía no está satisfecha —anunció el marido—. Eso es lo que significa.

—Pero no está satisfecha, ¿de qué?

El coronel Easterbrook sacudió la cabeza con aire de quien podría decir mucho más si quisiera. Edmund Swettenham, a quien el coronel le resultaba antipático, manifestó:

—Lo cierto es que sospechan de todos nosotros.

—Pero sospechan... ¿de qué? —repitió Mrs. Easterbrook.

—No te preocupes, cariño —dijo su marido.

—De merodear con un propósito —respondió Edmund—, y el propósito es cometer un asesinato a la primera oportunidad que se presente.

—¡Oh, por favor... por favor, cállese Mr. Swettenham! —Dora empezó a llorar—. Estoy segura de que ninguno de los presentes querría matar a nuestra querida Letty.

Hubo un momento de horrible embarazo. Edmund se puso colorado y murmuró:

—Sólo era una broma.

Phillipa sugirió en voz alta y clara que escucharan las noticias de las seis, y la sugerencia fue recibida con entusiasmo.

Patrick le murmuró a Julia:

—Aquí nos falta Mrs. Harmon. Estoy seguro de que diría, con esa voz tan alta y clara que tiene: «Pero supongo que sí que estará alguien aguardando una buena ocasión para asesinarla, ¿verdad, miss Blacklock?».

—Me alegro de que ni ella ni esa anciana miss Marple pudieran venir —le contestó Julia—. Esa vieja es de las chismosas. Y seguramente tiene una mente sucia. Un verdadero personaje victoriano.

Escuchar las noticias condujo fácilmente a una agradable discusión sobre los horrores de la guerra atómica. El coronel Easterbrook dijo que la verdadera amenaza que pesaba sobre la civilización era indudablemente

Rusia, y Edmund dijo que él tenía varios amigos rusos encantadores, comentario que fue recibido con frialdad.

Se deshizo la reunión tras dar nuevamente las gracias a la anfitriona.

—¿Te divertiste, Bunny? —preguntó miss Blacklock tras despedir al último invitado.

—Oh, ya lo creo que sí; pero tengo un dolor de cabeza terrible. La excitación, supongo.

—Es el pastel —anunció Patrick—. Yo también me encuentro un poco mal. Y, además, ha estado usted comiendo chocolate toda la mañana.

—Me parece que iré a echarme —dijo miss Bunner—. Me tomaré un par de aspirinas e intentaré dormir.

—Sería un buen calmante —asintió miss Blacklock.

Miss Bunner se marchó escaleras arriba.

—¿Quieres que te encierre yo a los patos, tía Letty?

Miss Blacklock miró a Patrick con expresión severa.

—Si me prometes cerrar la puerta como es debido, sí.

—Lo haré, te lo juro.

—Tómate una copa de jerez, tía Letty —propuso Julia—. Como solía decir mi antigua nodriza: «Te asentará el estómago». Repugnante frase, pero singularmente apropiada en estos instantes.

—Quizá sea una buena idea. La verdad es que una no está acostumbrada a cosas tan empalagosas. Oh, Bunny, me has sobresaltado. ¿Qué pasa?

—No puedo encontrar mis aspirinas —dijo Dora con desconsuelo.

—Coge las mías, querida. Las encontrarás sobre mi mesilla de noche.

—Hay un tubo en mi tocador —dijo Phillipa.

—Gracias, muchísimas gracias. Por si no consigo encontrar las mías, pero sé que las tengo en alguna parte. Un tubo nuevo. Pero, ¿dónde puedo haberlo metido?

—Las hay a montones en el baño —le indicó Julia con impaciencia—. Esta casa está hasta los topes de aspirinas.

—Me molesta ser tan descuidada y extraviar las cosas —replicó miss Bunner, retrocediendo hacia la escalera otra vez.

—¡Pobre Bunny! —comentó Julia levantando su copa—. ¿Crees que debiéramos haberle dado un poco de jerez?

—No, mejor no —contestó miss Blacklock—. Ha tenido muchas emociones hoy y eso no es bueno para ella. Me temo que sufrirá las

consecuencias mañana. No obstante, me parece que se ha divertido.

—Estaba encantada —aseguró Julia—. La verdad es que se lo ha pasado muy bien.

—Démosle a Mitzi una copa de jerez —propuso Julia—. ¡Eh, Pat! —llamó al oírle entrar por la puerta del costado—. ¡Tráete a Mitzi!

Así que trajeron a Mitzi y Julia le sirvió una copa de jerez.

—A la salud de la mejor cocinera del mundo —dijo Patrick.

Mitzi se sintió halagada; pero le pareció, no obstante, que debía protestar.

—Eso no es cierto. No soy, en realidad, cocinera. En mi país hacía un trabajo intelectual.

—Talento desperdiciado —dijo Patrick—. ¿Qué es el trabajo intelectual en comparación con un chef-d'oeuvre como Muerte Deliciosa?

—¡Oh! Le digo a usted que no me gusta.

—¡Al diablo con lo que a ti te guste, muchacha! —le interrumpió Patrick —. Ése es el nombre que yo le doy y por él brindo. ¡Bebamos por la Muerte Deliciosa y al demonio con las consecuencias!

III

—Phillipa, querida, quiero hablar con usted.

—¿Sí, miss Blacklock?

Phillipa Haymes miró un tanto sorprendida.

—No estará preocupada por algo, ¿verdad?

—¿Preocupada?

—Sí, parece usted preocupada últimamente. No habrá ocurrido algo, ¿verdad?

—Oh, no, miss Blacklock. ¿Qué podía ocurrir?

—Eso me preguntaba. Creí que a lo mejor usted y Patrick...

—¿Patrick?

La sorpresa de Phillipa era evidente.

—Ah, entonces no es así. Perdóneme si he sido impertinente; pero he tenido que convivir mucho y... aunque Patrick es primo mío, no le creo capaz de ser un buen marido. No hasta que transcurra algún tiempo, por lo menos.

El rostro de Phillipa adquirió una expresión severa.

—No pienso volver a casarme.

—Sí que volverá a casarse algún día, criatura. Es usted joven; pero no tenemos por qué discutir eso. ¿No hay ninguna otra cosa? ¿No está usted preocupada por cuestiones de... de dinero, por ejemplo?

—No, todo va bien.

—Sé que le preocupa la educación de su hijo. Por eso quiero decirle una cosa. Fui a Milchester esta tarde a ver a mi abogado, Mr. Beddingfeld. Las cosas no han ido muy bien últimamente y pensé que me gustaría hacer un testamento nuevo en vista a ciertas eventualidades. Fuera del pequeño legado que le hago a Bunny, todo lo demás lo heredará usted, Phillipa.

—¿Cómo?

Phillipa se volvió bruscamente. Miraba con fijeza. Parecía desconsolada.

—Pero ¡si yo no lo quiero! De veras que no. Oh, preferiría que no fuese para mí. Y, de todas formas, ¿por qué? ¿Por qué a mí?

—Quizá —respondió miss Blacklock con un tono extraño—, porque no tengo a nadie más.

—Están Patrick y Julia.

—Sí, están Patrick y Julia.

El tono extraño se mantuvo en la voz de miss Blacklock.

—Son parientes suyos.

—Muy lejanos, no tengo ninguna obligación de dejarles nada y ellos no tienen ningún derecho a reclamarme nada.

—Pero es que yo... yo tampoco lo tengo. No sé qué piensa usted. ¡Oh, no lo quiero!

En su mirada había más hostilidad que agradecimiento. Se notaba en su modo de hablar algo muy parecido al temor.

—Yo sé lo que hago, Phillipa. Le he tomado cariño. Y está el muchacho. No recibirá gran cosa si me muero ahora, pero dentro de unas semanas pudiera ser distinto.

Miró con fijeza a Phillipa.

—¡Pero, si usted no se va a morir! —protestó la joven.

—No, si puedo evitarlo tomando las debidas precauciones.

—¿Precauciones?

—Sí, piénselo y no se atormente más.

Abandonó bruscamente la habitación. Phillipa la oyó hablar con Julia en el corredor.

Julia entró en el comedor unos momentos después. Tenía una mirada acerada en sus ojos.

—Has jugado muy bien tus cartas, ¿eh, Phillipa? Veo que eres una de esas personas calladas, una mosquita muerta.

—Así que oíste...

—Sí, lo oí. Y creo que la intención era que lo oyese.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nuestra Letty no tiene un pelo de tonta. Bueno, sea como fuere, Phillipa, ya tienes lo que querías. Estás bien cubierta, ¿eh?

—Oh, Julia, yo no tenía la intención. Jamás tuve la intención...

—No, ¿eh? ¡Claro que la tuviste! Las cosas te van mal, ¿verdad? Andas corta de dinero. Pero acuérdate de lo que voy a decirte: si alguien liquida a tía Letty ahora, tú serás la sospechosa número uno.

—Pero no tendría sentido. Sería estúpido que la matase ahora cuando, si esperase...

—Entonces estás enterada de que Mrs. Cómo-se-llame se está muriendo en Escocia, ¿eh? Me lo estaba preguntando Phillipa, empiezo a creer que en realidad eres muy misteriosa.

—No quiero haceros perder nada ni a ti ni a Patrick.

—¿No, querida? Lo siento, pero no te creo.

—Como quieras.

Capítulo XVI

El inspector Craddock regresa

El inspector Craddock había pasado una mala noche durante su viaje de vuelta. Sus sueños, más que eso, habían sido pesadillas. Se veía, una y otra vez, corriendo por los grises corredores de un viejo castillo, en un desesperado intento por llegar a alguna parte o para impedir algo a tiempo. Finalmente, soñó que se despertaba. Experimentó un enorme alivio. Y en aquel instante la puerta de su compartimiento se abrió muy despacio y asomó Letitia Blacklock con la cara ensangrentada, para decirle en tono de reproche: «¿Por qué no me salvó? Hubiera podido intentarlo».

Esta vez se despertó de verdad.

El inspector se alegró lo indecible de llegar por fin a Milchester. Se fue derecho a presentar su informe a Rydesdale, que le escuchó atentamente.

—No nos sirve de mucha ayuda, pero confirma lo que miss Blacklock le dijo. Pip y Emma... ¡Hum!

—Patrick y Julia Simmons tienen la edad que tendrían los mellizos, señor. Si pudiéramos demostrar que miss Blacklock no los había visto desde niños...

Rydesdale contestó con una risita:

—Nuestra aliada, miss Marple, ha logrado confirmar ese hecho. La verdad es que miss Blacklock no había visto nunca a ninguno de esos dos jóvenes hasta hace dos meses.

—En ese caso, señor...

—La cosa no es tan sencilla, Craddock. Hemos estado haciendo comprobaciones. Por lo que sabemos, Patrick y Julia parecen quedar eliminados. Los antecedentes navales de Patrick son auténticos, y son muy buenos, si exceptuamos cierta tendencia a la insubordinación. Hemos entrado en contacto con Cannes y Mrs. Simmons confirma, indignada, que su hija y su hijo están en Chipping Cleghorn con su prima Letitia Blacklock. Así que... ahí tiene.

—¿Y Mrs. Simmons es Mrs. Simmons en efecto?

—Lleva siendo Mrs. Simmons muchísimo tiempo, es todo cuanto puedo decirle —contestó Rydesdale.

—Entonces debe ser así. Sólo que esos dos encajaban. La edad justa. Miss Blacklock no les conocía en persona. Si buscábamos a Pip y Emma... bueno, ahí estaban ellos.

El jefe de policía asintió lentamente. Luego empujó un papel hacia Craddock.

—Aquí tiene algo que hemos descubierto acerca de Mrs. Easterbrook.

El inspector leyó, enarcando las cejas.

—Muy interesante —observó—. Ha engañado bastante bien a ese viejo imbécil, ¿eh? No tiene relación alguna con este asunto, sin embargo, que yo vea.

—Aparentemente, no.

—Y aquí hay unas notas que se refieren a Mrs. Haymes.

Craddock enarcó de nuevo las cejas.

—Me parece que voy a celebrar otra entrevista con esa señora.

—¿Cree usted que esta información pudiera ser relevante?

—Pudiera ser. Sería una casualidad, claro, pero...

Los dos hombres guardaron silencio unos momentos.

—¿Cómo le ha ido a Fletcher, señor?

—Ha estado extraordinariamente activo. Registró la casa con el permiso de Mrs. Blacklock, pero no encontró nada de interés. Luego ha estado tratando de averiguar quién pudo tener oportunidad de engrasar las bisagras, y comprobó quién estuvo en la casa los días de fiesta de la muchacha extranjera. Resultó un poco más complicado de lo que habíamos supuesto, porque parece ser que sale a dar una vuelta casi todas las tardes. Casi siempre va al pueblo para tomarse una taza de café en «El Pájaro Azul». Así que, cuando miss Blacklock y miss Bunner salen, cosa que hacen casi todas las tardes para ir a coger moras, la casa se queda sola.

—¿Y siempre dejan las puertas abiertas?

—Siempre. Supongo que ahora no será así.

—¿Cuáles son las conclusiones de Fletcher? ¿Quién estuvo en la casa en ausencia de sus ocupantes?

—Casi todos.

Rydesdale consultó la hoja que tenía delante.

—Estuvo miss Murgatroyd con una gallina clueca. Parece complicado, pero eso es lo que dice. Se mostró muy nerviosa y confusa, y se contradijo. Pero Fletcher opina que eso se debe a su temperamento y que no es señal de culpabilidad.

—Pudiera ser —reconoció Craddock—. Tiene cabeza de chorlito.

—Luego, Mrs. Swettenham fue a buscar un paquete de carne de caballo que miss Blacklock había dejado en la cocina, porque miss Blacklock había ido a Milchester en el coche aquel día, y siempre le compra a Mrs. Swettenham carne de caballo cuando va. ¿Le encuentra usted lógica a eso?

Craddock consideró la pregunta.

—¿Por qué no dejó miss Blacklock la carne de caballo cuando pasó por delante de la casa de Mrs. Swettenham a su regreso de Milchester?

—No lo sé, pero no lo hizo. Mrs. Swettenham dice que ella, miss B, siempre la deja sobre la mesa de la cocina y que a ella, Mrs. S, le gusta ir a buscarla cuando no está Mitzi, porque Mitzi se muestra a veces muy grosera.

—Liga todo bastante bien. ¿Quién más?

—Miss Hinchcliffe. Dice que no estuvo por ahí últimamente; pero estuvo, porque Mitzi la vio salir por la puerta lateral un día y Mrs. Butt

también. Miss H reconoció entonces que quizás estuvo, pero que lo había olvidado. No recuerda por qué fue. Dice que a lo mejor sólo se dejó caer por allí.

—Eso es un poco raro.

—También lo fueron sus modales, por lo visto. Luego, Mrs. Easterbrook. Había sacado a pasear a sus queridos perros en aquella dirección y entró para ver si miss Blacklock estaba en casa. Dice que esperó un poco.

—Justo. A lo mejor anduvo husmeando. O engrasando bisagras. ¿Y el coronel?

—Fue allí un día con un libro sobre la India que miss Blacklock le había confesado que deseaba leer.

—Y, ¿es cierto eso?

—La versión de miss B es que hizo todo lo posible por librarse de tener que leerlo, pero que fue inútil.

—Es de cajón —suspiró Craddock—. Como alguien esté decidido a prestarle a uno un libro, no hay manera de evitarlo.

—No sabemos si estuvo allí Edmund Swettenham. Contesta de una manera muy vaga. Dice que sí, que solía entrar de vez en cuando para cumplir encargos de su madre, pero que cree que no ha estado recientemente.

—En otras palabras, que no hay nada concluyente.

—Nada.

Rydesdale, con una leve sonrisa, señaló:

—Miss Marple también se ha mostrado muy activa. Fletcher ha comunicado que tomó café por la mañana en «El Pájaro Azul». Ha ido a tomar jerez a Bulders y a tomar el té a Little Paddocks. Ha admirado el jardín de Mrs. Swettenham, ha ido a ver las curiosidades indias del coronel Easterbrook...

—Quizá nos pueda decir si el coronel Easterbrook es un auténtico veterano de la India.

—Sí, ella lo sabría, estoy de acuerdo. Pero parece auténtico. Tendríamos que ponernos en contacto con las autoridades del Lejano Oriente para obtener una identificación segura.

—Y mientras tanto... —Craddock se interrumpió—. ¿Cree usted que Mrs. Blacklock accedería a marcharse?

—¿De Chipping Cleghorn?

—Sí. Llevándose a la fiel Bunner consigo, por ejemplo, y con rumbo desconocido. ¿Por qué no había de ir a Escocia a pasar unos días con Belle Goedler? Es un sitio de bastante difícil acceso.

—¿Alojarse allí y esperar a que muera? No creo que hiciera eso. No creo que a ninguna mujer de buen temperamento le pareciera agradable semejante proposición.

—Se trata de salvarle la vida.

—Vamos, Craddock, no es tan fácil matar a una persona como parece usted creer.

—¿No, señor?

—Bueno, hasta cierto punto, es bastante fácil, lo reconozco. Hay métodos de sobra. Matarratas. Preparados para matar malas hierbas. Un golpe en la cabeza mientras encierra a los patos. Un disparo desde un seto. Todo muy sencillo. Pero matar a alguien y que no se sospeche que uno lo ha hecho, eso es harina de otro costal. Y a estas horas, ya todos saben que están vigilados. El primer plan, tan cuidadosamente preparado, fracasó. Nuestro desconocido asesino tiene que inventar algo nuevo.

—Lo sé, señor, pero hay que tener en cuenta el elemento tiempo. Mrs. Goedler está moribunda y puede morirse de un momento a otro. Eso significa que nuestro asesino no puede permitirse el lujo de esperar.

—Cierto.

—Y otra cosa, señor. Él, o ella, tienen que saber que estamos interrogando a todo el mundo.

—Y ello requiere tiempo —señaló Rydesdale con un suspiro—. Significa que hay que hacer comprobaciones en Oriente, en la India. Sí, es un asunto complicado de verdad.

—Así que ésa es otra razón para que se dé prisa. Estoy seguro, señor, de que el peligro es real. Está en juego una suma importante. Si Belle Goedler muere...

Se interrumpió al entrar un agente.

—El agente Legg telefonea desde Chipping Cleghorn.

—Pase la comunicación aquí.

El inspector, que observaba a su jefe, vio como las facciones se le tornaban duras y rígidas.

—Está bien —dijo Rydesdale—. El detective inspector Craddock ira allí inmediatamente.

—¿Es...? —insinuó Craddock.

Rydesdale meneó la cabeza.

—No —dijo—. Es Dora Bunner. Quería aspirinas. Al parecer, tomó unas tabletas del tubo que había sobre la mesilla de noche de Letitia Blacklock. En el tubo sólo quedaban unas cuantas. Se tomó dos y dejó una. El médico ha mandado esta última a analizar. Afirma, desde luego, que no es aspirina.

—¿Ha muerto?

—Sí, la encontraron muerta en la cama esta mañana. Murió mientras dormía, según el médico. No parece natural, aunque andaba mal de salud. Opina que se trata de envenenamiento por narcóticos. La autopsia se hará esta noche.

—Aspirinas junto a la cama de Letitia Blacklock. El diabólico Patrick me dijo que miss Blacklock tiró media botella de jerez y abrió una nueva. No creo que se le hubiera ocurrido hacer eso con un tubo de aspirinas abierto. ¿Quién había estado en la casa esta vez durante los últimos dos días? Las tabletas no pueden haber estado mucho tiempo allí.

Rydesdale le miró.

—Todo el grupo estuvo allí ayer —comentó—. Una fiesta. Para celebrar el cumpleaños de miss Bunner. Cualquiera de ellos hubiera podido subir la escalera y hacer el cambio. O claro está, cualquiera de los que viven en la casa pudo haberlo hecho en cualquier momento.

OceanofPDF.com

Capítulo XVII
El álbum

De pie, junto a la verja de la vicaría, bien abrigada, miss Marple tomó la nota que le ofrecía Bunch.

—Dile a miss Blacklock —dijo Bunch— que Julian siente enormemente no poder ir. Uno de sus feligreses se está muriendo en Locke Hamlet. Irá después de comer si miss Blacklock quiere verle. La nota se refiere a los preparativos para el entierro. Propone el miércoles, si la encuesta se celebra el martes. ¡Pobre Bunny! ¡Es tan propio de ella tomarse la aspirina envenenada en lugar de otra persona, por equivocación! Adiós, querida. Espero que no te canse demasiado el paseo; pero no tengo más remedio que llevar a esa criatura al hospital en seguida.

Miss Marple dijo que el paseo no la cansaría y Bunch se marchó a toda prisa.

Mientras esperaba a miss Blacklock, miss Marple echó una ojeada a la sala y se preguntó qué habría querido decir exactamente Dora Bunner aquella mañana en «El Pájaro Azul» al asegurar que Patrick había «manipulado la lámpara» para conseguir que se apagaran las luces. ¿Qué lámpara? Y, ¿cómo la había «manipulado»?

Debía de referirse, decidió miss Marple, a la lamparita colocada sobre la mesa pequeña junto a la arcada. Había dicho algo de una pastora o un pastor, y aquella lámpara era una delicada pieza de porcelana de Dresde, un pastor con casaca azul y pantalón color rosa que sostenía lo que en otros tiempos fuera un candelabro y que ahora se había adaptado a la electricidad. La pantalla era de pergamino y un poco demasiado grande, de modo que casi ocultaba la figura. ¿Qué otra cosa había dicho Dora Bunner? «Recuerdo perfectamente que se trataba de la pastora. Y al día siguiente...» Desde luego, ahora era un pastor.

Miss Marple recordó que, cuando fueron ella y Bunch a tomar el té, Dora Bunner había dicho algo de que aquella lámpara formaba parte de una pareja. Naturalmente, un pastor y una pastora. Y el día del atraco estaba allí la pastora, y a la mañana siguiente estaba allí la otra lámpara, la que había ahora, el pastor. Alguien había cambiado las lámparas durante la noche. Y Dora Bunner había tenido motivos para creer —o había creído sin motivo— que era Patrick quién las había cambiado.

¿Por qué? Porque si se examinaba la primera lámpara se veía exactamente cómo había podido «hacer Patrick que se apagaran las luces». ¿Cómo se las había arreglado? Miss Marple contempló atentamente la lámpara que tenía delante. El cable pasaba por el borde de la mesa e iba enchufado a la pared. Había un interruptor pequeño en forma de pera, aproximadamente a la mitad del cable. Nada de aquello le sugirió nada a la anciana porque poco sabía de electricidad.

¿Dónde estaría la pastora? En la habitación vacía, si no la habían tirado, o... ¿dónde había sorprendido Dora Bunner a Patrick Simmons con una pluma y la taza de aceite? ¿Entre los arbustos? Miss Marple decidió comentar todo esto con el inspector Craddock.

Desde el principio, miss Blacklock había llegado a la conclusión de que su sobrino era el autor del anuncio. Las creencias instintivas a menudo estaban justificadas, o al menos así opinaba miss Marple. Porque, cuando se conoce bien a una persona, se suele tener una idea bastante acertada del tipo de cosas que podría hacer.

Patrick Simmons...

Un joven guapo. Un joven atractivo. Un joven que a las mujeres les resultaba simpático, tanto a las jóvenes como a las viejas. La clase de hombre, quizá, con quién se habría casado la hermana de Randall. ¿Podría Patrick Simmons ser Pip? Pero había estado en la Armada durante la guerra. La policía podría comprobarlo sin dificultad.

Sólo que a veces se daban las imposturas más asombrosas.

Se podía salir airoso de muchos y complicados trances, si se tenía suficiente audacia.

Se abrió la puerta y entró miss Blacklock. Daba la sensación, pensó miss Marple, de haber envejecido. Era como si hubiera perdido toda vida y energía.

—Lamento mucho turbarla en estos momentos —dijo miss Marple—, pero el vicario tenía un feligrés moribundo y Bunch tuvo que llevar a toda prisa a una criatura enferma al hospital. El vicario ha escrito una nota que me ha dado para usted.

Se la tendió y la otra la tomó y abrió.

—Tenga la bondad de sentarse, miss Marple. Le estoy muy agradecida por haber venido.

Leyó la nota.

—El vicario es un hombre muy comprensivo —anunció—. No le ofrece a una consuelos fatuos. Dígale que me parece perfectamente bien lo que propone. Su... su himno favorito era: «Guíame, bondadosa luz».

Se le quebró de pronto la voz.

—Sé que aquí soy una extraña —dijo miss Marple con dulzura—, pero lo siento mucho, mucho.

Brusca e irreprimiblemente, Letitia Blacklock se echó a llorar. Era un dolor lastimero, avasallador, no exento de cierta desesperación. Miss Marple permaneció completamente inmóvil en su asiento.

Finalmente miss Blacklock se dominó. Tenía el rostro hinchado y húmedo de lágrimas.

—Lo siento. No, no he podido remediarlo. El pensamiento de lo que he perdido. Ella... ella era el único vínculo con el pasado. La única que recordaba. Ahora que se ha ido, estoy completamente sola.

—Comprendo lo que quiere decir —contestó miss Marple—. Una está sola cuando la última persona que comparte nuestros recuerdos desaparece. Tengo sobrinos, sobrinas y buenas amistades, pero ninguno que me conociera de niña, nadie que pertenezca a mis tiempos. Ya llevo mucho tiempo sola.

Ambas mujeres guardaron silencio unos instantes.

—Comprende usted muy bien —dijo Letitia Blacklock. Se puso en pie y se acercó al escritorio—. Le escribiré unas líneas al vicario.

Tomó con cierta torpeza la pluma y escribió despacio.

—Artritis —explicó—. Hay veces que apenas puedo escribir.

Cerró el sobre y puso la dirección.

—Si a usted no le importara llevarlo, se lo agradecería mucho.

Al oír una voz masculina en el vestíbulo, añadió apresuradamente:

—Ése es el inspector Craddock.

Se acercó al espejo que había encima de la chimenea y se empolvó un poco la cara.

Craddock entró con el rostro sombrío. Miró a miss Marple con desaprobación.

—¡Ah, así que está usted aquí!

Miss Blacklock se apartó del espejo.

—Miss Marple ha tenido la bondad de traerme una nota del vicario.

—Me marcho en seguida, en seguida —manifestó miss Marple azorada —. No quiero estorbarle.

—¿Asistió usted a la fiesta celebrada aquí ayer tarde?

—No... no, no asistí —contestó la anciana nerviosa—. Bunch me llevo a visitar a unos amigos.

—Entonces, usted no puede decirme nada.

Craddock abrió la puerta con gesto elocuente, y miss Marple salió como alguien al que le acaban de dar una reprimenda.

—Estas viejas son unas entrometidas —afirmó el inspector Craddock.

—Creo que es usted injusto con ella —contestó miss Blacklock—. Vino con una nota del vicario.

—Seguro.

—No creo que viniera a curiosear.

—Quizá tenga usted razón, miss Blacklock; pero yo, por mi parte, diagnosticaría en este caso un ataque agudo de entrometiditis.

—Es una anciana muy inofensiva.

«Si usted supiera —pensó el inspector—*, es más peligrosa que una serpiente de cascabel»*. Pero no tenía la menor intención de hacer confidencias innecesarias. Ahora que sabía definitivamente que andaba suelto por allí un asesino, cuanto menos dijera, mejor. No quería que la próxima víctima fuese Jane Marple.

Un asesino por allí... ¿dónde?

—No perderé el tiempo en condolencias, miss Blacklock. La verdad es que siento mucho la muerte de miss Bunner. Tendríamos que haberla evitado.

—No veo cómo.

—No, no hubiera sido fácil. Pero ahora tenemos que trabajar deprisa. ¿Quién está haciendo esto, miss Blacklock? ¿Quién ha intentado dos veces matarla y, si no nos damos prisa, lo intentará otra vez?

Letitia Blacklock se estremeció

—¡No lo sé, inspector! ¡No tengo la menor idea!

—He hablado con Mrs. Goedler. Me ha dado toda la ayuda que ha podido. No ha sido gran cosa. Hay unas cuantas personas que saldrían beneficiadas con su muerte. En primer lugar, Pip y Emma. Patrick y Julia Simmons tienen la edad precisa, pero sus antecedentes parecen claros. Sea

como fuere, no podemos concentrarnos exclusivamente en ellos dos. Dígame, miss Blacklock, ¿reconocería usted a Sonia Goedler si la viese?

—¿Reconocer a Sonia? Claro que si...

Se interrumpió de pronto.

—No —dijo muy despacio—, no estoy muy segura de que pudiera. Ha transcurrido mucho tiempo, treinta años. Ahora será una mujer anciana.

—¿Cómo era?

—¿Sonia? —Miss Blacklock reflexionó unos instantes—. Era una mujer menuda, morena...

—¿Alguna característica especial? ¿Alguna peculiaridad?

—No... no, creo que no. Era alegre, muy alegre.

—Puede no ser tan alegre ahora. ¿Tiene alguna fotografía suya?

—¿De Sonia? Deje que piense... un retrato como es debido, no. Tengo algunas viejas instantáneas en un álbum no sé dónde... Creo que hay una de ella.

—¡Ah! ¿Podría verlo?

—Sí, claro. ¿Donde habré puesto yo ese álbum?

—Dígame, miss Blacklock. ¿Considera usted remotamente posible que Mrs. Swettenham sea Sonia Goedler?

—¿Mrs. Swettenham? —Miss Blacklock le miró con el más vivo asombro—. ¡Si su esposo fue funcionario del Estado... en la India, primero, si no me equivoco, y luego en Hong Kong!

—Lo que usted quiere decir es que ésa es la historia que ella le ha contado. No lo sabe usted, como decimos en los tribunales, por propio conocimiento.

—No —asintió lentamente miss Blacklock—. No como usted dice. Pero, ¿Mrs. Swettenham? ¡Oh, es absurdo!

—¿Trabajó Sonia Goedler alguna vez en el teatro? ¿Teatro de aficionados?

—Sí, y era buena actriz.

—Ahí tiene. Y otra cosa, Mrs. Swettenham lleva peluca. Por lo menos —enmendó el inspector—, Mrs. Harmon lo asegura.

—Sí, sí, supongo que podría ser una peluca. Todos esos ricitos grises. Pero insisto en que es absurdo. Es una persona muy agradable, y graciosísima, a veces.

—Luego están miss Hinchcliffe y miss Murgatroyd. ¿Podría ser cualquiera de ellas Sonia Goedler?

—Miss Hinchcliffe es demasiado alta. Es tan alta como un hombre.

—¿Miss Murgatroyd, entonces?

—¡Oh!, pero... ¡Oh, no! Estoy segura de que miss Murgatroyd no podría ser Sonia.

—No ve usted muy bien, ¿verdad, miss Blacklock?

—Soy miope, ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí. Lo que quisiera ver es una fotografía de Sonia Goedler, aun cuando sea muy antigua y no se le parezca demasiado. Estamos entrenados para distinguir detalles y parecidos mucho mejor que la mayoría de la gente.

—Procuraré encontrársela.

—¿Ahora?

—¿Cómo? ¿Inmediatamente?

—Lo preferiría.

—Está bien. Deje que piense... Vi ese álbum cuando estábamos poniendo en orden un montón de libros que sacamos del armario. Me estaba ayudando Julia. Recuerdo que se rió de la ropa que llevábamos en aquellos tiempos. Los libros los pusimos en el estante de la sala. ¿Dónde colocamos el álbum y los tomos grandes del «Art Journal»? ¡Qué mala memoria tengo! Quizá Julia lo recuerde. Hoy está en casa.

—La buscaré.

El inspector se marchó. No encontró a Julia en ninguna de las habitaciones de la planta baja. Al preguntar a Mitzi dónde estaba miss Simmons contestó, malhumorada, que eso no era asunto suyo.

—Yo, yo me quedo en mi cocina y me preocupo de la comida. Y no pruebo nada que no haya guisado yo misma. Nada, ¿me oye?

—¡Miss Simmons! —el inspector llamó escaleras arriba. Y, al no obtener respuesta, subió.

Se encontró cara a cara con Julia cuando dobló la esquina del descansillo. Acababa de salir de una puerta tras la cual se veía una escalera pequeña y retorcida.

—Estaba en el desván —dijo—. ¿Qué desea?

El inspector Craddock se lo explicó.

—¿Esos álbumes antiguos de fotografías? Sí, los recuerdo perfectamente. Creo que los metimos en el armario del estudio. Los

buscaré.

Le condujo a la planta baja y abrió la puerta del estudio. Cerca de la ventana había un armario grande. Julia lo abrió, mostrando una heterogénea colección de objetos.

—Trastos —dijo—, nada más que trastos; pero las personas de edad se niegan a tirar nada.

El inspector se arrodilló y sacó un par de viejos álbumes del estante inferior.

—¿Son éstos?

—Sí.

Miss Blacklock entró y se reunió con ellos.

—¡Ah! Así que ahí es donde los pusimos. No lograba acordarme.

Craddock tenía los tomos encima de la mesa y estaba pasando las hojas.

Mujeres con sombreros grandes como ruedas de carro. Mujeres con vestidos que se iban haciendo más estrechos hasta el punto que casi les impedía caminar. Las fotografías llevaban letreritos debajo, pero la tinta se veía amarillenta.

—Sería éste —dijo miss Blacklock—. En la página segunda o tercera. El otro tomo es de después de marcharse Sonia y cuando ya se había casado.

Pasó una página.

—Debería estar aquí.

Calló bruscamente.

Había varios espacios vacíos en la página. Craddock se inclinó para leer las inscripciones: «Sonia. Yo. R.G.» Un poco más allá: «Sonia y Belle en la playa». Y en la página opuesta: «Merienda en Skeyne». Pasó otra página: «Charlotte, yo, Sonia, R.G.».

Craddock se irguió. Su rostro tenía una expresión dura.

—Alguien ha arrancado estas fotografías. En mi opinión, no hace mucho tiempo.

—No había ningún hueco cuando lo miramos el otro día, ¿verdad, Julia?

—No miré con mucha atención, sólo algunos vestidos. Pero, tienes razón, tía Letty, no había ningún espacio en blanco.

La expresión de Craddock se hizo más dura aún.

—Alguien —dijo— ha arrancado todas las fotografías de Sonia Goedler de este álbum.

Capítulo XVIII

Las cartas

I

—Siento tener que volver a molestarla, Mrs. Haymes.

—No se inquiete —dijo Phillipa con frialdad.

—¿Entramos en esta habitación?

—¿El estudio? Si usted quiere, sí, inspector. Hace mucho frío. No está encendido el fuego.

—No importa. Será sólo un momento. Y aquí no es fácil que nos oiga alguien.

—¿Importa eso?

—A mí, no, Mrs. Haymes; pero pudiera importarle a usted.

—¿Qué quiere decir?

—Si no recuerdo mal, Mrs. Haymes, me dijo usted que su marido murió luchando en Italia.

—¿Y?

—¿No hubiera resultado más sencillo decirme la verdad: que fue un desertor de su regimiento?

La vio palidecer y las manos se le crisparon.

—¿Es necesario que saquen ustedes a relucir todo eso? —protestó con amargura.

—Esperamos que la gente nos diga la verdad acerca de sí misma —replicó Craddock con sequedad.

Ella guardó silencio. Luego repitió:

—¿Y bien?

—¿Qué quiere decir con ese «¿Y bien?», Mrs. Haymes?

—Quiero decir ¿qué piensa hacer, decírselo a todo el mundo? ¿Es necesario? ¿Es justo? ¿Es misericordioso?

—¿Lo sabe alguien?

—Aquí, nadie. Harry —cambió su voz—, mi hijo, no lo sabe. No quiero que lo sepa. No quiero que lo sepa. Jamás.

—Entonces permítame que le diga que está usted corriendo un riesgo muy grande, Mrs. Haymes. Cuando el niño sea lo bastante mayor para comprender, dígale la verdad. Si la averigua por su cuenta algún día, le hará

mucho daño, si sigue usted llenándole la cabeza de cuentos diciéndole que su padre murió como un héroe.

—Yo no hago eso. No le engaño del todo. Me limito a no hablar del asunto, a su padre le... le mataron en la guerra. Después de todo, para nosotros es como si hubiera sido así.

—¿Su marido aún está vivo?

—¡Quizá! ¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Cuándo le vio por última vez, Mrs. Haymes?

—Hace años que no le veo.

—¿Está usted completamente segura de que eso es cierto? ¿No le vio usted, por ejemplo, hace cosa de quince días?

—¿Qué es lo que usted insinúa?

—Nunca me pareció muy probable que se encontrara usted con Rudi Scherz en el invernadero; pero Mitzi contó la historia con mucho énfasis. Sugiero, Mrs. Haymes, que el hombre a quien usted vio al volver de su trabajo era su marido.

—No me entrevisté con nadie en el invernadero.

—¿Andaba mal de dinero, quizás, y usted le proporcionó cierta cantidad?

—Le digo que no le he visto. No me entrevisté con nadie en el invernadero.

—Los desertores son, a veces, gente desesperada. Con frecuencia participan en robos. En atracos. Cosas por el estilo. Y poseen, muy a menudo, revólveres de fabricación extranjera que han traído de ultramar.

—No sé dónde está mi marido. Hace años que no le veo.

—¿Es ésta su última palabra, Mrs. Haymes?

—No tengo nada más que decir.

II

Craddock dejó a Phillipa Haymes y se marchó furioso y decepcionado.

«Más testaruda que una mula», se dijo enfadado.

Estaba casi seguro de que la muchacha mentía, pero no había logrado que confesase.

Le hubiera gustado saber algo más del ex capitán Haymes. Su información era escasa. Una hoja de servicios poco satisfactoria, pero nada que sugiriese que Haymes pudiera convertirse en un criminal.

Y en cualquier caso, Haymes no encajaba con la puerta engrasada.

Alguien de la casa había hecho aquello o alguien que tenía fácil acceso a ella.

Se quedó mirando escaleras arriba y de pronto se preguntó qué habría estado haciendo Julia en el desván. Un desván, se dijo, era el último sitio donde se le ocurriría meterse a una muchacha tan melindrosa como ella.

¿Qué había estado haciendo allí arriba?

Subió al piso de arriba. No había nadie por allí. Abrió la puerta por la que saliera Julia y subió la estrecha escalera que conducía al desván.

Había baúles, maletas viejas, varios muebles rotos, una silla con una pata rota, una lámpara de porcelana rota, parte de una vajilla.

Se volvió hacia donde estaban los baúles y abrió uno.

Ropa anticuada, prendas femeninas de buena calidad. Ropa que pertenecía, supuso, a miss Blacklock o a su difunta hermana.

Abrió otro baúl. Cortinas. Abrió un maletín. Contenía papeles. Y cartas. Cartas muy antiguas, amarilleadas por los años.

Miró el exterior del maletín, que llevaba grabadas las iniciales C.L.B. Dedujo que había sido propiedad de Charlotte, la hermana de Letitia. Desplegó una de las cartas. Empezaba:

Mi muy querida Charlotte:

Ayer Belle se sintió lo bastante bien para salir de merienda. R.G. también se tomó un día de fiesta. La reflotación de Asvogel ha dado un resultado magnífico. R.G. está encantadísimo. Las acciones preferentes se cotizan con prima.

Se saltó lo demás y miró la firma:

Tu querida hermana,

Letitia

Cogió otra.

Querida Charlotte:

Me gustaría que te decidieras alguna vez a ver a la gente. Exageras un poco, ¿sabes? No es, ni con mucho, tan desagradable como tú crees. A la gente ya no le molesta en realidad una cosa así. No te desfigura tanto como a ti te parece.

Asintió. Recordó que Belle Goedler había dicho que Charlotte estaba desfigurada o tenía una deformación. Letitia había acabado por renunciar a su empleo para ir a cuidar a su hermana. Aquellas cartas respiraban todas una intensa ansiedad por su enfermedad y su cariño por una inválida. Le

había escrito a su hermana, al parecer, largos relatos de los acontecimientos diarios, con todos los detalles que creyó pudieran interesar a una muchacha enferma. Y Charlotte había conservado aquellas cartas. De vez en cuando se habían enviado con ellas algunas fotografías.

De pronto, Craddock se sintió invadido por la excitación. Quizás encontraría allí una pista. En aquellas cartas había detalles que la propia Letitia Blacklock habría olvidado mucho tiempo antes. Allí había un cuadro fiel del pasado y, en alguna parte, podría haber un indicio que le ayudara a identificar lo desconocido. También fotografías. Cabía la posibilidad de que hubiera un retrato de Sonia Goedler allí, de cuya existencia no estuviese enterada la persona que había arrancado las del álbum.

El inspector Craddock empaquetó las cartas otra vez, cerró el maletín y empezó a bajar la escalera.

Letitia Blacklock, de pie en el descansillo, le miró asombrada.

—¿Era usted quien estaba en el desván? Oí pisadas. No lograba imaginarme quién...

—Miss Blacklock, he encontrado unas cartas escritas por usted a su hermana Charlotte hace muchos años. ¿Me permite que me las lleve para leerlas?

A la mujer se le encendió el rostro de ira.

—¿Es necesario que haga una cosa así? ¿Por qué? ¿De qué pueden servirle?

—Pudieran proporcionarme una descripción de Sonia Goedler, de su carácter. Puede haber alguna alusión, algún incidente que sea de ayuda.

—Son cartas privadas, inspector.

—Lo sé.

—Supongo que se las llevará, de todas formas. Tendrá la autorización o podrá obtenerla sin dificultad. Lléveselas... ¡Lléveselas! Pero encontrará en ellas muy poca cosa de Sonia. Se casó y se marchó un año o dos después de empezar yo a trabajar con Randall Goedler.

—Puede haber algo —insistió Craddock con testarudez. Y agregó—: Tenemos que probarlo todo. Le aseguro a usted que el peligro es real.

—Lo sé —replicó ella—. Bunny ha muerto por tomarse una aspirina que era para mí. Puede tocarle el turno a Patrick, a Julia, a Phillipa o a Mitzi a continuación, a alguna persona joven que aún tiene toda la vida por delante. Alguien que se beba un vaso de vino que me sirvan a mí, o que se coma un

bombón que me hayan enviado a mí. Oh, llévese las cartas, lléveselas. Y después, quémelas. No representan nada para nadie más que para Charlotte y para mí. Todo acabó, se fue... pasó. Nadie recuerda ahora...

Se llevó la mano al collar de perlas falsas que lucía. Craddock pensó en lo incongruente que resultaba con la chaqueta y la falda de mezclilla.

—Llévese las cartas —repitió ella.

III

Fue a la tarde siguiente cuando el inspector hizo una visita a la vicaría.

Era un día oscuro y ventoso.

Miss Marple había acercado su sillón todo lo posible al fuego y estaba haciendo ganchillo. Bunch se movía a gatas por el suelo cortando tela con un patrón.

Se sentó sobre los talones y se apartó el pelo de los ojos, mirando con excitación a Craddock.

—No sé si será un abuso de confianza —le comentó el inspector a miss Marple—, pero me gustaría que leyese usted esta carta.

Explicó las circunstancias de su descubrimiento en el desván.

—Es una colección de cartas bastante conmovedoras —dijo—. Miss Blacklock le contaba todo con la esperanza de mantener vivo el interés de su hermana por la vida y conseguir que conservara la salud. Hay un retrato muy claro del padre, el viejo doctor Blacklock. Un hombre autoritario y terco, de ideas fijas, convencido de que lo que él decía y hacía estaba bien. Es muy probable que matara a miles de pacientes por su testarudez. No admitía de ninguna manera las ideas ni procedimientos nuevos.

—No le culpo demasiado por eso —aseguró miss Marple—. Siempre me ha dado la sensación de que los médicos jóvenes tienen demasiadas ganas de experimentar. Después de arrancarle a una todos los dientes, de administrarle cantidades de hormonas muy extrañas y de quitarle trocitos de los órganos, acaban diciéndote que no pueden hacer nada. Prefiero los remedios antiguos, medicinas en botellas negras y grandes, que siempre puedes tirarlos a la pica si no te convencen.

Tomó la carta que le entregó Craddock.

—Quiero que la lea, porque creo que usted comprenderá mejor que yo a esa generación. No creo que pueda comprender muy bien cómo pensaba esa gente.

Miss Marple desplegó el frágil papel:

Mi muy querida Charlotte:

No te he escrito en dos días porque hemos tenido unas complicaciones domésticas terribles. La hermana de Randall, Sonia (¿La recuerdas? ¿La que fue a pasearte con el coche aquel día?). ¡Cuánto me gustaría que salieras más! Sonia ha declarado su intención de casarse con un tal Dimitri Stamfordis. Sólo le he visto una vez. Muy atractivo (y muy poco de confianza, en mi opinión). R.G. no hace más que despotricar contra él y dice que es un criminal y un estafador. Belle, bendita sea, se limita a sonreír, echada en un sofá. Sonia, que aunque parece tan impasible tiene, en realidad, un genio terrible, está furiosa con R.G. ¡Creí de verdad que ayer iba a asesinarle!

He hecho todo lo posible. Hablé con Sonia y con R.G., y conseguí que ambos sean más razonables. Pero, en cuanto se juntan, empiezan con lo mismo otra vez. No puedes imaginarte lo que esto llega a cansar. R. G. ha estado haciendo indagaciones y al parecer ese Stamfordis es un tipo indeseable.

Entretanto, se está descuidando el negocio. Yo llevo la oficina y, hasta cierto punto, resulta divertido, porque R.G. me da carta blanca. Ayer me dijo: «Gracias a Dios que hay una persona cuerda en el mundo. No es fácil que llegues nunca a enamorarte de un criminal ¿eh Blackie?» Le contesté que no era fácil que me enamorase de nadie. R.G. propuso: «Levantemos unas cuantas liebres más en la Bolsa». A veces es travieso como un diablillo, y anda muy cerca de ponerse al margen de la Ley. «Estás completamente decidida a mantenerme dentro del camino del bien, ¿eh, Blackie? A impedir que me descarríe», me dijo el otro día. ¡Vaya si pienso hacerlo! No acabo de comprender cómo es posible que haya gente incapaz de darse cuenta de cuándo algo es deshonesto; pero la verdad es que R.G. no sabe distinguir, sólo sabe lo que actualmente está en contra de la ley.

Belle se limita a reírse de todo esto. Le parece que toda esta preocupación por Sonia es una tontería. «Sonia tiene dinero propio —afirmó—. ¿Por qué no ha de casarse con ese hombre si lo desea?» Yo dije que podría ser una equivocación terrible y Belle dijo: «Nunca es un error casarse con el hombre con quien una quiere casarse, aunque luego se arrepienta». Y luego añadió: «Supongo que Sonia no quiere romper con Randall por el dinero. A Sonia le gusta mucho el dinero».

Y nada más, por ahora. ¿Cómo está papá? No diré: «Envíale todo mi amor. Abrázale cariñosamente de mi parte». Pero hazlo si crees que debes hacerlo. ¿Has visto a más gente? No debes volverte morbosa, querida. Sonia pide que te dé recuerdos suyos. Acaba de entrar y se lima las uñas. Creo que ha tenido otra riña con R.G. Claro que Sonia sabe ser muy irritante. Se impone a cualquiera, está cerrando y abriendo las manos como un gato enfurecido con esa mirada suya tan sostenida y fría.

Muchos abrazos, querida, y anímate. Este tratamiento a base de yodo puede ser la solución. Me he informado y al parecer da muy buenos resultados.

Tu hermana que tanto te quiere,

Letitia

Miss Marple dobló la carta y la devolvió. Parecía abstraída.

—Bueno, ¿qué opina usted? —la instó Craddock—. ¿Qué impresión saca?

—¿De Sonia? Bueno, es difícil hacerse una idea de cómo es alguien a través de la mente de una tercera persona. Decidida a salirse con la suya, eso parece claro. Y ansiosa de disfrutar del mejor de los mundos.

—Cerrando y abriendo las manos como un gato enfurecido —murmuró Craddock—. ¿Sabe que eso me recuerda a alguien?

Frunció el entrecejo.

—Ha estado haciendo indagaciones —murmuró miss Marple.

—Si pudiéramos conocer cuál fue el resultado de esas indagaciones —dijo Craddock.

—¿Le recuerda la carta a algo de St. Mary Mead, tía? —preguntó Bunch, no muy claramente porque tenía la boca llena de alfileres.

—No puedo decir que así sea, querida. El doctor Blacklock se parece, quizás, un poco a Mr. Curtiss, pastor de la iglesia wesleyana. No quiso permitir que su hija llevara hierros en los dientes. Dijo que si a su hija le quedaban los dientes salidos, sería voluntad del Señor. «Después de todo —le recordé yo—, usted se arregla la barba y se corta el pelo». Replicó que eso era distinto. ¡Cosas de hombres! Pero eso no nos ayuda con nuestros problemas de ahora.

—Aún no hemos conseguido averiguar —notó Craddock— de dónde salió el revólver. No era propiedad de Rudi Scherz. Si supiese quién tenía un revólver en Chipping Cleghorn...

—El coronel Easterbrook tiene uno —dijo Bunch—. Lo guarda en el cajón de los cuellos.

—¿Como lo sabe usted, Mrs. Harmon?

—Me lo dijo Mrs. Butt. Es la que me ayuda diariamente a hacer la limpieza. Mejor dicho, dos veces por semana. Dijo que, puesto que el coronel era militar, resultaba natural que tuviese revólver.

—¿Cuándo le dijo a usted eso?

—Hace tiempo. Hará cosa de seis meses, creo.

—¿El coronel Easterbrook? —murmuró Craddock.

—Parece una de esas ruletas de feria, ¿verdad? —comentó Bunch con la boca todavía llena de alfileres—. Da vueltas y más vueltas y para en un sitio distinto cada vez.

—¡Dígamelo a mí! —exclamó Craddock.

—El coronel Easterbrook estuvo un día en Little Paddocks para dejar un libro. Hubiera podido engrasar las bisagras entonces, pero no vaciló en admitir que había estado allí. No hizo como Mrs. Hinchcliffe.

Miss Marple tosió discretamente.

—Ha de tener en cuenta los tiempos en que vivimos, inspector.

Craddock la miró sin comprender.

—Después de todo —añadió miss Marple—, usted es la policía, ¿eh? La gente no puede decirle todo lo que quisiera decir a la policía, ¿verdad?

—No veo yo por qué no —contestó Craddock—, a menos que tengan algún acto criminal que ocultar.

—Se refiere a la mantequilla —señaló Bunch, arrastrándose alrededor de la pata de la mesa para coger un trozo de patrón que volaba—. Mantequilla y trigo para las gallinas, y a veces, leche... y a veces, incluso un pedazo de tocino.

—Enséñale esa nota de miss Blacklock —dijo miss Marple—. Es de hace algún tiempo ya, pero parece una novela de detectives.

—¿Qué he hecho con ella? ¿Es ésta a la que te refieres, tía Jane?

—Sí —replicó con satisfacción—, ésta es.

Se la entregó al inspector.

He hecho averiguaciones: el jueves es el día —había escrito miss Blacklock—. A cualquier hora después de las tres. Si hay algo para mí, déjalo en el sitio de costumbre.

Bunch escupió los alfileres y se echó a reír. Miss Marple estaba observando el rostro del inspector.

La esposa del vicario asumió la tarea de dar una explicación.

—El jueves es el día en que una de las granjas de por aquí hace mantequilla. Le venden un poco a quien la quiere. Generalmente, es miss Hinchcliffe quien la recoge. Está muy bien relacionada con todos los granjeros, yo creo que porque cría cerdos. Pero todo es muy secreto, ¿sabe? Una especie de acuerdo local de intercambio. Una persona recibe mantequilla y manda a cambio pepinos o algo así, y alguna cosilla cuando matan un cerdo. Y de cuando en cuando, a un animal le ocurre un accidente y hay que sacrificarlo. Ya sabe usted lo que pasa. Sólo que, claro está, eso no se le puede decir claramente a la policía. Porque me imagino que este intercambio es ilegal, sólo que nadie lo sabe, en realidad. ¡El sistema de racionamiento es tan complicado! Pero supongo que Hinch entró en Little Paddocks y dejó una libra de mantequilla o algo así en el sitio de costumbre. Por cierto, que el sitio de costumbre es el bote de la harina que hay debajo del aparador. Y no tiene harina dentro.

Craddock exhaló un suspiro.

—Me alegro de haberlas venido a ver, señoras.

—Solía haber cupones de ropa también —dijo Bunch—. Generalmente no se compraban, eso no se consideraba honrado. Pero a las personas como Mrs. Butt, Mrs. Finch o Mrs. Huggins, les gusta tener algún vestido bonito de lana o un gabán de invierno que no esté demasiado usado, y pagan por él con cupones de racionamiento en lugar de con dinero.

—Más vale que no me cuente más —manifestó Craddock—. Todo eso va contra la ley.

—Entonces no debería haber leyes tan estúpidas —afirmó Bunch, otra vez con la boca llena de alfileres—. Yo no lo hago, claro está, porque a Julian no le gusta que lo haga, pero sé lo que pasa, naturalmente.

Una suerte de desespero se estaba apoderando del inspector.

—Todo esto parece tan corriente y vulgar —musitó—. Pequeñeces sencillas y hasta cómicas. Y, sin embargo, han matado a una mujer y a un hombre, y es posible que maten a otra mujer antes de que encuentre un solo indicio concreto que me permita entrar en acción. He dejado de preocuparme por Pip y Emma, de momento. Creo que debo concentrarme

más bien en Sonia. Ojalá tuviera alguna idea del aspecto que tiene. Había una o dos instantáneas con las cartas, pero ninguna podía ser de ella.

—¿Cómo puede estar tan seguro? ¿Sabe quizá qué aspecto tenía?

—Miss Blacklock dijo que era pequeña y morena.

—Oh —murmuró miss Marple—, eso es muy interesante.

—Había una fotografía que me recordaba vagamente a alguien. Una muchacha alta, rubia, con el pelo recogido. No sé quién podría ser. En todo caso, Sonia no. ¿Usted cree que Mrs. Swettenham pudo ser morena de joven?

—No, no lo creo —dijo Bunch—. Tiene los ojos azules.

—Esperaba encontrar alguna fotografía de Dimitri Stamfordis, pero supongo que eso era demasiado pedir. Bueno —recogió la carta—, siento que no le sugiera nada, miss Marple.

—¡Ah, sí que me sugiere algo! —aseguró la anciana—. Sugiere muchas cosas. Vuélvala a leer, inspector, sobre todo la parte en que dice que Randall Goedler estaba investigando acerca de Dimitri Stamfordis.

Craddock se la quedó mirando.

Sonó el teléfono.

Bunch se levantó del suelo y salió al vestíbulo, donde, de acuerdo con la mejor tradición victoriana, habían colocado el aparato hacía muchos años y allí se había quedado.

Volvió a entrar en la habitación para decirle a Craddock:

—Es para usted.

Levemente sorprendido, el inspector salió sin olvidarse de cerrar la puerta.

—¿Craddock? Rydesdale al habla.

—Diga, señor.

—He estado examinando su informe. En la entrevista que celebró con Phillipa Haymes, veo que asegura firmemente que no ha visto a su marido desde que desertó del ejército.

—Así es, señor. Se mostró muy convincente. Pero, en mi opinión, no dice la verdad.

—Estoy de acuerdo con usted. ¿Recuerda el caso, hace diez días, de un camión que atropello a un hombre que fue trasladado al hospital de Milchester con conmoción cerebral y fractura de la pelvis?

—¿El individuo que rescató a una criatura de debajo de las ruedas de un camión y que acabó atropellado?

—El mismo. No llevaba documento alguno y nadie se presentó a identificarle. Daba la sensación de que, a lo mejor, era un fugitivo. Murió anoche sin recobrar el conocimiento. Pero ha sido identificado. Era un desertor del ejército, Ronald Haymes, ex capitán del regimiento de South Loamshire.

—¿El marido de Phillipa Haymes?

—Sí. Y a propósito, se le encontró en el bolsillo un billete del autobús a Chipping Cleghorn y una cantidad bastante respetable de dinero.

—¿Así que le sacó dinero a su mujer después de todo? Siempre creí que había sido él a quien Mitzi oyó hablar en el invernadero. Lo negó rotundamente, claro está; pero ese accidente, señor, sería antes de que...

Rydesdale le quitó las palabras de la boca.

—Si, lo llevaron al hospital el día 28. El atraco de Little Paddocks fue el 29. Eso elimina la posibilidad de que participara en el asunto, pero su esposa, claro está, no sabía una palabra del accidente. Es posible que pensara, desde el primer momento, que su marido estaba complicado en el atraco. Y callaría, como es natural. Después de todo, era su marido.

—Fue un acto muy valiente, ¿verdad, señor? —preguntó lentamente Craddock.

—¿Salvar la vida a la criatura? Sí, muy valiente. No creo que Haymes desertara del ejército por cobardía. Bueno, todo eso pasó ya a la historia. Para un hombre que había echado un borrón sobre su vida, fue una buena muerte.

—Me alegro por ella —dijo el inspector—. Y por su hijo.

—En efecto, no tiene por qué avergonzarse de su padre. Y la muchacha podrá volver a casarse ahora si quiere.

Craddock señaló con voz pausada:

—Estaba pensando, señor, que todo esto abre nuevas posibilidades.

—Más vale que le dé usted mismo la noticia, ya que se encuentra allí.

—Lo haré, iré ahora mismo. O quizá sea mejor que espere hasta que regrese a Little Paddocks. Podría resultar para ella un choque demasiado fuerte y, además, hay otra persona con la que me gustaría hablar primero.

Capítulo XIX

Reconstrucción del crimen

I

—Te pondré una lámpara al lado antes de irme —dijo Bunch—. Está tan oscuro. Creo que va a haber tormenta.

Levantó la pequeña lámpara y la colocó al otro lado de la mesa, para iluminar la labor de miss Marple sentada en la silla de respaldo alto.

Al extenderse el cable sobre la mesa, Tiglath Pileser, el gato, saltó sobre el cordón, lo mordió y le dio furiosos zarpazos.

—No, Tiglath Pileser, no debes hacer eso. Es realmente terrible. Fíjate, casi lo ha partido de un mordisco. Está pelado. ¿No comprendes, gatito idiota, que puede darte una descarga eléctrica si haces eso?

—Gracias, querida —dijo miss Marple, alargando la mano para encender la lámpara.

—No se enciende por ahí. Hay que apretar ese absurdo interruptor que hay a la mitad del cable. Espera. Quitaré las flores.

Movió el jarrón de rosas de Navidad por encima de la mesa. Tiglath Pileser, meneando la cola, alargó una pata juguetona y le dio un zarpazo a Bunch en el brazo. Ésta derramó parte del agua del jarrón, que regó la parte pelada del cable eléctrico y al propio Tiglath Pileser, que saltó al suelo con un bufido de indignación.

Miss Marple oprimió el interruptor en forma de pera. Donde el agua había caído sobre el cable descubierto, saltó un chispazo.

—¡Ay, Señor! —exclamó Bunch—. Un cortocircuito. Ahora supongo que nos hemos quedado sin luz en toda la habitación —probó las demás luces—. No funciona ninguna. ¡Qué estupidez que vayan todas con el mismo fusible! Y también se ha quemado la mesa. Malo, Tiglath Pileser, la culpa es tuya. Tía Jane, ¿qué pasa? ¿Te asustó?

—No es nada, querida. Sólo que vi repentinamente lo que debí haber visto antes.

—Iré a arreglar el fusible y traeré la lámpara del despacho de Julian.

—No, querida, no te molestes. Perderás el autobús. No quiero más luz. Sólo quiero estar sentada tranquilamente para pensar. Date prisa, querida, o perderás el autobús.

En cuanto se marchó Bunch, la anciana permaneció inmóvil un par de minutos. El ambiente de la habitación se había tornado bochornoso y

opresivo como consecuencia de la tormenta que se preparaba fuera.

Miss Marple cogió una hoja de papel.

Escribió primero: ¿Lámpara? y lo subrayó.

Al cabo de un minuto o dos, escribió otra palabra.

El lápiz corrió luego por el papel, trazando breves y misteriosas notas.

II

En la oscura sala de Boulders, con el techo bajo y las ventanas cubiertas de celosías, miss Hinchcliffe y miss Murgatroyd estaban discutiendo.

—Lo que a ti te pasa, Murgatroyd —dijo miss Hinchcliffe— es que no quieres intentarlo.

—Te digo, Hinch, que ahora no consigo acordarme de nada.

—Escucha, Amy Murgatroyd, seamos un poco constructivas. Hasta ahora, no nos hemos distinguido demasiado como detectives. Me equivoqué por completo en la cuestión de la puerta. Tú no la mantuviste abierta para ayudar al ladrón, después de todo. ¡Quedas absuelta, Murgatroyd!

Miss Murgatroyd mostró una débil sonrisa.

—La suerte ha querido que la mujer que viene a hacernos la limpieza sea la única de Chipping Cleghorn que sabe callar —continuó miss Hinchcliffe —. Normalmente, me alegro de que así sea pero esta vez significa que trabajamos con desventaja. Todo el pueblo está enterado de que esa segunda puerta de la sala se usó y nosotras no nos enteramos hasta ayer.

—Sigo sin comprender cómo...

—Es muy sencillo. Nuestras primeras premisas eran acertadas. No se puede sostener abierta una puerta, agitar una linterna y disparar un revólver todo al mismo tiempo. Conservamos el revólver y la linterna, y eliminamos la puerta. Bueno, cometimos un error. Era el revólver lo que debíamos haber eliminado.

—Pero sí que llevaba revólver —dijo miss Murgatroyd—. Lo vi. Estaba en el suelo, a su lado.

—Cuando estaba muerto, sí. Todo está muy claro. Pero no fue él quien disparó ese revólver.

—Entonces, ¿quien lo hizo?

—Eso es lo que vamos a averiguar. Pero, quienquiera que fuese, tiene que ser necesariamente la persona que colocó un par de aspirinas envenenadas en la mesita de noche de Letitia Blacklock y, como

consecuencia de ello, mató a Dora Bunner. De modo que como mínimo ya sabemos que Rudi Scherz no pudo ser, porque está más muerto que una momia. Fue alguien que estaba en la sala aquella noche del atraco, y probablemente alguien que también asistió a la celebración del cumpleaños de Dora. Con lo cual, la única persona a la que podemos descartar es Mrs. Harmon.

—¿Tú crees que alguien puso allí las aspirinas la tarde de la fiesta de Bunner?

—¿Por qué no?

—Pero, ¿cómo pudieron hacerlo?

—Todos fuimos al servicio, ¿no? —dijo miss Hinchcliffe groseramente —. Y yo me lavé las manos en el cuarto de baño por culpa de ese pastel tan pegajoso. Y la dulcísima Easterbrook se empolvó la mugrienta carita que tiene en la alcoba de la Blacklock, ¿eh?

—¡Hinch! ¿Tú crees que ella...?

—Aún no lo sé. Sería un tanto obvio si fue ella. No creo que si pensaras colocar unas pastillas envenenadas allí, dejaras que nadie te viese en esa alcoba. Ah, sí, oportunidades sobraron.

—Los hombres no subieron la escalera.

—Hay otra escalera en la parte de atrás. Después de todo, cuando un hombre sale de la habitación, nadie le sigue para comprobar si va adonde dice que va. ¡No resultaría delicado! Sea como fuere, no discutas, Murgatroyd. Tenemos que concentrarnos en el intento de asesinato. Ahora, para empezar, métete en la cabeza los datos, porque todo depende de ti.

Miss Murgatroyd se alarmó.

—¡Oh, Hinch, querida, tú ya sabes los líos que yo me armo!

—No se trata del cerebro, ni de esa pelusilla gris que tienes en la cabeza. Es cuestión de ojos. Se trata de lo que viste.

—Pero, ¡si yo no vi nada!

—Lo que a ti te pasa, Murgatroyd, como dije hace unos momentos, es que no quieres intentarlo. Ahora presta atención. Esto es lo que sucedió. Quienquiera que se la tenga jurada a Letitia Blacklock se encontraba en la sala aquella noche. Él (digo él porque resulta más fácil, pero no hay más motivos para creer que se trata de un hombre que de una mujer, exceptuando que los hombres son todos unos sinvergüenzas), bueno, él ha engrasado previamente la segunda puerta de la sala que se suponía clavada

o algo así. No me preguntes cuándo lo hizo, porque eso sólo servirá para enredar las cosas. En realidad, escogiendo el momento, yo podría entrar en cualquier casa de Chipping Cleghorn y hacer lo que me diera la gana durante media hora o así, sin que nadie se enterase. Todo es cuestión de calcular dónde se encuentra cada una de las mujeres de la limpieza cuando los inquilinos están fuera, adonde han ido y cuánto rato estarán ausentes. Un simple trabajo de principiante. Y ahora, prosigamos.

»Han engrasado la segunda puerta. Se abre sin hacer el menor ruido. He aquí la escena: Las luces se apagan. La puerta A (la que se usa corrientemente), se abre de golpe. Movimiento de linterna y las palabras del papel. Entretanto, mientras nosotros estamos boquiabiertos, X (ésa es la mejor manera de llamarle) sale silenciosamente por la puerta B al pasillo oscuro, se acerca por detrás a ese suizo idiota, le dispara un par de tiros a Letitia Blacklock y luego mata al suizo. Deja el revólver donde los de mente tan perezosa como la tuya lo creerán prueba de que fue el suizo quien disparó, y vuelve a la sala justo a tiempo, antes de que alguien haya conseguido que su encendedor funcione. ¿Lo has comprendido?

—Sí, sí. Pero, ¿quién fue?

—Si tú no lo sabes, Murgatroyd, nadie puede saberlo.

—¿Yo? —dijo miss Murgatroyd temblando—. Pero, ¡si yo no sé absolutamente nada! ¡De veras que no!

—Usa esa cosa que llamas cerebro. En primer lugar, ¿dónde estaba todo el mundo cuando se apagaron las luces?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Eres capaz de enloquecer a cualquiera, Murgatroyd. Sabes dónde estabas tú, ¿verdad? Estabas detrás de la puerta.

—Sí... sí que estaba. Me dio en el callo cuando se abrió de golpe.

—¿Por qué no vas a un callista como es debido en lugar de hurgarte tú los pies? El día menos pensado te provocarás una infección. Vamos, tú estás detrás de la puerta. Yo estoy de pie junto a la chimenea, con la lengua colgando fuera por no tener nada que beber. Letty Blacklock está junto a la mesita de la arcada, cogiendo la caja de cigarrillos. Patrick Simmons ha pasado la arcada y está en la sala pequeña, donde Letty ha hecho colocar las bebidas. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. Todo eso lo recuerdo.

—Magnífico. Otra persona siguió a Patrick a la salita o empezaba a seguirle. Uno de los hombres. Lo que me enfurece es que no recuerdo si era Easterbrook o Edmund Swettenham. ¿Te acuerdas tú?

—No.

—¡Era de esperar! Y hubo otra persona que pasó a la salita: Phillipa Haymes. Lo recuerdo bien, porque ahora pienso que me fijé en la espalda tan erguida que tiene y me dije: «Esa muchacha estaría muy bien a caballo». La estaba observando y pensando eso. Se acercó a la repisa de la chimenea de la otra sala. No sé lo que iba a buscar allí, porque en aquel momento se apagaron las luces.

»Así que ésta es la situación. En la salita están Patrick Simmons, Phillipa Haymes y el coronel Easterbrook o Edmund Swettenham, no sabemos cuál de los dos. Ahora, Murgatroyd, presta atención. Lo más probable es que uno de ellos tres lo hiciera. Si alguno quería salir por la segunda puerta tendría buen cuidado, como es natural, de colocarse en un lugar conveniente antes de que se apagaran las luces. Así que, como digo, probablemente será uno de ellos.

Miss Murgatroyd se animó perceptiblemente.

—Sin embargo —prosiguió miss Hinchcliffe—, existe la posibilidad de que no fuera ninguno de los tres. Y ahí es donde entras tú, Murgatroyd.

—Pero ¿cómo he de saber yo nada del asunto?

—Si no lo sabes tú, no puede saberlo nadie.

—¡Pero si yo no lo sé! ¡De veras que no lo sé! ¡No podía ver nada en absoluto!

—Ya lo creo que podías ver. Tú eras la única persona que podía ver. Estabas detrás de la puerta. No podías ver la linterna. Estabas de cara a la pared opuesta y mirabas en la misma dirección que señalaba la linterna. Los demás quedamos deslumbrados, pero tú no.

—No, no, quizá no, pero no vi nada. La linterna dio vueltas.

—Enseñándote ¿qué? La luz dio en las caras, ¿verdad? ¿En las mesas? ¿Y en las sillas?

—Sí... sí, en efecto. En miss Bunner, con la boca abierta de par en par y los ojos desorbitados mirando hacia la luz.

—¡Así se habla! —exclamó miss Hinchcliffe exhalando un suspiro de alivio—. La dificultad estriba en obligarte a que uses tu materia gris. Y ahora continúa.

—Si es que no vi nada más, de veras que no.

—¿Quieres decir con eso que viste una habitación vacía? ¿No había nadie de pie? ¿Nadie sentado?

—No, eso no, claro. Mrs. Harmon estaba sentada en el brazo de un sillón. Tenía los ojos muy apretados y los puños contra la cara, como una criatura.

—¡Magnífico! Ya tenemos a Mrs. Harmon y miss Bunner. ¿No te das cuenta de lo que pretendo? La dificultad estriba en que no quiero meterte ideas en la cabeza. Sin embargo, cuando hayamos eliminado a las personas que viste, podremos pasar al punto importante, que es: ¿hubo alguien a quien no viste? ¿Lo entiendes? Además de las mesas y las sillas y los crisantemos y todo lo demás, estaban las personas: Julia Simmons, Mrs. Swettenham, Mrs. Easterbrook, el coronel Easterbrook o Edmund Swettenham, Dora Bunner y Bunch Harmon. Bien, viste a Dora Bunner y a Bunch Harmon. Táchalas de la lista. Y ahora piensa, Murgatroyd, piensa, ¿no hay ninguna de esas personas de la que puedas decir con seguridad que no estaba?

Miss Murgatroyd se sobresaltó al golpear una ramita con la ventana abierta. Cerró los ojos y murmuró para sí:

—Las flores en la mesa, el sillón grande... La linterna no llegó hasta ti, Hinch. Mrs. Harmon, sí...

Sonó el teléfono. Mrs. Hinchcliffe fue a contestar.

—¿Diga? ¿Sí? ¿La estación?

La obediente miss Murgatroyd, con los ojos cerrados, estaba reviviendo la noche del 29. La linterna que giraba lentamente, un grupo de personas, las ventanas, el sofá, Dora Bunner, la pared, la mesita con la lámpara, la arcada, el brusco fogonazo producido por el revólver.

—¡Es extraordinario! —exclamó miss Murgatroyd.

—¿Cómo? —gritaba miss Hinchcliffe enfurecida, pegado el oído al auricular del teléfono—. ¿Que está allí desde por la mañana? ¿A qué hora? ¡Maldita sea su estampa! ¿Y es ahora cuando se le ocurre llamarme? Les denunciaré a la Sociedad Protectora de Animales. ¿Un descuido? ¿Es eso lo único que tiene que decir?

Colgó el auricular de golpe.

—Es la perra —dijo—, la setter fuego. Está en la estación desde esta mañana. ¡Desde las ocho de la mañana! ¡Sin una gota de agua! Y los muy

idiotas no me avisan hasta ahora. Me cuidaré personalmente de ella.

Salió apresuradamente de la habitación, con miss Murgatroyd chillando tras ella.

—Escucha, Hinch, una cosa extraordinaria. No lo comprendo.

Miss Hinchcliffe había salido a la carrera, dirigiéndose hacia el cobertizo que hacía las veces de garaje.

—Continuaremos cuando regrese —gritó—. No puedo esperar a que me acompañes. Llevas puestas las zapatillas de estar por casa, como de costumbre.

Arrancó el coche y salió del garaje marcha atrás. Miss Murgatroyd se apartó de un brinco.

—Pero, escucha, Hinch, es preciso que te diga...

—Cuando regrese.

El coche dio un salto hacia delante. La siguió débilmente la voz de miss Murgatroyd, agudizada por la excitación.

—Pero, Hinch, ella no estaba allí.

III

Arriba en el cielo, las nubes se habían estado concentrando, densas y oscuras. Mientras miss Murgatroyd contemplaba cómo se alejaba el coche, empezaron a caer gruesas gotas.

Agitada, la mujer corrió hacia el tendedero donde había colgado, unas horas antes, un par de jerseys y otro par de combinaciones de lana.

Iba murmurando entre dientes:

—Es extraordinario. ¡Ay, Señor! ¡Jamás lograré descolgar todo esto a tiempo! Y ya estaban casi secos.

Luchó con una pinza recalcitrante y luego volvió la cabeza al oír que alguien se acercaba.

Sonrió contenta, con aire de bienvenida.

—Hola. Entre, por favor. Se mojará.

—Permítame que la ayude.

—Oh, si no le importa. ¡Es tan molesto si se vuelven a mojar! En realidad debería descolgar el cordel, pero creí que llegaba.

—Aquí tiene la bufanda. ¿Quiere que se la eche al cuello?

—Oh, gracias. Sí, gracias. Si me alcanzara esta pinza.

Le echaron la bufanda de lana al cuello y luego, de pronto, tiraron de ella con fuerza.

Miss Murgatroyd abrió la boca, pero no exhaló más sonido que un gorgoteo ahogado. Y apretaron aún más la bufanda.

IV

De regreso de la estación, miss Hinchcliffe detuvo el coche para recoger a miss Marple, que caminaba apresuradamente calle abajo.

—¡Hola! —gritó—. Va a mojarse usted hasta los huesos. Venga a tomar el té con nosotras, vi a Bunch esperando el autobús. Estará usted completamente sola en la vicaría. Venga a hacernos compañía. Murgatroyd y yo estamos tratando de reconstruir el crimen. Y creo que vamos a sacar algo en limpio. ¡Cuidado con la perra! Está algo nerviosa.

—¡Qué hermosa es!

—Sí, una perra magnífica, ¿verdad? Esos imbéciles la han tenido en la estación desde esta mañana sin avisarme. Les canté las cuarenta a los muy co... ¡Oh! ¡Perdone mi vocabulario! ¡Me criaron así los mozos de cuadra en mi casa de Irlanda!

El coche giró bruscamente y se metió en el patio de Boulders.

Una bandada de patos y demás aves de corral rodearon a las dos mujeres cuando se apearon.

—Maldita sea esa Murgatroyd —dijo miss Hinchcliffe—, no les ha dado el maíz.

—¿Es difícil conseguir trigo? —preguntó miss Marple.

Miss Hinchcliffe le guiñó un ojo.

—Estoy en buenas relaciones con todos los granjeros.

Espantó a las gallinas y escoltó a miss Marple hacia la casa.

—Espero que no estará usted demasiado mojada.

—No, este impermeable es muy bueno.

—Encenderé el fuego si no lo ha encendido ya Murgatroyd. ¡Eh, Murgatroyd! ¿Dónde está esa mujer? ¡Murgatroyd! ¿Dónde está la perra? Ahora ha desaparecido.

Fuera se oyó un aullido lastimero.

—¡Maldita sea esa perra! —dijo miss Hinchcliffe.

Se acercó a la puerta y llamó:

—¡Eh, Cutie, Cutie! Es un nombre imbécil, pero así la llamaban, al parecer. Tenemos que encontrarle otro nombre. ¡Ven aquí, Cutie!

La setter fuego estaba olfateando algo que yacía debajo de la tensa cuerda de la que colgaban varias prendas agitadas por el aire.

—A Murgatroyd ni siquiera se le ha ocurrido recoger la ropa. ¿Dónde estará?

De nuevo la perra olfateó lo que parecía un montón de ropa, levantó el hocico y volvió a lanzar un aullido.

—¿Qué diablos le pasa a esa perra?

Miss Hinchcliffe cruzó por la hierba.

Y aprisa, con cierta aprensión, miss Marple la siguió. Se quedaron inmóviles allí la una al lado de la otra, azotadas por la lluvia. El brazo de la anciana rodeó los hombros de la más joven.

Sintió cómo a miss Hinchcliffe se le ponían los músculos en tensión al contemplar el cuerpo que yacía en el suelo, con el rostro congestionado y la lengua colgando.

—Mataré a quien haya hecho esto —prometió miss Hinchcliffe en voz baja—. Como llegue a ponerle a esa mujer las manos encima...

—¿Mujer? —preguntó interesada miss Marple.

Miss Hinchcliffe volvió hacia ella el rostro macilento.

—Sí. Sé quién es, o estoy casi segura. Es decir, es una de las tres posibles.

Permaneció un momento más contemplando a su difunta amiga. Luego se dirigió a la casa. Su voz sonó dura y áspera.

—Tenemos que llamar a la policía. Y mientras la esperamos, se lo contaré a usted. En cierta manera es culpa mía que Murgatroyd haya muerto. Quise convertirlo en un juego... y el asesinato no es un juego.

—No —aseveró miss Marple—, el asesinato no es un juego.

—Pero usted ya lo sabe, ¿verdad? —dijo miss Hinchcliffe, mientras descolgaba el auricular y marcaba un número.

Informó en pocas palabras y volvió a colgar.

—Estarán aquí dentro de unos minutos. Sí, oí decir que ya había andado usted metida en este tipo de asuntos antes. Creo que fue Edmund Swettenham quien me lo dijo. ¿Le gustaría saber lo que estábamos haciendo Murgatroyd y yo?

Describió brevemente la conversación que habían sostenido antes de que se marchara a la estación.

—Me llamó cuando me marchaba, ¿sabe? Por eso sé que se trata de una mujer y no de un hombre. Si hubiese esperado. ¡Si la hubiese escuchado! ¡Maldita sea mi estampa, la perra podía haber esperado un cuarto de hora más!

—No se culpe usted, querida. Con eso no se adelanta nada. No podía preverlo.

—No, no podía. Algo golpeó contra la ventana, recuerdo. Quizás ella estuviese allí fuera entonces. Sí, claro, seguramente venía a casa y nos oyó a Murgatroyd y a mí hablando a gritos. A voz en cuello. Lo oyó... lo oyó. De eso estoy convencida.

—Aún no me ha dicho usted lo que dijo su amiga.

—Nada más que una frase: ¡Ella no estaba allí!

Hizo una pausa.

—¿Comprende? Quedaban tres mujeres a las que no habíamos eliminado: Mrs. Swettenham, Mrs. Easterbrook y Julia Simmons. Una de esas tres, no estaba allí, no se encontraba allí, en la sala, porque se había ido por la segunda puerta y estaba en el pasillo.

—Si —dijo miss Marple—, comprendo.

—Es una de esas tres mujeres. No sé cuál, pero lo averiguaré. Puede estar segura.

—Perdone, pero lo de... miss Murgatroyd, quiero decir que... ¿lo dijo exactamente como lo ha dicho usted?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo se lo puedo explicar? Usted dijo: «Ella no estaba allí». Con el mismo énfasis en cada palabra. Es que hay tres posibles maneras de decirlo, ¿comprende? Podría decir: «Ella no estaba allí», poniendo énfasis en la persona. O bien: «Ella no estaba allí», confirmando una sospecha que ya se tuviera. O podría decirse (y esto se acercaría más a la manera en que usted lo dijo): «Ella no estaba allí», con un tono, por así decirlo, neutro.

—No lo sé. —Miss Hinchcliffe meneó la cabeza—. No recuerdo. ¿Cómo diablos habría de acordarme? Creo que... sí. Seguramente dijo: «Ella no estaba allí». Sería lo más natural, creo yo, aunque la verdad es que no lo sé. ¿Importa eso mucho?

—Sí —dijo miss Marple pensativa—. Creo que sí. Es una indicación muy leve, claro está, pero es una indicación. Sí, yo creo que es muy importante.

Capítulo XX

Miss Marple desaparece

I

El cartero, con gran disgusto suyo, había recibido la orden de hacer un reparto de correspondencia en Chipping Cleghorn por la tarde, además del de la mañana. Aquella tarde dejó tres cartas en Little Paddocks a las cinco menos diez exactamente.

Una iba dirigida a Phillipa Haymes, escrito el nombre con letra de colegial; las otras dos eran para miss Blacklock. Las abrió al sentarse ella y Phillipa a la mesa para tomar el té. La lluvia torrencial había permitido a Phillipa marcharse de Dayas Hall temprano, porque después de cerrar los invernaderos, no tenía nada más que hacer.

Miss Blacklock abrió la primera carta, que era la factura por el arreglo de la caldera de la cocina. Soltó un resoplido de ira.

—Los precios de Dymond son desorbitados, se pasan de la raya. Sin embargo, supongo que todos los demás hacen lo mismo.

Abrió la segunda carta, cuya letra le era totalmente desconocida:

Querida prima Letty:

Espero que no habrá inconveniente en que me presente ahí el martes. Le escribí a Patrick hace dos días, pero no me ha contestado. Así que supongo que no habrá ningún inconveniente. Mamá vendrá a Inglaterra el mes que viene y espera verte entonces.

Mi tren llega a Chipping Cleghorn a las 6:15. ¿Te parece bien?

Afectuosamente,

JULIA SIMMONS

Miss Blacklock leyó la carta la primera vez boquiabierta, y una segunda con cierta expresión de dureza. Miró a Phillipa, que leía la carta de su hijo con expresión sonriente.

—¿Sabe si están de vuelta Patrick y Julia?

Phillipa levantó la cabeza.

—Sí, entraron poco después que yo. Subieron a cambiarse. Estaban empapados.

—¿Tendría inconveniente en llamarles?

—Ninguno.

—Un momento, me gustaría que leyera usted esto.

Entregó a Phillipa la carta que acababa de recibir.

La joven la leyó y frunció el entrecejo.

—No comprendo.

—Ni yo, aunque creo que ya va siendo hora de que comprenda. Llame a Patrick y Julia, Phillipa.

Ésta llamó desde el pie de la escalera.

—¡Patrick! ¡Julia! ¡Miss Blacklock os llama!

Patrick bajó corriendo y entró en la habitación.

—Phillipa, no se vaya —dijo miss Blacklock.

—Hola, tía Letty —saludó Patrick alegremente—. ¿Querías hablarme?

—Sí. ¿Quizá me podrás dar una explicación de esto?

Patrick dio muestras de una consternación casi cómica al leer la carta.

—¡Tenía intención de telegrafiarle! ¡Qué imbécil soy!

—¿Supongo que esta carta es de tu hermana Julia?

—Sí, claro que sí.

Miss Blacklock continuó con dureza:

—Entonces, si me es lícito preguntarlo, ¿quién es la joven que trajiste aquí con el nombre de Julia Simmons y que me dejaste creer que era tu hermana y mi prima?

—Pues verás, tía Letty, la verdad del caso es que... puedo explicártelo todo. Sé que no debería haberlo hecho, pero me pareció sólo una broma. Si me permites que te lo explique.

—Estoy esperando que lo hagas. ¿Quién es esa joven?

—Verás, la conocí en una reunión poco después de ser desmovilizado. Empezamos a hablar y le dije que venía aquí, y luego... bueno, nos pareció una buena idea que la trajese a ella. Porque, ¿sabes?, Julia, la verdadera Julia, estaba loca por trabajar en el teatro y a mamá le daba un patatús cada vez que se lo decía. Pero a Julia se le presentó la oportunidad de entrar en una buena compañía, en Perth o no sé dónde, y no quiso dejarla escapar. Pero se le ocurrió, para tranquilidad de mamá, hacerle creer que estaba aquí estudiando farmacia como una buena chica.

—Sigo queriendo saber quién es esa otra joven.

Patrick se volvió con un suspiro de alivio al ver entrar a Julia tan serena como de costumbre.

—Se ha descubierto el pastel —dijo.

Julia enarcó las cejas. Luego, sin perder ni un instante la serenidad, avanzó y se sentó en un sillón.

—Bien —empezó—. ¡Y qué le vamos a hacer! ¿Supongo que estás muy enfadada? —estudió el rostro de miss Blacklock con desapasionado interés —. Yo lo estaría mucho en tu lugar.

—¿Quién es usted?

Julia exhaló un suspiro.

—Creo que ha llegado el momento de que diga toda la verdad. Ahí va. Soy la mitad de la combinación Pip y Emma. Para ser exacta, mi nombre de pila es Emma Jocelyn Stamfordis, sólo que mi padre no tardó mucho tiempo en eliminar el Stamfordis. Creo que después se hizo llamar De Courcy.

»Permitidme que os diga que mi padre y mi madre se separaron tres años después de nacer Pip y yo. Cada uno de ellos tiró por un lado y nos repartieron. Yo fui la parte del botín que correspondió a papá. En conjunto era un mal padre, aunque verdaderamente encantador. Pasé temporadas interminables en colegios de monjas, cuando papá no tenía dinero o se disponía a llevar a cabo alguno de sus nefastos negocios. Solía pagar el primer curso, dando muestras de abundancia, y luego se largaba, dejándome en manos de las monjas un año o dos. En los intervalos, él y yo lo pasábamos bastante bien juntos, frecuentando la sociedad cosmopolita. La guerra, sin embargo, nos separó por completo. No tengo la menor idea de lo que le ha sucedido.

«Corrí unas cuantas aventuras por mi cuenta. Formé parte de la Resistencia Francesa una temporada. Fue muy emocionante. Para abreviar, aterricé en Londres y empecé a pensar en el futuro. Sabía que el hermano de mi madre, con quien ella había reñido, había muerto muy rico. Consulté su testamento para ver si me había dejado algo. Vi que nada, directamente por lo menos. Hice algunas investigaciones para saber qué había sido de su viuda. Me enteré de que estaba muy enferma, de que la drogaban para evitarle sufrimientos y estaba a punto de irse al otro barrio. Bien, con franqueza, tú me pareciste mi mejor probabilidad. Ibas a heredar un montón de dinero y, que yo pudiera averiguar, no tenías a nadie en quien gastarlo.

Hablaré con franqueza. Se me ocurrió que, si lograba conocerte y llegabas a cobrarme un poco de afecto... bueno pues... Las cosas han cambiado mucho desde que murió tío Randall, ¿verdad? Quiero decir que el dinero que tuvimos se hundió con el cataclismo europeo. Pensé que te apiadarías de una pobrecita huérfana, sólita en el mundo y tal vez me asignaras una pequeña pensión.

—Conque sí, ¿eh? —exclamó miss Blacklock sombría.

—Sí, claro que no te había visto entonces. Había pensado abordarte en plan lastimero. Y de pronto, la suerte quiso que conociera a Patrick, que éste resultara ser tu sobrino, primo o algo. Me pareció una ocasión maravillosa. Le eché mis redes y se enamoró de mí de una manera muy halagadora. La verdadera Julia está loca con eso del teatro y no tardé en convencerla de que era su deber para con el arte instalarse en una incómoda pensión y entrenarse concienzudamente para ser una nueva Sara Bernhardt.

»No debes culpar a Patrick demasiado. Se compadeció de mí, tan sólita en el mundo, y no tardó en convencerme de que sería una idea maravillosa eso de que viniera aquí como si fuese su hermana.

—¿Y aprobó también que le siguieras contando una sarta de mentiras a la policía?

—Ten corazón, Letty. ¿No te das cuenta de que cuando se produjo ese absurdo atraco, o mejor dicho, después de cometido, empecé a tener el presentimiento de que me encontraba en un atolladero? Seamos sinceras. Tengo muy buenos motivos para quitarte de en medio. Y por el momento, no tienes más prueba que mi palabra de que no haya sido yo quien intentó hacerlo. No puedes esperar que vaya y me comprometa ante la policía. Hasta al propio Patrick se le ocurrieron ideas desagradables acerca de mí de vez en cuando. Y si él es capaz de pensar cosas así, ¿qué no hubiese pensado la policía? Ese inspector tiene pinta de ser un hombre de mentalidad singularmente escéptica. Decidí que lo único que podía hacer era continuar representando mi papel de Julia y desaparecer cuando terminase el caso.

»¿Cómo iba a poder suponer yo que esa imbécil de Julia, la Julia verdadera, reñiría con el empresario y le plantaría en un momento de ira? Le escribió a Patrick preguntando si podía venir aquí. Y él, en lugar de telegrafiarle diciéndole: «¡No te acerques ni en broma!», va y se olvida de

hacer nada —dirigió una mirada furiosa a Patrick—. ¡Los hay que son completamente idiotas!

Exhaló un suspiro.

—¡No sabes en los apuros en que me he visto en Milchester! Claro que no me he acercado al hospital para nada; pero tenía que ir a alguna parte. Me he pasado horas en el cine, viendo las películas más horribles.

—Pip y Emma —murmuró miss Blacklock—. No se por qué, nunca creí que existieran, a pesar de lo que decía el inspector...

Miró escudriñadora a Julia.

—Tú eres Emma —le dijo—. ¿Dónde está Pip?

Los ojos límpidos e inocentes de Julia se encontraron con los de ella.

—No lo sé —respondió—, no tengo ni la menor idea.

—Creo que mientes, Julia. ¿Cuándo le viste por última vez?

Hubo un momento de vacilación antes de que Julia respondiera con voz clara y profunda:

—No le he visto desde que los dos teníamos tres años, cuando mi madre se lo llevó. No he vuelto a verles ni a él ni a mi madre. No sé dónde están.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir?

Julia volvió a suspirar.

—Podría decirte que lo siento. Pero en realidad no sería verdad, porque volvería a hacer lo mismo otra vez, aunque de haber sabido lo del asesinato, no, claro.

—Julia, te sigo llamando así porque estoy acostumbrada. ¿Dices que formaste parte de la Resistencia francesa?

—Sí, durante dieciocho meses.

—Entonces, ¿supongo que aprenderías a disparar?

De nuevo los serenos ojos azules se encontraron con los de Letitia.

—Sí, sé disparar. Soy una tiradora muy hábil. No disparé contra ti, Letitia Blacklock, aunque no tenga más pruebas de ello que mi palabra; pero una cosa puedo decirte: si yo hubiese disparado contra ti, no es fácil que hubiera errado el blanco.

II

El ruido de un automóvil que se acercaba a la puerta delantera rompió la tensión del momento.

—¿Quién podrá ser? —murmuró miss Blacklock.

Mitzi asomó la desgreñada cabeza. Enseñaba el blanco de los ojos.

—Es la policía que viene otra vez. Esto es una persecución. ¿Por qué no nos querrán dejar en paz? ¡No lo soportaré! Le escribiré al Primer Ministro. Le escribiré al Rey de ustedes.

La mano de Craddock la apartó sin reparos y sin demasiada delicadeza. Entró con una expresión tan dura, que todos lo miraron con aprensión. Aquel era un inspector Craddock distinto.

Anunció con severidad:

—Miss Murgatroyd ha muerto asesinada. La estrangularon hace menos de una hora.

Clavó la mirada en Julia.

—Usted, miss Simmons, ¿dónde ha estado durante todo el día?

Julia respondió con cautela:

—En Milchester. Acabo de regresar.

—¿Y usted? —preguntó a Patrick.

—También.

—¿Volvieron aquí los dos juntos?

—Sí —respondió Patrick.

—No —dijo Julia—. Es inútil, Patrick. Ésa es la clase de mentira que se descubre en seguida. La gente del autobús nos conoce bien. Yo regresé en el autobús primero, inspector, en el que llega aquí a las cuatro.

—¿Y qué hizo entonces?

—Di un paseo.

—¿En dirección a Boulders?

—No, caminé campo a través.

La miró fijamente. Julia, con el rostro pálido y los labios apretados, le devolvió la mirada con la misma intensidad.

Antes de que pudiera hablar nadie, sonó el teléfono.

Miss Blacklock, tras dirigirle una mirada inquisitiva a Craddock, descolgó el auricular.

—Sí. ¿Quién es? Ah, Bunch... ¿Cómo? No, no ha venido, no tengo la menor idea. Sí, ahora está aquí.

Se apartó el auricular de la oreja y dijo:

—Mrs. Harmon quisiera hablar con usted, inspector. Miss Marple no ha regresado a la vicaría y Mrs. Harmon está preocupada.

Craddock dio dos zancadas y tomó el aparato.

—Craddock al habla.

—Estoy preocupada, inspector —la voz de Bunch tenía un temblor infantil—. Tía Jane anda por ahí. Y no sé dónde. Y dicen que han matado a miss Murgatroyd. ¿Es eso verdad?

—Sí, es verdad, Mrs. Harmon. Miss Marple estaba con miss Hinchcliffe cuando hallaron el cadáver.

—¡Ah! ¡Así que es ahí dónde está! —exclamó Bunch con alivio.

—No, me temo que no. Al menos no ahora. Se marchó de allí hará cosa de... deje que piense... hace cosa de media hora. ¿No ha llegado a casa?

—No, y no hay más que diez minutos de camino. ¿Dónde puede estar?

—Quizás está de visita en casa de uno de sus vecinos.

—Los he llamado por teléfono, a todos, y no está. Estoy asustada, inspector.

«Y yo también», pensó Craddock.

Dijo en voz alta:

—Iré a verla inmediatamente.

—Oh, sí, por favor. Tengo una hoja de papel. Parece que estuvo escribiendo algo antes de salir. No sé si significará algo. A mí me suena a chino.

Craddock colgó.

Miss Blacklock preguntó con ansiedad:

—¿Le ha sucedido algo a miss Marple? ¡Oh, Dios quiera que no!

—Eso mismo digo yo —anunció Craddock con expresión dura.

—Es tan anciana y tan frágil.

—Lo sé.

Miss Blacklock, cuyos dedos jugaban con el collar de perlas que llevaba, dijo con voz ronca:

—Las cosas se ponen peor y peor. Quienquiera que esté haciendo todo esto debe de estar loco, inspector, completamente loco.

—¿Lo está?

El collar de perlas se rompió como consecuencia de los nerviosos movimientos de los dedos de su dueña. Las lisas bolitas rodaron por toda la habitación.

Letitia exhaló una exclamación de angustia.

—Mis perlas... mis perlas...

La angustia de su voz era tan aguda que todos la miraron con asombro. Dio media vuelta con la mano al cuello y, sollozando, salió corriendo de la habitación.

Phillipa empezó a recoger las perlas.

—Nunca la he visto tan disgustada —dijo—. Claro que siempre las lleva. ¿Cree usted que quizá se las regaló alguien muy especial? ¿Randall Goedler, por ejemplo?

—Es posible —dijo pausadamente el inspector.

—No son... ¿no podrían ser auténticas por casualidad? —preguntó Phillipa, de rodillas en el suelo, recogiendo cuentas todavía.

Craddock tomó una de ellas y estuvo a punto de decir con desdén: «¿Auténticas? ¡Claro que no!» Pero se contuvo. Después de todo, ¿no podrían serlo?

Eran tan grandes, tan lisas, tan blancas, que parecía palpable su falsedad, pero Craddock se acordó de pronto de un caso en que se había comprado un collar de perlas auténticas por unos cuantos chelines en la tienda de un prestamista.

Letitia Blacklock le había asegurado que no había ninguna joya de valor en la casa. Si aquellas perlas fueran por casualidad auténticas, valdrían una suma fabulosa. Y si Randall Goedler se las había regalado, entonces podrían valer cualquier cantidad que quisiera uno mencionar.

Parecían falsas, tenían que ser falsas; pero ¿y si no lo fueran?

¿Por qué no? Pudiera ser que no conociera su valor. O quizá quisiera proteger su tesoro tratándolo como si fuese un adorno barato, que valiese un par de libras esterlinas a lo sumo. ¿Cuánto valdrían de ser auténticas? Una suma fabulosa. Valdría la pena asesinar para apoderarse de ellas, SÍ alguien estaba enterado de su valor.

El inspector meneó la cabeza y dejó aparcadas estas reflexiones. Miss Marple había desaparecido y él debía ir a la vicaría.

III

Bunch y su marido lo esperaban con la ansiedad reflejada en el rostro.

—No ha vuelto —le informó Bunch.

—¿Dijo que iba a volver aquí cuando salió de Boulders? —preguntó Julian.

—En realidad no —contestó Craddock muy despacio, tratando de recordar a Jane Marple tal como la viera la última vez.

Se acordó de la dureza de sus labios y del brillo de acero de los ojos azules, generalmente tan dulces.

Severidad, una determinación inexorable... ¿de hacer qué?

—Estaba hablando con el sargento Fletcher la última vez que la vi junto a la verja; y luego salió. Creí que regresaría aquí. Le hubiese mandado el coche, pero había tantas cosas que hacer y se marchó tan silenciosamente. Quizá Fletcher sepa algo. ¿Dónde está Fletcher?

Pero cuando llamó por teléfono a Boulders, descubrió que el sargento ni estaba allí ni había dejado dicho adonde se había marchado. Se creía que había regresado a Milchester por alguna razón.

El inspector llamó a la jefatura de Milchester. Allí tampoco tenían noticias de Fletcher.

Luego se volvió hacia Bunch, recordando lo que le había dicho por teléfono.

—¿Dónde está ese papel? Dijo usted que había estado escribiendo algo en una hoja de papel.

Bunch se lo dio. Lo desdobló sobre la mesa y lo estudió. Bunch se inclinó por encima de su hombro y lo deletreó a medida que él leía. La escritura era trémula y difícil de leer.

«Lámpara».

Luego la palabra «violetas».

Después, tras un espacio:

«¿Dónde está el tubo de aspirinas?»

La siguiente frase de tan curiosa lista resultó más difícil de leer.

—«Muerte Deliciosa» —leyó Bunch—. Ése es el pastel que hace Mitzi.

—«Haciendo indagaciones» —leyó Craddock.

—¿Indagaciones? ¿Qué indagaciones haría? ¿Qué es esto? «Triste aflicción, valerosamente soportada». ¿Qué demonios querrá decir?

—«Yodo» —leyó el inspector—. «Perlas». ¡Ah, perlas!

—Y luego «Lotty...» no, «Letty». Hace unas «es» que parecen «oes». Y después, «Berna». ¿Y qué es esto? «Pensión».

Se miraron el uno al otro desconcertados.

Craddock recapituló rápidamente:

—Lámpara. Violetas ¿Donde está el tubo de aspirinas? Muerte Deliciosa. Haciendo indagaciones. Triste aflicción, valerosamente soportada. Yodo. Perlas. Letty. Berna. Pensión.

—¿Significa algo? —preguntó Bunch—. Yo no veo conexión alguna.

—Presiento que sí la tiene, pero no acabo de verla —contestó Craddock muy despacio—. Es curioso que haya anotado lo de las perlas.

—¿Qué perlas? ¿Qué significa?

—¿Lleva miss Blacklock siempre el collar de perlas de tres hileras?

—Sí, nos reímos de eso a veces. Se ve tan a la legua que son falsas, ¿verdad? Pero supongo que a ella le parece muy a la moda.

—Pudiera existir otro motivo —dijo Craddock.

—No querrá usted decir que son auténticas. ¡Oh, no es posible que lo sean!

—¿Con cuánta frecuencia ha tenido usted la oportunidad de ver perlas de ese tamaño, Mrs. Harmon?

—Pero ¡es que son tan grandes!

Craddock se encogió de hombros.

—Sea como fuere, no importa ahora. Es miss Marple lo que me preocupa. Tenemos que encontrarla.

Tenía que encontrarla antes de que fuese demasiado tarde. Pero, ¿no sería ya demasiado tarde? Aquellas palabras en lápiz demostraban que se hallaba sobre la pista. Y eso era peligroso, terriblemente peligroso. Y ¿dónde demonios estaba Fletcher?

Craddock salió de la vicaría en dirección al lugar donde había dejado el coche. Buscar, eso era lo único que podía hacer: buscar.

Una voz le llamó desde los mojados arbustos de laurel.

—¡Señor! ¡Señor! —Era la voz apremiante del sargento Fletcher.

Capítulo XXI

Tres mujeres

Había terminado la cena en Little Paddocks, una cena silenciosa e incómoda. Patrick, profundamente inquieto por haber perdido el favor de Letitia Blacklock, sólo hizo intentos esporádicos por iniciar una conversación, y esos intentos no fueron bien recibidos. Phillipa Haymes estaba abstraída. La propia miss Blacklock había desistido de todo esfuerzo por dar muestras de su habitual buen humor. Se había cambiado de ropa

para bajar al comedor, presentándose con su collar de camafeos. Pero por primera vez se leía el miedo en los ojos hundidos, miedo que delataba también la agitada crispación de sus manos.

Sólo Julia había conservado su aire de cínico desinterés durante toda la velada.

—Lamento —comentó— no poder hacer la maleta y marcharme, Letty. Pero supongo que la policía no me lo consentiría. De todas formas, no creo que vaya a seguir ofendiendo tu casa con mi presencia durante mucho tiempo más. Me imagino que el inspector Craddock aparecerá por aquí de un momento a otro con una orden de detención y las esposas. Es más, no logro comprender por qué no ha sucedido ya.

—Está buscando a la anciana, a miss Marple —replicó miss Blacklock.

—¿Crees que la habrán asesinado a ella también? —preguntó Patrick con curiosidad científica—. ¿Por qué? ¿Qué podía ella saber?

—No lo sé —respondió miss Blacklock con cierto desaliento—. Quizá miss Murgatroyd le dijo algo.

—Si a ella la han asesinado también —señaló Patrick—, no parece haber, lógicamente, más que una persona que pueda haber perpetrado el crimen.

—¿Quién?

—Hinchcliffe, naturalmente —afirmó Patrick con acento triunfal—. Es allí donde la vieron con vida la última vez: en Boulders. Yo diría que nunca salió de allí.

—Me duele la cabeza —dijo miss Blacklock con voz opaca. Se llevó los dedos a la frente—. ¿Por qué iba Hinch a asesinar a miss Marple? No tiene sentido.

—Lo tendría si Hinch hubiese asesinado a Murgatroyd —contestó Patrick.

Phillipa salió de su apatía para decir:

—Hinch no asesinaría a Murgatroyd.

Patrick estaba peleón.

—Pudiera ser, si Murgatroyd hubiese descubierto algo que demostraba que ella, Hinch, era una criminal.

—Sea como fuere, Hinch estaba en la estación cuando asesinaron a Murgatroyd.

—Pudo haberla matado antes de marcharse.

Letitia Blacklock chilló de pronto, sobresaltándolos a todos.

—¡Asesinato, asesinato, asesinato! ¿No sabéis hablar de otra cosa? Estoy asustada, ¿no lo comprendéis? Estoy asustada. No lo estaba antes. Creía saber cuidar de mí misma. Pero ¿qué puede hacer una contra un asesino que espera, vigila y aguarda entre nosotros?

Dejó caer la cabeza entre las manos. Un instante después recobró la compostura y se excusó con cierta rigidez.

—Lo siento, perdí por completo el control.

—No te preocupes, tía Letty —afirmó Patrick con afecto—. Yo te protegeré.

—¿Tú? —fue todo lo que dijo miss Blacklock.

Pero el desengaño que se ocultaba detrás de sus palabras casi era una acusación.

Todo esto había ocurrido poco antes de la cena, y Mitzi les había distraído al presentarse y declarar que ella no iba a preparar la cena.

—No haré nada más en esta casa. Me voy a mi habitación. Me encierro con llave. Me quedo allí hasta que amanezca. Tengo miedo, están matando a gente, esa miss Murgatroyd, con su estúpida cara inglesa, ¿quién iba a querer matarla? ¡Sólo un loco! Entonces, ¡es un loco el que anda suelto por ahí! Y a un loco no le importa a quien mata. Pero yo... ¡yo no quiero que me maten! Hay sombras en esa cocina, oigo ruidos, creo que hay alguien en el patio, veo una sombra junto a la puerta de la despensa y después oigo pisadas. Así que me voy ahora a mi habitación y cierro con llave, y hasta quizá ponga la cómoda contra la puerta. Y por la mañana le digo a ese policía duro y cruel que me marcho de aquí. Y si no me deja, diré: «¡Chillaré y chillaré y chillaré hasta que me deje marchar!».

Todo el mundo se estremeció ante la amenaza, recordando vivamente los gritos que era capaz de pegar Mitzi.

—Así que me voy a mi habitación —repitió Mitzi para dejar bien claras sus intenciones.

Con gesto simbólico, se quitó el delantal de cretona que llevaba.

—Buenas noches, miss Blacklock. Tal vez por la mañana no esté usted viva, así que, por si acaso, le digo adiós.

Se marchó bruscamente y la puerta se cerró tras ella con el habitual quejido suave.

Julia se puso en pie.

—Ya me encargaré yo de la cena —anunció en tono práctico—. Es un buen arreglo, mucho menos engorroso para todos vosotros que tenerme sentada a la mesa. Más vale que Patrick, ya que se ha erigido en protector tuyo, tía Letty, pruebe cada uno de los platos primero. No quiero que además se me acuse de envenenarte.

Así fue como Julia preparó y sirvió una cena verdaderamente excelente.

Phillipa había acudido a la cocina a ofrecer su ayuda, pero Julia le había dicho bien a las claras que no necesitaba ayuda de ninguna clase.

—Julia, hay una cosa que quiero decirte.

—No es éste el momento para las confidencias entre mujeres —le interrumpió la otra con firmeza—. Regresa al comedor, Phillipa.

Ahora, acabada la cena, se encontraban todos en la sala, con el café servido en la mesita junto al fuego. Y nadie parecía tener nada que decir. Esperaban, eso es todo.

El inspector Craddock llamó por teléfono a las ocho y media.

—Estaré con ustedes dentro de un cuarto de hora aproximadamente —anunció—. Me acompañarán el coronel Easterbrook y su esposa, Mrs. Swettenham y su hijo.

—La verdad, inspector, no estoy para hacer los honores a nadie esta noche.

La voz de miss Blacklock sonaba como si ya no pudiera soportar mucho más.

—Comprendo sus sentimientos, miss Blacklock. Lo siento, pero esto es urgente.

—¿Ha encontrado usted a... a miss Marple?

—No —dijo el inspector.

Y cortó la comunicación.

Julia llevó la bandeja del café a la cocina, donde, con gran sorpresa suya, vio a Mitzi contemplando las pilas de platos y fuentes en la fregadera.

Mitzi estalló en un torrente de palabras.

—¡Fíjese en lo que ha hecho en mi preciosa cocina! ¡Esa sartén! ¡Sólo... sólo la uso para las tortillas! Y usted, ¿para qué la ha usado usted?

—Para freír cebollas.

—Echada a perder, completamente echada a perder. Ahora habrá que fregarla, y yo nunca friego mi sartén de hacer tortillas. Sólo la froto

cuidadosamente con papel de diario engrasado. Y esta cacerola que usted ha usado... ésta, yo sólo la uso para la leche.

—Mire, yo no sé qué cacharro usa usted para cada cosa —le contestó Julia—. Se empeñó en irse a la cama y ahora no sé por qué demonios se le ha ocurrido levantarse otra vez. Márchese y déjeme que friegue los cacharros.

—No, no permitiré que use mi cocina.

—¡Oh, Mitzi! ¡Es usted imposible!

Julia salió furiosa de la cocina y, en aquel momento, sonó el timbre de la puerta.

—Yo no voy a abrir puerta —gritó Mitzi desde la cocina.

Julia masculló una expresión continental muy poco cortés y se dirigió a la puerta principal.

Era miss Hinchcliffe.

—Buenas noches —dijo con voz arisca—. Siento estorbar. El inspector habrá telefoneado, supongo.

—No nos avisó de que iba a venir usted —respondió Julia conduciéndola a la sala.

—Me dijo que no era necesario que viniese si no quería —anunció miss Hinchcliffe—, pero sí que quiero.

Nadie le dio el pésame a miss Hinchcliffe ni mencionó la muerte de Murgatroyd. El afligido rostro de la alta y vigorosa mujer resultaba harto elocuente y hubiese parecido una impertinencia cualquier expresión de simpatía.

—Encended todas las luces —ordenó miss Blacklock— y echad más carbón al fuego. Tengo frío, un frío glacial. Venga y siéntese junto al fuego, miss Hinchcliffe. El inspector dijo que estaría aquí dentro de un cuarto de hora. Debe de estar al caer.

—Mitzi ha vuelto a bajar —le informó Julia.

—¿Sí? A veces pienso que esa muchacha está loca; claro que, después de todo, quizá todos lo estemos.

—No puedo tolerar que se diga que los que cometen crímenes están locos —bramó miss Hinchcliffe—. Horrible e inteligentemente cuerdo, eso es lo que yo creo que es un criminal.

Fuera se oyó un automóvil y, a los pocos instantes, entró Craddock, acompañado por el coronel Easterbrook y su esposa, Mrs. Swettenham y su

hijo.

Todos parecían extrañamente cohibidos.

El coronel dijo, en una voz que era simple eco de la habitual:

—¡Vaya! ¡Un buen fuego!

Mrs. Easterbrook no quiso quitarse el abrigo de pieles y se sentó junto a su marido. Su rostro, generalmente bonito y algo vacuo, estaba ahora contraído y parecía el de una comadreja. Edmund estaba de mal humor y miraba ceñudo a todo el mundo. Mrs. Swettenham estaba haciendo lo que evidentemente era un gran esfuerzo y parecía una simple parodia de sí misma.

—Es terrible, ¿verdad? —murmuró—. Todo, quiero decir. Y en realidad, cuanto menos se diga, mejor. Porque una no sabe a quién le tocará después. Es como la peste. Querida miss Blacklock, ¿no le parece que debería tomar un poquito de coñac? ¿Media copa siquiera? Yo digo que no hay nada como el coñac, ¡es un estimulante tan maravilloso! Yo... debe de parecer tan terrible que nos hayamos presentado aquí de esta manera, pero el inspector Craddock nos obligó a venir. Y parece tan terrible... no ha sido encontrada, ¿sabe? A esa pobrecita vieja de la vicaría, quiero decir. Bunch Harmon está casi frenética. Nadie sabe adonde fue. A nuestra casa no, eso lo sé con toda seguridad. No la he visto hoy. Y si hubiera venido a casa, yo lo sabría, porque estaba en la sala, atrás, y Edmund estaba en su despacho, escribiendo, y eso está en la parte de delante. Así que si se hubiera acercado por un lado o por otro, la hubiésemos visto. ¡Oh! ¡Cómo confío y cómo le pido a Dios que no le haya sucedido nada a esa querida y dulcísima viejecita, que aún conserva todas sus facultades!

—Mamá —dijo Edmund con expresión de agudo sufrimiento—, ¿no podrías callarte?

—Te aseguro, querido —contestó Mrs. Swettenham—, que no tengo el menor deseo de decir una palabra.

Y se sentó en el sofá, junto a Julia.

El inspector Craddock estaba de pie cerca de la puerta. Frente a él, y casi en hilera, se sentaban las tres mujeres. Julia y Mrs. Swettenham en el sofá. Mrs. Easterbrook sentada en el brazo del sillón que ocupaba su esposo. Aquella disposición no era cosa suya, pero la encontraba muy adecuada.

Miss Blacklock y miss Hinchcliffe estaban acurrucadas junto al fuego. Edmund se encontraba cerca de ellas. Phillipa estaba muy atrás, en la

sombra.

Craddock empezó a hablar sin preámbulos.

—Todos ustedes saben que miss Murgatroyd ha sido asesinada. Tenemos motivos para creer que la persona que la mató era una mujer. Y por ciertas otras razones podemos limitar aún más el círculo. Estoy a punto de pedirles a ciertas señoras que me rindan cuentas de lo que estaban haciendo esta tarde entre las cuatro y las cuatro y veinte. Ya he escuchado de sus propios labios lo que ha estado haciendo la señorita que se ha hecho llamar hasta ahora Julia Simmons. Le pediré que repita su declaración. Asimismo, miss Simmons, he de advertirle que no tiene usted que contestar si cree que sus respuestas pueden comprometerla, que todo cuanto diga será anotado por el agente Edwards y podrá ser empleado como prueba ante los tribunales.

—Tienen ustedes la obligación de decir eso, ¿verdad? —comentó Julia. Estaba algo pálida, pero serena—. Repito que entre las cuatro y las cuatro y media caminaba por el campo que conduce al arroyo junto a la granja Compton. Regresé a la carretera por el otro campo en el que hay tres álamos. No me encontré con nadie que yo recuerde. No me acerqué para nada a Boulders.

—¿Mrs. Swettenham?

—¿Es para todos esa advertencia de que cuanto se diga podrá ser utilizado ante los tribunales? —preguntó Edmund.

El inspector se volvió hacia él.

—No. De momento, sólo es para miss Simmons. No tengo motivos para creer que ninguna otra declaración que se haga pueda ser comprometedora; pero cualquiera de ustedes, claro está, tiene derecho a solicitar que esté presente un abogado y a negarse a contestar a toda pregunta a menos que él se encuentre delante.

—Oh, eso sería muy tonto y no serviría más que para perder el tiempo —exclamó Mrs. Swettenham—. Estoy segura de que puedo decirle inmediatamente lo que estaba haciendo. Eso es lo que usted quiere, ¿verdad? ¿Empiezo ahora mismo?

—Sí, si me hace usted el favor, Mrs. Swettenham.

—Vamos a ver... —Mrs. Swettenham cerró los ojos y volvió a abrirlos—. Claro que yo no tuve nada que ver con la muerte de miss Murgatroyd. Estoy segura de que todos los presentes lo saben, pero soy mujer de mundo. Sé perfectamente que la policía tiene que hacer las preguntas más innecesarias

y anotar las respuestas con sumo cuidado para que consten en lo que ellos llaman los antecedentes del caso, ¿verdad que sí?

Mrs. Swettenham le dirigió la pregunta al agente Edwards y agregó complaciente:

—Espero que no estaré hablando demasiado aprisa para usted.

El agente Edwards, buen taquígrafo, pero poco conocedor de las convenciones sociales, del *savoir faire*, se puso colorado hasta las orejas y replicó:

—No se preocupe, señora. Aunque quizás un poquito más despacio iría mejor.

La señora reanudó su discurso con enfáticas pausas allí donde ella consideraba que resultarían apropiados un punto o una coma.

—Bueno, claro, resulta difícil decirlo con exactitud porque no tengo en realidad mucho sentido del tiempo. Y desde la guerra, la mitad de nuestros relojes ni siquiera funcionan, y los que funcionan van con frecuencia adelantados o atrasados, o se paran porque no les hemos dado cuerda.

Mrs. Swettenham hizo una pausa para dar tiempo a que este cuadro de confusión de tiempo penetrara en la mente de su auditorio y luego prosiguió:

—Lo que yo creo que estaba haciendo a las cuatro es empezar a dar la vuelta al talón de mi calcetín (y Dios sabe por qué razón lo volvía del revés, haciendo puntos invertidos con las agujas y no sencillos, ¿comprende?), pero si no estaba haciendo eso, entonces estaría fuera recortando los crisantemos, aunque no, eso fue más temprano, antes de que lloviera.

—La lluvia —señaló el inspector —empezó a las cuatro y diez en punto.

—¿De veras? Pues eso ayuda mucho. Claro, estaba en el pasillo del piso colocando una palangana en el pasillo, por donde siempre cala la lluvia. Y entraba tan aprisa entonces que comprendí que el canalón estaba obstruido otra vez. Así que bajé en busca de mi impermeable y de las botas de goma. Llamé a Edmund, pero no me contestó; pensé que a lo mejor habría llegado a un punto importante de su novela y que sería mejor no molestarle. Después de todo, muchas veces lo he hecho yo sola. Con el mango de la escoba, ¿sabe?, atada a esa cosa larga que sirve para levantar ventanas y puertas.

—¿Quiere usted decir con eso —preguntó Craddock, viendo la expresión de desconcierto en el rostro de su subordinado— que estaba limpiando el

canalón de desagüe?

—Sí, un montón de hojas secas obstruían la tubería. Necesité mucho tiempo y me mojé bastante, pero finalmente lo desatasqué. Y luego entré, me lavé y me cambié. ¡Huelen tan mal las hojas secas! Y entré después en la cocina y puse la tetera al fuego. Eran las seis y cuarto en el reloj de la cocina.

El agente Edwards parpadeó.

—Lo que significa —terminó diciendo Mrs. Swettenham con aire triunfal— que eran exactamente las cinco menos veinte —agregó.

—¿La vio alguien mientras limpiaba el canalón?

—No, señor. Si alguien se hubiera presentado, le hubiera echado el guante en seguida para que me ayudase. Es una cosa muy difícil para hacerla una persona sola.

—Así que, según su declaración, cuando llovía estaba usted fuera con impermeable y botas de agua. Y según usted, durante ese tiempo estuvo limpiando un canalón de desagüe. Pero no tiene a nadie que pueda dar testimonio de ello.

—Puede usted examinar el canalón —sugirió Mrs. Swettenham—. Está completamente despejado.

—¿Oyó usted que le llamara su madre, Mr. Swettenham?

—No —contestó Edmund—, estaba dormido como un tronco.

—Edmund —dijo su madre con reproche—, yo creí que estabas escribiendo y por eso no insistí.

El inspector Craddock se volvió hacia Mrs. Easterbrook.

—¿Y usted, Mrs. Easterbrook?

—Estaba sentada con Archie en su despacho —respondió la aludida con los ojos muy abiertos y la mirada inocente—. Estábamos oyendo la radio juntos, ¿verdad, Archie?

Hubo una pausa. El coronel Easterbrook se había puesto muy colorado. Tomó la mano de su esposa entre las suyas.

—Tú no entiendes estas cosas, cariño. Yo... bueno, he de confesar, inspector, que esto nos ha pillado por sorpresa. A mi esposa, ¿sabe?, todo esto le ha dado un enorme disgusto. Es nerviosa y no se da cuenta de la importancia de... de pensarlo debidamente antes de hacer una declaración.

—Archie —exclamó Mrs. Easterbrook con tono de reproche—, ¿vas a decir que no estabas conmigo?

—Pero no lo estaba, ¿verdad, querida? Quiero decir que hay que atenerse a los hechos. Es muy importante en esta clase de investigaciones. Yo estaba hablando con Lampson, el granjero de Croft Ands, acerca de la tela de alambre para las gallinas. No regresé a casa hasta después de que parara la lluvia. Un poco antes del té. A las cinco menos cuarto. Laura estaba haciendo tostadas.

—¿Y había salido usted también, Mrs. Easterbrook?

Su bonito rostro recordó más que nunca al de una comadreja. Los ojos evidenciaban que se sentía acorralada.

—No... no, estuve escuchando la radio. No salí. No entonces. Había salido más temprano. A eso de... de las tres y media. A dar un paseo nada más. No muy lejos.

Pareció como si esperara que le fuesen a hacer más preguntas.

—Es todo, Mrs. Easterbrook. —dijo, y añadió—: Estas declaraciones se transcribirán a máquina. Podrán ustedes leerlas y firmarlas si las encuentran correctas.

Mrs. Easterbrook le miró con repentina rabia.

—¿Por qué no les pregunta a los demás dónde estaban? ¿A Haymes? ¿A Edmund Swettenham? ¿Cómo sabe usted que estaba dormido en casa? Nadie le vio.

El inspector Craddock le contestó sin alterarse:

—Miss Murgatroyd hizo cierta declaración antes de morir. La noche del atraco, alguien se ausentó de esta habitación. Alguien que se supuso se encontraba en la habitación todo el tiempo. Miss Murgatroyd le dijo a su amiga los nombres de las personas a quienes ella vio. Mediante un proceso de eliminación, hizo el descubrimiento de que había alguien a quien no había visto.

—Nadie podía ver nada —advirtió Julia.

—Murgatroyd sí —le corrigió miss Hinchcliffe con su voz profunda—. Estaba detrás de la puerta, donde el inspector Craddock se encuentra ahora. Ella era la única persona que podía ver lo que estaba sucediendo.

—¡Aja! ¿Así que eso es lo que creen, eh? —exclamó Mitzi.

Había hecho una de sus entradas teatrales, abriendo con violencia la puerta y casi apartando a Craddock a un lado. Estaba frenética de excitación.

—¡Ah! ¿Usted no le pide a Mitzi que entre aquí con los otros, eh, guardia tieso? ¡Yo no soy más que Mitzi! ¡Mitzi la de la cocina! Que se quede en la cocina, que es el sitio que le corresponde. Pero yo le digo que Mitzi ve tan bien como cualquier otro y quizá mejor, sí, puede ver las cosas incluso mejor. Vi algo la noche del atraco. Vi algo y no lo creí del todo, y callé la lengua hasta ahora. Pensé para mí: «no diré qué es lo que he visto, aún no. Esperaré».

—Y cuando las cosas se hubieran calmado, pensaba pedirle dinero a cierta persona, ¿verdad? —dijo Craddock.

Mitzi se revolvió contra él como un gato enfurecido.

—¿Y por qué no? ¿Por qué mirarme con desprecio? ¿Por qué no ha de pagárseme por ello si yo he sido tan generosa como para guardar silencio? Sobre todo cuando un día habrá dinero, mucho, mucho dinero. ¡Oh, y he oído cosas! ¡Yo sé lo que pasa! Conozco este «Pipemmer», esta sociedad secreta de la que ella —señaló teatralmente a Julia— es agente. Sí, hubiese esperado y pedido dinero, pero ahora tengo miedo. Prefiero estar segura. Porque pronto, quizás, alguien me matará a mí. Así que le diré lo que sé.

—Bien— dijo el inspector—. ¿Qué es lo que sabe?

—Se lo diré —anunció Mitzi con solemnidad—. Aquella noche yo no estaba en la despensa limpiando cubiertos de plata como dije; estaba ya en el comedor cuando sonó el disparo. Miré por el agujero de la cerradura. El pasillo estaba a oscuras, pero el revólver disparó otra vez y la linterna se cayó, y se giró al caer, y la vi a ella. La vi allí, cerca de él, con el revólver en la mano. Vi a miss Blacklock.

—¿A mí? —exclamó miss Blacklock, irguiéndose asombrada en su asiento—. ¿Está usted loca?

—Eso es imposible —exclamó Edmund—. Mitzi no puede haber visto a miss Blacklock.

Craddock le interrumpió, y su voz tenía la cualidad corrosiva de un ácido.

—¿Que no pudo, Mr. Swettenham? ¿Y por qué no? ¿Porque no era miss Blacklock la que estaba allí pistola en mano? Era usted, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Claro que no! ¡Qué diablos...!

—Usted se llevó el revólver del coronel Easterbrook. Usted organizó todo el asunto con ayuda de Rudi Scherz, como si se tratara de una broma. Usted siguió a Patrick Simmons al otro extremo de la sala y, cuando se

apagaron las luces, se escapó por la puerta cuidadosamente engrasada. Disparó contra miss Blacklock y luego mató a Rudi Scherz. Unos segundos más tarde estaba usted en la otra sala intentando encender el mechero.

Durante un momento Edmund pareció no saber qué decir. Luego estalló:

—Esa idea es monstruosa. ¿Por qué yo? ¿Qué posible motivo iba a tener yo?

—Si miss Blacklock muere antes que Mrs. Goedler, no olvide que la heredan dos personas. Las dos que conocemos con el nombre de Pip y Emma. Julia Simmons ha resultado ser Emma.

—¿Y usted cree que yo soy Pip? —Edmund se echó a reír—. ¡Fantástico, absolutamente fantástico! Tengo aproximadamente la edad y eso es todo. Y le puedo demostrar a usted, solemnísimo imbécil, que yo soy Edmund Swettenham. Certificado de nacimiento, colegios, universidad, todo.

—No es Pip —la voz surgió de las sombras del rincón. Phillipa Haymes se adelantó, pálido el semblante—. Pip soy yo, inspector.

—¿Usted, Mrs. Haymes?

—Sí, todo el mundo parece haber dado por sentado que Pip era un chico. Julia sabía, naturalmente, que su gemela era chica. No sé por qué no lo dijo esta tarde.

—Solidaridad de familia —replicó Julia—. Me di cuenta de quién eras. No tenía la menor idea hasta entonces.

—Yo había tenido la misma idea que Julia —continuó Phillipa con un leve temblor en la voz—. Después de... de perder a mi marido y terminar la guerra, me pregunté qué iba a hacer. Mi madre murió hace muchos años. Descubrí lo de mis parientes Goedler. Mrs. Goedler se estaba muriendo y a su muerte el dinero iba a parar a miss Blacklock. Averigüé dónde vivía y... y vine aquí. Me puse a trabajar para Mrs. Lucas. Confiaba en que, puesto que miss Blacklock tenía edad y carecía de parientes, podría quizás estar dispuesta a ayudarme. No a mí, porque yo podía trabajar, pero sí ayudar a que Harry se educara. Después de todo, el dinero era de los Goedler y ella no tenía a nadie en quien gastarlo.

—Y entonces —Phillipa habló más deprisa, como si ahora que había decidido hablar no pudiera controlar sus palabras— se cometió el atraco y empecé a asustarme. Porque di por hecho que la única persona que tenía motivos para desear la muerte de miss Blacklock era yo. No tenía la menor

idea de quién era Julia. No somos gemelas idénticas y nos parecemos muy poco. No, aparentemente yo era la única persona sospechosa.

Calló y, al apartarse la rubia cabellera de la cara, Craddock se dio cuenta de pronto de que la descolorida fotografía de la caja de cartas tenía que ser un retrato de la madre de Phillipa. El parecido resultaba innegable. Sabía también por qué la mención de aquel gesto de cerrar y abrir las manos le había resultado tan familiar: era precisamente lo que estaba haciendo Phillipa en aquellos instantes.

—Miss Blacklock ha sido buena conmigo. Muy, muy buena. Yo no he intentado matarla. Jamás pensé hacer algo así; pero sea como fuere, yo soy Pip.

Y añadió:

—Así que, como ve, ya no tiene por qué sospechar de Edmund.

—No, ¿eh? —contestó Craddock.

Y el tono corrosivo sonó de nuevo en su voz.

—Edmund Swettenham es un joven que ama el dinero. Un joven que quizá quería casarse con una mujer rica, pero no sería rica a menos que miss Blacklock muriera antes que Mrs. Goedler. Y puesto que parecía casi seguro que Mrs. Goedler sería la primera en morir, bueno, algo tenía que hacer él, ¿no es así, Mr. Swettenham?

—¡Eso es una solemnísima mentira! —gritó Edmund.

Y entonces, de pronto, se oyó algo. Procedía de la cocina. Un prolongado aullido de terror.

—¡Ésa no es Mitzi! —exclamó Julia.

—No —dijo el inspector Craddock—, es alguien que ha asesinado a tres personas.

Capítulo XXII

La verdad

Cuando el inspector se encaró a Edmund Swettenham, Mitzi salió silenciosamente de la habitación y regresó a la cocina. Estaba llenando la pica cuando entró miss Blacklock.

Mitzi la miró avergonzada de soslayo.

—¡Qué embustera más grande eres, Mitzi! —manifestó miss Blacklock en tono festivo—. Mira, ésa no es manera de fregar. La plata primero. Y

llena la fregadera por completo. No se puede fregar con dos pulgadas de agua nada más.

Mitzi abrió los grifos, sumisa.

—¿No está usted enfadada por lo que dije, miss Blacklock? —preguntó.

—Si me enfadara cada vez que dijeras una mentira, estaría siempre de mal humor.

—Iré a decirle al inspector que me lo inventé todo, ¿quiere?

—Eso lo sabe ya —le respondió amablemente miss Blacklock.

Mitzi cerró los grifos y, mientras lo hacía, dos manos le asieron la cabeza por detrás y, con un rápido movimiento, se la metieron en el fregadero lleno hasta el borde.

—Sólo que yo sé que por una vez en tu vida estás diciendo la verdad —anunció miss Blacklock con rabia.

Mitzi forcejeó, pero miss Blacklock era fuerte y le mantuvo la cabeza dentro del agua.

De pronto, desde algún punto de detrás de ella, se alzó lastimera la voz de Dora Bunner:

—¡Oh, Lotty... Lotty... no lo hagas, Lotty!

Miss Blacklock soltó un chillido. Levantó bruscamente las manos y Mitzi, viéndose libre, sacó la cabeza del agua, tosiendo medio ahogada.

Miss Blacklock chilló una y otra vez. Porque no había nadie en la cocina con ella.

—Dora, Dora, perdóname. Tuve que hacerlo... tuve que hacerlo.

Corrió casi sin darse cuenta de lo que hacía hacia la puerta del lavadero. El sargento Fletcher le cerró el paso. Y en aquel instante miss Marple salió, con el rostro encendido y triunfante, del armario de las escobas.

—Tengo una gran habilidad para imitar las voces de otras personas —afirmó miss Marple.

—Tendrá usted que acompañarme, señora —dijo el sargento Fletcher—. Yo fui testigo de cómo intentaba ahogar a la muchacha. Y habrá otras acusaciones. He de advertirle, Letitia Blacklock...

—Charlotte Blacklock —exclamó miss Marple—. Ése es su nombre. Debajo del collar de perlas que lleva siempre encontrará la cicatriz de la operación.

—¿Operación?

—La operación para extirparle el tumor del bocio.

Miss Blacklock, completamente serena ahora, miró a miss Marple.

—¿Así que está usted enterada de todo?

—Sí, hace algún tiempo que lo sé.

Charlotte Blacklock se sentó a la mesa y se echó a llorar.

—No debió usted hacer eso. No debió imitar la voz de Dora. Yo quería a Dora. La quería de verdad.

El inspector Craddock y los demás se habían apiñado junto a la puerta.

El agente Edwards, que a sus otros conocimientos sumaba el de saber hacer primeras curas y hacer la respiración artificial, estaba ocupado con Mitzi. En cuanto Mitzi pudo hablar, se mostró lírica, prodigándose a sí misma alabanzas.

—Eso lo hago bien, ¿eh? ¡Soy lista! ¡Y soy valerosa! ¡Oh, qué valiente soy! Por poco, por muy poco, yo muero asesinada también. Pero soy tan valiente que lo arriesgo todo.

Con bruscos movimientos, miss Hinchcliffe apartó a los demás a su paso y se abalanzó sobre la sollozante figura de miss Blacklock.

El sargento Fletcher tuvo que hacer uso de toda su fuerza para mantenerla a raya.

—Vamos —ordenó—. Vamos, por favor, miss Hinchcliffe.

Miss Hinchcliffe estaba murmurando entre los apretados dientes:

—Déjeme cogerla. Déjeme sólo que la coja. Fue ella quien mató a Amy Murgatroyd.

—Yo no quería matarla, yo no quería matar a nadie. No tuve más remedio; pero era Dora la que más me importaba. Después de morir Dora, me quedé sola; desde que murió, he estado sola. ¡Oh! Dora, Dora.

Y de nuevo sepultó la cabeza entre las manos y lloró.

Capítulo XXIII

Velada en la vicaría

Miss Marple estaba sentada en el sillón alto. Bunch se encontraba en el suelo, delante del fuego, con las rodillas abrazadas.

El reverendo Julian Harmon estaba inclinado hacia delante, y por una vez con más aspecto de colegial que de hombre maduro. El inspector Craddock fumaba su pipa, bebía whisky con soda y saltaba a la vista que no estaba de servicio. El círculo exterior lo componían Julia, Patrick, Edmund y Phillipa.

—Creo que la historia es suya, miss Marple —afirmó Craddock.

—Oh, no, hijo mío. Yo no hice más que ayudar un poco aquí y un poco allá. Usted era el encargado del caso y lo dirigió, y sabe muchas cosas que yo desconozco.

—Bueno, cuéntenla entre los dos —sugirió Bunch impaciente—. Un poco cada uno. Deje que empiece tía Jane, porque me gusta la forma tan enredada y confusa de funcionar que tiene su mente. ¿Cuando se te ocurrió que todo era cosa de Blacklock?

—Verás, mi querida Bunch, es difícil contestar a eso. Claro que, de buen principio, me pareció que la persona ideal, o mejor dicho, la más evidente para preparar el atraco era la propia miss Blacklock. Era la única persona de quien se sabía que había estado en contacto con Rudi Scherz y ¡cuánto más fácil resulta preparar una cosa así dentro de la propia casa de una! La calefacción central, por ejemplo; nada de fuego, porque eso hubiera significado luz en la habitación, y la única persona que podía haberse ocupado de que no hubiera fuego era la propia dueña de la casa.

»No es que todo eso se me ocurriera entonces. Sólo pensé que era una lástima que no pudiese ser así de sencillo. Sí, me dejé engañar como todos los demás. Creí que alguien quería matar a Letitia Blacklock de verdad.

—Preferiría que nos contases primero qué es lo que ocurrió realmente —le rogó Bunch—. ¿La reconoció ese muchacho suizo?

—Sí, había trabajado en...

Vaciló y miró a Craddock.

—En la clínica del doctor Adolf Koch, de Berna —aportó Craddock—. Koch era un especialista de fama mundial en operaciones de garganta. Charlotte Blacklock fue allí a que le quitaran el tumor y Rudi Scherz era uno de los ordenanzas. Cuando vino a Inglaterra reconoció en el hotel a una señora que había sido paciente allí y, obedeciendo a un impulso, le habló. Es posible que no lo hubiera hecho de haberse parado a pensar, porque él había salido de la clínica de manera muy poco honrosa, pero eso ocurrió algún tiempo después de la estancia de Charlotte, así que ella no podía estar enterada.

—¿Así que no le dijo una palabra de Montreux ni de que su padre fuera propietario de un hotel?

—Oh, no. Eso lo inventó ella para explicar por qué le había hablado el joven.

—Debió de ser un choque enorme para ella —señaló miss Marple pensativa—. Se sentía bastante segura y, de pronto, tuvo la extraña mala suerte de que apareciese alguien que la había conocido, no como una de las dos señoritas Blacklock, para eso estaba preparada, sino definitiva y concretamente como Charlotte Blacklock, paciente a la que se le había extirpado un tumor.

»Pero querías que lo explicara todo desde un principio. Bueno, el principio fue, creo yo, si es que el inspector Craddock está de acuerdo conmigo, el hecho de que, siendo Charlotte Blacklock una niña bonita, alegre y afectuosa, se le produjera esa dilatación de la tiroides que se llama bocio. Le echó a perder la vida, porque era una muchacha muy remirada. Una muchacha, por añadidura, que siempre había dado mucha importancia a su aspecto personal. Y las muchachas, entre los trece y los veinte años, son extremadamente remiradas en lo que a su aspecto se refiere. De haber tenido madre o un padre razonable, no creo que se hubiera sumido en ese estado morboso en el que indudablemente se encontraba. No tenía a nadie que la ayudara a salir de sí misma, que la obligara a ver a la gente y a llevar una vida normal, y a no pensar demasiado en su enfermedad y, claro está, si hubiera vivido en un verdadero hogar, le hubiesen hecho la operación mucho antes.

»Pero creo que el doctor Blacklock era un hombre anticuado, estrecho de miras, autoritario y testarudo. No creía en esas operaciones. Charlotte no tenía más remedio que aceptar su palabra de que no había nada que hacer, aparte de medicarse con yodo y otros medicamentos. Y la aceptó. Creo que también su hermana puso más fe en las facultades médicas del doctor Blacklock de lo que éstas merecían.

«Charlotte le profesaba a su padre un afecto muy sentimental. Decidió que su padre sabía mejor que nadie lo que se hacía y se encerró más y más en sí misma a medida que el tumor iba creciendo y era más desagradable su aspecto, y se negó a ver a la gente. En realidad, era una muchacha cariñosa y llena de bondad.

—Extraña descripción ésa, tratándose de una asesina —observó Edmund.

—No lo creo así —aseguró miss Marple—. La gente bondadosa y débil es, con frecuencia, muy traicionera. Y si albergan algún resentimiento contra la vida, éste les anula la poca fuerza moral que puedan poseer.

«Letitia Blacklock, claro está, tenía una personalidad completamente distinta. Según el inspector Craddock, Belle Goedler dijo que era buena de verdad, y yo creo que Letitia era buena. Era una mujer de gran integridad a quien le parecía difícil, como ella misma aseguró, comprender cómo era posible que la gente no distinguiese entre el bien y el mal. Letitia, por muy grande que hubiera sido la tentación, jamás hubiese soñado en cometer fraude alguno.

»Letitia quería a su hermana. Le escribía largos relatos de todo lo que sucedía para mantener a Charlotte en contacto con la vida. Le preocupaba el estado morboso en que Charlotte se estaba sumiendo.

«Finalmente murió el doctor Blacklock. Letitia, sin vacilar, abandonó su puesto al lado de Randall Goedler y se dedicó por completo a Charlotte. La llevó a Suiza para consultar allí con autoridades en la materia sobre la posibilidad de operarla. Se había dejado para muy tarde pero, como sabemos, la operación fue un éxito. Había desaparecido la deformidad. Y la cicatriz que dejara la operación podía ocultarse fácilmente con un collar de perlas o de abalorios.

»Había estallado la guerra. El regreso a Inglaterra resultaba difícil y las dos hermanas se quedaron en Suiza, trabajando para la Cruz Roja y otras entidades benéficas. ¿Es así, inspector?

—Sí, así es, miss Marple.

—De vez en cuando recibían noticias de Inglaterra. Supongo que, entre otras cosas, se enterarían de que Belle Goedler no podía vivir ya mucho. Estoy segura de que sería muy humano que ambas hicieran planes para los días en que poseyeran una cuantiosa fortuna. Creo que es fácil comprender que semejante perspectiva representaba para Charlotte mucho más que para Letitia. Por primera vez en su vida, Charlotte podía ir de un lado para otro, sintiéndose una mujer normal, una mujer a la que nadie miraba con repugnancia o compasión. Era libre, por fin, de gozar de la vida, y tenía que recuperar toda una vida en los años que le quedaban de existencia. Viajar, poseer una casa y un jardín magníficos, trajes y joyas, ir a funciones y conciertos, satisfacer todos los caprichos. Era un cuento de hadas que, para Charlotte, se convertía en realidad.

»Y de pronto, Letitia, la Letitia fuerte y sana, pilló un resfriado que se convirtió en pulmonía y murió en una semana. No sólo había perdido Charlotte a su hermana, sino que se venía abajo toda la existencia de

ensueño que había estado preparando. ¿Saben?, creo que es posible que hasta incluso se sintiera algo resentida con Letitia. ¿Por qué había de morirse precisamente entonces, cuando acababan de recibir una carta diciendo que Belle Goedler no podía durar mucho? Un mes más, quizás, y el dinero hubiera sido de Letitia y de ella cuando Letitia muriese.

«Aquí es donde yo creo que se vio la diferencia entre las dos. A Charlotte no le pareció que lo que de pronto se le ocurrió hacer fuese malo, algo malo de verdad. La intención era que el dinero fuese a parar a manos de Letitia, y a sus manos hubiera ido a parar al cabo de unos meses. Consideraba que Letitia y ella eran una sola persona.

»Quizá no se le ocurrió la idea hasta que el médico o alguien le preguntó el nombre de su hermana. Y entonces se dio cuenta de que para casi toda la gente las dos no habían sido más que las señoritas Blacklock, unas inglesas de cierta edad, bien educadas, que vestían casi igual y que tenían un fuerte parecido (y como le dije a Bunch, las mujeres de cierta edad se parecen tanto unas a otras). ¿Por qué no había de ser Charlotte la muerta y Letitia la viva?

»Fue un impulso, más que un plan. A Letitia la enterraron con el nombre de Charlotte. Charlotte había muerto. Letitia volvió a Inglaterra. Toda la energía y la iniciativa naturales latentes durante tantos años se hallaban ahora en proceso ascendente. Como Charlotte había sido una figura de segunda fila, ahora asumió el porte seguro y autoritario que había poseído Letitia. No tenían mentalidades muy distintas, aunque existía, yo creo, una gran diferencia entre ambas, moralmente hablando.

»Charlotte tuvo, naturalmente, que tomar ciertas precauciones. Compró una casa en una parte de Inglaterra que le era completamente desconocida. A la única gente que tenía que esquivar era a unas cuantas personas de su propia población natal de Cumberland (donde, de todas formas, había hecho vida de ermitaña), y claro está, a Belle Goedler, porque había conocido tan bien a Letitia que cualquier intento de impostura hubiera fracasado totalmente. Las dificultades de la escritura quedaron vencidas gracias a la artritis que tenía en las manos. En realidad, resultaba muy fácil. ¡Eran tan pocas las personas que habían conocido de verdad a Charlotte!

—Pero ¿y si se hubiese encontrado con gente que conociera a Letitia? —preguntó Bunch—. Debía de haber muchas personas así.

—No importaría tanto. Alguno podría decir: «Me tropecé con Letitia Blacklock el otro día. Ha cambiado tanto que casi no la reconocí». Pero seguiría sin existir sospecha alguna en su mente de que aquella no fuese Letitia. La gente puede cambiar mucho en el transcurso de diez años. El hecho de que ella no les conociese a ellos se achacaría a su cortedad de vista. Y has de recordar que conocía todos los detalles de la vida de Letitia en Londres, la gente con quien trataba, los lugares adonde iba. Tenía las cartas de Letitia, y siempre podía acudir a ellas en caso de duda, hubiera podido desvanecer rápidamente cualquier sospecha mencionando un incidente cualquiera o preguntando por una amistad común. No, lo único que tenía que temer era que se la reconociera como Charlotte.

»Se instaló en Little Paddocks, hizo amistad con sus vecinos y, cuando recibió una carta en la que se pedía a la querida Letitia que fuese bondadosa aceptó con gusto la visita de dos primos a los que en su vida había visto. Que éstos la aceptaran a ella como tía Letitia aumentaba su seguridad.

»El asunto marchaba viento en popa. Y entonces, cometió un gran error. Fue un error exclusivamente hijo de su bondad de corazón y de su temperamento de natural afectuoso. Recibió una carta de una antigua amiga de colegio que había venido a menos, y corrió en su ayuda. Quizá fuera porque se sentía, a pesar de todo, muy sola. Su secreto la hacía alejarse hasta cierto punto de la gente. Y le había tenido verdadero afecto a Dora Bunner y la recordaba como un símbolo de los alegres y despreocupados días de colegiala. Sea como fuere, el caso es que, obedeciendo a un impulso, contestó a la carta de Dora en persona. Y ¡lo sorprendida que debió quedar ésta! Le había escrito a Letitia y la hermana que se presentaba en su casa era Charlotte. No hubo ni el menor intento de hacerse pasar por Letitia ante Dora. Ésta era una de las pocas amigas a las que se les había permitido visitar a Charlotte durante sus días de soledad y tristeza.

»Y porque sabía que Dora vería las cosas de la misma manera que ella, le contó lo que había hecho. Dora aprobó de todo corazón su proceder. Para su confusa mente era justo que Lotty no se quedara sin herencia por culpa de la muerte a deshora de Letty. Lotty merecía una recompensa por todo el sufrimiento que había soportado con tanto valor y tanta paciencia. Hubiera resultado muy injusto que todo aquel dinero hubiese ido a parar a alguien de quien nadie hubiera oído hablar.

»Comprendió perfectamente que no debía dejar traslucir nada. Era lo mismo que adquirir una libra suplementaria de mantequilla. No se podía hablar de eso, pero no había nada malo en tenerla. Así que Dora vino a Little Paddocks y Charlotte no tardó en darse cuenta de su enorme error. No era sólo que resultaba casi imposible vivir con Dora por culpa de sus enredos y equivocaciones. Charlotte hubiese podido soportar eso, porque quería a Dora de verdad y, de todas formas, sabía por el médico que a la pobre le quedaba poco tiempo de vida, pero Dora no tardó en convertirse en un verdadero peligro. Aunque Charlotte y Letitia se habían llamado siempre por su nombre completo, Dora era de las que empleaban siempre abreviaturas. Para ella, las dos hermanas habían sido siempre Letty y Lotty. Y aunque procuró acostumbrarse a llamar Letty a su amiga, el verdadero nombre se le escapaba de vez en cuando. También solían acudirle con frecuencia a los labios recuerdos del pasado y Charlotte tenía que andar siempre alerta para poner freno a las alusiones de su olvidadiza compañera. Empezó ponerse nerviosa.

»No obstante, no era fácil que nadie se fijara en las incongruencias de Dora. El verdadero golpe a la seguridad de Charlotte fue, como he dicho, el que recibió al reconocerla y dirigirle la palabra Rudi Scherz en el hotel «Royal Spa».

»Creo que el dinero que empleó Rudi Scherz para cubrir sus primeros desfalcos puede haber salido del bolsillo de Charlotte Blacklock. El inspector Craddock no cree, ni yo tampoco, que Rudi Scherz le pidiera dinero con la menor intención de hacerla víctima de un chantaje.

—No creía saber nada útil para sacarle dinero —dijo el inspector—. Sabía que era un joven bastante atractivo, y sabía también, por experiencia, que los jóvenes atractivos pueden sacarles a veces dinero a las señoras de edad si saben contar historias tristes de una manera lo bastante convincente.

»Pero ella pudo haberlo interpretado de otra manera. Quizá se lo tomara como un chantaje ejercido de manera insidiosa, como prueba de que sospechaba algo, y pensara que más adelante, si se daba publicidad al asunto cuando muriese Belle Goedler, cosa muy probable, pudiera darse cuenta de que había encontrado una mina de oro.

»Ya no podía dar marcha atrás en su fraude. Se había establecido con el nombre de Letitia Blacklock. Como tal la conocían en el banco. Como tal la conocía Mrs. Goedler. El único escollo era aquel suizo empleado de un

hotel, un individuo de muy poca confianza y posiblemente un chantajista. Si él desaparecía, estaría segura.

«Quizá lo proyectara como una fantasía al principio. Había sufrido escasez de emociones y de situaciones dramáticas durante su vida. Se recreó imaginando los detalles. ¿Cómo haría para librarse de él?

«Trazó su plan. Y finalmente, decidió ponerlo en práctica. Le contó el cuento de un supuesto atraco a Rudi Scherz, le explicó que necesitaba a un desconocido que hiciera el papel de gángster y le ofreció una buena suma por su cooperación.

»Y el hecho de que aceptara sin desconfiar es lo que me convence de que Scherz no tenía la menor idea de que sabía algo comprometedor de ella. Para él, no era más que una anciana un poco tonta, dispuesta a soltar su dinero sin vacilación.

»Le dio el anuncio para que lo publicase, arregló las cosas para que hiciera una visita a Little Paddocks y estudiara la distribución de la casa, y le enseñó el lugar donde se encontraría con él para permitirle entrar la tarde en cuestión. Dora Bunner, naturalmente, no sabía una palabra de esto. Llegó el día... —hizo una pausa.

Miss Marple retomó el hilo del relato con su dulce voz.

—Debió pasarlo muy mal, porque aún no era demasiado tarde para volverse atrás. Dora Bunner nos dijo que Letty estaba asustada aquel día. Asustada de lo que iba a hacer, asustada de que el plan pudiera ir mal, pero no lo bastante asustada para dar marcha atrás.

«Había sido divertido, quizá, sacar el revólver del cajón del coronel Easterbrook. Llevarle huevos o mermelada y subir al piso de la casa vacía. Había resultado excitante engrasar la segunda puerta de la sala para que se abriera y cerrara sin hacer ruido. Divertido sugerir que se moviera la mesa para que lucieran más las flores de Phillipa. Quizá le pareciese un juego aunque lo que iba a suceder ya no lo era. Oh, sí, estaba asustada. Dora Bunner no se equivocó en eso.

—Pese a lo cual siguió adelante —intervino Craddock—, y todo resultó a medida de sus deseos. Salió poco después de las seis a encerrar a los patos y entonces le franqueó la entrada a Scherz, dándole un antifaz, una capa, unos guantes y una linterna. Luego, a las seis y media, cuando sonaron las campanadas, ella estaba preparada junto a la mesita de la arcada, con la mano en la caja de cigarrillos. Todo resulta tan natural. Patrick, haciendo de

anfitrión, busca las bebidas. Ella, la anfitriona, va en busca de los cigarrillos. Ha creído correctamente que cuando sonaran las campanadas de la media, todas las miradas se concentrarían en el reloj. Así sucedió. Sólo una persona, la devota Dora, siguió con la mirada fija en su amiga. Y nos dijo, en su primera declaración, exactamente lo que había hecho miss Blacklock. Dijo que Letitia había cogido el florero de violetas.

«Había raspado con anterioridad el cordón de la lámpara, de modo que los hilos de cobre quedaran casi al descubierto. La cosa requirió una fracción de segundo. La caja de cigarrillos, el florero y el interruptor se hallaban muy cerca unos de otros. Tomó las violetas y derramó el agua sobre el cordón pelado. El agua es un buen conductor de la electricidad. Se fundió el fusible.

—¡Igual que la otra tarde en la vicaría! —exclamó Bunch—. Eso fue lo que te sobresaltó tanto, ¿verdad, tía Jane?

—Sí, querida. Había estado inquieta por eso de las luces. Me di cuenta de que tenía que haber dos lámparas, una pareja, y que se había cambiado una por otra.

—Así es —asintió Craddock—. Cuando Fletcher examinó aquella lámpara por la mañana estaba como todas las demás, en perfecto estado de funcionamiento.

—Comprendí lo que había querido decir Dora Bunner al asegurar que la noche anterior estaba la pastora —prosiguió miss Marple—, pero caí en el mismo error que ella: creer que Patrick era el responsable. Lo interesante de Dora es que jamás podía una fiarse de ella cuando repetía las cosas que había oído. Siempre empleaba su imaginación para exagerarlas o retorcerlas y, generalmente, se equivocaba en lo que pensaba, pero describía con exactitud lo que veía. Vio a Letitia tomar el florero de violetas...

—Y vio lo que ella describió como un chispazo y un chasquido —intercaló Craddock.

—Y claro está, cuando la querida Bunch derramó el agua de las rosas de Navidad sobre el cable de la lámpara, caí en la cuenta en seguida de que sólo la propia miss Blacklock podía haber provocado el cortocircuito, porque ella era la única que en aquellos momentos estuvo junto a la mesa.

—De buena gana me daría a mí mismo un puntapié por estúpido —manifestó Craddock—. Dora Bunner habló incluso de la quemadura de la mesa, donde alguien había dejado un cigarrillo. Y las violetas estaban

marchitas por falta de agua en el florero, un resbalón por parte de Letitia; debería haberlo vuelto a llenar. Pero supongo que creería que nadie se daría cuenta y, en realidad, miss Bunner estaba completamente dispuesta a creer que era ella quien no había puesto agua en el florero.

»Era altamente impresionable, claro. Y miss Blacklock se aprovechó de eso más de una vez. Yo creo que fue ella quien indujo a Bunner a sospechar de Patrick.

—¿Y por qué me escogió a mi? —exclamó Patrick con pesar.

—No creo que lo sugiriera en serio —respondió el inspector—. Su objetivo era simplemente distraer a Bunny de modo que no sospechara que la propia miss Blacklock estaba dirigiéndolo todo. Bueno, ya sabemos lo que ocurrió después. En cuanto se apagaron las luces y todo el mundo soltaba exclamaciones, salió por la puerta previamente engrasada y se acercó por detrás de Rudi Scherz, que hacía girar por toda la habitación la luz de su linterna y que estaba disfrutando de lo lindo con su papel en la comedia. No creo que se diera cuenta de que estaba detrás de él con los guantes de jardín puestos y un revólver en la mano. Esperó a que la luz de la linterna llegara al punto hacia el que debía apuntar: la pared cerca de la cual se la suponía a ella de pie. Entonces disparó dos veces muy aprisa y, al volverse él con sobresalto, le pegó el revólver al cuerpo y disparó otra vez. Luego dejó caer el arma junto al cadáver, echó los guantes sobre la mesa del pasillo y volvió por la segunda puerta al lugar donde estaba en el momento de apagarse las luces. Se hirió la oreja, no sé exactamente cómo.

—Con unas tijeritas de uñas quizás —apuntó miss Marple—. Un simple pellizco en el lóbulo de la oreja hace salir mucha sangre. Eso fue muy inteligente. Al ver correr la sangre por la blusa blanca, dio la sensación de que habían disparado contra ella y de que se había salvado por un pelo.

—Todo podía haber salido perfecto —afirmó Craddock—. La insistencia de Dora en que Scherz había apuntado deliberadamente a miss Blacklock tuvo su utilidad. Sin saberlo, Dora Bunner dio la impresión de que ella había visto cómo herían a su amiga. Hubiera podido decirse en el juicio que se trataba de un suicidio o de muerte accidental. Y el caso se hubiese dado por resuelto. El hecho de que no fuera así se debe a miss Marple, aquí presente.

—Oh, no, no —protestó miss Marple, sacudiendo la cabeza con vigor—. Cualquier averiguación que yo haya hecho ha sido puramente accidental.

Era usted el que no estaba satisfecho, Craddock. Era usted el que no quería permitir que el caso se diera por cerrado.

—No me sentía satisfecho, en efecto —asintió Craddock—. Sabía que había algo extraño en alguna parte, aunque no me di cuenta de dónde se hallaba el problema hasta que usted me lo señaló. Y, después de eso, miss Blacklock tuvo otro golpe de mala suerte. Descubrí que alguien había manipulado la segunda puerta. Hasta aquel momento, fuera lo que fuere lo que creyéramos que había podido ocurrir, no teníamos nada excepto una bonita teoría. Pero aquella puerta engrasada constituía una prueba. Y di con ella por pura casualidad, por equivocarme al asir el tirador.

—Yo creo que le condujeron a ella, inspector —comentó miss Marple—. Pero, después de todo, hay que reconocer que soy muy anticuada.

—Así que la caza empezó de nuevo —manifestó Craddock—. Con una diferencia esta vez. Buscábamos ahora a alguien que tuviese motivos para asesinar a Letitia Blacklock.

—Y sí que había alguien que tuviese motivos. Y miss Blacklock lo sabía —dijo miss Marple—. Yo creo que reconoció a Phillipa casi inmediatamente. Porque Sonia Goedler parece haber sido una de las pocas personas a las que recibió Charlotte cuando hacía vida de ermitaña. Y cuando una es vieja (usted no puede saber eso aún, Mr. Craddock), recuerda con mayor facilidad un rostro visto hace mucho tiempo que otro que vio hace sólo dos o tres años. Phillipa debe tener aproximadamente la edad que tenía su madre cuando Charlotte la veía, y debe parecerse mucho a ella. Lo raro del caso es que yo creo que Charlotte se alegró mucho al reconocer a Phillipa. Llegó a cobrarle afecto y creo que eso, inconscientemente, ayudó a ahogar cualquier remordimiento que pudiera haber experimentado.

»Se dijo a sí misma que, en cuanto heredara el dinero, iba a cuidar de Phillipa. La trataría como a una hija. Phillipa y Harry irían a vivir con ella. Se sintió muy feliz y muy altruista con este pensamiento. Sin embargo, en cuanto el inspector se puso a hacer preguntas y descubrió lo de Pip y Emma, Charlotte se inquietó. No quería usar a Phillipa como cabeza de turco. Su idea había sido darle al asunto el aspecto de un atraco realizado por un joven que después había muerto accidentalmente. Con el descubrimiento de la puerta engrasada, todo cambiaba.

»Excepción hecha de Phillipa, no había, que ella supiese, pues desconocía por completo cuál era la verdadera identidad de Julia, nadie que

pudiera tener motivo alguno para desear su muerte. Hizo lo que pudo por proteger la identidad de Phillipa. Fue lo bastante astuta para decirle, cuando usted se lo preguntó, que Sonia era pequeña y morena, y retiró las fotografías del álbum para que no notara usted ningún parecido, al mismo tiempo que arrancaba todas las fotografías suyas y de Letitia.

—¡Y pensar que llegué a sospechar que Mrs. Swettenham era Sonia Goedler! —exclamó Craddock disgustado.

—Mi pobre mamá —murmuró Edmund—, mujer de vida sin tacha. O al menos así lo había llegado a creer yo siempre.

—Pero, claro —prosiguió miss Marple—. Era Dora Bunner la que representaba el verdadero peligro. Cada día se volvía más olvidadiza y más charlatana. Recuerdo la manera cómo la miraba miss Blacklock el día en que fuimos a tomar el té allí. ¿Saben por qué? Dora acababa de llamarla Lotty otra vez. A nosotros nos pareció una simple equivocación, pero asustó a Charlotte. Y así continuó. La pobre Dora era incapaz de callarse. El día que tomamos café juntas en «El Pájaro Azul», tuve la extraña impresión de que estaba hablando de dos personas distintas, no de una, y así era, en efecto. De pronto hablaba de su amiga diciendo que no era guapa, pero que tenía tanta personalidad, y casi a continuación la descubría como una muchacha muy bonita y alegre. Hablaba de Letty como de una mujer muy lista y que tenía un gran éxito, y comentaba la vida tan triste que había llevado. Y luego esa cita de una triste aflicción valerosamente soportada, que no parecía cuadrar en absoluto con Letitia. Yo creo que Charlotte debió sorprender gran parte de la conversación aquella mañana cuando entró en el café. Seguro que debió oírle mencionar que la lámpara había sido cambiada, que era el pastor y no la pastora. Entonces se dio cuenta de la terrible amenaza que constituía la pobre y fiel Dora Bunner para su seguridad.

»Me temo que esa conversación que sostuvo conmigo en el café fue lo que selló la suerte de la pobre Dora, y perdonen que emplee una expresión tan melodramática, pero creo que el resultado hubiera sido el mismo a fin de cuentas. Porque Charlotte no podía estar segura mientras viviese Dora Bunner. Quería a Dora, no deseaba matarla y, sin embargo, no se le ocurría otra solución. Y supongo que (como esa enfermera Ellerton de la que te hablé, Bunch) acabó convenciéndose a sí misma de que en realidad casi sería un acto de piedad. Pobre Bunny, tan poco tiempo como le quedaba por vivir, para morir dolorosamente quizá luego. Lo curioso del caso es que

hizo lo posible para que el último día de Bunny fuera feliz. La fiesta de cumpleaños y el pastel especial...

—Muerte Deliciosa —intervino Phillipa con un violento temblor.

—Sí, algo así. Intentó dar a su amiga una muerte deliciosa. La fiesta, y todas las cosas que a ella le gustaban, y procurando impedir que la gente dijera cosas que pudieran disgustarla. Y luego las pastillas, de lo que fuera, en el tubo de aspirinas de su mesilla para que Bunny, cuando no encontrara el tubo que acababa de comprar, fuese allí a cogerlas. Parecería, y así sucedió, que la intención había sido envenenar a Letitia.

»Así que Bunny murió mientras dormía, sin padecer, y Charlotte se sintió segura otra vez. Pero echaba de menos a Dora Bunner, echaba de menos su lealtad y su afecto. Lloró amargamente el día que fui yo con la nota de Julian, y su dolor era real. Había matado a su más querida amiga.

—Eso es terrible —dijo Bunch—, terrible.

—Pero es muy humano —señaló Julian Harmon—. Uno tiende a olvidar lo humanos que son los asesinos.

—Sí —convino miss Marple—. Humanos y dignos de compasión. Pero son también peligrosos. Sobre todo una asesina débil y bondadosa como Charlotte Blacklock. Porque cuando una persona débil se asusta de verdad, el terror las vuelve salvajes y pierden el control.

—¿Murgatroyd? —preguntó Julian.

—Sí, la pobre miss Murgatroyd. Charlotte debió acercarse a la casa y las oyó reconstruir la escena del crimen. La ventana estaba abierta y escuchó. No se le había ocurrido hasta aquel instante que pudiera haber ninguna otra persona que representara un peligro para ella. Miss Hinchcliffe estaba instando a su amiga a que recordara lo que había visto y, hasta aquel momento, Charlotte no había pensado en que nadie hubiera podido ver nada. Había dado por supuesto que todo el mundo estaba mirando a Rudi Scherz. Debió contener el aliento allá fuera y escuchar. ¿Iba a salir todo bien? Y, de pronto, en el preciso momento en que miss Hinchcliffe salía a todo correr hacia la estación, miss Murgatroyd llegó a un punto en que era evidente que había dado con la verdad. Gritó: «Ella no estaba allí».

»¿Saben?, le pregunté a miss Hinchcliffe si lo había dicho así, porque, de haber dicho: «Ella no estaba allí», no hubiera significado lo mismo.

—Ese punto es demasiado sutil para mí —manifestó Craddock.

Miss Marple le miró con expresión atenta.

—Usted piense en lo que pasaba por la mente de miss Murgatroyd. A veces las personas ven cosas sin darse cuenta de que las ven. Recuerdo que una vez, en un accidente de ferrocarril, advertí una ampolla de pintura a un lado del vagón. Hubiera podido dibujársela después. Y una vez, cuando cayó una bomba en Londres, pedazos de cristal por todas partes, y la sacudida, pero lo que mejor recuerdo es a una mujer que estaba de pie delante de mí, que tenía un agujero grande en la media, a la altura de la pantorrilla, y que las medias de las dos piernas no eran iguales. Así que cuando miss Murgatroyd dejó de pensar e intentó hacer memoria de lo que había visto, recordó muchas cosas.

»Empezó, yo creo, por la repisa de la chimenea, donde la luz de la linterna daría primero. Luego pasó por las dos ventanas, y había gente entre las dos ventanas y ella. Mrs. Harmon, tapándose los ojos con los puños, por ejemplo. Continuó siguiendo mentalmente la luz. Vio a miss Bunner boquiabierta y con la mirada fija, la pared desnuda y una mesita con la lámpara y la caja de cigarrillos. Y entonces sonaron los disparos y, de pronto, recordó algo que resultaba casi increíble. Había visto la pared donde más tarde encontrarían los impactos de bala, la pared contra la que estaba miss Blacklock cuando dispararon contra ella. Y en el momento en que se hicieron los disparos y fue herida Letty... Letty no estaba allí.

»¿Comprende ahora lo que quiero decir? Había estado pensando en las tres mujeres de que le había hablado miss Hinchcliffe. Si una de ellas no hubiese estado allí, ella se hubiera agarrado a la identidad y hubiese dicho: «¡Eso es! ¡Ella no estaba allí!». Pero era un sitio lo que tenía en el pensamiento, un sitio en el que debía de haber habido alguien, y el sitio no estaba ocupado, no había nadie allí. Y no pudo caer en la cuenta de todo, de golpe. «¡Qué extraordinario, Hinch!», dijo. «Ella no estaba allí». Así que esa manifestación sólo podía referirse a Letitia Blacklock.

—Pero tú ya lo sabías antes, ¿verdad tía Jane? —preguntó Bunch—. Cuando la lámpara se fundió. Cuando anotaste aquellas cosas en un papel.

—Sí, querida. Todo encajó entonces, ¿comprendes? Todos los trozos aislados formaron una imagen coherente.

—¿Lámpara? —murmuró Bunch—. Sí. ¿Violetas? Sí. Tubo de aspirinas. ¿Quieres decir que Bunny había ido a comprar aspirinas aquel día y que no debería haber necesitado las de Letitia?

—A menos que le hubieran quitado o escondido su tubo —asintió la anciana—. Tenía que parecer como si a quien se quisiera matar fuese a Letitia.

—Comprendo. Y luego, Muerte Deliciosa. El pastel, pero algo más que pastel. La fiesta preparada. Un día feliz para Bunny antes de que muriese. Tratarla como a un perro al que se tiene intención de eliminar. Eso es lo que a mí me parece más horrible de todo, esa falsa bondad.

—Era una mujer bastante bondadosa. Lo que dijo a última hora en la cocina era verdad. «Yo no quería matar a nadie». ¡Lo que ella quería era una enorme cantidad de dinero que no le pertenecía! Y ante ese deseo (que se había convertido en una obsesión: el dinero había de compensarla de los sufrimientos que le había infligido la vida), todo lo demás palidecía. La gente que está resentida con el mundo siempre es peligrosa. Creen que la vida les debe algo. He conocido a muchos inválidos que han quedado mucho más aislados del mundo y que han sufrido mucho más que Charlotte Blacklock y, sin embargo, han logrado vivir felices y contentos. Es lo que una persona lleva dentro de sí lo que la hace feliz o desgraciada. Pero ¡ay, Señor!, me temo que me estoy apartando del tema. ¿Dónde estábamos?

—Repasando tu lista —le indicó Bunch—. ¿Qué quisiste decir con «Haciendo indagaciones»? Indagaciones... ¿sobre qué?

Miss Marple meneó juguetonamente la cabeza y miró a Craddock.

—Debió usted haber reparado en eso, inspector Craddock. Me enseñó esa carta de Letitia Blacklock a su hermana. Tenía la palabra «indagaciones» dos veces en ella, ambas escritas con «e»[9]; pero en la nota que le pedí a Bunch que le enseñara, miss Blacklock había escrito indagaciones con i. La gente no suele cambiar de ortografía al envejecer. A mí me pareció muy significativo.

—Sí —asintió Craddock—. Debí haberme fijado en eso.

—Triste aflicción, valerosamente soportada. Eso fue lo que te dijo Bunny en el café y, claro, Letitia no había padecido ninguna aflicción. Yodo. ¿Eso te puso sobre la pista del tumor en la garganta?

—Sí, querida, Suiza, ¿sabes? Y el hecho de que miss Blacklock hiciera ver que su hermana había muerto tuberculosa. Pero recordé entonces que los mejores especialistas para operar el bocio son suizos. Y encajaba con esas perlas verdaderamente absurdas que Letitia Blacklock llevaba siempre

puestas. No le sentaban nada bien, pero eran lo más apropiado para ocultar una cicatriz.

—Ahora comprendo su agitación la noche en que se le rompió el collar —señaló Craddock—. Entonces pareció exageradamente desproporcionada.

—Y después de esto, lo que escribió fue Lotty, y no Letty, como nosotros creíamos —dijo Bunch.

—Sí, me acordé de que el nombre de la hermana era Charlotte y de que Dora Bunner había llamado a miss Blacklock Lotty una o dos veces, y que cada una de esas veces dio muestras de gran disgusto y preocupación después.

—¿Y qué hay de Berna y de la Pensión?

—Rudi Scherz había sido ordenanza en un hospital de Berna.

—¿Y Pensión?

—Ah, mi querida Bunch, te mencioné eso en «El Pájaro Azul», aunque en realidad no advertí su aplicación entonces. Hablé de cómo cobraba Mrs. Wotherspoon la pensión de Mrs. Barlett además de la suya, aun cuando Mrs. Barlett llevaba muerta muchos años, simplemente porque todas las ancianas parecen iguales. Si, el conjunto formaba un esquema comprensible, y me sentí tan excitada que salí a despejarme un poco la cabeza y a pensar qué podría hacerse para demostrar la verdad de lo que había adivinado. Entonces me recogió miss Hinchcliffe, y encontramos a Murgatroyd.

La voz de miss Marple bajó una octava. Ya no expresaba excitación. Se había tornado implacable.

—Comprendí que había que hacer algo. Y aprisa. Pero seguíamos sin tener pruebas. Se me ocurrió un posible plan y hablé con el sargento Fletcher.

—¡Y le he soltado un buen sermón a Fletcher por eso precisamente! —interrumpió Craddock—. Él no era quién para acceder a sus planes sin primero consultar conmigo.

—No quería hacerlo, pero le convencí —dijo miss Marple—. Fuimos a Little Paddocks y acorralamos a Mitzi.

Julia respiró profundamente.

—No comprendo cómo consiguió usted que accediese a representar ese papel.

—La trabajé, querida. Piensa demasiado en sí misma, de todas formas, y le hará bien haber hecho algo por los demás. La halagué, naturalmente. Dije que estaba segura de que, de haber estado en su propio país, hubiera formado parte de la organización de la Resistencia y ella me dijo: «Ya lo creo que sí». Y le dije que me daba perfecta cuenta de que en el fondo tenía temperamento para esa clase de trabajo. Era valiente, no le importaba correr riesgos y sabría cumplir con su papel. Le conté historias de actos llevados a cabo por muchachas de las organizaciones de la Resistencia, algunas auténticas y otras que me temo me inventé yo. ¡No saben ustedes cómo llegó a exaltarse!

—Maravilloso —exclamó Patrick.

—Y entonces —prosiguió—, conseguí que accediera a representar un papel. Le hice ensayar hasta estar segura de que lo haría al pie de la letra. Luego le pedí que subiera a su habitación y que no bajara hasta que llegase el inspector Craddock. Lo malo de esta gente tan fácilmente excitable es que a lo mejor se disparan antes de lo conveniente.

—Lo hizo muy bien —afirmó Julia.

—No acabo de entender lo que eso significa —comentó Bunch—. Claro que yo no estuve allí.

—La cosa era un poco complicada y un poco cogida por los pelos. Se trataba de que Mitzi, al confesar que había tenido la intención al principio de hacer un chantaje, había llegado ya a asustarse tanto que estaba dispuesta a decir la verdad. Había visto, por el ojo de la cerradura, a miss Blacklock detrás de Rudi Scherz y con un revólver en la mano. Es decir, había visto lo que en efecto había ocurrido. El único peligro era que Charlotte cayera en la cuenta de que no podía haber visto nada a oscuras, pero una no suele pensar en cosas así cuando acaba de recibir una fuerte sacudida. Lo único en que se fijó fue en que Mitzi la había visto.

Craddock retomó el hilo del relato.

—Pero, y eso era esencial, yo fingí escuchar la declaración con escepticismo y lancé inmediatamente un ataque, como si hubiera decidido salir al descubierto por fin contra alguien del que hasta entonces no se había sospechado. Acusé a Edmund...

—Y yo interpreté también mi papel de maravilla —intervino Edmund— y negué acaloradamente, de acuerdo con nuestro plan. Lo que no estaba previsto, Phillipa, amor mío, es que soltaras tu trino y confesaras que tú eras

Pip. Ni el inspector ni yo teníamos la menor idea de que fueras Pip. ¡Yo iba a ser Pip! Nos desconcertó, de momento; pero el inspector se rehizo y lanzó una serie de insinuaciones asquerosas acusándome de querer buscar una mujer rica, insinuaciones que probablemente se te clavarán en el corazón y serán causa de diferencias irreparables entre los dos el día menos pensado.

—No veo por qué era necesario eso.

—¿No? Eso significaba, desde el punto de vista de Charlotte Blacklock, que la única persona que sabía o sospechaba la verdad era Mitzi. La policía buscaba en otra dirección. Habían tratado a Mitzi, de momento, como a una embustera, pero si Mitzi persistía, quizá la escucharían y la tomarían en serio. Así que era preciso sellarle los labios.

—Mitzi salió de la habitación —intervino miss Marple— y volvió derecha a la cocina, como yo le había dicho. Miss Blacklock salió tras ella casi inmediatamente. Mitzi estaba sola en la cocina, aparentemente. El sargento Fletcher se encontraba detrás de la puerta del lavadero y yo estaba metida en el armario de las escobas, en la misma cocina. Afortunadamente, soy muy delgada.

Bunch miró a la anciana.

—¿Qué esperabas que sucediera, tía Jane?

—Una de estas dos cosas. O Charlotte le ofrecería dinero a Mitzi para que callara, y el sargento Fletcher sería testigo de ello, o... o intentaría matar a Mitzi.

—Pero ¿cómo podía esperar que le saliera eso bien? Se hubiera sospechado de ella inmediatamente.

—Ah, querida, ya no era capaz de razonar. No era más que una rata acorralada que mordía a tontas y a locas. Pensé en lo que había ocurrido aquel día. La escena entre miss Hinchcliffe y miss Murgatroyd. Hinchcliffe se marchaba a la estación. En cuanto regresara, Murgatroyd le diría que Letitia Blacklock no estaba en la sala aquella noche. No disponía más que de unos cuantos minutos para asegurarse de que miss Murgatroyd no se encontraba en situación de decir una palabra. No tenía tiempo para trazar un plan y preparar un escenario. Un asesinato a secas. Saluda a la pobre mujer y la estrangula. Luego, una carrera hasta casa para cambiarse, para estar sentada junto al fuego cuando los demás entren, como si ella no hubiese salido.

»Y después, la revelación de la identidad de Julia. Se le rompe el collar y se aterra ante la posibilidad de que le vean la cicatriz. Más tarde, el inspector telefonea diciendo que va a venir y a traerse a todo el mundo. No hay tiempo de pensar ni de descansar. Está metida en asesinatos hasta el cuello. No se trata ahora de matar por compasión, ni de quitar del paso a un joven indeseable. Se trata del asesinato puro, simple y sin excusa. ¿Está segura? Hasta el momento, sí. Y de pronto surge Mitzi; otro peligro más. ¡Hay que matar a Mitzi! ¡Hay que sellarle los labios! Está loca de terror. Ya no es un ser humano. No es más que un animal peligroso.

—¿Por qué estabas metida en el armario de las escobas, tía Jane? —preguntó Bunch—. ¿Por qué no lo dejaste en manos del sargento Fletcher?

—Era más seguro si estábamos los dos, querida. Además, yo me sabía capaz de imitar la voz de Dora Bunner. Si había algo que pudiera quebrantar a Charlotte, era eso.

—Y lo conseguiste...

—Sí, se desmoronó por completo.

Hubo un largo silencio al asaltarles el recuerdo. Luego, hablando con decidida animación para aliviar la tensión, Julia comentó:

—Ha sido una suerte para Mitzi. Ayer me contó que había aceptado un empleo cerca de Southampton. Y dijo (Julia logró una imitación bastante buena del acento de Mitzi): «Yo voy allí», y si me dicen: «Usted tiene que inscribirse en la policía, usted es extranjera», yo les digo: «¡Sí! ¡Me inscribiré! La policía me conoce bien. ¡Yo ayudo a la policía! Sin mí, la policía nunca hubiera logrado detener a una criminal muy peligrosa. Arriesgué la vida porque soy valiente, valiente como un león, no me importan los riesgos». Me dicen: «Mitzi, eres una heroína, eres soberbia». Y yo digo: «¡Ah, eso no es nada».

Julia se interrumpió.

—Y muchísimo más —aseguró.

—Creo —terció Edmund pensativo— que dentro de poco Mitzi habrá ayudado a la policía no en uno, sino en un centenar de casos.

—Ha cambiado de actitud conmigo —señaló Phillipa—. Ha llegado incluso a darme la receta de Muerte Deliciosa como un regalo de boda. Añadió que bajo ningún pretexto debía revelarle el secreto a Julia, porque Julia le había echado a perder la sartén de las tortillas.

—Mrs. Lucas —manifestó Edmund— no sabe qué hacer de Phillipa ahora que, muerta Belle Goedler, ha heredado junto con Julia los millones de Goedler. Nos mandó unas pinzas de plata para espárragos como regalo de boda. Tendré el grandísimo placer de no invitarla a nuestra boda.

—¡Y desde aquel día vivieron muy felices y comieron muchas perdices! —exclamó Patrick. Y agregó tanteando el terreno—: Edmund y Phillipa... ¿Y Julia y Patrick?

—Lo que es conmigo —replicó Julia— no vivirás feliz de aquí en adelante. Los comentarios que improvisó el inspector Craddock para dirigírselos a Edmund te cuadran a ti mucho mejor. Tú sí que eres la clase de joven indolente que quisiera encontrar una mujer rica. ¡No tienes nada que hacer!

—¡Vaya agradecimiento! —protestó Patrick—. ¡Después de lo mucho que hice yo por esta muchacha!

—Lo que por poco conseguiste, gracias a tu mala memoria, fue hacerme dar con los huesos en la cárcel. Jamás olvidaré la noche en que llegó la carta de tu hermana. Creí de verdad que me la había cargado. No veía una salida por ninguna parte. Y en vista de las circunstancias —agregó en un murmullo—, me parece que me dedicaré al teatro.

—¡Cómo! ¿Tú también? —gimió Patrick.

—Sí, quizá vaya a Perth. A ver si consigo el papel de tu hermana Julia. Luego, cuando conozca el oficio, me meteré a empresaria y estrenaré las comedias de Edmund.

—Creí que solamente escribía usted novelas —dijo Julian Harmon.

—Y yo también —le respondió Edmund—. Empecé a escribir una novela. Y era bastante buena. Páginas enteras acerca de un hombre sin afeitar que se levantaba de la cama y de cómo olía, las calles grises, una horrible vieja deforme, una joven viciosa prostituta y babosa, y todos ellos hablaban con intermitencias acerca del estado del mundo y se preguntaban para qué demonios vivían. De pronto empecé yo a hacerme la misma pregunta. Entonces se me ocurrió una idea bastante cómica y la anoté. Luego compuse una escenita que no estaba mal. Todo muy vulgar, pero no sé por qué empezó a despertarse mi interés. Y antes de que tuviera tiempo de darme cuenta de lo que estaba haciendo, acabé una farsa desternillante en tres actos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Patrick—. ¿Lo que vio el mayordomo?

—También hubiera podido ser ése su título —reconoció Edmund—. Pero la verdad es que yo la he llamado «Los elefantes sí olvidan». Y lo que es mejor, me la han aceptado y ¡va a ser estrenada!

—«Los elefantes sí olvidan» —murmuró Bunch—. Yo creía que no.

El reverendo Julian Harmon dio un brinco de sobresalto.

—¡Dios mío! ¡Estaba tan absorto! ¡Mi sermón!

—Novelas policíacas otra vez —dijo Bunch—, y novelas de verdad esta vez.

—Podría usted usar como tema del sermón: «No matarás» —sugirió Patrick.

—No —contestó Julian Harmon—. No usaré eso como tema.

—¡No! —exclamó Bunch—. Tienes muchísima razón, Julian. Yo sé de un tema sagrado mucho más bonito, un versículo feliz. —Y declamó con clara voz—: «Porque he aquí que la primavera ha llegado, y la voz de la tortuga[10] se escucha en la Tierra...» No lo he recitado bien del todo. Ya sé que no es exactamente así, pero tú ya sabes lo que quiero decir. Aunque el porqué de una tortuga, es algo que no alcanzo a comprender. Y no creo que las tortugas puedan tener una voz bonita ni mucho menos.

—La palabra tortuga —explicó el reverendo Julian Harmon— no es una buena traducción. No se refiere a un reptil, sino a la tórtola. La palabra hebrea del original es...

Bunch le interrumpió dándole un abrazo y diciendo:

—Una cosa sí sé. Ustedes creen que el Ahasverus de La Biblia era Artajerjes II pero, entre nosotros, era Artajerjes III.

Como siempre, el reverendo Julian se preguntó por qué encontraría su mujer aquella anécdota tan cómica.

—Tiglath Pileser quiere ir contigo a ayudarte —dijo Bunch—. Debería sentirse muy orgulloso. Él nos enseñó cómo se fundían los plomos.

Epílogo

Deberíamos encargar los periódicos —le dijo Edmund a Phillipa el día de su regreso a Chipping Cleghorn después del viaje de novios—. Vayamos a la tienda de Totman.

Mr. Totman, hombre de movimientos y respiración fatigosa, les recibió con afabilidad.

—Me alegro de verles de regreso, señor. Y señora.

—Queremos encargar periódicos.

—No faltaba más, señor. ¿Y su madre sigue bien, espero? ¿Está bien instalada en Bournemouth?

—Le encanta —contestó Edmund, que no tenía la menor idea de si era así o de si ocurría todo lo contrario pero que, como la mayoría de los hijos, prefería creer que todo les iba bien a aquellos queridos pero con frecuencia irritantes seres: los padres.

—Sí, señor. Un lugar muy agradable. Allí fui a pasar las vacaciones el año pasado. A Mrs. Totman le gustó mucho.

—Lo celebro. En cuanto a los periódicos, nos gustaría recibir...

—Y me dicen que se está representando una comedia suya en Londres, señor. Muy divertida, según tengo entendido.

—Sí, no va mal.

—Se llama, según oigo decir, «Los elefantes sí olvidan». Usted me perdonará, señor, que se lo pregunte, pero yo siempre tuve entendido que no era así, que no olvidaban, quiero decir.

—Sí, sí, justo. He empezado a creer que fue un error ponerle ese título. ¡Son tantas las personas que me han dicho lo mismo que usted!

—Es un hecho de la historia natural, eso he entendido yo siempre que era...

—Sí, sí, como que las ciempiés son muy buenas madres.

—¿Ah, sí? Vaya, señor, eso sí que es una cosa que yo no sabía.

—Los periódicos...

—¿«The Times», creo que dijo usted, señor?

Mr. Totman hizo una pausa con el lápiz alzado.

—El «Daily Worker» —anunció Edmund con firmeza.

—Y el «Daily Telegraph» —dijo Phillipa.

—Y el «New Statesman» —añadió Edmund.

—El «Radio Times» —pidió Phillipa.

—El «Spectator» —anunció Edmund.

—El «Gardener's Chronicle» —incluyó Phillipa.

—Gracias, señor —dijo Mr. Totman—. Y «The Gazette», supongo.

—No —respondió Edmund.

—No —replicó Phillipa.

—Perdone, sí que quieren «The Gazette», ¿verdad?

—No.

—No.

—Quieren ustedes decir —preguntó Mr. Totman, a quien le gustaba dejar bien aclaradas las cosas— que no quieren «The Gazette».

—No la queremos.

—Claro que no.

—¿No quieren ustedes «The North Benham News and the Chipping Cleghorn Gazette»?

—No.

—¿No quieren que se la mande todas las semanas?

—No. ¿Queda bien claro ahora? —puntualizó Edmund.

—Ah, sí, señor, sí.

Edmund y Phillipa se fueron y Mr. Totman entró en la trastienda.

—¿Tienes un lápiz? —le preguntó inmediatamente a su mujer.

—Deja —dijo Mrs. Totman cogiendo el libro de pedidos—, ya lo haré yo. ¿Qué quieren?

—«Daily Worker», «Daily Telegraph», «Radio Times», «New Statesman», «Spectator...» y... sí... el «Gardener's Chronicle».

—«Gardener's Chronicle» —repitió Mrs. Totman escribiendo aprisa—. Y «The Gazette».

—No quieren «The Gazette».

—¿Cómo?

—Que no quieren «The Gazette». Lo han dicho.

—No digas tonterías —le contestó Mrs. Totman—, no oíste bien. ¡Claro que quieren «The Gazette»! Todo el mundo lee «The Gazette». ¿De qué otra manera iban a enterarse de lo que pasa aquí?

OceanofPDF.com

FIN

Título original: **A Murder Is Announced**
1950

---

[1] Distracción que la afición a la novela policíaca había puesto de moda en Inglaterra.

[2] Bunch, en inglés, significa manojo, racimo y bulto.

[3] Autor de la obra «Decadencia y caída del Imperio Romano».

[4] Según la tradición arábigo-persa, rey persa esposo de Esther; aunque Herodoto Astiages asegura que era simplemente gran visir de Nabucodonosor.

[5] En efecto, el nombre del gato es el de un rey asirio. Hubo tres con dicho nombre: Tiglath Pileser I, que reinó de 1120 a 1105 a. C. y fue un gran conquistador; el segundo (950-930 a.C.) fue contemporáneo de Salomón; y el tercero (745-727 a.C.) acabó de subyugar a Babilonia, reconquistó Siria, Media, Caldea, Damasco, Judea y Gaza, y fue el primero en trasladar poblaciones en masa de un extremo del Imperio a otro.

[6] «Ver, oír y callar»

[7] Los telegrafistas llamaban en Inglaterra a la letra P, pip, y a la letra M, emma, lo que hace graciosos estos nombres en inglés. (N. del T.) En las notaciones de fecha y hora, p.m. equivale a post meridiam, después del mediodía.

[8] El juego de la cuerda india es un juego de ilusionismo muy practicado, según se asegura, en la India. Un faquir se quita la cuerda que lleva enrollada a la cintura, la tira al aire y ésta queda tiesa como si fuera una vara de hierro. Un niño ayudante suyo trepa por la cuerda. Luego, cuando baja, la cuerda pierde su rigidez y queda tan flexible como una cuerda cualquiera. Otra variación, según dicen, es que el propio faquir trepe después por la cuerda tras el niño, le alcance y le descuartice tirando los pedazos al aire. A los pocos momentos se oye un grito allá lejos y el niño descuartizado

aparece completamente sano y salvo corriendo hacia el corro en cuyo centro se halla el faquir. El juego, que ha alcanzado sorprendente fama por todo Occidente, se basa, según se cuenta, en la hipnosis colectiva de los espectadores, a quienes se hace ver cosas que no son reales. No obstante, se ha publicado en alguna ocasión alguna fotografía tomada por espectadores, en la que se ve al niño subido a la cuerda, cosa que excluye la posibilidad de que se trate de hipnosis. Curiosamente, se da también el caso de que, en una ocasión, al preguntársele a un faquir indio cómo hacía el juego, éste miró extrañado a su interlocutor y le dijo que en su vida había visto cosa semejante. Parece ser que dicho juego se conoce únicamente en Occidente. Mucho se ha discutido sobre este asunto. Hasta la fecha, no obstante, no ha sido posible llegar a un acuerdo. Muchos son los que no creen que el juego se realice y muchos los que juran y perjuran que sí.

[9] El original inglés dice: Making enquires, que significa investigar, inquirir, hacer investigaciones, indagar... Es correcto escribir la palabra de las dos formas, tanto enquires como inquires, pero la primera de las dos formas se usa menos. Cada una de las hermanas Blacklock escribía la palabra con una ortografía distinta. Hubiera podido poner aquí como traducción, una vez «indagar» y la otra «endagar», para diferenciarlas. Pero eso hubiera dado la impresión de que una de las dos hermanas hacía faltas de ortografía. Así que he preferido traducir con naturalidad y añadir la nota aclaratoria.

[10] La tórtola, en inglés, es turtle dove. Turtle, a secas, significa tortuga. El verso a que se refiere Bunch es, en realidad, los versículos once y doce del capítulo segundo de El Cantar de los Cantares, de Salomón, que dicen lo siguiente: «Porque he aquí que ha pasado el invierno, se ha mudado, la lluvia se fue, se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha llegado, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola».

OceanofPDF.com